



5

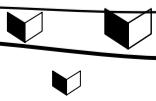
El alférez real

Eustaquio Palacios

Serie
Río de Letras

Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura





5

El alférez real

Eustaquio Palacios



El alférez real / Eustaquio Palacios 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Educación Nacional, 2016
p. : il. (Río de letras. Literatura)
“Edición Digital para la Biblioteca 2.0 del PNLE. Obra seleccionadas por ser representativas de la tradición literaria latinoamericana”
ISBN 978-958-691-839-8
1. Literatura 2. Retórica

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República

Gina Parody d'Echeona

Ministra de Educación Nacional

Víctor Javier Saavedra Mercado

Viceministro de Educación Preescolar,
Básica y Media

Ana Bolena Escobar Escobar

Directora de Calidad para la Educación
Preescolar, Básica y Media

Paola Trujillo Pulido

Subdirectora de Fomento de Competencias

Sandra Morales Corredor

Gerente del Plan Nacional de Lectura
y Escritura

CIER Centro

Coordinación editorial, diseño, ilustración
y diagramación

Luz Amparo Rubiano Acosta

Edición

Equipo pedagógico del PNLE

Selección de textos y revisión de material

ISBN: 978-958-691-839-8

Las opiniones y expresiones de los autores no
reflejan necesariamente las del Ministerio de
Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite
la reproducción parcial o total de la obra por
cualquier medio o tecnología, siempre que se
den los créditos correspondientes al autor y al
Ministerio de Educación Nacional.

El alférez real



Índice

Tabla de recursos	7
Sobre la Colección Literatura	8
Biografía	10
De Cali a Cañasgordas	13
La hacienda Cañasgordas	24
Doña Inés de Lara	30
Daniel	37
El domingo en la hacienda	48
De Cañasgordas a Cali	55
Cali en 1789	63
La Pascua	71
La enfermedad de Inés	81
La Propuesta de Don Fernando de Arévalo	91
Diana y Endimión	101
Los dos huérfanos	113
El paje y Arévalo	121
Una Nueva Arcadia	129
La Serenata	138
Las bodas de Catayá	144
Desaparición	159
El Rodeo	168
Octubre en Cañasgordas	177
Remedio desesperado	185
Las sesiones del Ayuntamiento	197
La jura de Carlos IV	207
Placer y Dolor	218
El Convento de San Francisco	232
Confidencias	244
El resto de la historia	256
Conclusión	264

Tabla de recursos

Encuentra junto a este libro recursos digitales para conocer, comprender e interpretar la obra literaria.

Antes de la lectura

-  Galería: Narro una aventura 12
-  Audio: La hacienda de Cañasgordas 24

Durante la lectura

-  Audio: Cali en 1789 66
-  Audio: Las bodas en Catayá 155
-  Audiogalería: Memorias del siglo XVIII 158
-  Animación: La obra de Palacios 184
-  Audio: Placer y dolor 220
-  Audiogalería: Valle del Cauca 231

Después de la lectura

-  Interactivo: Comprendo la obra 243

Sobre la Colección Literatura

La manera de representarnos como individuos y ciudadanos, por medio de la lectura y escritura, dice mucho de la sociedad en la que vivimos y a la que aspiramos. Por ello el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi Cuento», del Ministerio de Educación Nacional, pone a disposición de los lectores colombianos 24 títulos de literatura latinoamericana que dan cuenta de la riqueza cultural de nuestro pasado literario y de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana.

Se trata de obras seleccionadas por ser representativas de las tradiciones literarias de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros. Son libros que a lo largo de toda la historia latinoamericana han tenido una influencia decisiva en la cultura mundial, pues dejan al descubierto situaciones históricas, sociales y culturales propias de una época determinada, a través de una estética rica en descripciones y en expresiones propias del lenguaje figurado, del humor, de la sátira y de la ironía.

Esta colección de literatura latinoamericana está en formato digital enriquecido por recursos pedagógicos multimedia. Así, además de literatura de alta calidad, ofrecemos contenidos que permitirán el acceso masivo desde diferentes lugares del país, y del mundo, así como una herramienta para el trabajo en el aula y la biblioteca escolar, además de una conexión con las nuevas formas de aprender de niños, niñas y jóvenes de esta generación.

La lectura de estos textos ofrece el contexto histórico, social, político y artístico de cada obra, articulado con las particularidades de forma y contenido significativas para la interpretación. Además, el contenido está dispuesto para que el lector profundice en cada aspecto relevante de la obra a medida que se avanza en la lectura, con actividades de comprensión y apropiación en tres etapas: antes de iniciar la lectura, durante la lectura y después de la lectura.

Gina Parody d'Echeona





Biografía

José Eustaquio Palacios nació el 17 de febrero de 1830 y falleció el 6 de febrero de 1898 en el Valle del Cauca; sus padres eran Juan José Palacios quien era un distinguido caballero de linaje español, y María Rosa Quintero Príncipe quien era familiar del gran explorador y conquistador español Francisco Pizarro.

Al descender sus padres de linaje español, educaron y enseñaron a José Eustaquio y a sus otros seis hermanos Serafín, Juana Francisca, Patricia, José María Josefa, Sebastián y Hermógenes las costumbres y tradiciones españolas, con especial devoción a la virgen de Chiquinquirá.

Cuando era pequeño recibió de su tía unos centavos de regalo con los cuales compró un cuaderno e ingresó a la escuela que quedaba en Roldanillo, era un niño prodigioso, aprendió a leer, escribir y recitar de memoria *Las máximas republicanas* y *Los derechos del hombre* entre otros.

En 1844 cuando tenía quince años, inició sus estudios de gramática, latín, aritmética, geografía e historia en el convento de San Francisco de Cali y posteriormente se graduó de jurisprudencia en la Universidad del Cauca en 1852. Tenía una memoria prodigiosa para recordar eventos o acontecimientos históricos.

Para 1866 tomó la decisión de ejercer la docencia en el Colegio Santa Librada, dictando clases de filosofía, geografía, español, italiano, entre otras, las cuales lo inspiraron para empezar a escribir sus primeras obras educativas como *Oraciones latinas*, *Lecciones de literatura* y *Gramática castellana* que tuvieron gran auge en las américa y dieron paso para que escribiera el poema épico *Esneda o amor de madre* (1874) con la cual tuvo gran éxito y ganó el premio La Estrella de Chile en 1874.

En 1878 fundó el periódico *El Ferrocarril* en el que publicaba noticias, poemas, sonetos, reseñas literarias, discursos, apologías, crónicas y columnas de opinión sobre la educación, la política y la estética de la época, basado en una visión conservadora clásica y moralista de acuerdo a una perspectiva literaria moderada.

En 1886 publicó su obra literaria *El alférez real* la cual relata un amor imposible entre Doña Inés, dama rica, de noble linaje y huérfana que quedó bajo el cuidado o la tutoría del alférez real y con Daniel quien era un joven plebeyo.

La obra se basa en el estilo de la novela romántica del siglo XIX y en las costumbres, las tradiciones, la forma de vida de finales del siglo XVIII (1789 - 1792), es decir con una amplia caracterización del periodo de la Colonia y de la sociedad anterior a la Independencia.

De Cali a Cañasgordas

💡 Narro una aventura 🌱

Observa las siguientes ilustraciones. Luego, narra de forma oral una historia o inventa un poema con tus compañeros.



Tabla de recursos



A principios del mes de Marzo de 1789, un sábado como a las cinco y media de la tarde, tres jinetes bien montados salían de Cali, por el lado del Sur, en dirección a la hacienda de Cañasgordas. Iban uno en pos de otro. El de adelante era un hermoso joven, como de veintidós años, de regular estatura. Color blanco sonrosado, ojos negros y rasgados y mirada severa un tanto melancólica. Apenas comenzaba a apuntarle el bozo y ya se notaban las sombras en donde pronto debían aparecer las patillas.

Su vestido consistía en camisa de género blanco, con cintas de lo mismo al cuello, en vez de botones: chaqueta de color pardo ceniciento, y sobre esta una manta de colores a listas. Llamada en el país *ruana*, y sombrero blanco de grandes alas, de paja de *iraca*. Los pantalones, del mismo género que la chaqueta, eran cortos, hasta cubrir la rodilla, y asegurados allí con una hebilla de plata. Medias blancas de hilo y botines negros de cordobán completaban el vestido del joven jinete. Por último llevaba *zamarros*, pero no era en la forma de calzones que se les da hoy, sino abiertos: eran dos fajas anchas de piel de venado adobada, que caían sobre cada una de las piernas.

Montaba un potro rucio de gran talla y mucho brío, que caminaba con la buena voluntad con que andan las bestias cuando van para su dehesa. El jinete que le seguía era un sacerdote del convento de San Francisco, fundado en la ciudad hacía solo veinte años, y que estaba ya entonces en todo el apogeo de su esplendor y disciplina.

Frisaba el Padre en los cuarenta y era de semblante grave y mirada profunda; llevaba el hábito de su orden, que era de sayal gris; sobre el hábito, una ruana de lana, de anchas listas moradas y azules, fabricada en Pasto, y sombrero blanco grande de paja asegurado con barboquejo de cordón de seda negra; en un pañuelo, a la cabeza de la silla, llevaba envuelto el breviario. Iba caballero en una mula retinta de buen paso y al parecer muy mansa.

El último de los tres jinetes era un joven como de veinticuatro años, de color mulato, esto es, entre blanco y negro, más negro que blanco, pero las facciones más de blanco que de negro. En sus ojos pardos, rasgados y vivos se revelaba la franqueza juntamente con el valor.

Por todo vestido llevaba camisa de lienzo de Quito, ruana de lana basta, de listas azules, pantalones de manta del país tejida en el Socorro, y sombrero hecho con trenza de juncos. Cabalgaba un trotón castaño, alto y doble; en el arzón de la silla, a la derecha, se veía una gran soga enrollada, y en la cintura un largo cuchillo de monte, llamado *machete*, con su cubierta de vaqueta.

Estos viajeros atravesaron en silencio el llano de Isabel Pérez. Los campesinos que iban a la ciudad o salían de ella, saludaban al Padre quitándose el sombrero al pasar a su lado, y él les correspondía el saludo con una inclinación de cabeza. La tarde estaba magnífica: el sol se ocultaba ya detrás de Los Farallones, de manera que la parte del camino por donde en ese momento iban, estaba hacia rato en la sombra; pero la luz del sol se veía brillar sobre las cumbres de las montañas de Chinche.

Las afueras de la ciudad ofrecían por ese lado ya esa hora bastante animación. Varios vecinos volvían de su trabajo con la herramienta al hombro; bestias cargadas de plátanos o leña; mujeres con haces de leña en la cabeza; viajeros que llegaban de los pueblos del Sur; arrieros con sus recuas cargadas de bayeta, papas o anís; algún negro joven que pasaba a escape en su caballo en pelo y que iba a la ciudad tal vez a comprar lo que faltaba para la cena en

alguna hacienda o granja vecina; los criados de la hacienda de Isabel Pérez que apartaban las vacas de los terneros como es costumbre a esa hora; y todo esto acompañado del mugir de las vacas, del berrear de los terneros, de los gritos de los criados, de las interjecciones de los arrieros y de esos otros mil ruidos que se oyen en las casas de campo y en las inmediaciones de una ciudad cuando va entrando la noche.

Al llegar a la quebrada de Cañaveralejo se detuvieron los tres jinetes y aflojaron las riendas a sus cabalgaduras para que bebieran; pasada la quebrada, entraron en el extenso y limpio llano de Meléndez; a la izquierda, a una o dos cuadras del camino real, estaba la hacienda de Don Juan Félix Hernández de Espinosa, con casa grande de teja, de espaciosos corredores y con Oratorio en el extremo del que quedaba en el frente de la casa; esclavos que obedecían al tañido de la campana; vacas, yeguas, plantaciones de caña de azúcar y trapiche.

A la derecha, al lado de la loma, la posesión de Don Francisco Mateus, con casa, esclavos, trapiche y ganado. Más lejos, al Oriente, al extremo del llano se alcanzaba a ver la casa de la hacienda de Limonar, perteneciente a Doña María de Saa, viuda de Don Baltazar Rodríguez. Todo el llano estaba sombreado de árboles aislados o de frondosos bosquecillos.

Al entrar en el llano, el Padre tomó la delantera, a la luz de la luna que se alzaba en ese momento en el Oriente, en plenilunio, ostentando su agrandado disco color de oro bruñido, en un cielo azul, limpio y claro; las sombras de los viajeros se proyectaban prolongadas sobre el verde césped.

El padre, dirigiendo la palabra al joven blanco, que iba detrás de él, le dijo:

—Y bien, Daniel, ¿sigues contento en la hacienda?

—Mucho, señor, contestó Daniel.

—¿Te tratan bien todos?

—Sí, señor, hasta ahora no tengo queja de ninguno, pues todos me manifiestan consideraciones que no merezco.

—Sí las mereces. El hombre honrado y que llena cumplidamente sus deberes, lo merece todo. ¿Cuáles son tus ocupaciones en la hacienda?

—Por lo común, trabajo con el señor Don Manuel en su cuarto, escribiendo algunas cartas, contestando otras, haciendo apuntes de cosas relativas a la hacienda y sacando cuentas. Cuando él no me ocupa, sirvo de auxiliar al mayordomo.

—¿Y has abandonado el estudio?

—No, señor, al estudio consagro la noche y los domingos.

—¿Qué libros tienes?

—No tengo otros que los que Vuesa Paternidad me dio cuando me daba lecciones en el convento.

—¿Y cuáles son éhos?

—Los clásicos latinos, la *Filosofía del Lugdunense*, el *Tratado de Matemáticas* de Wolfio y la *Historia de España* del Padre Mariana, que estoy leyendo ahora.

—Cuando hayas leído al Padre Mariana, avísame para darte otros libros de Historia. Pero sobre todo, continúa ejercitándote en la Aritmética. Yo espero que al fin los números te den la subsistencia.

—¡Los números! ¿De qué modo?

—Trabajando en el comercio, por ejemplo.

—En el comercio ¿yo? ¿Con qué recursos podré contar jamás para trabajar en el comercio?

—Nadie sabe nada de lo futuro: continúa manejándote bien; sé dócil, humilde y laborioso: el trabajo constante bien dirigido obra prodigios. ¿No recuerdas haber leído: *Labor omnia vincit improbus*?

—Sí, señor, he leído eso.

—¿En dónde lo has leído?

—En *Las Geórgicas*.

—¿Y qué significa eso?

—*El trabajo tenaz lo vence todo.*

—¿Y no dice más el Poeta?

—Sí, señor: Virgilio añade: *Et duris ingens in rebus egestas.*

—¿Lo cual quiere decir?

—*Y la necesidad imperiosa en las circunstancias difíciles.*

—Bien, Daniel, dijo el Padre sonriéndose satisfecho con el orgullo del maestro: veo que no has perdido el tiempo. Ya buscaremos por ahí algún amigo que te dé la mano para que trabajes con independencia; pero creo que todavía no es tiempo, pues eres demasiado joven: ¿qué edad tienes?

—Ya he cumplido veintidós años según me dice mi madre.

—Doña Mariana ¿es realmente tu madre?

—No, señor, pero yo le doy ese tratamiento porque me ha criado y casi a ella debo la existencia: yo no conocí a mi madre, porque creo que murió al darme a luz. Si ella viviera, ¡cuánto la amara!

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Tampoco lo sé, porque la señora Mariana dice que no la conoció.

—¿Y tu padre?

—Ignoro quién fue mi padre y si está vivo o ha muerto.

—¡Pobre Daniel! No te faltará la protección del Cielo. Humíllate ante los designios de la Providencia, que la humildad es virtud que hace fuerza a Dios. El Profeta dice que «es bueno para el hombre el haber soportado el yugo desde la niñez»; que «se sentará solitario y callará porque se llevó sobre sí». Y dice también: *Ponet in pulvere os suum siforte sit spes.* ¿Entiendes eso?

—Creo que sí.

—¿Qué quiere decir?

—*Pondrá su labio en el polvo por si acaso hay esperanza.*

—Muy bien. Ya ves qué expresión tan valiente es aquella: *por si acaso hay esperanza!*

—En efecto, me hace impresión, y nunca la había oído.

—Es de los Threnos de Jeremías, y es sublime como lo es todo cuanto dicen los Threnos.

—¿Qué son Threnos?

—Threnos es lo mismo que lamentaciones: es voz hebrea.

—¡Cuánta falta me hace Vuesa Paternidad para seguir estudiando! Veo que nada sé.

—No importa: a tu edad no es fácil saber más de lo que tú sabes. Continúa leyendo, y después de leer, medita mucho sobre lo que hayas leído. Trata de retener en la memoria las dudas que se te ocurran para que me las propongas cada vez que nos veamos: ya sabes que con frecuencia vengo a la hacienda.

—Así lo haré.

Al llegar a este punto del diálogo, el Padre guardó silencio e inclinando la cabeza siguió su camino, entregado al parecer a pensamientos graves. Daniel no se atrevió a interrumpirlo en sus meditaciones. Habían pasado ya el hermoso llano de Meléndez y llegaban al cristalino río que lleva ese nombre. Pasado el río, entraron en tierras de la hacienda de Meléndez, llamada hoy San Joaquín: A la derecha se alzaba en una ligera elevación, la alta casa de la hacienda (la misma que hay hoy), perteneciente entonces a Doña Teresa Riascos, madre de Fray Pedro Herrera; a la izquierda, del camino real para abajo, había otra hacienda perteneciente a Don Jerónimo Escobar; a la orilla del camino, había un bosque de carboneros, arbustos de color simpático y de flores alegres.

El mulato, que no había perdido una sílaba de la conversación anterior, se acercó a Daniel y le dijo en voz baja:

—Niño Daniel, ¡cómo lo quiere a usted el amo el Padre!

—Es verdad, Fermín, el Padre me quiere mucho. Jamás alcanzaré a pagarle los beneficios que le debo.

—Mi amo el Padre es un santo y un sabio: todos dicen eso. Para nosotros los esclavos es nuestro mayor consuelo: siempre nos defiende.

En este instante pasaban la quebrada de las Piedras o de Lili. Al entrar en el gran llano de la hacienda de Cañasgordas, se oyó por el lado de abajo la melancólica melodía de un instrumento rústico, hecho de carrizos, tocado por un negro que se dirigía a la casa de la hacienda.

—¿Oyes ese instrumento? Dijo el Padre a Daniel.

—Sí, señor, lo oigo.

—¿Cómo se llama?

—La *castrera*.

—Creo que esa palabra no es castellana; ¿no tiene otro nombre?

—No, señor.

—¿No recuerdas haber visto en las *Églogas el fistula juncta cera*?

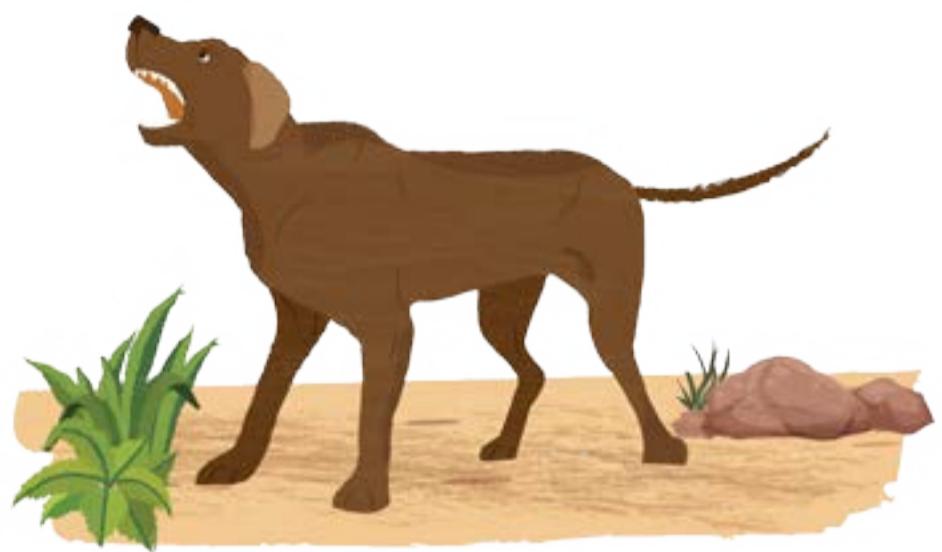
—Ah, sí, ciertamente; y también recuerdo que Alexis tenía una zampoña hecha de siete cañas desiguales.

—¿Y cómo es esta castrera?

—Es hecha de cañas desiguales y unidas con cera. Como se ve, el Padre había convertido el viaje en un aula de latín, teniendo a Daniel por único alumno. En esto llegaron a la puerta de *golpes* de la hacienda: Fermín se adelantó a abrirla, y entraron todos en el gran patio que precedía a la casa.

Desde la puerta de golpe hasta la casa, a un lado y a otro del patio y alineadas, estaban las habitaciones de los esclavos, hechas de guadua con techos pajizos. En todas ellas se veía, por entre las tablas de las paredes, el fuego del hogar en que esposas y madres preparaban la cena de sus maridos y de sus hijos. Al atravesar el patio se levantaron los gansos graznando, y siguieron tras los jinetes con las cabezas bajas en ademán de picar a los caballos en los cascos, y los perros comenzaron a ladrar, pero callaron al reconocer a Daniel ya Fermín.

Llegados al gran corredor del frente, echaron pie a tierra.



Al llegar el Padre a la puerta de la sala, se detuvo diciendo:

—*Deo gratias.*

—A Dios sean dadas, contestaron muchas voces, entre las que sobresalían la de Don Manuel y la de su esposa.

—¿Cómo están vuesas mercedes?

—Bien, Reverendo Padre; y Vuesa Paternidad ¿cómo está?

—Estoy bueno, gracias a Dios.

—Siéntese, compadre, dijo Don Manuel, llega Vuesa Paternidad un poco tarde.

—Es verdad, salí a las cinco y media, confiado en que el camino está bueno y en que hay luna.

El Padre fue recibido con señaladas muestras de alegría por los dueños de la casa, quienes lo introdujeron con mucho agasajo en la sala principal, mientras que Daniel y Fermín llevaban los caballos a otro corredor para desensillarlos.

Poco después entró Daniel y recibió la ruana y el sombrero del Padre para llevarlos al cuarto de este, que estaba situado en el piso superior. El Padre quedó con su hábito suelto. Como solía estar en el convento.

Las personas que había en la sala y que recibieron al Padre, eran: Don Manuel de Caicedo y Tenorio, su esposa Doña Francisca Cuero, sus hijas, a saber: Doña Gertrudis; Doña Josefá y Doña Rosa y una joven que no era de la familia, llamada Doña Inés de Lara.

Los hijos varones de Don Manuel estaban ausentes: Don Manuel José; Don Fernando y Don Joaquín en Popayán en el Real Seminario de San Francisco de Asís; y Don Manuel Joaquín en Cali, estudiando con los Padres de la Merced.

El Sacerdote que acababa de llegar a la hacienda con Daniel y Fermín era el Reverendo Padre Fray José Joaquín Escobar. Sujeto muy respetable y respetado, de gran talento, de muchas luces sagradas y profanas. Miembro de una familia noble de la ciudad y que siendo abogado de la Real Audiencia de Santafé se había despedido del mundo y había tomado el hábito de San Francisco, a la edad de treinta y dos años. Hacía ya siete con vocación verdadera para el ministerio sacerdotal.

Este fervor religioso no era raro entonces entre los hombres de alta posición en el mundo: hacía solo cinco años que otro abogado de la Real Audiencia, el Doctor Don Pedro de Herrera, perteneciente a una de las principales familias había tomado también el hábito en el mismo convento. Para ser más tarde un sacerdote ilustre, digno de eterno recuerdo entre los hijos de Cali.

Estos sabios franciscanos: Escobar y Herrera, eran dos caracteres muy parecidos. Por su virtud, por su energía y por su amor a la justicia, a la que ambos tributaban reverente homenaje. En ningunos labios sonaban tan sonoras, llegado el caso, como en los de estos dos severos sacerdotes, las palabras del Apóstol: *Non possumus.*

Continuaron hablando sobre diferentes asuntos, haciendo mutuas preguntas hasta que siendo cerca de las ocho de la noche, entró una criada y tendió sobre la mesa de la sala un blanco mantel de lino, colocó los cubiertos y trajo la cena. Esta se componía de sopa, carne, pan de trigo y pan de maíz, queso, chocolate y dulce.

En todo se echaba de ver la riqueza de los dueños de la casa: la vajilla toda era de plata: platos, platillos, fuentes, *tachuelas*, tazas para el chocolate, cucharas, tenedores y jarros.

A cada extremo de la mesa había un candelero de plata con vela de sebo; y a poca distancia de la mesa, una criada, con los brazos cruzados, atendía al servicio.

Antes de que se sentaran a la mesa, la criada llamó al mayordomo, que era un español alto y grueso, de buena presencia, como de cincuenta años, llamado Don Juan Zamora, y a Daniel que estaba en el corredor conversando con él.

Al entrar Don Juan saludó al Padre con cariño y respeto; en seguida Don Manuel y el Padre ocuparon las cabeceras de la mesa, Doña Francisca se colocó a la derecha de su marido y Doña Inés a la izquierda de este; el Padre tenía a Don Juan a su derecha y a Daniel a su izquierda. Las demás señoritas se sentaron a los lados de la mesa. Esta posición hacía que Daniel quedara frente a Doña Inés, aunque en dirección oblicua. El Padre antes de sentarse rezó el *Benedicite*.

Mientras cenaban, Don Manuel, su mujer y el Padre no dejaban de hablar algo; los demás comían en silencio. A Daniel se le había concedido el señalado favor de sentarse a la mesa de la familia, en atención a que era el secretario privado de Don Manuel ya que este le había cobrado bastante cariño. Daniel levantaba a veces los ojos y los fijaba tímidamente en Inés, con esa mirada respetuosa propia de los veintidós años. Pero a veces Inés también levantaba los suyos, y recorría con una mirada a todos los circunstantes, y al fijarlos en Daniel, sin intención particular, Daniel bajaba los suyos y quedaba inmóvil, sintiendo estremecimientos inexplicables. Para todo hombre de impresionable corazón había un gran peligro en que sus ojos llegaran a encontrarse con los ojos de Doña Inés de Lara.

Terminada la cena, la criada rezó un Padrenuestro, porque aunque los otros se la habían comido, a ella le tocaba dar las gracias a Dios por ese beneficio, y levantó los manteles.

El Padre Escovar fue conducido a su cuarto por Daniel, que llevaba en la mano un candelero con su vela, el que colocó sobre la mesa del cuarto, y dando las buenas noches se retiró. El Padre, apenas quedó solo, abrió su Breviario y se puso a rezar maitines.

Don Manuel se dirigió a su cuarto con Don Juan y estuvo largo rato hablando con él acerca de los trabajos de la hacienda, pidiendo informes y dando órdenes.

Las señoritas se retiraron a una de las recámaras y allí rogaron a Inés continuara la lectura de una obra en varios tomos, que hacía noches estaba leyéndoles y que no era otra que una de las de Fray Luis de Granada, la titulada *El Símbolo de la Fe*.

Los negros, sobre todo los negros viejos, sentados en las puertas de sus cabañas fumaban tabaco en pipas de barro, al mismo tiempo que conversaban; otros tocaban flauta de caña o de carrizo, en los corredores de sus cabañas o en el gran edificio del trapiche.

Una hora después, todos los habitantes de la casa grande se recogieron a sus respectivos dormitorios y esa parte de la hacienda quedó en silencio. En el cuarto del Padre hubo luz hasta muy tarde, según se veía por las rendijas de la puerta y de las ventanas, y la había también en algunas de las cabañas de los negros; pero la luz de estas no era producida por las bujías sino por la leña del hogar.



La hacienda de Cañasgordas

Audio

Cañasgordas era la hacienda más grande, más rica y más productiva de todas cuantas había en todo el Valle, a la banda izquierda del río Cauca. Su territorio era el comprendido entre la ceja de la cordillera occidental de los Andes y el río Cauca, y entre la quebrada de Lili y el río Jamundí. La extensión de ese territorio era poco más de una legua de Norte a Sur, y varias leguas de Oriente a Poniente.

El aspecto de esa comarca es el más bello y pintoresco que puede imaginarse. Desde el pie de la empinada cordillera que tiene allí el nombre de «los Farallones», se desprende una colina que va descendiendo suavemente en dirección al río Cauca, en más de una legua de desarrollo: su forma es tan simétrica, que no se observa en ella una protuberancia ni un bajío; tampoco se ve árbol alguno, ni arbustos, ni maleza, porque es limpia en toda su extensión y está cubierta de menuda grama. Podría ser digno asiento de la capital de una gran nación, y gozaría de una perspectiva tan poética y de horizontes tan vastos, como no los tiene tal vez ciudad alguna. Un templo que se edificara en la parte media de esa colina, con su fachada al Oriente, y con sus torres y su cúpula, sería un monumento verdaderamente grandioso, y su aspecto sublime para quien lo contemplara desde lejos.



Descendiendo por la colina, se ven a la derecha vastas praderas regadas por el cristalino Pance, que tienen por límite el verde muro de follaje que les opone el Jamundí con sus densos guaduales; a la izquierda, graciosas colinas cubiertas de pasto, por entre las cuales murmura el Lili, casi oculto a la sombra de los carboneros; y allá abajo, en donde desaparece la gran colina, se extiende una dilatada llanura cubierta de verde césped, que va a terminar en las selvas del Cauca, y que ostenta, colocados a regulares distancias, árboles frondosos, o espesos bosquecillos, dejados allí intencionalmente para que a su sombra se recojan a sestear los ganados en las horas calurosas del día.

Por todas partes corren arroyos de agua clarísima, que se escapan ruidosamente arrebatados por el sensible desnivel del terreno y que van a llevar al Cauca el tributo de sus humildes raudales. La riqueza de la hacienda consistía en vacadas tan numerosas, que el dueño mismo no sabía fijamente el número de reses que pacían en sus dehesas, aunque no ignoraba que pasaban de diez mil. Era casi tan opulento como Job, quien por su riqueza «era varón grande entre todos los orientales», antes de ser herido por la mano de Satanás. Allí había partidas de ganado bravío, que nunca entraban en los corrales de la hacienda, ni toleraban que se les acercara criatura humana.

Los toros cargados de años, sultanes soberbios de esos serralllos al aire libre, grandes, dobles, de gruesa cerviz, de cuernos encorvados y de ojos de fuego, se lanzaban feroces contra la persona que se les ponía a su alcance, lo cual ocasionaba frecuentes desgracias, principalmente en los transeúntes peatones que se aventuraban a atravesar la llanura sin las precauciones necesarias.

Además de las vacadas, había hatos de yeguas de famosa raza. Extensas plantaciones de caña dulce con su respectivo ingenio para fabricar el azúcar; grandes cacaotales y platanares en un sitio del terreno bajo llamado Morga.

En la parte alta había muchos ciervos, en tanta abundancia que a veces se mezclaban con los terneros; y en la montaña, y en las selvas del Cauca, abundante caza de todo género, cuadrúpedos y aves. Piezas bien condimentadas de diferentes



animales de monte figuraban frecuentemente en la abundante y suntuosa mesa de los amos; y con más frecuencia, aunque sin condimento, en la humilde cocina de los esclavos.

De estos había más de doscientos, todos negros, del uno y del otro sexo y de toda edad; estaban divididos por familias, y cada familia tenía su casa por separado. Los varones vestían calzones anchos y cortos de lienzo de Quito, capisayo de lana basta y sombrero de junco; no usaban camisa. Las mujeres, en vez de la basquiña (llamada follado en el país) se envolvían de la cintura abajo un pedazo de bayeta de Pasto, y se terciaban del hombro abajo otra tira de la misma tela, asegurados aquel y esta en la cintura; y cubrían la cabeza con monteras de paño o de bayeta, hechas de piezas de diferentes colores. La mayor parte de esos negros habían nacido en la hacienda; pero había algunos naturales de África, que habían sido traídos a Cartagena y de allí remitidos al interior para ser vendidos a los dueños de minas y haciendas. Estos eran llamados *bozales*, no entendían bien la lengua castellana, y unos y otros la hablaban malísimoamente.

A esa multitud de negros se daba el nombre de cuadrilla, y estaba a órdenes inmediatas de un capitán llamado el tío Luciano. Eran racionados todos los lunes, por familias, con una cantidad de carne, plátanos y sal proporcionada al número de individuos de que constaba cada una de ellas: Con este fin se mataban cada ocho días más de veinte reses.

Todos esos esclavos, hombres y mujeres, trabajaban toda la semana en las plantaciones de caña; en el trapiche moliendo la caña, cociendo la miel y haciendo el azúcar; en los cacaotales y platanares; en sacar madera y guadua de los bosques; en hacer cercas y en reparar los edificios; en hacer rodeos cada mes, herrar los terneros y curar los animales enfermos; y en todo lo demás que se ocurría.

Pero se les daba libre el día sábado para que trabajaran en su provecho; algunos empleaban este día en cazar *guaguas* o *guatines* en el río Lili o en los bosques de Morga, o en pescar en el Jamundí o en el Cauca; otros, laboriosos y previsiones, tenían sus labranzas sembradas de plátano y maíz, y criaban marranos y aves de corral: Estos, a la larga, solían librarse dando a su amo el precio en que él los estimaba, que era por lo regular de cuatrocientos a quinientos patacones. Cuando un marido alcanzaba así su libertad, se mataba en seguida trabajando para librar a sus hijos ya su mujer, y esto no era muy raro. A la falda oriental



de la gran colina que hemos descrito, estaba la casa de la hacienda, que hasta ahora existe, con todos los edificios adyacentes, casi a la orilla de la quebrada de Lili. Esa casa consta de un largo cañón de dos pisos, con un edificio adicional en cada uno de los extremos, los cuales forman con el tramo principal la figura de una Z al revés. A continuación de uno de estos edificios adicionales estaba la capilla, y detrás de esta, el cementerio.

La fachada principal de la casa da vista al Oriente, y tenía en aquella época un gran patio al frente, limitado por las cabañas de los esclavos, colocadas en línea como formando plaza, y por un extenso y bien construido edificio llamado el trapiche, en donde estaba el molino, movido por agua, y en donde se fabricaba el azúcar.

La casa grande en el piso bajo solo tenía una puerta en la mitad del corredor del frente, la cual daba entrada a la sala principal, y al patio interior, a los lados de la sala había recámaras. En el piso alto, había sala, recámaras y cuartos.

Los muebles de la sala eran grandes canapés aforrados en vaqueta, con patas torneadas imitando los del león, con una bola en la garra; sillas de brazos con guadamaciles de vaqueta grabados con las armas de la familia con sus colores heráldicos, oro, azul y grana; una gran mesa de guanabanillo, fuerte y sólida, que servía para comer, pues en aquel tiempo las salas principales servían de comedor, y no era todavía conocida esta última palabra; en una de las esquinas de la sala estaba el aparador, construcción de cal y ladrillo, compuesto de tres nichos en la parte baja, y una gradería encima de los nichos, que iba angostándose gradualmente hasta terminar en el vértice de las dos paredes. En los nichos estaban las tinajas llenas de agua, con relieves; y en las gradas, toda la vajilla de plata y de porcelana de China, muy fina y transparente. Esta porcelana se colocaba de manera que presentara el fondo con todos sus colores y dibujos a la vista de los espectadores: el aparador era el gran lujo de las casas ricas.

En las recámaras estaban las camas de las señoras, de grandes dimensiones, de maderas finas, bien torneadas y con columnas doradas; sillas de brazos, poltronas aforradas en terciopelo o en damasco; y tarimas con tapetes, arrimadas a las ventanas, llamadas *estrados*, en donde se sentaban las señoras a coser o bordar.



Los muebles del segundo piso eran semejantes a los del primero. En todas las piezas había cuadros de santos al óleo, con sus marcos dorados y con relieves, trabajados unos en España y otros en Quito, y todos de bastante mérito. Tal era, a grandes rasgos, en 1789, la hacienda de Cañasgordas, que pertenecía al muy noble y rico señor Don Manuel de Caicedo y Tenorio, Coronel de milicias disciplinadas, Alférez Real y Regidor perpetuo de la muy noble y leal ciudad de Santiago de Cali. La ciudad tenía esos títulos por cédula Real, y el mismo origen tenían los de Don Manuel de Caicedo.

Sospechamos que a ese sitio se le dio el nombre de Cañasgordas deducido de los extensos guaduales que por allí se encuentran, principalmente a orillas del río Jamundí; pues sabido es que los conquistadores daban ala guadua el nombre genérico de *caña*, y que por ser tan gruesa la llamaban *gorda*. Así se lee en la obra del Padre Fray Manuel Rodríguez, jesuita, hijo de Cali, publicada hace dos siglos y titulada *El Marañón o Amazonas*.



Doña Inés de Lara

Dejamos dicho que las personas que había en la sala de la casa, a la llegada del Padre Escovar eran: Don Manuel, su esposa, sus hijas y Doña Inés de Lara.

El primero llevaba esa noche, sobre sus vestidos ordinarios, que eran: Calzón corto, de paño; con charnela y hebilla de oro en la choquezuela, gran chaleco de terciopelo. Camisa de lino con chorrera en el pecho alechugada y aplanchada, a la que daban el nombre de *arandela* y también el de *gola*. Medias de seda y zapatos negros de cordobán; sobre estos vestidos, decimos, llevaba una especie de bata que le caía hasta cerca de los tobillos, con mangas, no ceñida. Hecha de una tela de lana de colores. Esta ropa talar se llamaba *balandray*, corrupción del nombre castellano *balandrán*; y la hacían también de zaraza para los días calurosos.



Índice

Su esposa vestía camisa blanca de lienzo de lino con tirillas bordadas, de mangas largas hasta el codo, y anchas arandelas bien plegadas al rededor de las tiras y en el extremo de las mangas; follado de bayeta azul de Castilla, medias, zapatos negros, zarcillos pequeños, que eran los de moda, y rosario con cuentas y cruz de oro. El cabello caía a la espalda en una sola crizneja. Sus hijas vestían exactamente lo mismo, solo que el follado era de carro de oro. Tela de lana, rígida y doble. Llamada así, no porque entrara el oro en su tejido, sino porque el fabricante de ella en Flandes había pintado un carro de oro en la puerta de la fábrica. Llevaban, además del rosario, gargantillas de corales y oro. Doña Inés se diferenciaba de sus compañeras en su vestido blanco de seda, con florecillas regadas, de color rosado, y con corpiño de lo mismo, pero no cosido al faldón como se usa ahora, sino desprendido, con mangas largas, angostas de arriba y anchas en el extremo, con guarniciones de encajes, lo mismo que en el cuello. Llevaba recogida su gran mata de pelo, en la parte posterior de la cabeza, formando un enorme nudo o lazo, asegurado con cintas: Este peinado se llamaba el *moño*. Sus zarcillos y gargantilla eran de perlas. En el modo de vestirse esta joven se echaba de ver que había sido educada por personas conociedoras de los gustos de la Corte.

Don Manuel tenía a la sazón un poco más de sesenta años: Era de regular estatura, bien formado, de color blanco, cabellos negros encanecidos ya, ojos negros, frente espaciosa, mejillas llenas y sonrosadas; no usaba bigote ni pera, sino solamente patillas, que le caían muy bien. Era todavía bastante ligero en sus movimientos y de maneras agradables en el trato con sus iguales. Su carácter, de verdadero hidalgo castellano, se prestaba a las acciones más generosas, aunque un tanto desigual, pues tan pronto se manifestaba amable como iracundo.

En materia de linaje estaba muy pegado de su alcurnia y mencionaba con orgullo la larga serie de sus nobles ascendientes, todos los cuales habían ejercido el honroso cargo de Alférez Real, de padres a hijos, y habían recibido de los reyes de España señaladas muestras de distinción, juntamente con su escudo de armas.

Esas distinciones honoríficas que había recibido del Soberano, unidas al esplendor de su raza, a su regular ilustración ya sus riquezas, le daban en la ciudad de Cali y su jurisdicción, una autoridad casi ilimitada; al mismo tiempo que su carácter franco y generoso, su honradez proverbial y el interés con que propendía siempre a toda mejora de utilidad común, le granjeaban gran prestigio entre sus compatriotas y la general estimación. Era de hecho y de derecho

el personaje más importante de la ciudad. Ponía particular esmero, siempre y en toda circunstancia, en defender los fueros y privilegios de su familia y en mantener una valla insuperable entre la nobleza y la plebe: En este particular no transigía. Cumpliéndose este requisito, era amable con todos, a pesar de su aspecto severo; y todo plebeyo, o *montañés*, como se decía entonces, que ocurría a él en algún apuro pecuniario, estaba seguro de que no perdía inútilmente la vergüenza, porque siempre conseguía lo que buscaba.

Doña Francisca Cuero y Caicedo era al tiempo en que la presentamos al lector: Una señora de poco más de cuarenta años, que conservaba todavía bastantes restos de su primitiva belleza. Era buena, dulce y eminentemente caritativa; y lo era por raza, pues todos los individuos de esa familia, eran y habían sido notables por su genial bondad.

Las hijas de este matrimonio no carecían de hermosura: Todas ellas estaban dotadas de buen carácter y habían recibido la educación más esmerada que podía darse en aquel tiempo a una joven noble. Educación que, en resumen, no era gran cosa: Leer y escribir, hilar, coser y bordar, hacer encaje en almohadilla, y tocar el clave: Era este un instrumento musical de cuerdas de alambre, con teclas, algo semejante al piano moderno. A estos conocimientos añadían los necesarios para administrar una casa y gobernar bien una familia.

Pero la persona del bello sexo que más llamaba la atención entre todas las que hemos nombrado, era sin disputa Doña Inés de Lara. Esta joven como de diez y siete años, presentaba el tipo griego en toda su pureza: Rostro ovalado, color blanco de perla, cabellos castaños, abundantes y sedosos. Frente espaciosa, nariz recta como la que los griegos daban a las niñas en sus relieves, cejas negras suficientemente pobladas, labios rubicundos ligeramente gruesos y boca bien



proporcionada, barba redonda con un hoyuelo apenas perceptible en el medio, ojos grandes y rasgados. Con pupila de color de uva y pestañas negras medianamente crespas. Era de estatura mediana, y el cuello y las formas de su cuerpo, que fácilmente se adivinaban bajo sus vestidos, suavemente robustas y bien formadas las mismas con que los escultores antiguos presentaban a Diana la Cazadora. Cierta gravedad en el semblante y la majestad en el andar, la hacían parecer orgullosa. Si el poeta latino la hubiera contemplado cuando paseaba con sus compañeras por las riberas del Lili, habría dicho de ella lo que dijo de Venus:

«En el andar se conocía la diosa»

Inés era huérfana: Su padre Don Sebastián de Lara, noble caballero santafreño, había venido a Cali veinte años antes, con su esposa Doña María Portocarrero y ejercía la profesión de comerciante y pasaba por acaudalado.

En Cali nació Inés; pero Doña María murió dejándola de siete años, y Don Sebastián, llorando siempre a su esposa, había continuado soltero cuidando de su hija única. Inés tuvo pues tiempo suficiente para conocer bien a su madre, pudo gozar de las atenciones y caricias que todas las madres tributan a sus hijos en la infancia y retener la imagen de ella grabada para siempre en su memoria.

Ocho años más tarde se vio Don Sebastián atacado de mortal dolencia, conoció la gravedad de ella y se convenció de que pronto iba a morir. Don Manuel de Caicedo era su amigo íntimo y además su compadre porque era padrino de Inés. Ellos se habían conocido en Santafé, en donde Don Manuel había estado de joven. Esa íntima amistad tenía por fundamento la semejanza de carácter, la honradez acrisolada y la distinguida categoría social de ambos, y se había robustecido con el trato familiar de largos años. Viéndose Don Sebastián a las puertas del sepulcro, llamó a Don Manuel y le habló en estos términos:

—Compadre, conozco que mi enfermedad no tiene remedio y que pronto seré llamado a dar cuenta a Dios de todos los actos de mi vida. Nada me importaría morir, si no fuera porque tengo a esa pobre hija mía, que va a quedar huérfana de padre y madre. Con solo pensar en esto se me parte el corazón. El único consuelo que me queda en tan terrible angustia es la esperanza de que Vuesa merced podrá hacerse cargo de ella y tratarla como si fuera su hija, porque es su ahijada y porque es hija de este su infeliz amigo, que le fue siempre leal y apasionado. Me falta saber si Vuesa merced querrá prestarme tan señalado favor.

—No se preocupe Vuesa merced, contestó Don Manuel. Más de lo justo, por su enfermedad, que no me parece tan grave. Mediante Dios y los cuidados de nuestro excelente amigo el R. P. Fray Mariano Camacho, no tardará en recobrar la salud. Pero si por desgracia sucediera lo que teme, Dios no lo permita, puede contar con que Inés encontrará en mí un segundo padre, no tan bueno como el que pierde, pero sí muy amoroso y muy interesado en su suerte.

—Esa promesa me basta, dijo Don Sebastián. Vuesa merced ha sido siempre para mí un noble amigo, y la palabra que ahora me da tiene el valor de una escritura y de un juramento. Oiga, pues, mi última voluntad: Inés tiene parientes en Santafé, pero ella nació aquí, aquí está sepultada su madre y aquí descansarán también mis huesos; está hecha a las costumbres de esta ciudad y es natural que prefiera vivir en su suelo nativo más bien que trasladarse a otra parte a ver caras nuevas y costumbres diferentes. Yo estimo mucho a los deudos que ella tiene en Santafé, porque todos son personas honorables, pero en ninguno tengo tanta confianza como en Vuesa merced para el caso de confiarle a mi hija.

Don Manuel le dio las gracias por esa prueba de confianza, y el enfermo continuó:

—Creo, compadre, que todo hombre conoce su última enfermedad; lo digo ahora por mí, algo hay en mi alma que me inspira la seguridad de que mi vida se acaba. Sea como fuere, le ruego oiga mí deseo y mi súplica postrera: Hoy haré testamento y lo nombraré a Vuesa merced tutor y curador de mi hija. En mis baúles hallará quince mil patacones, además del valor de las mercancías existentes que no bajará de otro tanto, este es el caudal de Inés, que Vuesa merced manejará como a bien tenga. Pero le ruego la lleve a su casa y la coloque al lado de sus virtuosas hijas, no les dará qué hacer porque es muy juiciosa y recatada. Si Vuesa merced lo creyere conveniente, trate de casarla en tiempo oportuno, con persona que sea digna de ella, pues no permito que manche su ilustre sangre con un enlace desigual. Esto se lo encargo encarecidamente, y sé que Vuesa merced lo cumplirá. Pero en todo caso, el matrimonio ha de ser a gusto de ella, sin hacerle fuerza alguna, para que no tenga motivo de quejarse de mí como de un tirano. Con esto terminó Don Sebastián sus instrucciones, y Don Manuel le repitió la promesa de que en todo respetaría su última voluntad.

Pocos días después se realizaron los fundados temores de Don Sebastián, Don Manuel le hizo un entierro suntuoso, se llevó a Inés a su casa y la confió con grandes recomendaciones a su mujer y a sus hijas; recogió el caudal

perteneciente a la huérfana, vendió por junto las mercaderías y colocó todo el dinero a interés en manos de amigos suyos de probidad reconocida. Debe advertirse que treinta mil pesos en dinero en aquella época, tenían casi tanto valor como tienen hoy cien mil.

Inés, que tantos años había llorado a su madre, siguió llorando también a su padre, a quien había amado entrañablemente. Sin embargo, dada su inmensa desgracia, ningún asilo pudo encontrar mejor que el que le ofreció la familia del Alférez Real; allí fue generalmente querida y era la más contemplada de todas las personas de la casa.

De los bienes de su padre que habían sido dados en venta, solo se reservó para el servicio de recamarera, una criada de la misma edad que ella, con quien había crecido y jugado de niña, llamada Andrea. Era esta una mulata bien formada, de regular parecer, sana y robusta, y adicta a su señora en cuerpo y alma.

El dolor que esta niña había sufrido con la pérdida de sus padres en tan temprana edad, influyó de una manera decisiva en su carácter: No amaba los juegos ni las diversiones; rara vez reía; en su semblante se notaba siempre aquel aire meditabundo que es común en las personas que viven de recuerdos.

Era en realidad de carácter dulce: Trataba con respeto y cortesía a la familia Caicedo, y en Don Manuel tenía cierta especie de confianza debido a que él, por su parte, a pesar de su gravedad genial, no perdía ocasión de manifestarle a su ahijada la sinceridad de su afecto y el vivo interés que tomaba por su suerte. Y no obstante esas atenciones de que era objeto, ella no solo sabía, sino que sentía que era huérfana; porque no hay ser alguno sobre la tierra que tenga la virtud de llenar el vacío que deja en el corazón de sus hijos, una madre que muere.

De esta manera el conocimiento íntimo de su orfandad, comunicaba a su carácter la seriedad propia de la edad madura y la inclinaba a la soledad y al aislamiento.

Diariamente se ocupaba en coser o en bordar; y había veces que sobre la blanca tela en que trabajaba, caían de sus ojos gruesas lágrimas que semejaban gotas de rocío y que le impedían continuar la obra. ¿Por qué lloraba esa joven tan rica y tan hermosa, a quien parecía que no faltaba nada para ser feliz? Pensaba en su madre.

Este permanente estado de su alma hacía que no tuviera gusto en recibir visitas cuando la familia estaba en Cali, y que estuviera siempre poco dispuesta a escuchar galanteos. Siendo, como era, tan bella y tan bien educada, y por añadidura tan rica, era natural que tuviera algunas propuestas de matrimonio; y en efecto, las había tenido: Esas propuestas eran presentadas al padrino, el padrino las trasmisitía a la ahijada, pero la ahijada las rechazaba todas sin admitir discusiones. No había habido todavía un hombre bastante poderoso y afortunado que golpeara con fuerza a las puertas de ese corazón dormido, para que se abriera a las dulces emociones del amor.

Si hubieran vivido sus padres, habría sido dichosa al lado de ellos; y siendo dichosa, tal vez se habría prestado a aceptar los homenajes de alguno de sus apasionados pretendientes; pero habiéndolos perdido cuando más los necesitaba, se sentía muy desgraciada, y en ningún caso hallaba consuelo. Era aun tan inocente, que no había llegado a adivinar que amar es ser feliz. Tal era Doña Inés de Lara y Portocarrero al tiempo en que la presentamos en escena.

Hacía ya dos años que había muerto su padre y estaba incorporada en la familia de Don Manuel de Caicedo.



Daniel

Entre las rústicas cabañas de los esclavos que formaban el cuadro del gran patio de la hacienda, la mejor era la de Fermín, en la cual vivía con su madre.

Esta cabaña, o más bien pequeña casa, era, como las demás, de paredes de guadua y barro con techo pajizo, pero presentaba un aspecto menos humilde y descuidado que el de las otras.

Las paredes, cubiertas con una capa de barro bien alisada, estaban sin grietas, y el techo reparado con esmero. Con esto, el interior quedaba a cubierto del viento y de la lluvia. Tenía puerta de madera con llave, siendo así que las otras la tenían de tabla de guadua, y en vez de llave, se aseguraban con una correa de cuero.

El interior se componía de una salita y un aposento; en la sala había dos anchas bancas hechas de guadua, que servían de asientos, y en una de las cuales dormía Fermín. Una silla vieja de brazos y una mesa pequeña, de las que desechara la casa grande.

En el aposento estaba la cama de la negra Martina, madre de Fermín, y había además un baúl con ropa de la madre y del hijo, y un cuadrito de la Virgen de los Dolores, de muy escaso mérito, pintado en el país. En el suelo, en un rincón de la sala, se veía una silla de montar, de cabeza enorme; con coraza de vaqueta y estribos de palo y, atada a la cabeza, una soga de enlazar, porque Fermín era el principal vaquero de la hacienda.

La negra Martina gozaba en la casa de ciertos privilegios, porque había sido la carguera de los niños, y había vivido mucho tiempo de recamarera en la casa de Cali; cuyo oficio le proporcionó el tener ese hijo que tenía, que se conocía no ser hijo de padre negro.

Martina no se confundía con los demás esclavos; ella tenía ocupaciones especiales adentro (así designaba la casa grande) en el servicio de despensa y cocina.

El roce constante con las señoras y con la gente blanca de Cali le había comunicado cierta finura en el trato y cierta dignidad en el porte, y le había limado un poco el lenguaje.

Jamás había querido casarse, y sus amos aunque se lo habían aconsejado muchas veces, no le habían hecho violencia. Otra cosa hubiera sucedido si Fermín hubiera sido hijo de un negro de la hacienda. De entre todos los esclavos, ella y Andrea eran las únicas que trataban de cerca a la señorita Inés, y ella serán las dueñas de toda la ropa que su ama iba desecharo. Estas dos criadas estaban, pues, siempre mejor vestidas que todas las demás.

Fermín tenía veinticuatro años; los privilegios de la madre se habían extendido hasta él; de suerte que en vez de ir a los trabajos con la cuadrilla, estaba consagrado a la vaquería, a servir de paje a sus señoras, a acompañarlas en los paseos a caballo, y a servirles de mandadero.

La casi igualdad de edades había hecho de Daniel y Fermín dos amigos íntimos. Cuando Daniel llegó a la hacienda dos meses antes, se pagó pronto de ese joven criado que lo trataba con tanto cariño y que en todo momento estaba pronto a servirle. Por lo demás, Fermín era un mulato de agradable presencia, alegre, ágil y valeroso.

Cuando terminó la cena y las señoras se retiraron a sus aposentos, Daniel se dirigió a la casa de su amigo. Ya Martina había despachado sus quehaceres de adentro y estaba remendando la ropa de su hijo, al mismo tiempo que Fermín reparaba los defectos que notaba en su silla de montar, que era el objeto de más estimación que poseía.

—Buenas noches, Martina, dijo Daniel al entrar.

—Buenas se las dé Dios, niño Daniel. ¿Cómo le fue por Cali?

—Me fue bien, como habrá podido decírselo Fermín.

—Siéntese, pues. Fermín, dale un cigarro al niño Daniel.

—Con mucho gusto, dijo Fermín.

Abriendo en seguida una mochila de cabuya que estaba colgada de un clavo en la pared, sacó un pedazo de piel enrollada y la fue desenvolviendo hasta que aparecieron los cigarros.

La tabaqua de Fermín era una larga tira de piel de nutria adobada, en ella envolvía los cigarros de manera que quedaran bien apretados, y luego la ataba con un cordón.

Dio uno de estos a Daniel y tomó otro para sí.

Los cigarros eran hechos por Martina, sin arte, iguales por ambos extremos y con capa arrugada, pero de tabaco exquisito, pues este artículo estaba estancado por el Gobierno, quien lo ofrecía en venta al público de calidad excelente.

Los dos amigos comenzaron a fumar y continuaron la conversación:

—Niño Daniel, dijo Martina, Fermín me dice que mi amo el Padre lo quiere a usted mucho.

—Es verdad, contestó Daniel.

—Sí, madre, lo quiere mucho, repitió Fermín. Si su merced los hubiera visto cómo venían conversando por todo el camino, ¡como si fueran iguales! Mi amo el Padre le decía latines al niño Daniel, y el niño Daniel los entendía.

—Mucho me alegro, dijo Martina, de que mi amo el Padre lo quiera tanto.

—Ya oyó usted, añadió Fermín, que tiene intenciones de hacerlo mercader; será así como Don Fernando el Reinoso, que tiene la más bonita tienda que hay en Cali. ¿Qué más quiere usted?

—Realmente, eso es mucho y yo no soy digno de semejante fortuna.

—¿Cómo llegó usted a tener ese protector tan poderoso? preguntó Martina.

—El Padre iba de vez en cuando a casa de Doña Mariana Soldevilla, mi madre adoptiva y allí me conoció. Un día me dijo:

—Daniel, ¿cómo vamos de escuela?

—Bien, señor, le contesté.

—¿Sabes ya bastante?

—Sí, señor, ya sé algo.

—¿Qué sabes?

—Sé leer en libro y en carta, las cuatro operaciones principales de la Aritmética, las oraciones y la Doctrina Cristiana.

—Veamos cómo lees; toma un libro y ven.

Mi madre, al oír esto, me presentó un librito de oír misa, lo tomé y me acerqué con él al padre; él lo abrió hacia el fin y me mandó que leyera. Sin duda leería bien puesto que se manifestó muy contento, y en seguida me dijo:

—¿No podrás enseñarme tu letra?

—Sí, señor; aquí tengo algunas planas de las últimas que hice.

Luego que vio la letra me preguntó:

—¿Quieres aprender algo más?

—Ojalá pudiera, señor, pero en la escuela no enseñan más que lo que ya sé.

—¿y en qué te ocupas ahora?

—Estoy de oficial de carpintería en casa del maestro Saucedo.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y siete años, según dice mi madre.

—Desde mañana irás al convento todos los días; allí doy lecciones a los novicios y coristas, de varias materias, y tú podrás concurrir a las aulas. Yo hablaré con el Padre Fray Claudio Salcedo, nuestro Guardián, para que te permita la entrada. Yo te daré los libros.

Hace de esto cinco años. En efecto, concurré con la mayor exactitud a las lecciones que daba el padre, hasta hace tres meses.

—¿y cómo hizo usted para venir a la hacienda? preguntó Fermín.

—En Diciembre pasado me dijo el Padre que ya era tiempo de que comenzara yo a ganar algo, y sabiendo que el señor Alférez Real necesitaba un escribiente, me mandó a él con una carta. ¡Si hubieran visto ustedes lo que decía la carta!

Yo la había entregado cerrada al señor Don Manuel, porque así me la dio el Padre; pero Don Manuel, luego que la leyó, me la dio a que la leyera diciéndome; mira lo que mi compadre me dice. Yo la leí y se la devolví avergonzado.

—¿Qué decía, pues, la carta?

—Elogios que no merezco; cosas que no sonaría bien en mi boca.

—Usted es muy humilde, niño Daniel, dijo Martina. Lo cierto es que usted ha caído de pies en esta casa; mi amo lo quiere y cada rato lo llama a su cuarto; mi amo el Padre lo quiere y piensa protegerlo; y mi señora y mis señoritas también lo quieren, pues he visto que lo tratan con mucho cariño. Hasta la niña Inés parece menos triste cuando usted sale a acompañarlas al paseo.

—Madre, observó Fermín, si el niño Daniel fuera blanco y rico, ¡qué linda pareja haría con mi señorita Inés, casándose con ella!

—Calla, Fermín, contestó Daniel poniéndose encendido como una grana; ¿quién soy yo para atreverme a pensar en una señora tan noble, tan rica y tan orgullosa?

—Ya sé que eso es imposible, y por lo mismo digo, *que si fuera blanco*.

—No creas, Fermín, replicó Martina, que con solo ser blanco y rico le fuera fácil conquistar el corazón de esa niña. Ricos y nobles han sido los que la han pedido hasta ahora, y se ha resistido a casarse. La última vez se molestó con ella mi amo por sus repetidas negativas; su merced le decía que las gentes podrían pensar que si no se casaba era porque su merced se oponía, por seguir gozando del caudal que le dejó su padre. Pero ella contestó que si no le permitía vivir al lado de su merced soltera, se iría de monja a Popayán.

—¿De monja? preguntó Daniel.

—Sí, de monja; yo lo oí, porque estaba barriendo allá adentro y no perdí una palabra de la conversación y lo hará el día que menos se piense; conozco muy bien su carácter.

Daniel quedó pensativo, sin decir una palabra más, y sin oír las que le decían.

De repente se levantó diciendo; ya es tarde; son tal vez las once, y mañana es día de misa; y despidiéndose se dirigió a su cuarto.

Ahora nosotros diremos algo más sobre la historia de Daniel, pues si no la sabemos íntegra, sí sabemos más de lo que él sabía.

Daniel, como nos lo ha dicho él mismo, era un pobre huérfano, que no solo no había conocido a sus padres, sino que ni siquiera sabía quiénes habían sido ellos.

Sus recuerdos más lejanos se referían a la casa de Doña Mariana Soldevilla, en donde había visto la luz por primera vez, en donde había sido criado con particular esmero y había crecido y habitado hasta hacía poco tiempo.

Doña Mariana era una señora de buen linaje, viuda hacía muchos años de un español, que no le había dejado otra fortuna que la casa en que vivía y una negra esclava llamada Juliana.

Ella hizo honor a su viudez y llamó la atención de su barrio con la severidad de su vida y su consagración al trabajo.

Ganaba la subsistencia con las costuras que le encargaban los vecinos, hombres y mujeres, pues con tanta habilidad cosía vestidos de mujer, como camisas, calzones y chaquetas, para hombres y niños.

Hacía, además, randa y encajes en almohadilla, y bordaba *catatumbas* en bastidor, trabajos estos últimos que eran bien pagados.

El producto de estas obras le bastaba para su modesta vida, tanto más cuanto que sus vestidos le duraban largo tiempo, por ser de telas españolas de mucha resistencia; su saya y su mantilla de ir a misa, de paño de San Fernando, eran las mismas que había hecho cuando se casó, y todavía las conservaba como nuevas.

Los alimentos eran baratísimos; con cuatro reales pasaba bien la semana, y ella ganaba mucho más. Tenía a la sazón sesenta y cinco años. Veintitrés años antes, muerto ya su marido, a tiempo en que dormía, en las altas horas de una noche muy oscura, golpearon suavemente en la pequeña ventana de su aposento, que daba a la calle, y la llamaron por su nombre. Se levantó al punto, preguntó quién la llamaba, y habiendo conocido la voz, abrió la ventana.

Eran dos mujeres; una de ellas le habló un corto rato en voz baja y trémula por el miedo, porque en ese tiempo no se permitía que persona alguna anduviera en la calle después de que se tocaban las nueve en la gran torre de San Francisco, toque al cual daban el nombre de *la queda*, a estilo de las plazas fuertes.

Doña Mariana, sin despertar a su negra, salió, echó llave a la puerta y siguió acompañada de las dos mujeres, en dirección al Vallano (pues ella vivía en el Empedrado, cerca del convento de la Merced) cruzando calles para no pasar por la plaza.

Una vez en la esquina de San Agustín, tomó por esa calle abajo, y después de caminar varias cuadras y de doblar una esquina, entró con el mayor silencio en una casa de modesta apariencia.

Las dos mujeres eran vecinas, las que, hecho el mandado, la dejaron en la puerta y se fueron a su casa. Pasadas dos horas (serían ya las tres), salió Doña Mariana llevando un envoltorio debajo de la mantilla, y con paso largo a la vez que recatado, volvió a su casa, adonde llegó sin novedad.

Luego que entró, y cerró la puerta con llave, puso el envoltorio en su cama, sacó candela con el eslabón en la yesca de maguey, encendió la pajuela y con la pajuela una lámpara.

Al momento examinó con ansiosa curiosidad lo que iba en el envoltorio; era un hermoso niño acabado de nacer.

Inmediatamente se puso a preparar almíbar para darle en caso de que llorara, y contentísima con lo que ella creía un presente que Dios le enviaba, ya que nunca había tenido hijos, se sentó en un baúl junto a la cama, colocó el niño en su regazo y continuó contemplándolo con tanta ternura como si ella fuera su madre.

Al fin resolvió acostarse, oyendo ya las lentas y sonoras campanadas del alba que tocaban en San Francisco. Besó amorosamente al niño y lo acostó en la cama, diciendo para sí; «¡a buena hora voy a aparecer con hijo pequeño, a los cuarenta y dos años! ¿Qué dirá la gente? Poco importa; esta es una caridad que Dios aprueba. Sobre todo, buena falta me hacía un niño en la casa; la vejez sin muchachos es muy triste. Sí, angelito de mi alma, sé bien venido; mañana te buscaré una nodriza y nada te faltará». Desde entonces ese huérfanito fue el objeto de sus desvelos; lo hizo bautizar, sirviendo ella de madrina, lo puso en la escuela cuando tuvo ocho años, le formó el corazón con cristiana paciencia y trató de tenerlo vestido siempre con alguna decencia, empleando en eso el total de sus ganancias. El niño, por su parte, se hacía acreedor al cariño de su

madre adoptiva, por la dulzura de su carácter, el despejo de su inteligencia, su amor hacia ella y hasta por su hermosura. Siendo el niño único en la casa, y por lo mismo muy contemplado, se desarrolló con admirable precocidad.

Cuando cumplió catorce años, lo puso de aprendiz de carpintero por elección de él mismo, porque decía que ese era un oficio de hombres y oficio limpio.

Tres años después era ya un buen oficial de carpintería, que ganaba un patacón por semana, salario que él entregaba todos los sábados a su madre.

Entonces fue cuando el Padre Escovar comenzó a darle lecciones; pero él, sin perjuicio de sus estudios, pasaba en la carpintería las horas que le quedaban libres.

Por ese mismo tiempo, le hizo saber Doña Mariana que ella no era su madre, noticia que afligió profundamente al pobre muchacho; y le aseguró también que no sabía quiénes eran sus padres, resuelta aguardar el secreto de su nacimiento hasta que el huérfano llegara a su mayor edad, que era la de veinticinco años.

Después, cuando el Padre le propuso colocarlo en la casa del Alférez Real, aceptó con gusto, porque ya sabía un oficio, cosa en que pensaba con orgullo; y porque había aprendido lo que enseñaban en el convento, a saber, la lengua latina con sus clásicos, Aritmética, Álgebra y Geometría, Filosofía e Historia, y nada más; la Teología solo se enseñaba a los que habían de ordenarse. Pero muy pocos sabían entonces todo eso que él sabía.

La propuesta del Padre le halagó mucho, porque sabía que había de vivir en la hacienda, montando a caballo, enlazando ganado, y yendo y viniendo. En su edad, anhelaba por el movimiento constante y por aspirar aire libre.

En la hacienda le daban la comida, el vestido, caballo, montura y cien patacones al año. Esto era para él un partido deslumbrador.

Desde que llegó a la hacienda se hizo el niño mimado de todos, como decía Martina; Don Manuel lo ocupaba en despachar su correspondencia y en sacar cuentas; Don Juan Zamora lo cogía cuando Don Manuel lo soltaba; y Fermín lo recibía cuando lo dejaba Don Juan. Las señoras, que solían dar algún paseo a la caída de la tarde, por los alrededores, lo tomaban por compañero, por el miedo que tenían al ganado que se encontraba por todas partes.

Lo cierto es que Daniel, en esa nueva vida de abundancia, de actividad y de roce con personas elevadas, creía estar en un paraíso, y en un paraíso sin serpiente, pero había cumplido veintidós años, y se hallaba en esa edad poética en que el corazón comienza a abrirse alas instigaciones del amor.

En esa hacienda no había objetos que pudieran satisfacer las aspiraciones de su alma, o los había fuera del alcance de sus fuerzas; esclavos y amos.

El día que llegó por primera vez a esa casa y se presentó a Don Manuel con la carta del Padre Escovar, Don Manuello miró, lo examinó atentamente de pies a cabeza, le hizo varias preguntas y le enseñó la carta del Padre, que Daniel le devolvió avergonzado después de haberla leído.

Don Manuel quedó contento de su examen; el joven le había caído en gracia.

Dirigiéndose ala puerta le dijo; ven conmigo. Entraron en la sala principal y fueron pasando a una espaciosa recámara, en donde estaban las señoras sentadas sobre grandes alfombras en sus estrados, cosiendo unas, y bordando otras.

Don Manuel entró diciendo:

—Vean ustedes este muchacho que me manda mi compadre Escovar con grandes recomendaciones, para que lo coloque a mi lado; dice que es muy bueno y que sabe mucho. Voy a emplearlo como mi escribiente y como auxiliar de Zamora, para que le ayude. ¿No te parece bien, María Francisca?

—Por supuesto, basta con que sea empeño de mi compadre; y cuando su paternidad lo abona, debe de ser bueno.

Daniel, al entrar, saludó inclinándose con respeto y pasó la vista sucesivamente por todos esos rostros nuevos, que por primera vez veía, y se detuvo al fin en el de Doña Inés, cuya portentosa belleza lo dejó deslumbrado. Jamás había contemplado hermosura tan acabada. Cansado estaba de ver en Cali caras femeninas, y ninguna le había llamado la atención; todos eran, por decirlo así, rostros mudos, que nada decían a su alma.

Pero el de Doña Inés, con su habitual circunspección y sin abrir los labios, había conmovido las fibras más íntimas de su corazón. Ella, al presentarlo Don Manuel, levantó los ojos y los fijó en él detenidamente; y esa mirada de simple curiosidad, equivalió para Daniel a un poema entero, a un canto dulcísimo que

sumía su alma en inefable arrobamiento. No hicieron más estrago los lentes de Arquímedes sobre la flota de Marcelo, que el que acababan de hacer los ojos de Doña Inés de Lara en el corazón del inocente huérfano.

Don Manuel regresó a su cuarto, llevándolo consigo. Daniel se arrancó de ese aposento con trabajo, como si su calzado hubiera sido de hierro y de imán el embaldosado.

Ese corazón iba ya herido para siempre de amor, y esa herida no cicatrizaría jamás a no curarla el mismo objeto que la había causado, como sucedía con las heridas que abría la lanza de Aquiles.

Pero era imposible que él llegara a conseguir tal remedio; esa joven era muy alta para él; era uno de los mejores partidos que ofrecía Cali a los señores célebres; por su linaje, por su fortuna y por su belleza; él era un pobre muchacho, obscuro, plebeyo y huérfano.

Pero no se crea que Daniel pensara en nada de esto; él no se daba cuenta de que estaba enamorado. Deseaba volver a ver a esa preciosa criatura, porque sentiría en ello un purísimo deleite, pero sin más aspiraciones.

Don Manuel al regresar a su cuarto quiso que Daniel escribiera, para ver qué tal letra tenía, y después le hizo sacar algunas cuentas con quebrados. Daniel escribía bien y hacía cuentas mejor; de suerte que su nuevo patrón quedó satisfecho y alegre de haber hallado semejante joya.

Salió ala puerta del cuarto y dijo aun paje que permanecía siempre allí esperando órdenes:

—Roña, llama a Zamora.

Un momento después entró Don Juan Zamora diciendo:

—¿Qué manda Vuesa merced?

—Vea usted, Don Juan, este muchacho; sabe leer, escribir y contar y otras muchas cosas; me lo envía mi compadre Escovar; yo lo ocuparé uno que otro día en despachar mi correspondencia, ya usted le servirá para llevar los apuntes y las cuentas de la hacienda. Se lo recomiendo; señálele el cuarto que debe ocupar; y vea que no le falte nada.

—Pierda cuidado Vuesa merced; este mozo tiene que ser bueno, porque tiene buena cara. ¿Cómo te llamas, hombre?

—Daniel, señor, para servir a usted.

—Bien, pues, Daniel, vamos, te enseñaré tu cuarto y te explicaré tus obligaciones. Con su permiso, señor Don Manuel.

—Vaya usted con Dios, Zamora.

Don Juan Zamora era un español de gran talla, muy esforzado y de buen carácter. Era andaluz, y a pesar de eso, en su lenguaje se percibían la c y la z bien pronunciadas con sus sonidos dentales. Los amos lo trataban con mucha familiaridad y lo admitían por la noche en sus conversaciones en la sala; las señoras gustaban de jugar con él a los naipes, juego en el cual siempre perdía porque los muchachos le hacían trampa, mientras que él era incapaz de hacerla. Rígido en el cumplimiento de su deber, era sin embargo afable con los esclavos.

Así eran los demás españoles que había entonces en Cali, que no eran pocos; hombres formales; esclavos de su palabra, celosos de su dignidad. Difícil habría sido ver a uno de estos tocando el organillo en una esquina para ganar la subsistencia. El hidalgo castellano en América, cuando era pobre, en vez de hacer ostentación de miseria, trataba de ocultar su pobreza, y, como dice Cervantes, estando aun en ayunas en altas horas del día, salía a la calle limpiándose los dientes para hacer creer que ya había almorzado.

Los esclavos respetaban a Don Juan Zamora y lo querían, porque no era cruel. Tal era, en resumen, la posición de Daniel en la casa del Alférez Real.



El domingo en la hacienda

Daniel se retiró muy preocupado de la casa de Fermín.

Llegó a su cuarto, entró en él, y volvió a salir al momento. Largo rato estuvo en el corredor, de pie, con los brazos cruzados y mirando al suelo. Después se dirigió a la parte del patio que quedaba al frente de la casa, desde donde se veían las ventanas de los aposentos de las señoras.

Había allí un grueso trozo de madera, puesto en ese lugar para hacer alguna reparación en el trapiche, y en él se sentó.

Miraba constantemente las ventanas de los aposentos, y permaneció inmóvil: ¡quién sabe que pensamiento importuno le ahuyentaría el sueño!

Más de dos horas estuvo en esa situación, hasta que notando que la luna descendía, sacudió esa especie de marasmo en que se hallaba y casi asustado se dirigió a su cuarto, se encerró en él y se tendió en la cama.

A la hora del alba del domingo sonó la campana, tocada por el negro Luciano, capitán de la cuadrilla, y al punto toda la hacienda se puso en movimiento.

Don Juan Zamora, de pie en el gran corredor, con su chaqueta de paño azul, chaleco de lo mismo, pantalones de género aplomado, botas de cordobán y sombrero de paja, y con las manos en los bolsillos de los pantalones, esperaba a que los negros se reunieran en la capilla. A su lado estaba Daniel. En la puerta de la capilla estaba de pie el capitán, a quien todos llamaban el tío Luciano, inspeccionando la entrada de la cuadrilla.

Pronto estuvieron reunidos todos los esclavos, sin faltar uno. Pusieronse de rodillas y rezaron el Trisagio, en el cual hacía cabeza el tío Luciano; terminado este rezo, cantaron una canción que ellos llamaban *el Alabado*, y después, unos versos sin arte, que decían ser *una salve*.

El aire de esas canciones era profundamente melancólico, como es siempre el canto de la esclavitud. Aquel sublime salmo que comienza: *Super flumina Babylonis*: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos acor-dandonos de Sión»

Conviene y convendrá siempre a toda raza subyugada, y mucho más si sufre la esclavitud lejos de su patria.

La voz de los negros era admirablemente melodiosa, de un timbre dulcísimo que conmovía todas las fibras del corazón, y principalmente la voz de las negras jóvenes.

Terminado el rezo, volvieron ellas a sus casitas, y ellos se diseminaron por todas partes, haciendo tiempo mientras tocaban a misa.

Eran las seis de la mañana; a esa hora se notaba ya movimiento de criados en la casa grande, lo que probaba que se habían levantado las señoras.

Don Manuel abrió las ventanas de su cuarto, y al momento entró una criada llevando agua en una fuente de plata; en seguida se afeitó; y concluida esta operación, se sentó junto a una mesa y se puso a leer algunos manuscritos.

El Padre se había levantado primero que todos, acostumbrado como estaba a hacerlo en el convento; había rezado Horas, y estaba paseándose en el corredor del piso alto. Viendo a Daniel que atravesaba por el patio, lo llamó y le dijo: ve si están preparadas las señoras para oír la misa y pregúntale a mi compadre si le parece bien que despachemos.

Daniel fue a informarse y regresó diciendo que todos estaban dispuestos.

Se tocó la campana a misa, y todos los habitantes de la hacienda fueron entrando en la iglesia y ocupando sus respectivos lugares. Las señoras asistieron con sayas y mantos negros y se arrodillaron cerca al altar en gruesas alfombras de lana y seda. Don Manuel, Don Juan Zamora y Daniel, se colocaron en los escaños; a los lados, detrás de los escaños, se colocó la multitud.

La capilla era un edificio de mediana capacidad, pero que sí podía contener más de quinientas personas; era de adobe y teja, blanqueado con cal, de aspecto decente. Tenía coro, púlpito y confesonarios; en el altar había un crucifijo de gran tamaño, que parecía ser obra quiteña, de muy escaso mérito.

El servicio de la sacristía se hacía por las señoras, que ponían particular esmero en tener limpia la ropa y toda la iglesia con aseo; un negro joven, que no sabía leer, ayudaba siempre la misa.

En medio de ella, el Padre explicó el evangelio del día, con la mayor claridad, acomodando su lenguaje a la limitada inteligencia de los esclavos; y terminó encargando a estos la paciencia y la resignación, y advirtiendo a los amos que ellos debían ser los padres y no los verdugos, de esos infelices, a quienes Dios en sus arcanos había colocado en la servidumbre. Concluida la misa, Don Juan y Daniel salieron los primeros y se situaron en el atrio de la capilla para saludar a las señoras. Don Manuel esperó al Padre y al cabo de un rato salió con él.

El patio de la hacienda presentaba en ese momento muy alegre aspecto: los esclavos varones se habían quedado allí, distribuidos en grupos, y todos conversando.

Comentaban a su modo las palabras de consuelo que les había dirigido el Padre; y los consejos de misericordia que había dado a los amos, de lo cual se manifestaban muy agradecidos.

—Qué lástima, le decía el esclavo Matías, negro joven y casado, al tío Luciano; ¡qué lástima que mi amo el Padre no viva aquí!

—Sí, eso quisieras tú, respondía el tío Luciano, porque sabes que estando él presente no se castigaría a nadie.

—Poco le gustaría eso al amo Zamora, que quiere que uno sea un santo y que no perdone nada.

—Eso no es cierto: muchas veces pasa por alto algunas faltas, haciéndose el que no las ve.

—A mí hasta ahora no ha tenido que perdonarme falta alguna, pues siempre trato de cumplir con mis obligaciones.

—Calla, que él no ignora que te vas de noche a Cali a ver baile, y sin embargo nada te ha hecho.

—Y es verdad que sabe eso? dijo Matías sobresaltado: no volveré a hacerlo, tío Luciano.

—Matías! Gritó una negra joven, desde una cabaña inmediata: que vengas a almorzar.

—Voy, contestó Matías. Hasta luego, tío Luciano: ¿qué piensa hacer usted hoy?

—Iré a Cali a comprar un mazo de tabaco; y tú ¿qué harás?

—Estoy comprometido con Jacinto, a ir a cazar una *guagua* con esa perra que compró en Jamundí. Conque, hasta luego.

—Adiós, Matías.

Conversaciones como esta había en cada grupo, aunque en lenguaje bárbaro, porque ningún negro hablaba bien el castellano: Todos ellos eran africanos, o hijos o nietos de africanos. Suprimían siempre la r y la s finales, y aun la r en medio de dicción y se detenían mucho en la vocal final acentuada; a esto se agregaba un dejo en la pronunciación, peculiar a todos ellos.

En la puerta de la capilla le decía Zamora a Daniel:

—Y bien Daniel, ¿cómo se porta el potro rucio?

—Admirablemente, señor Don Juan: es un caballo magnífico, manso, *agUILÓN* y de mucho brío; es un noble animal.

—Por supuesto, ¡si ha sido educado por mí mismo! Es lo que yo digo; no es inferior a los que yo montaba en Andalucía, por eso lo he destinado a tu silla.

—¿Cuánto valdrá ese potro?

—Ese potro no vale menos de una onza.

—Quisiera comprarlo, para que fuera mío en propiedad.

—Está bien: se lo diré al señor Don Manuel, y estoy seguro de que te lo dará.

En ese instante avisaron a Zamora y a Daniel que el almuerzo estaba en la mesa.

Durante el almuerzo, que fue servido con la abundancia y decencia de costumbre, pudo Daniel contemplar a su gusto a Doña Inés, aunque sin saciarse de verla; él deseaba con ansia esas horas de reunión en la mesa, por gozar de ese placer y tener ese consuelo.

Después del almuerzo, Don Manuel se retiró a su cuarto; Daniel se fue con Zamora, a la habitación de este; Fermín almorcaba en la cocina como un príncipe, atendido por su madre y por Andrea, la criada de Inés, que había puesto en él sus ojos, como que era lo mejor que había entre toda la numerosa servidumbre; las demás criadas del interior atendían a sus respectivas faenas; en una alberca del patio de la cocina, estaba tirada toda la vajilla de plata en que se había servido el almuerzo, que pesaba arrobas, para lavarla más tarde; los negros de la cuadrilla se distribuían en diferentes direcciones, ya en grupos, ya aislados, a pasar el día según su gusto. Unos iban a Cali, a tunar o a alguna diligencia, otros al monte a cazar o a hacer leña para venderla en Cali; algunos se ocupaban allí mismo en varias manufacturas de correas o cabuya; y no pocos se acostaban a dormir.

El Padre quedó en la sala conversando con las señoras. Sabiendo que doña Inés era muy adicta a la lectura, le preguntó:

—¿Qué libro está leyendo ahora?

—*El Símbolo de la Fe*.

—Muy bien: léalo usted con mucha atención y despacio: vale más leer poco y meditar mucho, que leer mucho sin meditar nada. La doctrina de Fray Luis de Granada es eminentemente evangélica, y su estilo tan ameno, que nunca cansa.

—Padre, dijo Doña Rosa, quisiera leer las obras de Santa Teresa.

—Las tendrá usted, yo se las enviaré. ¿Quiere usted acaso hacerse monja?

—Tal vez, contestó sonriendo; ¿cómo se llaman esas obras?

—*Las Moradas*, que es la principal, y las *Cartas*. Allí verá también la vida de la santa Doctora.

—Compadre, dijo Doña Francisca, estoy cansada de leer el *Flos Sanctorum* y deseo ya leer otra cosa, por ejemplo la Biblia.

—Ya ha leído Vuesa merced el Nuevo Testamento; el Antiguo no es lectura propia para señoras.

—¿Por qué, compadre? ¿La Biblia toda no es un libro santo?

—Es verdad, pero el Antiguo Testamento, a la vez que refiere las virtudes de los Patriarcas y de otros personajes, cuenta también con la mayor naturalidad y sencillez los errores y pecados del Pueblo de Israel. Además, no hay en Cali, a lo menos que yo sepa, versión alguna en castellano; bástale a Vuesa merced saber de la *Biblia* lo que encuentre en los libros devotos y lo que oiga a los predicadores. Continuaron hablando algo más, siempre sobre libros devotos, pues las señoras de ese tiempo, las que sabían leer que eran pocas, no conocían libros profanos y mucho menos novelas. La única de estas conocida entre ellas, y que leían a escondidas, era el *Gil Blas de Santillana*.

El Padre Escovar se retiró a su habitación, y un momento después se presentó Don Manuel, que acostumbraba siempre visitar a su compadre en su cuarto y conversar con él en la intimidad de dos buenos y antiguos amigos.

Después de haberse cruzado algunas frases, le preguntó el Padre:

—¿Qué sabe de los niños?

—Están bien, según me informa el Rector del Seminario.

—¿Qué estudios hacen ahora?

—El de Humanidades apenas: Joaquín quiere ser abogado, y será preciso mandarlo a Santafé; a Manuel José ya Fernando les ha dado por ser clérigos, lo cual no me desagrada; es bueno que en las familias principales se consagre alguno al Sacerdocio.

—Magnífica es la carrera si la abrazan con vocación y verdadero espíritu apostólico.

—De eso no tengo duda, porque si pudiendo gozar de una brillante posición en el siglo, prefieren las órdenes, será porque se sienten llamados. Lo mismo digo de Rosa, que en vez de pensar en bodas, solo piensa en monasterio. Allá se las haya: si mete la cabeza, no seré yo quien impida su vocación. A propósito, compadre, esa niña Inés me tiene preocupado: muchos caballeros han solicitado su mano ya todos los ha desairado. Ayer recibí carta de Don Fernando de Arévalo en que me pide una entrevista, para tratar un asunto que dice le interesa mucho. Le contesté que nos veríamos en Cali. Estoy seguro de que va a pedírmela; pero yo sé que es tiempo perdido.

—Deje Vuesa merced quieta a esa muchacha, que todavía es muy joven.

—Sí, ciertamente, no ha cumplido diez y ocho años.

—Ya ve, que hay tiempo. Cuando las jóvenes son alborotadas, es prudente casarlas temprano; pero cuando son tan virtuosas y recatadas como las suyas, debe dejárselas hacer su gusto. Si han de ser para casadas, ya llegará día en que se presente un novio, a quien admitirán de grado, sin que tenga que rogarles.

—Dice bien, compadre: María Josefa ha rechazado varias propuestas, y ahora que la pide Don Nicolás de Larraondo, está dispuesta a aceptarlo sin que yo se lo suplique. Por otra parte, yo no quiero que Inés se case con forastero, sino con un hijo de Cali, con persona que yo conozca y cuyo buen linaje sea notorio. De buena gana la casara con uno de mis hijos, pero estos son todos menores que ella. Si la desgracia no me hubiera arrebatado a mi primo Don Henrique, ¡ese sí era un marido digno de ella! Porque ha de saber, compadre, que Doña Inés es una joven de gran mérito, por su talento, su recato y su moderación, además de su alcurnia y su belleza. Hace como dos años vive en mi casa y cada día descubro en ella nuevas prendas: la quiero como si fuera mi hija, y mucho ha de valer a mis ojos el sujeto a quien yo le otorgue su mano. Si viviera Don Henrique, aunque ya no sería muy joven, a él se la daría con los ojos cerrados: es el único hombre que he conocido digno de ella. Pero en fin, dejemos estos recuerdos, que me entristecen y hablemos de otra cosa.

—Sea así, compadre. ¿Cuándo irá Vuesa merced a Cali?

—El jueves próximo me iré con toda la familia ala Semana Santa, como de costumbre, y no regresaré hasta mediados de Abril.

Poco tiempo después se despidió Don Manuel, y el Padre abrió su Breviario.

Antes de la una de la tarde se sirvió la comida; después de la comida, Don Manuel se recogió un rato a dormir siesta, la cual duraba ordinariamente una hora.

Las cinco de la tarde serían cuando el Padre Escovar, después de despedirse de los dueños de la hacienda, montó en la mula retinta y tomó el camino de su convento, acompañado de Daniel y Fermín.



De Cañasgordas a Cali

El jueves siguiente por la mañana estuvo Don Manuel trabajando en su cuarto con Daniel en el arreglo de algunas cuentas. Luego que terminaron le dijo Don Manuel:

—Zamora me ha dicho que te agrada mucho un potro de la hacienda.

—Es verdad señor.

—¿Cuál es ese potro?

—Es uno rucio, que Don Juan ha destinado para mi silla.

—¿Y es muy bueno?

—Es magnífico señor: yo no le encuentro defecto, ni Don Juan tampoco.

—Celebro que sea bueno y que te agrade, para tener el placer de regalártelo. Llévatelo, pues.

—Mil gracias, señor; le agradezco de todo corazón tan hermoso presente.

—Bien. Dile a Zamora que a las cuatro de la tarde saldremos para Cali.

—Está bien señor.

En efecto, a las cuatro de la tarde estaban ensillados los caballos en el corredor. Esperando sus preciosas cargas.

Las monturas de las señoras eran sillones aforrados en terciopelo azul, con bordados de oro en el espaldar. Flicos de lo mismo en rededor, y grandes chapas de plata en los brazos; grandes gualdrapas de paño colorado con bordados de seda; y las cabezadas de los frenos llevaban también chapas y hebillas de plata; las cabezadas se llamaban *jaquimones*, y *mascaron* es los adornos de plata.

Los caballos eran escogidos de entre los mejores y más mansos de la hacienda.

Daniel había tenido la galanería de ensillar su hermoso potro rucio con el sillón de Inés, y se había esmerado en almohazarlo, cepillarlo y peinarlo. Sentía una grata satisfacción al pensar que esa noble y linda dama iba a montar el mismo caballo que él montaba.

El de Don Manuel, que era un vigoroso y manso castaño, estaba ensillado con una silla que tenía dos cabezas, pues el fuste se levantaba alto y curvo adelante lo mismo que atrás, con chapas de plata, lujosas pistoleras y estribos de cobre.

Eran ya cerca de las cinco cuando salieron las señoritas ataviadas para montar; el vestido era la misma basquiña, de burato de seda, y de lana, con un corpiño del mismo género, y mantellina de seda o de paño. Sobre la mantellina se ponía una manta blanca, alistas, de lasque tejían en el Reino; y sombrero blanco de paja, con su funda blanca de lienzo de lino, y una *arandela* al rededor de ella, que daba más sombra al rostro y lo refrescaba, agitado por el viento.

A las cinco partieron. Las criadas del servicio interior con Martina y Andrea habían salido adelante, juntamente con dos negros que llevaban dos cargas de petacas en que iba la ropa de las señoritas, sus libros y sus labores de aguja.

Daniel se desvivía por conversar con Doña Inés, pues aunque hacía ya tres meses que él habitaba bajo el mismo techo que ella, no había tenido el placer de que le dirigiera alguna vez espontáneamente la palabra. Al pasar la quebrada de las Piedras y entrar en ese callejón que hay entre esa quebrada y Meléndez, y que estaba limitado aun lado por carboneros siempre florecidos, y al otro por bosque alto y espeso, trató de emparejarse con ella para hablarle.

Ella iba adelante y él le servía de escudero; las otras jóvenes en medio, a las cuales servía Fermín; Doña Francisca iba la última, acompañada de Don Manuel.

El potro rucio caminaba más que los otros caballos.

Daniel, pues, se atrevió a preguntarle:

—¿Le parece suave el andar de ese caballo?

—Suavísimo, contestó ella, nunca había montado un caballo tan voluntario ni de andar tan reposado; podría llevar un vaso de agua y no se derramaría.

—Así es; en la hacienda no hay otro que camine como él, y es además muy manso.

—Siendo tan suave, debieron ensillarlo para mi madrina.

—Su merced no se acostumbra en otro sino en su retinto, porque ya lo conoce, aunque ese es de andadura.

—Entonces deben destinarle este, que es mucho mejor; indíqueselo a Don Juan Zamora.

—Ese potro es el mío.

—¡Ah! ¿Este es el de usted?

—Sí, señorita.

Ella guardó silencio y él no se atrevió a decir más.

Continuaron su camino felizmente; a eso de las seis y media entraron en la ciudad, ya un rato estaban en su casa de Cali, que era la que queda diagonal a la iglesia de San Pedro con la plaza de por medio. Luego que se desmontaron, se dirigieron a sus habitaciones interiores, y desde ese momento estaba Daniel allí de más.

Fermín y los otros criados desensillaron los caballos, guardaron las monturas en un cuarto destinado a eso, rabiataron las bestias unas de otras, y se dispusieron a partir.

Entonces se le oprimió el corazón a Daniel; iba a separarse del objeto de su adoración, por la primera vez después que la había conocido, ya volver a la hacienda, en donde tendría que vivir sin verla durante muchos días.

Le era forzoso partir; entró en el cuarto de Don Manuel a pedirle órdenes, y este le dio las que creyó convenientes; entró en seguida en las habitaciones de las señoritas a despedirse.

Dirigiéndose a Doña Francisca, le preguntó:

—¿Tiene la señora alguna cosa qué mandarme, pues ya me voy?

—Ninguna, Daniel.

—¿y las señoritas?

—Tampoco, contestaron a la vez; pero Doña Inés nada contestó y se limitó a mirarlo un momento.

—Entonces, con su permiso.

—Vaya con Dios, Daniel. Y Daniel se separó de allí como un cuerpo sin alma. Había oscurecido ya.

Al salir a la plaza, ordenó a los criados que se fueran para la hacienda, y él con Fermín se dirigió a la casa de su madre.

Siguió la calle que va de la plaza a la Merced, y al llegar a la plazuela dobló sobre la izquierda. En esa cuadra, a mano derecha casi al llegar a la esquina, había una casa bastante vieja con un pequeño zaguán, y con dos ventanas; una volada, en la sala, y otra rasa, pequeña, al nivel de la pared, en el aposento.

La ventana de la sala estaba ya cerrada, pero se veía que había luz adentro y se oía que en ese instante, que eran las siete, estaban allí rezando el rosario, como era costumbre en toda la ciudad a esa hora. Tuvieron que esperar largo rato, porque Doña Mariana Soldevilla, además de que rezaba muy despacio, adornó su rosario con otras muchas oraciones.

Al fin concluyó el rezo.

Daniel dio un golpe en el portón, que era de palos sin labrar, colocados verticalmente uno al lado de otro y fijados con clavos. Al punto salió la tía Juliana abrió la puerta y viendo a Daniel dijo en voz alta: Es el niño. Daniel saludó con cariño a la negra vieja y se acercó a su madre que lo esperaba en el corredor.

—Hijo. Le dijo ella. No te esperaba, pues no sueles venir sino los sábados, y hoy es jueves.

—Sí, madre, pero el señor Don Manuel se vino hoy con toda su familia a pasar la Semana Santa, y Fermín y yo hemos venido acompañándolos.

—Desmóntate pues; desmóntate Fermín; Juliana, prepara la cena.

La negra se fue a la cocina; Doña Mariana se puso a preparar la mesa, mientras que Daniel y Fermín ataban sus caballos a un naranjo que había en el patio.

No pasó mucho rato sin que Doña Mariana y su criada se presentaran en la sala llevando una bandeja llena de carne asada y pan de maíz queso, chocolate y dulce.

—Fermín, dijo Daniel, ven a cenar.

—¿En la mesa? contestó Fermín; ¿cómo voy yo a comer en mesa? ¡No faltaba más!

—No te afanes. Daniel, dijo Doña Mariana, que él cenará ahora con nosotras; cena tú.

Fermín se fue a la cocina, al lado de la tía Juliana, y sentado en un banco de madera, cenó a su gusto. Después de la cena. Daniel informó a su madre de lo bien que lo pasaba en la hacienda, del cariño que todos le tenían y del regalo del caballo que ese mismo día le había hecho Don Manuel, informe que señora y criada oyeron con sincero placer.

Daniel convidó a Fermín para ir a dar un paseo por la ciudad mientras daban las nueve y al estar en la calle le dijo:

—Deseaba salir por fumar un cigarro.

—¿Y por qué no lo encendió allá adentro?

—¿Delante de mi madre? ¿Estás loco?

Fermín sacó candela en su eslabón, utensilio que siempre llevaba consigo; uno y otro encendieron su cigarro y tomaron calle abajo en dirección a la plaza. Daniel quería volver a pasar por las ventanas de esa casa en que estaba Inés.

Detúvose largo rato en la esquina, escuchando, con la esperanza de oír su voz, pero nada oyó. Bajaron algunas cuadras más, ya un momento estuvieron en el mismo punto.

Cerca de las nueve, Daniel, a quien la pasión no le hacía olvidar su deber, dijo a Fermín:

—Vámonos, que ya pronto tocarán la queda.

—¿Eso qué le hace? Demos un paseo por el Vallano, quizá habrá por ahí algún baile y vemos bailar un rato.

—No nos expongamos; después de la queda sale el Alcalde con la ronda a velar por la honra de Dios, y si nos encuentra nos llevará a la cárcel. ¡Qué vergüenza para nosotros!

—Eso no es fácil, porque Don Andrés Camarada anda con linterna.

—Sí, pero a veces la apaga, y hasta suele desaparecer, sin que nadie sepa en dónde se metió. Ya se ve; ¿al Alcalde quién lo ronda? Vámonos, Fermín: la obligación antes que todo.

Al llegar a la puerta de la casa, dieron las nueve en la grande y sonora campana de San Francisco. Montaron prontamente en sus caballos, se despidieron y tomaron por esa calle abajo en dirección al llano, sin atravesarse una palabra.

Cuando llegaron a la Chanca detuvieron el paso. Fermín dijo entonces a Daniel:

—Hace días he querido decirle una cosa, y no me he atrevido.

—Dila, Fermín, sea lo que fuere.

—Lo que quiero decirle es que usted ama a mi señorita Inés.

—¿De dónde sacas eso? ¿Me crees tan estúpido que vaya a levantar mis pensamientos a tanta altura?

—Yo no sé si será estupidez, pero la verdad es que yo he descubierto que la ama, y mucho, y sin esperanza.

—Dime ¿en qué lo has conocido?

—En que usted, cuando va donde mi madre, no habla sino de ella, aunque no venga al caso; en que usted, cuando la alcanza a ver, se queda inmóvil, contemplándola, como si viera un santo en una procesión; en que hace días suspira mucho y anda triste y pensativo; en que hoy le dio su caballo para que viniera a Cali; ¿por qué no se lo dio a mi señora, que es de más respeto? y en que esta noche fue dos veces a situarse frente alas ventanas de la casa en donde está ella, y allí permaneciera toda la noche a no ser por el temor de la ronda. No debiera yo meterme en sus asuntos; pero sí quiero que sepa que puede contar conmigo, porque la verdad es que mi señora Doña Mariana no podrá quererlo más que yo, y que estoy dispuesto a dar por usted mi vida, aunque ciertamente la vida de un esclavo vale bien poco.

—No, Fermín, no hay tal amor; sin embargo, te agradezco tus afectuosas palabras, y te aseguro que yo también haré por ti cuanto esté en mis manos.

Luego, para cambiar de conversación, preguntó a Fermín:

—Ahora, dime tú: ¿no amas a nadie? ¿No piensas en casarte?

—¿Casarme? ¡Jamás! Mi madre me ha dicho que viva y muera soltero; que a su merced le duele haberme dado la vida; que es muy doloroso tener hijos esclavos, en quienes manda otro y no la madre, ya quienes castiga otro a pesar de la madre.

—¡Cómo se conoce el buen juicio de Martina! Yo, si fuera esclavo, nunca me casaría, aunque también es cierto que siendo libre como soy, jamás me casaré.

—Y usted ¿por qué no? ES hombre libre y puede buscar una muchacha libre y de su clase; estoy seguro de que ninguna lo desairaría. Haga la prueba y verá.

—No, Fermín, ¡nunca! Estoy resuelto a morir soltero.

—¿No le digo? ¡Niéguelo todavía! ¡Y qué lástima! Si usted fuera blanco y rico, se casaría con mi señorita Inés, nos compraría a mí ya mi madre; yo le serviría a usted, y mi madre a mi señorita Inés. ¡Qué felices seríamos!

—No hables disparates. Lo que has de hacer es decirme si a pesar de que estás resuelto a no casarte, ¿no hay por ahí alguna mujer que te guste?

—Eso sí; y aunque usted no tiene confianza en mí para confesarme su secreto, yo sí la tengo en usted; la única muchacha que me gusta y con quien me casaría si ella y yo fuéramos libres, es Andrea.

—¿Andrea? ¿La criada de Doña Inés?

—La misma; y no es por vanagloriarme, pero es la verdad que ella me quiere tanto a mí como yo a ella. ¡Si viera usted cómo me atiende! Ya sabe que yo como en la cocina de la casa grande, porque mi madre pertenece a las criadas del servicio interior: ¡si viera usted cuánto me cuida! Los pañuelos que la señorita le regala, me los da a mí. Vea este, que me dio ahora al despedirme de ella en Cali.

Diciendo así, sacó del bolsillo un pañuelo blanco de fino cambray, todavía perfumado, y se lo enseñó. Daniel lo tomó, lo desdobló y observó al tacto que además del bordado tenía ciertas protuberancias que podían ser letras.

—Estos pañuelos blancos, dijo Daniel, son muy buenos para atarse uno la cara, cuando le duelen las muelas, ya mí suelen dolerme. Si quieres, cambiamos; toma este que es de seda, y me das el tuyo.

—No es necesario cambio, niño Daniel; tómelo usted, yo tengo mucho gusto en cedérselo.

—No, hombre, recibe el de seda, que es nuevo, muy fino y regalo de mi madre, y te sirve para regalárselo a Andrea; no es justo que ella te obsequie siempre con algo, y que tú nunca la obsequies con nada. El hombre debe darle a la mujer, que no la mujer al hombre; eso es lo natural y lo decente.

—Tiene razón; admito su pañuelo para darme esa lucida con Andrea.

Daniel se acercaba el pañuelo blanco a las narices, como para olerlo, y más que por olerlo, era por besarlo. Al fin lo dobló con religioso respeto y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Ya no se creía tan desgraciado.

¡De cosas así tan pequeñas e insignificantes, se forma las más de las veces la felicidad del hombre!



Cali en 1789

Cali no tenía en aquel tiempo la misma extensión que tiene ahora, ni menos el número de vecinos que cuenta actualmente. Según el riguroso empadronamiento hecho en 1793. El recinto de la ciudad solo contenía seis mil quinientos cuarenta y ocho habitantes; y de estos, mil ciento seis eran esclavos. Sabido es que Cali fue fundada el 25 de Julio de 1536 por el Capitán Miguel López Muñoz, de orden de Don Sebastián de Benalcázar; que fue la ciudad que más prosperó de todas cuantas los españoles fundaron en el Valle; y que en poco tiempo llegó a ser muy populosa; pero que después muchas familias principales se trasladaron a Popayán en busca de mejor clima.

En ese año, pues, de 1789, la ciudad se extendía desde el pie de la colina de San Antonio hasta la capilla de San Nicolás, y desde la orilla del río, hasta la plazuela de Santa Rosa. Ese extenso barrio que existe hoy desde la plazuela hasta el llano, es enteramente moderno.

Aunque el área de la población era grande, los edificios no eran tantos como podían caber en ella; porque había manzanas con solo dos o tres casas, cada casa con un espacioso *solar*; y cada solar sembrado de árboles frutales, principalmente cacao y plátano y algunas palmas de coco. Los árboles frutales eran los mismos que hay ahora, con excepción del *mango* que no era conocido todavía.

Casi todos los solares estaban cercados de *palenques* de guadua, y solo uno que otro, pertenecientes a los vecinos más ricos, tenían paredes de tapia, aunque muy bajas.

No había empedrados sino al frente de algunas de las casas de la plaza y en algunas calles inmediatas a ella, en la parte de arriba; esta circunstancia hizo que se le diera a ese barrio el nombre de *El empedrado*. El resto, y todo el Vallano, carecían de ellos. En tiempo de lluvias se formaban en las calles profundos lodazales; pero los caballeros y las señoras usaban altos zuecos de madera, y andaban en ellos por el Iodo con asombrosa agilidad.

En los meses de Julio y Agosto de 1787 estuvo de visita oficial en Cali Don Pedro de Beccaria y Espinosa, Gobernador de Popayán, y expidió un decreto en el cual ordenó se empedrara el frente de todas las casas, en especial las de

la plaza, y daba la siguiente razón; «para que en las procesiones que andan al rededor de dicha plaza, no vayan, tanto los sacerdotes como las demás personas que a ellas concurren, pisando el barro».

Había entonces las mismas iglesias que hay hoy, porque aunque tenemos como nuevos los templos de San Francisco y de San Pedro, consagrado el primero en 1828 y colocado el segundo en 1842, estaban en servicio en lugar de estos, la iglesia vieja de San Francisco y una capilla en donde está hoy la matriz, y que servía de parroquia! Había además la de Santo Domingo, que ya no existe.

Cinco conventos de frailes tenía la ciudad; San Francisco. Santo Domingo. San Agustín, la Merced y San Juan de Dios.

Este último con su hospital, estaba situado cuadra y media arriba de la plaza, y había sido fundado en 1758 por Don Leonardo Sudrot de la Garde, francés, casado en Cali con Doña Francisca Paula Ramos. Costóle mucho trabajo hacer esa fundación, porque ella, ¡cosa increíble! Tuvo enemigos; pero al fin alcanzó de! Rey Fernando VI la Real cédula necesaria para llevar a cabo su propósito.

Además de esos conventos existía ya el Beaterio, casa de asilo, fundada en 1741 por el respetable sacerdote Fray Javier de Vera. Prior de San Agustín, y concluida por el presbítero Tomás Ruiz Salinas. Esa casa era la que sirve hoy de hospital de San Juan de Dios, edificio que las beatas cambiaron después por el convento de la Merced en donde están ahora. La comunidad se compone, por su institución, de mujeres y niñas honestas, que quieren vivir recogidas, entregadas a ejercicios devotos y al trabajo para ganar la subsistencia. Ellas se consagraban también a la enseñanza de niñas, y allí era la principal escuela que para ese sexo había entonces.

El gusto en la construcción de las casas está todavía a la vista; las principales tenían una pequeña pieza de alto, con un balcón volado, figurando un corredor con sus gruesos pilares; los halares sin canecillo; las aceras sin embaldosado; las puertas en el interior, en los rincones, a fin de que quedaran espacios suficientes para colocar grandes escaños; una o más ventanas en la sala, voladas, con balaústres torneados, pero generalmente desiguales, unas de otras; el aposento siempre oscuro, porque la única ventana que tenía y que caía a la calle, era pequeña, alta y rasa, para evitar los coloquios posibles entre los mozos y las muchachas en las altas horas de la noche; en la esquina más notable de la

sala estaba el aparador, construcción de ladrillo o adobe, con tres nichos en la parte baja en donde se colocaban las tinajas de barro cocido, con dibujos en relieve; y una gradería de los nichos para arriba en donde se colocaba la vajilla y la loza de China.

Los muebles eran grandes escaños de guanabanillo, sillas de brazos, poltronas y estrados o tarimas. Los que tenían ejecutorias de nobleza, grababan su escudo de armas en los guadamaciles de las sillas; y todos tenían canapés forrados en vaqueta, con patas doradas, figurando las de un león o las de un águila, con una bola entre las garras.

En la esquina exterior de algunas casas del centro de la ciudad, había un nicho en la parte alta de la pared, y en ese nicho, la imagen de un santo, a veces en estatua; allí se encendía un farol todas las noches.

El río no tenía puente permanente. Cada año se hacía uno de madera y guadua un poco más abajo de la Ermita, que las crecidas, al entrar las lluvias, se llevaban por delante, dejando cuando más los horcones. Él tenía entonces doble cantidad de agua de la que hoy tiene, y no había sino tres puntos o pasos por donde era fácil vadearlo; en el resto de su curso, llevaba rápida corriente y tenía mucha piedra.

La merma de aguas que han sufrido muchos ríos en el Cauca, es un fenómeno notorio a todas las personas de edad avanzada. Muchos riachuelos que fueron conocidos con agua permanente, se han secado del todo.

En el otro lado del río había solamente tres o cuatro casas en forma de quintas o pequeñas haciendas algunas con plantaciones de caña y trapiche. El resto de todo ese terreno estaba cubierto de guayabales, que comenzando en el Charco de la Estaca iban a terminar en Menga.

Habiendo como había, tantos clérigos regulares y seculares, el número de Sacerdotes que decían misa diariamente, pasaba de cuarenta. En los testamentos de aquel tiempo vemos que los moribundos ricos disponían que, al morir, se les dijeran veinticinco o treinta misas de cuerpo presente; y se las decían.

La influencia del clero regular era grande; la ciudad en sus costumbres parecía un convento; la piedad era general, y se hacía alarde de ella, por nobles y plebeyos; todas las familias se confesaban varias veces en el año, y forzosamente

en la cuaresma, porque había excomunión por un canon del Concilio IV de Letrán, confirmado por el de Trento, para los que dejaban pasar años sin cumplir con el precepto anual. Los que morían sin confesión pudiendo confesarse, perdían la mitad de sus bienes; que se destinaba a la Real Cámara, por una ley de Indias. Por fortuna, ninguno daba lugar a que se le aplicaran tales leyes.

Todos sabían cuándo era día de ayuno, y en efecto ayunaban. En toda dificultad, toda desavenencia y toda desgracia que ocurría en las familias, era un fraile el consejero obligado.

De esa influencia benéfica, de las prédicas constantes y del buen ejemplo, resultaba que las costumbres públicas eran severas; que los delitos eran raros, que se pasaban años sin que hubiera que lamentar un homicidio ni un robo. Algunos años antes de la época que describimos, fue juzgado un vecino por el hurto de una novilla; se le condenó a presidio, y después del presidio, a destierro; y antes del presidio y del destierro le cortaron las orejas.

En esos tiempos, el correo de Cali a Popayán era un vecino de Jamundí y solía conducir grandes sumas en oro o plata; salía por la tarde, se quedaba tomando aguardiente en la Chanca, y el caballo con su carga de dinero seguía por el camino real, poco a poco; las gentes se apartaban de él con respeto, porque veían las armas del Rey en la valija.

El caballo llegaba a la casa de su amo, en donde la mujer del correo le abría la puerta y lo descargaba. Esos ancianos serios, que existen todavía aunque ya en pequeño número, honrados, piadosos, esclavos de su palabra, respetuosos con la autoridad y con todos, son resto de esa generación que se educó en aquellos tiempos y por aquellos frailes, principalmente por los de San Francisco, que gozaron siempre de intachable fama, y cuyo convento era considerado como semillero de santos y de sabios. La generación actual alcanzó todavía una muestra de la calidad de esos hijos de San Francisco, en el venerable sacerdote Fray Damián González, y en los tres o cuatro que están asilados hoy en una parte del edificio que fue su convento.

Los habitantes de Cali estaban divididos en tres razas; blancos, indios y negros; o sea; europeos, americanos y africanos. De estas resultaban las siguientes variedades; el mestizo, hijo de blanco en india; el mulato, hijo de blanco en negra o viceversa; y el zambo, hijo de negro en india, o de indio en negra. Los blancos de la raza española tenían para sí todos los privilegios y preeminencias; después de estos, los más considerados eran los mestizos, que hacían alarde de descendencia de españoles; a estos se les daba el nombre de *montañeses*. Los demás eran iguales en la humildad de la categoría; pero la del esclavo era, como es claro, la más triste. Los plebeyos que no eran mestizos, eran llamados *monteras*.

Toda familia regularmente acomodada tenía una esclava por lo menos, para el servicio doméstico; la cocinera era siempre una negra. Estos esclavos ciudadanos lo pasaban mucho mejor que los de las haciendas, que vivían al remo del trabajo y tratados en algunas de ellas con crueldad. Había amos de terrible fama, con los cuales eran amenazados los criados que no querían portarse bien. Con que un señor de esos bonachones dijera a su sirviente; «te vendo a don Fulano», bastaba para que se corrigiera en el instante. Esos esclavos, cuando sus amos eran de buen carácter, llegaban a amarlos tan sinceramente, que habrían sido capaces de morir por ellos; y justo es confesar que había amos que trataban a sus esclavos no como a tales, sino como a hijos.

Los nobles vivían orgullosos de su linaje y miraban con desdén a la plebe; la plebe por su parte estaba acostumbrada a reconocer esa distinción y se sometía resignada porque no podía hacer otra cosa. Los criados de una casa solían entrar en pendencia con los de otra, disputando sobre la nobleza de sus amos; cada criado sostenía que la del suyo era de mayores quilates que la del otro.

Cuando a un vecino se le escapaba tratar con el título de *don* a alguno que no fuera noble, lo cual era muy raro, al punto se levantaban mil voces entre los plebeyos mismos, reclamando contra esa mentira; ¿quién le dio el don? decían; su padre era *ñor* y su madre *ña*. Estas dos partículas son evidentemente resto o contracción de las palabras *señor*, *señora*, que al aplicarlas a un plebeyo, no las pronunciaban íntegras para hacer notar que aquellos a quienes se las acomodaban no eran tal *señor* ni tal *señora*. Entre los nobles no todos sabían leer y escribir; y entre los plebeyos muy pocos. Algunas señoras leían en libro, pero no en manuscrito; sus padres les impedían que aprendieran a escribir, para que no tuvieran ocasión de enviar o de recibir cartas de amores.

Y sin embargo, ellas atendían a sus intereses aprendiendo a escarabajar en hojas de plátano en lugar del papel, y con un punzón de madera en vez de pluma, y poniendo por muestra una página del Cuotidiano. Al fin, bien que mal, concluían por hacer letra de imprenta, y es fama que con esto les bastaba. No había médicos facultativos; los frailes, especialmente los de San Juan de Dios, hacían el oficio de tales. Había una o dos boticas, en que se vendían tres o cuatro ungüentos, cuatro o cinco purgantes, y nada más. Si no había médicos, sí había abogados, graduados en Santafé o en Quito, y todos ellos de las principales familias.

No había colegios; los hijos de los pobres solían aprender algo con los frailes. A los colegios de Santafé y de Quito solo iban los hijos de los nobles, para lo cual se hacían informaciones de *limpieza de sangre*. Nadie deliberaba sobre asuntos de gobierno; todo mundo obedecía ciegamente, y el prestigio de la autoridad era inmenso. No pudiendo hacer la guerra al Rey, posibilidad que ni siquiera sospechaban, se la hacían las familias entre sí por las preeminencias de nobleza.

El pueblo vivía en la abundancia y parecía ser feliz. Todo vecino sabía que, manejándose bien, moriría en su cama y no en la guerra; que el fruto de su trabajo le pertenecía en absoluto; que podría dejarlo en herencia, con toda seguridad, a sus hijos; y que ni el Rey mismo podía arrebatarlo. A fines de 1793 se exigió un donativo voluntario a todo el Nuevo Reino, para ayuda de los gastos de la guerra que el Rey Carlos IV declaró en ese año a la Francia, a consecuencia de la ejecución de Luis XVI. Las autoridades de Cali nombraron comisionados para colectar ese donativo en toda la ciudad y su jurisdicción, desde el río de Ovejas hasta Roldanillo. Todos los habitantes de ese dilatado territorio se esmeraron en probar su amor y su adhesión a su Majestad; y al fin de la colecta, resultó que se había reunido la cantidad de... novecientos once patacones; Como los contribuyentes eran quince mil, había correspondido amenos de medio real por cabeza, y eso que el Alférez Real, Don José Micolta y Don Miguel Umaña dieron a cien patacones cada uno. El Rey se contentó con esa suma sin exigir un real más.

En los libros del archivo del Ayuntamiento vemos cuán barata era la subsistencia; una arroba de carne valía cuatro reales, o menos; un real los plátanos y un real la leña que podía cargar una bestia; un *novillo* para pesar, seis pesos, y una vaca cuatro; un caballo regular importaba ocho pesos, y si era magnífico, una onza. El Cabildo ponía los precios a los artículos alimenticios de primera necesidad y designaba las personas que habían de abastecer de carne a la ciudad cada año.

La vida de los caleños en aquella época era bien parecida a la vida que hoy se vive, si exceptuamos el oficio de la política, y el negocio de las revoluciones, que eran desconocidos entonces. El movimiento comercial era limitadísimo, y el país producía mil veces más de lo que alcanzaba a consumir.

Por lo demás, los nobles y los ricos vivían consagrados al cuidado de sus haciendas o de sus tiendas de mercancías (que eran muy pocas) o al desempeño de empleos civiles; los plebeyos trabajaban en la ciudad como artesanos, o en el campo como agricultores, o aquí y allá como jornaleros; o traficaban con otros pueblos, principalmente con el Chocó.

Gran parte de su tiempo lo consagraban a las fiestas religiosas que eran muchas; en los días festivos, que eran en mayor número que hoy, después de la misa mayor, se entregaban con frenesí al juego de gallos, y allí se mezclaban nobles y plebeyos. Desde aquellos tiempos hasta el presente, los jugadores de gallos han constituido un gremio especial; todos ellos se conocen íntimamente, se buscan, se estiman, se protegen y son amigos a vida y a muerte.

Los ricos llevaban a la casa del juego de gallos (pues ya había gallera) grandes talegos de plata sellada; conducidos por un criado; unos apostaban cantidad determinada; y otros, lo que podía contener un *mate* lleno, que llevaban al efecto como medida. El valor de las apuestas era exagerado, porque los nobles iban al repiquete; y no era raro que algunos quedaran al fin completamente arruinados.

Cali era entonces la ciudad de las palmas; y en esos altísimos y elegantes vegetales anidaban los *coclies*.

Estas grandes aves formaban allí por las tardes ruidosas algarabías, como las cigüeñas. Ese canto, o ese ruido, ha sido siempre grato al oído del caleño; hemos visto a uno de estos, lejos de su patria, llorar de nostalgia, por haber oído cantar a un coclí.

Estando la ciudad tan ventajosamente situada, el viajero que se dirigía a ella, la alcanzaba a ver desde dos o tres leguas de distancia, cubierta de árboles; sobre los árboles se destacaban las palmas en un gran número y en toda su gentileza; y por entre las palmas se distinguían los blancos campanarios de sus iglesias. Cualquiera hubiera creído tener a la vista una ciudad oriental, tal vez Bagdad, coronada de palmeras y minaretes.



Diremos por último, que Cali recibió el renombre de «Muy noble y leal ciudad», por Real Cédula de los 70, y que desde 1559 recibió Escudo de Armas.

Como una curiosidad consignamos aquí la descripción de ese escudo.

Dice el Rey Don Felipe II:

«Es nuestra voluntad que ahora y de aquí adelante esa dicha ciudad haya y tenga por sus armas conocidas, un escudo que dentro de él tenga siete mogotes de color de tierra, siendo el de en medio el más alto; ya la mano derecha de la parte abajo, esté una ciudad de oro entre dos ríos y árboles verdes, y en lo bajo de tal escudo, esté un puerto de mar con una nao surta a la boca de un río que sale del mogote y entra a la mar; y otras naos en el río arriba, con unas canoas con sus remos, en aguas azules y blancas, según y como va pintado y figurado en un escudo como este. Cuyas dichas armas damos a dicha ciudad por su divisa señalada, para que las pueda traer y poner y traiga en sus pendones, escudos, sellos, banderas y estandartes».

Se ve que Don Felipe ignoraba completamente la verdadera topografía de Cali, pues que la supone sentada en la orilla de la mar.

La Pascua

La familia Caicedo se había trasladado a Cali con anticipación para cumplir con el precepto de la comunión anual. Don Manuel era el primero en dar ejemplo de obediencia a las leyes de la Iglesia. La pascua caía ese año el 12 de Abril, y estaban corriendo ya los últimos quince días de la cuaresma. La ciudad entera estaba entregada a la devoción y al ayuno. Las iglesias, particularmente las de los conventos, estaban todo el día colmadas de mujeres que iban a confesarse; así como los claustros se llenaban de hombres por la noche. Esos claustros eran alumbrados por faroles colocados en las esquinas; allí, en esos largos, opacos y silenciosos corredores, ponían los frailes sus sillas de brazos, a prudente distancia unas de otras, y sentados en ellas iban oyendo y absolviendo a los penitentes.

Esto se hacía todas las noches desde las ocho en adelante. Cuando la cuaresma estaba para terminarse, era tanta la afluencia de gente de los campos, que no alcanzaban a despacharla temprano, y tenían que prolongar el trabajo hasta las once de la noche.

En ese año era Cura de Cali Don José de Rivera.

No había iglesia parroquial bastante capaz para la celebración de los oficios religiosos de la Semana Santa, que era la fiesta más concurrida de todas las del año. La iglesia de San Pedro, que era la Matriz, se había caído hacía mucho tiempo, y estaban apenas comenzando a reedificarla, en cuya empresa ayudaba el Cabildo de una manera eficaz. Esa reedificación se empezó en 1781 y no vino a terminarse hasta 1842, gracias a los esfuerzos del benemérito franciscano Fray José Ignacio Ortiz.

En ese año las paredes y las columnas solo tenían dos varas de altura, como consta de un examen que se hizo entonces. En donde hoy es la sacristía, había una pequeña capilla que en los días comunes servía de parroquial. El solar de la iglesia estaba lo mismo que hoy, solo que, al lado de la plaza, había unas tiendas pertenecientes al Cabildo, que las había edificado, en las cuales vivían algunas mujeres que vendían comestibles, aguardiente y cigarros; la parte del centro era el cementerio de los pobres; los ricos eran sepultados en el recinto de la iglesia.



La iglesia de San Agustín fue elegida por el Doctor Rivera para la celebración de la Semana Santa.

Esa fiesta se hacía entonces lo mismo que ahora; bendición de ramos, traídos del palmar de Yunde; canto de maitines por la tarde en los conventos; sermón del *Lavatorio*, de *Tres horas* y del *Descendimiento*; procesiones de Santos, por las noches, por calles llenas de fango, etc., pero todo con mucha devoción y recogimiento.

Solo había las siguientes diferencias: Los *animeros*, que salían en altas horas de la noche, vestidos de hábito y capuz negros; estos se detenían en cada esquina, tocaban una campanilla y con voz lúgubre ya grito herido pedían:

«Un padrenuestro por una alma que estaba en pecado mortal, o por un gran pecador que estaba agonizando».

Esos gritos eran el terror de mujeres y de niños.

Y los *demandaderos*, individuos de la primera nobleza, que salían el Domingo de Ramos, bien vestidos y con un paño blanco terciado por el hombro y una pequeña palangana de plata, y entraban de casa en casa pidiendo la *demandada*, limosna que recibían en la palangana y que servía para gastos de la Semana Santa en los distintos conventos de que ellos eran síndicos.

Y había otras dos diferencias; que la piedad y el recogimiento eran mayores, porque toda la ciudad era íntegramente católica, y no había en ella, ni se habría tolerado, un solo incrédulo, pues que para velar por la pureza de la fe en todo el Nuevo Reino, existía en Cartagena el Santo Tribunal de la Inquisición, el cual tenía en Cali sus respectivos agentes que se llamaban «Familiares del Santo Oficio»; y que esos días eran de reconciliación y olvido para todos los fieles. Todo aquel que había ofendido a otro, con razón o sin ella, cualquiera que fuera su categoría, tenía que pedirle perdón, o no había absolución posible. De esto resultaba que, después de pascua, quedaban restablecidas las buenas relaciones entre todos los vecinos.

El Jueves Santo comenzó la función a las nueve de la mañana; a esa hora estaba ya en la iglesia, en asientos preferentes, el Muy Ilustre Concejo Municipal compuesto del señor Alférez Real, Teniente Coronel de Milicias disciplinadas y Regidor perpetuo Don Manuel de Caicedo; Don José Micolta, Regidor y capitán de Dragones; Don José Antonio de Lago, Teniente de Gobernador; Don Nicolás del Campo y Larraondo, Teniente de Capitán de Milicias; Don Andrés Camarada, Don Andrés de Vallecilla y Don Nicolás Ramos, Regidores perpetuos; don José Vernaza, Procurador General; Don José de Córdoba y Don Martín Domínguez Zamorano, Alguaciles Mayores y otros empleados que no eran del Concejo; entre los cuales figuraban Don Juan Antonio Dorronsoro, Administrador de Rentas Reales y Don Luis de Vergara, Familiar del Santo Oficio, y después de todos estos, todas las personas importantes de la muy noble y leal ciudad de Santiago de Cali.

El vestido de estos altos señores era notable por su riqueza y elegancia; grandes casacas de paño de grana o de terciopelo con botones y vistosos bordados de oro; calzón de lo mismo o de raso, hasta la rodilla, en donde se ataba con una charnela y hebilla de oro; chaleco, muy grande, de terciopelo con sus bordados de oro o de plata, y botones de esos mismos metales; media de seda y zapato con hebilla de oro, y en esa hebilla, el escudo de armas de la familia, si tenía derecho a tal escudo, como lo tenía el Alférez Real; camisa de fina bretaña con su chorrera aplanchada y erguida desde el cuello hasta abajo del pecho; corbatín rígido, y sobre él doblado el cuello de la camisa, como se usa ahora; la cabeza cubierta de polvos blancos; el cabello bastante largo, peinado hacia atrás, cuyo extremo caía sobre la nuca y se llamaba *coleta*; la barba y el bigote afeitados, quedando solamente las patillas, bastante altas. Los empleados principales llevaban bastón, con puño de oro, y algunas varas altas.

Las grandes señoras vestían sayas lujosísimas de diferentes ricas telas; unas de terciopelo azul, amarillo, colorado o verde, con adornos de oro o de plata; otras de brocado, que era una tela de seda con grandes flores de oro bordadas; otras de tisú, tela tejida con hilos de plata u oro, con flores que pasan del haz al envés; otras de glasé, tela también de seda, de diferentes colores, tejida con plata u oro, muy lustrosa y relumbrante.



Los menos acomodados vestían telas de lana, entre las cuales figuraban en primer término el paño fino, de San Fernando; el carro de oro de que ya hemos hablado; el burato de seda, de áspero tejido; la granilla, llamada así por su color encendido; la bayeta de Castilla, de todo color; la zaraza, tela de algodón finísima, traída de la China, de hermosos dibujos y colores vivos, que valía a un patacón la vara y que duraba largos años. Por último, la bayeta de la tierra para las gentes muy pobres y para las criadas.

Los sombreros de hombres y mujeres eran de copa alta y ala corta, los que llamamos de *pelo*, de diferentes colores, pero principalmente negros y blancos; estos eran los de primera. Había otros de segunda, hechos de una paja muy suave, amarilla, que traían de Cuba y eran fabricados en la ciudad, y tenían la misma forma que los de primera. Es de advertir que los sombreros de los

hombres no se diferenciaban en nada de los de las mujeres; y así, la mujer salía a veces a la calle con el sombrero del marido o el marido con el de la mujer. Ninguna mujer salía a la calle ni iba a misa sin sombrero, excepto las criadas. A los sombreros de paja les ponían las mujeres unas anchas cintas de colores, con un gran favor o lazo aun lado. Más tarde les pusieron plumaje.

Los plebeyos iban vestidos según sus facultades pecuniarias; los que poseían algunos bienes de fortuna, usaban las mismas telas que los nobles, pero no podían llevar capa ni casaca colorada o blanca, ni espadín. Los menos acomodados usaban calzones de los géneros llamados portomahón, diablo fuerte, de color azul o amarillo, y pana; y una especie de frac, llamado *volante*, de esos mismos géneros, o chaqueta. Los muy pobres vestían calzones de manta del Reino, sin hebilla, y ponchos, con listas de colores; o unas ruanas angostas, muy ordinarias, llamadas impropiamente *capisayos*.

La ropa blanca se hacía de Cambray, Bretaña y Holanda, que eran telas de mucho valor, de que usaban los ricos; y ruan, lienzo de lino y lienzo de algodón, de que usaban los pobres.

Los ricos planchaban la ropa blanca con planchas de metal; y los pobres alisaban la suya con grandes caracoles traídos del mar.

A las nueve de la mañana del Jueves Santo, como hemos dicho, estaba la iglesia llena de gente; los señores habían ocupado sus asientos, y las señoras se habían colocado en sus respectivos sitios, pues cada familia tenía señalado su puesto en la iglesia con una tabla cuadrada colocada en el suelo, sobre la cual ponían las grandes y gruesas alfombras que llevaba una criada. Ninguna de ellas invadía jamás el puesto de otra; porque en este particular eran más intolerantes que los hombres.

Ya estaba también allí la familia Caicedo con Doña Inés de Lara, todas ellas vestidas con mucho lujo y exquisito gusto conforme a la moda de la época.

En el extremo de uno de los escaños, cerca de la puerta principal, estaban sentados Don Juan Zamora y Daniel vestidos de paño fino; Don Juan, con su gravedad de costumbre tenía fijos los ojos en el altar mayor; Daniel no veía el altar; sus miradas se dirigían a otra parte.

En el coro estaban los músicos; un lego agustino tocaba el órgano, y había, además, dos arpas, dos flautas y dos violines. El Jefe de esos músicos era el maestro Jerónimo zapata, que tocaba todo instrumento, pero preferentemente el arpa.

La iglesia rebosaba de gente; no había cabido en ella la que había concurrido, y estaban llenas la plazuela y la calle adyacente de toda la que no había podido entrar, y que asistía a la misa desde afuera, pero de rodillas.

La iglesia tenía dos capillas pequeñas, cuyas puertas daban al cañón principal, y el cuerpo de ellas entraba al interior del convento, en donde hoy es patio; esas capillas eran la de Jesús y la de San José; o para hablar en el lenguaje piadoso de aquel tiempo, la de Mi Amo Jesús y la del Patriarca Señor San José. En una de estas capillas se hacía el monumento para colocar la Majestad en su Depósito de plata, y era preciso llevar la Custodia en procesión y debajo de palio desde el altar mayor hasta la capilla.

La misa se cantó con gran solemnidad; tal como se canta ahora.

La devoción de todos los fieles era edificante; al fin de la misa comulgó muchísima gente, comenzando por los miembros del Muy Ilustre Concejo Municipal.

Al tiempo de la procesión, un sacerdote entregó el estandarte al señor Alférez Real, a quien correspondía de derecho; otros ayudantes abrieron el palio de terciopelo carmesí con flecos y varas de plata, en el Presbiterio, para que los miembros del Cabildo fueran a cargarlo.

En ese momento se levantó de los escaños un caballero, decentemente vestido, y fue y tomó una de las seis varas del palio, sin corresponderle tan alto honor. Los concejales que notaron esa usurpación, no quisieron ir a cargar el palio mientras no se retirara ese intruso.

Pero el intruso se encaprichó y se resistió a retirarse, a pesar de las amonestaciones de los acólitos. Entonces intervino el Alférez Real, quien subió al Presbiterio y tomando al intruso devoto por un brazo, lo hizo bajar hasta los escaños. Los concejales acudieron a ocupar su puesto y continuó la función sin novedad alguna.

Cuando se concluyó la fiesta, ese inmenso gentío se repartió por las calles de la ciudad, y se dedicó a visitar monumentos.

Nada tan alegre y pintoresco como el aspecto de la plaza, calles y plazuelas, atestadas de hombres y mujeres, adornados ellos y ellas con los vestidos más ricos que tenían; por todas partes brillaba la seda, el oro, la plata y las piedras preciosas; todos los colores estaban representados en los variados trajes de la multitud; las señoras, con sus sayas de brocado, tisú, glasé o terciopelo, y con sus grandes mantos bordados, ostentaban en sus cabezas los elegantes sombreros de pelo, blancos o negros, que les sentaban admirablemente.

Si los ricos y la clase media llamaban la atención por el lujo, no la llamaban menos los pobres por el exquisito aseo de sus vestidos; porque el pueblo caleño ha sido siempre extremado en el amor a la limpieza y al aseo, en los días de fiesta. Si en tales ocasiones se encuentra en la calle algún individuo sucio o andrajoso, se puede echar apuesta a que ese individuo es forastero.

El día se pasó en visitas de monumentos, pues los había en la mayor parte de las iglesias.

Daniel dio muestras ese día de una devoción fervorosa, visitando todos los monumentos, porque eso mismo hizo la familia del Alférez Real, detrás de la cual iba siempre él a una prudente distancia. Pero sufrió mucho en esas visitas al notar que un caballero, un señor Arévalo, comerciante, seguía a todas partes a la familia Caicedo, y parecía querer devorar con los ojos a Doña Inés de Lara. Ese hombre fue para él, desde ese día, un enemigo mortal.

En los siguientes, a saber, viernes, sábado y domingo de pascua, hubo asistencia del Cabildo a los oficios religiosos, y terminó la Semana Santa con el orden y la decencia propios de una ciudad íntegramente católica. El intruso que quiso cargar el palio, se dio por ofendido por la vergüenza que se le había hecho pasar de una manera tan solemne, y después de la pascua se quejó ante las autoridades de la violencia de que había sido víctima. Se siguió juicio ante él y el Cabildo; ese juicio fue a la Audiencia de Quito, y por último a España; el Alférez Real era el principal sostenedor del pleito. Al cabo de tiempo vino la sentencia definitiva en que se declaraba que ese tal no tenía derecho a cargar vara de palio.

Pero había habido otra insolencia del mismo género. El día de pascua, un señor Juan Núñez se había atrevido a salir a la calle con capa colorada. El Alférez Real que tal vio, ordenó a su paje Roña que le arrancara de los hombros la capa

a ese sujeto; este se defendió vigorosamente contra el criado; el Alférez Real se presentó ante la autoridad competente quejándose contra Núñez, por usurpación de honores. Pero Núñez era hombre de recursos, y aceptó el pleito y lo sostuvo en todas sus instancias y con todas sus fuerzas, sin omitir gastos. Este pleito, como aquel otro, fue a la Audiencia de Quito y por último a España. Después de dos o tres años vino la sentencia en que se declaraba que Núñez tenía perfecto derecho a usar capa colorada y espadín, porque había probado plenamente la limpieza de su sangre. Cuando Marcelo Roso, escribano de su Majestad, público del número, notificó esa sentencia a Núñez, este le dijo:

—Siento mucho no poder usar más la tal capa y el espadín.

—¿Y por qué no la usa vuesa merced? ¿No se le reconoce ese derecho por esta sentencia?

—Es verdad; pero ahora que se me reconoce el derecho, no tengo ya con qué comprarla, pues el paño de grana es caro, y toda mi fortuna la he gastado en sostener este pleito.

—Pero lo ganó vuesa merced.

—Sí, lo gané, tengo esa satisfacción.

En ese tiempo la hacienda de Arroyohondo pertenecía a este señor Núñez, y poco después fue rematada en pública subasta porque él, realmente, cayó en pobreza causa al pleito.

El domingo de pascua, después de la misa, todas las personas notables se dedicaron a visitar alas autoridades eclesiásticas y civiles, lo cual se llamaba *dar pascuas*.

Comenzaron por el Vicario Juez Eclesiástico superintendente Don José Cristóbal Vernaza, y por el Cura Don José de Rivera; después visitaron al Alférez Real, a los Alcaldes Ordinarios, a los Regidores Perpetuos ya los Alguaciles Mayores.

Los que no habían pedido perdón durante la cuaresma, a las personas a quienes habían ofendido, lo hacían ese día.

Esta costumbre ocasionaba algunas veces lances desagradables, porque no todos los ofendidos tenían la caridad suficiente para perdonarlo todo. En prueba de ello queremos consignar aquí el siguiente hecho histórico, por figurar en él nuestro héroe.

Algunos años después de la época que venimos describiendo hubo un robo en la casa llamada *lo Fabrica*, en las Cajas Reales, que estaban a cargo de Don Juan Antonio Dorronsoro. La suma robada ascendió a diez y seis mil patacones. Ese dinero estaba en una gran caja de guanabanillo, que tenía tres cerraduras distintas con sus respectivos aldabones, de manera que para abrir la caja era preciso tener las tres llaves. De esas llaves, una reposaba en poder del Administrador de Rentas Reales Don Juan Antonio Dorronsoro y otra en poder del Alférez Real.

Los ladrones efectuaron el robo arrancando la tabla que quedaba debajo de la caja, y dejando las cerraduras y la caja al parecer intactas.

El día en que los claveros fueron a practicar visita, hallaron la caja vacía, con la tabla inferior desprendida. Al momento se hicieron las averiguaciones más escrupulosas y se dio cuenta al Obispo Don Ángel Velarde, de tan escandaloso atentado. El Obispo fulminó excomunión contra los ladrones; y esa excomunión se publicó en las iglesias con toda su espantosa solemnidad, con las fórmulas de estilo, tocando las campanas a entredicho, encendiendo velas y apagándolas en bandejas de agua, y pronunciando las imprecaciones del Ritual en semejantes casos. Solo se supo al fin que los ladrones eran forasteros, porque a consecuencia de la excomunión, uno de ellos se confesó en Popayán y entregó al fraile su confesor dos mil patacones que dijo ser la parte que le había tocado; pero se resistió a denunciar a sus cómplices a pesar de las amonestaciones del confesor. Nada se descubrió acerca de ellos, pues el confesor tampoco podía denunciar a su penitente.

Un domingo de pascua, pues, estaba Don Juan Antonio Dorronsoro recibiendo las visitas de estilo, cuando fue entrando Don Manuel ***, caballero principal, acompañado de su confesor el P. Fray Mariano Camacho, de la orden de San Francisco; y arrodillándose ante Dorronsoro, le dijo:

—«Señor Don Juan Antonio, le suplico por el amor de Dios me perdone la calumnia que le levanté diciendo que el autor del robo de las Cajas Reales había sido vuesa merced de acuerdo con el señor Alférez Real».

Don Juan Antonio quedó confuso al ver a ese caballero a sus pies, y le contestó:

—«Álcese vuesa merced, señor Don Manuel, esas rodillas no deben doblarse sino ante un Dios de Cielos y tierra, Yo le perdonó de todo corazón».

Don Manuel se levantó, se despidió de los circunstantes con una profunda reverencia y salió con el Padre Camacho.

Se dirigieron a la casa del Alférez Real; había en ese instante mucha gente de visita, toda de la nobleza, a la cual pertenecía el Don Manuel.

Al llegar a la puerta de la pieza alta de la casa en donde estaba el Alférez Real con sus visitantes, se adelantó Don Manuel y postrándose de hinojos, con el Padre Camacho aliado, le pidió perdón de una calumnia que le había imputado.

El pobre penitente no se atrevía a decirlo todo de una vez, como había hecho con Dorronsoro, porque conocía el carácter del Alférez Real. Pero este no se contentó con esa confesión a medias, y le preguntó:

—¿Y qué calumnia ha sido esa?

—Yo dije, cuando acaeció el robo de las Cajas Reales, que el mismo Administrador y vuestra merced eran los autores, porque tenían las llaves.

El Alférez Real no lo dejó acabar su discurso, sino que levantándose furioso le gritó:

—Salga de aquí el miserable; ¡afuera, afuera! Un hombre de bien como él, no debe tratar con un bribón como yo.

Y diciendo esto, le echó a empellones gradas abajo. Esto fue tan rápido, que cuando el Padre Camacho quiso intervenir, ya era tarde.



La enfermedad de Inés

Esa noche hubo en la casa muchas visitas de las señoras principales de la ciudad, pero al toque de las nueve se despidieron todas.

Doña Inés se retiró a su aposento y llamó a Andrea para que la ayudara a desvestirse. Esta operación se hizo conversando familiarmente ama y criada.

—Oh, ¡qué calor! Dijo Inés, aflojándose el jubón debajo del cual tenía un justillo con aros y varillas de acero, aparato que usaban entonces todas las señoras, aunque tuvieran el talle tan perfecto que no lo necesitaran, como sucedía a Doña Inés. Pero eso era moda, y sabido es que la moda es y ha sido siempre el verdugo de las mujeres, y no me siento bien, añadió Doña Inés; tengo la cabeza pesada y sufro un malestar general.

—Eso debe de ser a consecuencia de la agitación del día: ¡tanta y tanta visita! Jamás había visto mayor número de gente en esta casa.

—¡Y algunas de esas visitas tan largas!

—Pero ninguna más cansada que la del Reinoso.

—¿Quién es el Reinoso?

—Ese señor Arévalo de quien he dicho a su merced que anduvo siguiéndola el Jueves Santo por todas las iglesias.

—Sí, ciertamente, fue la más larga de todas.

—Consiste en que está enamorado de su merced. Pero si me permite que le diga mi parecer, se lo diré; a mí no me gusta ese blanco, ni a Fermín tampoco.

—¿Y qué le ha hecho a Fermín?

—Nada, pero él no lo quiere porque sabe que el niño Daniel tampoco lo quiere.

—Y Daniel ¿por qué no lo quiere?

—Yo no sé, pero Fermín me ha dicho que desde el Jueves Santo el niño Daniel le cobró un odio mortal. ¡Pobre muchacho!

—Pobre ¿por qué?

—Por nada. Dígame, mi señorita, ¿se ha fijado su merced alguna vez en el niño Daniel?

—Muy poco, Andrea; ¿y por qué me preguntas eso?

—Porque no hay entre todos los blancos que han venido hoy aquí, ni hay en toda la ciudad, un mancebo más hermoso, ni más cumplido ni de mejor carácter. Si el niño Daniel fuera noble y rico, ese sí que sería un buen marido para su merced. ¡Qué pareja, Dios mío! ¡Qué pareja!

—Basta, Andrea, ya puedes retirarte; mañana recogerás estos vestidos y estas joyas. Deseo acostarme, porque me siento mal.

Inés se dirigió a su cama, y Andrea a la suya que estaba en la antecámara del mismo aposento; entre las dos piezas había una puerta con grandes cortinas de damasco carmesí.

Andrea se durmió pronto pensando en Fermín, y Doña Inés sin poder dormir se puso a recordar las facciones de Daniel para ver si realmente merecía los elogios que le tributaba Andrea. Según ella creía, este era el único motivo por que pensaba en él.

Al día siguiente la familia del Alférez Real se levantó muy temprano como lo tenía de costumbre.

A las ocho de la mañana sonó la campanilla anunciando que el almuerzo estaba servido. Pronto estuvieron reunidos en la mesa todos los miembros de la casa, menos Doña Inés.

—¿Dónde está mi ahijada? preguntó Don Manuel.

—Inés no se ha levantado aun, contestó Doña Francisca, porque se halla indisposta según nos ha dicho Andrea; he mandado que la dejen tranquila en cama y que le hagan silencio, pues tal vez habrá pasado mala noche.

—Pero es preciso saber qué tiene, no vaya a ser principio de alguna enfermedad grave. Andrea, ve a preguntar a tu señora si puedo entrar a verla.

Andrea corrió a cumplir con esa orden, y volvió al punto diciendo que su señorita lo esperaba.

Don Manuel, antes de sentarse a la mesa, pasó al aposento de Inés y entró diciendo:

—Y bien, hija mía, ¿qué es lo que tienes?

—Siento dolor de cabeza bastante fuerte, contestó ella, y creo tener calentura a juzgar por el calor del aliento y el ardor de los ojos.

—Dame el pulso.

Ella sacó el brazo de debajo de las colchas y lo presentó a Don Manuel. Él le tomó la mano primero, que halló ardorosa, y después la pulsó.

—Sí, hija, tienes calentura, y bastante fuerte. Esto debe de ser efecto de la agitación de ayer. Ahora mismo voy a mandar se te dé un bebedizo. No te alarmes, pronto volveré.

—Gracias, padrino.

Al regresar a la mesa, anunció que Inés estaba con una calentura violenta y que era preciso darle un sudor de borraja.

Doña Francisca dio las órdenes del caso inmediatamente, y se pusieron a almorcizar.

Terminada esta ocupación. Don Manuel se retiró a su cuarto a recibir a diferentes personas que lo solicitaban para distintos asuntos.

Las niñas con su madre acudieron a la cama de Inés, a asistirla personalmente. Le hicieron tomar un sudor de borraja, achicoria y saúco (este se compraba en las boticas), la abrigaron con esmero y se retiraron para dejarla tranquila, quedando solamente Doña Rosa, que era la amiga más íntima que tenía, y Andrea.

Después de tres horas de quietud y de silencio, no se había conseguido que sudara, y la calentura parecía haber subido de grados.

Por la tarde fue necesario llamar al Padre Fray Mariano Camacho, que ejercía la profesión de médico con bastante crédito.

Al instante estuvo allí el padre, acompañado de un lego (ningún fraile de San Francisco salía jamás sin compañero), examinó a la enferma y volvió a la sala principal a prescribir los remedios.

Al retirarse encargó mucha actividad en la aplicación de la receta, porque la enfermedad podía tomar un carácter serio.

Doña Francisca y sus hijas acompañadas de Andrea y de Martina, se consagraron con grande interés a la asistencia de la enferma.

Al salir de la casa el Padre Camacho, entraban en ella Daniel y Fermín, conduciendo las bestias en que toda la familia debía partir esa tarde para la hacienda, Don Manuel, al oír el ruido de las bestias en el patio, salió de su cuarto y dijo a Daniel que regresaran a la hacienda con las bestias, que ese día era imposible el viaje y que él avisaría cuándo deberían traerlas.

Daniel y Fermín entraron al departamento interior en donde estaban las criadas; sabían que Andrea y Martina se alegrarían de verlos.

Grande fue la sorpresa de Daniel al saber que Doña Inés estaba en cama, que había sido preciso llamar médico, y que este había aconsejado mucha actividad en la aplicación de los remedios. Dio orden a Fermín para que regresara a la hacienda con las bestias y él quedó allí, ya porque esperaba poder servir en algo, ya porque no tenía valor para retirarse.

Allí permaneció toda la noche, sin dormir un solo momento, pidiendo cada rato noticias a Martina y a Andrea acerca del estado de la enferma. Esas noticias no eran consoladoras, porque la enferma no sentía mejoría.

Pero a las cuatro de la mañana, cuando se oyó la campana del alba, en San Francisco, montó en su caballo, con el corazón oprimido, y atravesando la plaza a la diagonal, tomó la calle de San Pedro hacia el llano. En ese momento cantaban todos los gallos de la ciudad, alegrando el corazón de los caminantes que emprendían viaje a esa hora, y el de los enfermos que deseaban ver la luz del día. Como las casas estaban todas cercadas por palenque de guadua, podía ir viendo desde la calle el fuego ya encendido en algunas cocinas o en algunos hornos, en donde las madres de familia hacendosas comenzaban a trabajar en sus faenas domésticas.

Y como la mayor parte de las casas estaban construidas con el cañón principal perpendicular a la calle, se veían desde afuera los corredores; y en muchos de ellos, algunas viejas que, acostumbradas a desayunarse a la madrugada, estaban haciendo en braseros su chocolate, cuyo grato aroma trascendía hasta la calle, Daniel en un momento estuvo en la hacienda y contó a Don Juan Zamora la novedad que dejaba en la casa de Cali, de la que el hidalgo español manifestó sentir pesar.

Pasó todo el día en la mayor angustia sin encontrar alivio y sin tener un instante de reposo, A las doce se atrevió a decirle a Zamora:

—¿No le parece bien, señor Don Juan, que mandáramos un muchacho a Cali a preguntar cómo sigue la enferma?

—Dices bien, hombre; manda ahora mismo a Fermín a averiguar cómo sigue la niña; o si quieres ir tú mismo, sería mejor.

—Mandemos ahora a Fermín, y yo iré a la noche para ver si puedo servir en algo, si a usted no le parece mal.

—Tienes razón, Daniel, mejor es que tú vayas a la noche y que Fermín vaya ahora. Fermín partió contentísimo a desempeñar tan agradable comisión, y Daniel quedó esperando con suma ansiedad.

A las tres de la tarde estuvo Fermín de regreso. Daniel, que estaba en expectativa, le salió al encuentro preguntándole ¿cómo dejaba a la enferma?

—Sigue mala, contestó Fermín, porque no se ha conseguido que sude.

—¿y qué dice el médico?

—El médico es quien cree que la enfermedad es grave; ese recado manda mi señora al amo Zamora. Cuando llegó Don Juan y recibió el recado de Doña Francisca, dijo:

—Lo siento, hombre Daniel; sería una lástima que fuera a morirse esa niña tan linda y tan buena. Esta noche irás tú, Daniel, a ver si te ocupan en algo; ¿no te parece bien?

—Sí, Don Juan, luego que oscurezca, partiré.

—Llévate a Fermín para que te acompañe.

—Gracias, Don Juan; lo llevaré conmigo, aunque me duele que se quede usted solo.

—No, Daniel; el mayordomo de Meléndez tiene que venir a cerrar un trato que tenemos iniciado, y me acompañará hasta las nueve.

Apenas comenzaba a oscurecer cuando Daniel y Fermín salían a escape, bien montados, en dirección a Cali. Llegaron en menos de una hora; dejaron los caballos en la casa de Doña Mariana, con sus respectivos piensos de caña y se encaminaron a pie a la casa del Alférez Real.

Daniel se presentó a las señoras con recado de Don Juan Zamora, que lo enviaba para ver si podía servir en algo. Ellas agradecieron la atención de Don Juan e invitaron a Daniel a que cenara con la familia, pues era llegada la hora.

Daniel pasó toda la noche cerca a la puerta del aposento de Doña Inés, sentado a veces, a veces paseándose, y pidiendo noticias, a cada hora, a Martina y Andrea, del estado de la enferma. Lo mismo hizo en los dos días siguientes. El quinto día estaba muy rendida; ya se creía que lo que tenía era un fuerte tabardillo, enfermedad mortal las más de las veces.

De tiempo en tiempo le administraban una copa de una preparación que había en una botella y que parecía ser mixtura salina.

Serían ya las tres de la mañana cuando Daniel, no pudiendo resistir más, se acercó a la puerta del aposento y dio un paso hacia adentro; vio allá en el extremo la cama de la enferma, con grandes colgaduras de damasco, abiertas por delante; vio a un lado a Doña Rosa y a Andrea dormidas, sobre las alfombras de los estrados; una lámpara de plata alumbraba tenuemente la habitación; se acercó a la cama, con paso muy suave, arrastrado por su ardiente amor y por la agonía en que se hallaba; se detuvo de pie cerca al borde de la cama; Inés estaba acostada de espaldas sobre sábanas blanquísimas, y cubierta hasta el cuello con colchas de damasco; y descansaba la cabeza sobre muñecas almohadones, con fundas de lino bordadas; la espesa y abundante cabellera estaba distribuida en dos gruesas trenzas, que caían aun lado ya otro sobre los almohadones. Había sacado un brazo, cubierto con la camisa hasta el puño y lo tenía sobre el pecho, con la mano descubierta. El rostro quedaba a la sombra de la cortina; él separó blandamente la cortina para poder ver el

rostro. Entonces observó que tenía el color muy pálido, los ojos cerrados, los labios entreabiertos; el superior ligeramente contraído dejaba ver el extremo de los blancos y pequeños dientes; y notó también que la respiración era corta y anhelosa. Daniel la contempló por un rato con inefable ternura; y luego, en un ímpetu repentino, volviendo a mirar a las enfermeras que continuaban dormidas, se inclinó reverentemente y aplicó sus labios, tan ardientes como si tuviera fiebre, sobre la mano de Inés, y al instante volvió a erguirse.

Inés abrió los ojos y los fijó en Daniel, y estuvo mirándolo por un momento.

Daniel resistió esa mirada, porque creía que ella iba a morir, y estaba resuelto a todo.

Viendo, pues, él que ella lo miraba y que al parecer lo había reconocido, le preguntó en voz muy baja:

—¿Cómo se siente?

—Mala, contestó ella, y cerró otra vez los ojos.

Un sollozo se escapó del pecho de Daniel, con cuyo ruido la enferma abrió los ojos de nuevo, pero él no notó que lo veía porque en ese momento se había llevado el pañuelo a la cara y, al parecer, lloraba en silencio.

Inés exhaló un largo y triste suspiro, y Daniel temiendo que despertaran las enfermeras y lo encontraran allí, salió al corredor y continuó llorando.

Andrea había observado toda esta escena, haciéndose la dormida Fermín le había comunicado sus sospechas sobre la pasión de Daniel, y ella lo compadecía, resuelta a ayudarle en lo que pudiera.

A las cinco de la mañana, dejando a la enferma en la misma situación que antes, salió Daniel para la hacienda, acompañado de Fermín, con el corazón partido de dolor, e hizo todo el camino sin despegar los labios.

Todas las familias principales relacionadas con la del Alférez Real, tuvieron noticia de la enfermedad de Inés y se apresuraron a mandar diariamente recado unas, preguntando por el estado de la enferma, ya ir a visitarla personalmente otras. Entre estas se contaban, como era natural, las matronas más respetables de las casas vecinas.

Ese día, diez y seis de Abril, a eso de las diez de la mañana, había gran número de estas, de visita, en una sala inmediata al aposento de la enferma. Doña Francisca era quien las recibía, porque sus hijas no desamparaban a Inés, que seguía lo mismo.

—¿Qué enfermedad es la de Inés? preguntó Doña Antonia Cobo, señora anciana, vecina de la familia Caicedo.

—Hasta ahora solo sabemos lo que está a la vista, es decir, calentura muy fuerte, con dolor de cabeza y letargo; pero lo que tememos es que vaya a ser tabardillo.

—¿y qué remedios le han hecho?

—Muchísimos, todos cuantos ha ordenado el Padre Camacho.

—¿Le han dado sudores de borraja, achicoria saúco?

—Eso fue lo primero.

—Y baños calientes con hojas de naranjo y ceniza, hasta las rodillas.

—También se le ha hecho eso.

—Denle la mixtura salina.

—Actualmente se le está dando, pero la calentura no cede.

—Que le den la tisana, que es tan buena para el tabardillo.

Se llamaba *tisana* por antonomasia un pollo pequeño, lleno de cebada, que se ponía a cocer en agua hasta que se deshacía.

—El Padre resolverá si debe dárselle o no.

—Yo creo, Doña Francisca, que ya es el caso de darle el *aire fijo*; no hay más remedio.

El *aire fijo* era simplemente una toma de soda, que era lo último que, como remedio heroico, se administraba a los que estaban casi agonizando.

—No, señora; Inés todavía está fuerte y ese remedio es lo último que se da cuando ya no queda esperanza. El Padre estuvo aquí no hace mucho y dejó una nueva receta que se está preparando.

Todas las señoras que entraban de visita hacían poco más o menos las mismas preguntas, y recetaban esos mismos remedios, porque la farmacopea casera en ese tiempo era muy pobre. Lo notable era que todas concluían por indicar la aplicación del *aire fijo*.

Doña Antonia Cobo se despidió, ofreciendo sus servicios si llegaba el caso, y deseando la mejoría de la enferma. Al salir dijo:

—Voy a visitar de presto a Doña María Yanguas, pues parece que tiene enfermo en la casa.

—¿Quién hay allí enfermo?

—No lo sé aun; pero poco ha, cuando venía para acá, pasaba por allí la mulata de las Olaves vendiendo pan de trigo, y de la casa de Doña María la llamaron para comprarle. Ya ve usted que habrá algún enfermo cuando compran pan.

—Es verdad.

Inés continuó enferma; al parecer de gravedad durante siete días, esto es, desde el trece hasta el diez y nueve de Abril.

En todo ese tiempo no cesaba Don Manuel de visitarla, de día y de noche.

Daniel y Fermín tampoco faltaban, desde las siete de la noche hasta las cinco de la mañana.

Don Fernando de Arévalo mandaba a preguntar por la enferma todas las mañanas, y Andrea que era la que se anticipaba a dar la respuesta, contestaba que seguía mejor.

El diez y nueve por la mañana al llegar el Padre Camacho a visitar a su enferma, la halló sin calentura; había sudado copiosamente por la noche, ya esa hora estaba fresca y tranquila, pero muy débil.

Esta grata noticia circuló al punto por toda la casa, colmando de alegría a amos y criados, porque Doña Inés era querida de todos. Pero ninguno se alegró tanto como Daniel, que estaba allí desde la víspera, pues ese día era domingo y tenía permiso para pasarlo en la ciudad. Por la tarde marchó para la hacienda, con el corazón aliviado de un gran peso.

Al llegar, le salió al encuentro Don Juan Zamora preguntándole:

—¿Cómo está la niña?

—Está mejor, contestó Daniel; la calentura ha desaparecido y el médico la cree fuera de peligro.

—Me alegro mucho, hombre, Daniel; habría sido una lástima que muriera en la flor de su edad esa joven tan hermosa y recatada, tan noble y tan rica, y cuya mano están pretendiendo muchos caballeros principales de Cali.

Es lo que yo digo; una joven como esa está llamada a hacer la felicidad del hidalgo español más noble y más encopetado.

Daniel se desmontó en el corredor de su cuarto, poco satisfecho del inocente pronóstico que acababa de hacer Don Juan Zamora.



La propuesta de don Fernando de Arévalo

Tres días después de haber entrado Doña Inés en convalecencia, se presentó Don Fernando de Arévalo elegantemente vestido. Don Manuel lo recibió en su cuarto particular, en audiencia privada como se lo había pedido.

Después de los cumplidos de estilo y de haberse informado de la salud de toda la familia, propuso su asunto en los siguientes términos:

—El paso que doy actualmente, señor Don Manuel, es demasiado serio para mí, y lo doy no sin algún temor. Es el caso que estoy muy prendado de la belleza y del recato de la señorita Doña Inés de Lara, su pupila, y querría, si vuesa merced no tiene algún inconveniente, que me concediera su mano, prometiéndole que el mayor esfuerzo de mi vida sería el tratar de hacerla feliz. Yo presentaré a vuesa merced los documentos en que consta mi caudal, que si no es muy crecido, sí es suficiente para vivir con comodidad; también le manifestaré las pruebas de la nobleza de mi linaje, sin las cuales no me habría atrevido a pretender tan alta honra. Hasta ahora no sé si la señorita habrá contraído algún otro compromiso.

Don Fernando calló al decir esto, y Don Manuel contestó:

—La propuesta que usted hace es realmente seria. Mi ahijada está muy débil y apenas comienza a convalecer. Espere usted que pasen algunos días; que luego que yo la vea un tanto repuesta, le haré presente la solicitud de usted, e inmediatamente le comunicaré lo que ella resuelva. Yo, como su tutor, no me opondré a su voluntad; si ella desea casarse, se casará; y de no, continuará viviendo a mi lado, con honra como hasta aquí y muy a contentamiento mío. Hasta no saber el parecer de ella, es inútil me enseñe los documentos de que me habla.

—¿Y cuándo podré saber esa respuesta?

—Dentro de tres días nos iremos para la hacienda, porque Inés necesita aspirar los aires del campo; allá le expondré la solicitud de usted.

—¿Me permite vuesa merced que vaya yo a la hacienda dentro de quince días, a saber mi suerte?

—Vaya enhorabuena; será bien recibido; solo le advierto que no haga todavía castillos en el aire, porque mi ahijada se ha manifestado siempre opuesta al matrimonio.

—No importa, quiero probar fortuna.

—No me opongo, está usted en su derecho.

Don Fernando se despidió llevando pocas esperanzas, porque las respuestas del Alférez Real fueron muy secas y le parecieron de mal agüero, pero siempre enamorado.

Debe saberse que Arévalo no había hablado una vez siquiera con Doña Inés; hacía meses que estaba prendado de ella, sin que ella tuviera noticia de tal inclinación; no era de aquellas mujeres a quienes podía dirigírseles una carta de amores con buen suceso; su alta alcurnia, la fama de su riqueza, el orgullo que se revelaba en su porte y hasta la casa en que habitaba, eran circunstancias que infundían respeto aun a los galanes más apasionados y atrevidos.

Don Fernando había conocido a Doña Inés en las iglesias, y la había seguido de las iglesias a su casa, sin que ella se diera cuenta de esa persecución muda.

Es verdad que él se presentaba de visita en casa del Alférez Real, cuando la familia estaba en la ciudad; pero allí, los padres de familia recibían la visita y las señoritas permanecían en sus aposentos.

Esta costumbre era general en casi todas las casas principales; así es que los matrimonios se contrataban entre el pretendiente y el padre de la pretendida. Esto ocasionaba graves equivocaciones, como le sucedió a un caballero de Popayán que pidió a un noble caleño una de sus hijas, a quien había conocido en la iglesia; el noble caleño le concedió la mano de su hija, se corrieron las amonestaciones y se arregló todo. Al tiempo de celebrarse el matrimonio, se presentó vestida de novia una de las hermanas de la muchacha pedida; el novio hizo presente por lo bajo a su verdadera novia la equivocación; pero esta fue tan generosa, que rogó e instó a su amante para que no hiciera pasar tal bochorno a su pobre hermana. Y el caballero de Popayán, realmente noble, dio a su amada la prueba más grande que podía darle de su amor, casándose con su hermana, sin revelarle jamás la equivocación.

A pesar de semejante rigor, los mozos y las muchachas se daban sin duda sus trazas para entenderse, porque la verdad es que los matrimonios menudeaban más que ahora.

En los tres días siguientes se consagró Don Manuel a despachar con el Escrivano de número y Cabildo Don Manuel de Victoria, varios asuntos que le incumbían en su calidad de Alférez Real, Teniente Coronel de Milicias y Regidor Perpetuo. El más importante de esos asuntos era el de reunir veinte hombres que tocaban de contingente a la ciudad para mandarlos a Cartagena, a reforzar la guarnición de aquella plaza fuerte. El Virrey de Santafé, Don José de Ezpeleta, había ordenado se tuviera lista esa gente para el mes de Junio, a fin de que un piquete veterano que debía venir de Santafé, pasando por Cartago y Buga, para recibir en esas ciudades la gente que a ellas correspondía suministrar, la encontraran preparada y pudieran seguir sin demora a su destino.

Don Manuel dio las órdenes del caso a los Alcaldes y Regidores, encargándoles que escogieran esos veinte hombres de entre los mozos solteros que no tuvieran oficio conocido, y principalmente de entre los jugadores, enamorados y pendencieros.

La víspera de marchar Don Manuel para Cañasgordas con su familia, se presentó de visita el Padre Escovar. Estos dos personajes, ambos de elevado carácter, se estimaban sinceramente, porque ambos eran generosos y benéficos. Es cosa evidente que no puede existir amistad íntima, sólida y permanente, sino entre personas igualmente desinteresadas; no hay amistad posible entre dos tacaños; esta solo existe mientras ellos llegan a conocerse mutuamente.

El cuarto de Don Manuel, que hasta ahora no hemos descrito, era una pieza espaciosa, con canapés aforrados en vaqueta y patas doradas figurando las de un león, con una bola en las garras; sillas de brazos, con las armas de la familia grabadas en los guadamaciles; grandes poltronas aforradas en damasco, y una gran mesa cubierta con carpeta de paño verde, con tintero, salvadera, papel y plumas. Debajo de esa mesa había varias escudillas de loza y *mates* llenos de plata sellada, tapados con papeles. Veíanse allí, arrimados a las paredes, algunos baúles, aforrados en vaqueta y con sus asas, como si estuvieran destinados para viaje; de estos, unos tenían escritas con estoperoles las letras iniciales del nombre del Alférez Real; y otros, esta cifra: H. de C.

Departían los dos amigos en sabrosa plática cuando el paje introdujo a una mujer en el cuarto. Parecía por su aspecto una madre de familia, e iba vestida con bastante aseo, pero descalza como iban siempre las mujeres plebeyas. Su semblante, en que había restos de hermosura, expresaba una profunda aflicción.

—¿Qué quieres, mujer? preguntó Don Manuel.

—Señor Don Manuel, han puesto a mi marido en la cárcel.

—¿Y por qué causa?

—Porque debe doscientos patacones y no ha podido pagarlos al cumplirse el plazo. Pero tenemos bienes, y si lo ponen en libertad, él pagará dentro de poco tiempo.

—¿y qué quieres que yo haga?

—Que me lo haga soltar; a vuesa merced lo atienden al momento.

—¿Cuánto es lo que debe?

—Doscientos patacones.

Don Manuel se inclinó, levantó el ruedo de la carpeta que caía hasta el suelo, y tomó de debajo de la mesa uno u otro mate, con monedas de a ocho reales; contó los doscientos patacones y dijo:

—Toma los doscientos patacones, ve y págalos para que suelten a tu marido.

—Dios se lo pague, señor, Dios lo bendiga, dijo la mujer; ya sabía yo que no perdería inútilmente la vergüenza.

La mujer colocó en un extremo de su rebozo de bayeta de Castilla todo ese dinero y salió llena de contento.

—¿Quién es esa mujer, compadre? preguntó el Padre Escovar.

—No sé, compadre.

—¿Y el marido?

—Tampoco sé.

—¿Y así da vuesa merced su dinero a gentes que no conoce y hasta sin pedir recibo?

—Sí, compadre, esa gente paga, no lo dude; y si no, ¡que hemos de hacer!.

—Compadre, ejecuta Vuesa merced acciones que me dejan edificado y que aumentan la grande estimación que le profeso. Yo le aseguro que de todas sus riquezas, esas sumas que gasta en socorrer al pobre son las que realmente aprovecha; porque, el Evangelio lo dice; eso es «Atesorar tesoros en el Cielo, en donde no los consume orín ni polilla, y en donde ladrones no los desenterrran ni roban». Los viejos ricos de ese tiempo no guardaban su dinero en arcas con llave, sino en escudillas de loza o en mates, que ponían debajo de la mesa, o en los rincones del aposento; y cuando era mucho, lo colocaban en grandes petacas de cuero, sin cerraduras. El testamento de Don Francisco Sanjurjo Montenegro, otorgado en 1751, tiene esta cláusula:

«Tengo más de setenta mil patacones de caudal, como se verá por lo que se hallare en mis petacas, plata labrada y otras joyas».

Al día siguiente salió Don Manuel para Cañasgordas con toda su familia, acompañado de Daniel y Fermín que hacían el oficio de escuderos.

Diez días después, a las nueve de la mañana, estando Don Manuel en su cuarto, dijo a Pedro su paje:

—Dile a Inés que me haga el favor de venir, que tengo que hablar con ella.

El paje fue a llevar el recado de su amo; un momento después entró en el cuarto Doña Inés.

Era admirable cómo se había repuesto con los aires libres del campo. Ya casi no se le notaban vestigios de la reciente enfermedad. Iba vestida de blanco, color de su preferencia y que le sentaba muy bien. Don Manuel al verla le dijo afectuosamente:

—Siéntate, hija, que tenemos que hablar de un asunto muy grave.

Inés se sentó en una poltrona de vaqueta que le ofreció Don Manuel, y luego, sin poder ocultar su curiosidad, le dijo:

—Veamos, padrino, ¿qué asunto es ese tan grave que me anuncia y que confieso que me causa miedo?

—Es muy sencillo, ahijada, y en pocas palabras te lo propondré; Don Fernando de Arévalo me ha pedido tu mano.

—Bendito sea Dios, si no es más que eso; ya puedo respirar, pues ciertamente tenía miedo. Pensé que fuera alguna cosa grave.

—Pero esta cosa es grave, ahijada, y debes resolverla según tu voluntad; Don Fernando debe venir hoy a saber tu respuesta.

—Mi respuesta es muy sencilla; yo no quiero casarme.

—No, hija, no contestes así tan de pronto; piénsalo bien; este negocio es de aquellos que reclaman un poco de reflexión, ya sea para decir *sí*, ya para decir *no*.

—En el presente caso es inútil pensar lo; no quiero casarme; esa es mi voluntad. Su merced, padrino, puede mejor que nadie valorar la sinceridad de mi respuesta; sí, su merced que es tan franco, y que jamás pide plazo a nadie para decir lo que piensa.

—Es verdad, pero yo quisiera que te tomaras unos días para reflexionarlo; y si pasados éos insistes en tu negativa, nada tendré que alegar.

—No, padrino, no quiero casarme.

—Mira que este sujeto es de familia principal y además hombre rico. Ya has desai-
rado a otros, y no creo que tengas resolución de quedarte para vestir santos.

—Dígale a ese señor que yo estoy contenta con mi libertad, que soy muy feliz al lado de mi padrino y que no cambio mi suerte ni por la de mi señora la Virreina.

—Pero piensa, hija, que ya son muchas las propuestas que has desechado, y que las gentes, como te he dicho otras veces, podrán pensar que soy yo quien me opongo a que te cases, para disfrutar de tu caudal. ¡Pero miente quien tal diga! (Y al decir esto se puso de pie y se le fue encendiendo el rostro), ¡miente quien tal diga! La herencia que te dejó tu padre está disponible, y el día que te cases recibirás de mi mano los treinta mil patacones con sus intereses al seis por ciento anual, porque la Iglesia no permite que se cobre un interés mayor; yeso acá en las Indias; pues en España solo se permite el cinco por ciento, como podrá decírtelo mi compadre Escovar.

—No se altere, padrino, que nadie habrá capaz de imputarle acto alguno inde-
coroso aun caballero tan cumplido como lo es su merced.

—Eso es diferente (dijo calmándose y tomando su asiento), eso es diferente; y quien lo dijera sería un miserable. Pero es la verdad, hija mía, que tu caudal está bien asegurado, y con sus respectivos intereses.

—No hable de intereses, padrino, porque supongo que éhos servirán para los gastos de mi subsistencia en esta casa.

—Por la Virgen Santísima, exclamó Don Manuel poniéndose otra vez de pie, ¡que nadie me había hecho jamás un agravio semejante! Y este me lo hace ahora, no diré mi ahijada, ¡sino mi hija! Sí, mi hija, porque como a tal te considero, y no amo a mis propios hijos más que a ti. ¡Pagar la subsistencia! ¡Y esto en mi casa! ¡Y me lo dice mi ahijada!

Diciendo esto comenzó a pasearse agitado, con las manos a la espalda.

—Padrino, por Dios, le dijó Inés, hoy como que está su merced con la luna; todo cuanto le digo le molesta; nunca se ha manifestado tan airado conmigo; perdóneme, que no fue mi intención ofenderle.

—Bien, Inés; te perdonó, porque ciertamente no has podido tener ánimo de ofenderme. Esta casa es tuya, porque es mía, y mientras tú lo quieras vivirás a mi lado, muy a gusto mío.

—Entonces dígale a ese señor que yo no pienso en casarme, y no tenemos más qué hablar.

—Eso no; luego que llegue Don Fernando, le diré que tú pides unos días para pensar lo.

—De ninguna manera, señor; el solo hecho de pedir plazo hace suponer que yo podría casarme con él. No, jamás, no quiero. Aquí estoy contenta, y si su merced no me permite vivir así, le suplico me mande al Convento del Carmen, a Popayán, en donde está la hermana de mi señora María Francisca.

—No, no; aquí estás bien. Permíteme que le diga a ese hombre, que solo hoy te he expuesto su pretensión y que yo te he dado, por mi voluntad, plazo de quince días.

—Sea como su merced quiere; pero es inútil; si a mí me hace directamente su propuesta, desde hoy lo despacho con vientos frescos.

—No, hija; es asunto de pura cortesía; déjalo a mi cuidado. Y ahora que tú lo rechazas, te confesaré que a mí tampoco me agrada; tú mereces algo mejor.

—Gracias, padrino.

—Basta, hija; si quieres, puedes retirarte.

Inés volvió a sus habitaciones.

Apenas había terminado esta conferencia cuando la puerta de golpe rechinó al abrirse para dar entrada a Don Fernando de Arévalo.

Don Manuel lo recibió con cortesía, lo introdujo en la sala e hizo salir a las señoras a que recibieran la visita; Doña Francisca, Doña Gertrudis y Doña Josefa salieron primero; un poco después se presentaron Doña Rosa y Doña Inés.

Don Fernando conversó con ellas con fina galantería, fijando cada rato sus miradas en Doña Inés, ansioso de descubrir en los ojos de ella algún pábulo a sus esperanzas.

Pero Doña Inés lo trataba con la cortesía con que trataba a todos, sin dejar percibir muestra alguna de afecto o preferencia.

Cuando dio las doce un hermoso reloj de campana que había en la sala, entró una criada y preparó la mesa para la comida. Luego que esta estuvo servida, llamó la misma criada a Don Manuel, a Don Juan Zamora ya Daniel; los dos últimos saludaron a Don Fernando, pero Daniel no pudo verlo con buenos ojos. Mientras comían, Don Manuel y Arévalo sostenían la conversación; este último miraba constantemente a Doña Inés, con ojos de enamorado; y Daniel que notaba esto, olvidándose de comer, miraba alternativamente ya a Inés ya a Arévalo. No sabía él todavía la petición de este; pero sí veía claramente que estaba apasionado de Inés. Su grande empeño era averiguar si ella le correspondía.

La comida terminó sin que Daniel hubiera descubierto nada, y tuvo la pena de retirarse a cumplir con sus deberes, dejando a ese hombre en conversación familiar con las señoras; es decir, con Inés.

Las señoras por su parte se turnaban en recibir esa cansada visita, y Doña Inés fue la que menos tiempo permaneció en la sala.

Don Manuel se retiró a su cuarto a dormir la siesta, costumbre que nunca interrumpía; pero a las dos mandó a decir con su paje a Don Fernando que lo esperaba en su cuarto.

Don Fernando acudió al punto, y allí le manifestó Don Manuel que solo ese mismo día había presentado a Inés su solicitud, y que le había concedido quince días para que reflexionara y diera la respuesta, pues un plazo en asunto tan serio era indispensable hasta por decencia.

Don Fernando manifestó que sentía mucho tener que permanecer en la ansiedad por quince días más, pero que se sometía resignado.

Siguieron hablando sobre diferentes materias hasta que Don Fernando, sacando su reloj y viendo que eran las cuatro, pidió su caballo, se despidió de las señoras y de Don Manuel y partió muy descontento para Cali.

Al acercarse a la puerta de golpe para salir, llegaba del llano Daniel y se acercaba a ella para entrar. Don Fernando detuvo su caballo al lado de adentro, y Daniel detuvo el suyo al lado de afuera; la puerta estaba cerrada en medio de los dos.

Don Fernando, conociendo que ese muchacho era de la hacienda, le dijo con tono un poco imperativo:

—Abre la puerta.

—Ábrala usted, contestó Daniel.

—Pareces muy insolente.

—Y usted muy altanero.

Don Fernando intentó irse sobre él y darle con su látigo, pero lo contuvo el no saber de cierto qué puesto ocupaba ese mozo en la hacienda y si tal vez era de la familia, con la cual le importaba estar de buenas.

—Creo, le dijo, que tú perteneces a la servidumbre de esta casa, y en ese caso debieras hacer los honores de ella a los que llegan.

—Yo no pertenezco a ninguna servidumbre; soy Secretario privado del señor Alférez Real y le sirvo a él y a su familia; pero después de ellos, no me humillo ante nadie y digo como decía el otro: ¡Del Rey abajo, ninguno!

Un negro que había observado la polémica, llegó y abrió la puerta. Don Fernando se lanzó afuera el primero, y al pasar por delante de Daniel, le dirigió una mirada colérica y le dijo:

—¡Ya nos veremos!

—Cuando usted guste.

Los celos le habían inspirado a Daniel ese lenguaje amargo, ajeno de su educación y de su carácter, y acababa de echarse encima un enemigo mortal.



Diana y Endimión

A las ocho de la noche, después de la cena, salió Daniel de la sala, la que, como hemos dicho, servía de comedor, y se dirigió a su cuarto muy preocupado, cavilando siempre en su daño sobre los amores de Arévalo é Inés. El desasosiego de su espíritu le comunicaba tal inquietud a su cuerpo, que no le dejaba un momento de reposo; se paseaba, se sentaba, tornaba a pasearse, hasta que se le ocurrió ir a la cocina que, como él sabía muy bien, era lugar de noticias y murmuraciones.

Puso al instante su pensamiento por obra. En la cocina fue recibido afectuosamente por Martina, por Fermín y por Andrea, y por los demás criados que estaban allí cenando. Daniel se sentó en un poyo de ladrillo y trató de sacar a Don Fernando de Arévalo en la conversación.

—¿Qué le parece, niño Daniel?, dijo inocentemente Martina, dizque se nos casa mi señorita Inés con ese blanco que estuvo hoy aquí.

—¿Que se casa? preguntó Daniel, sin poder disimular su asombro.

—Sí, señor, que se casa, y según parece será pronto.

—Pero ¿cómo saben ustedes eso?

—¡Toma! porque Pedro oyó celebrar el trato entre mi amo y ese blanco.

—Pues yo creo que Pedro se equivoca, dijo Daniel; es imposible que una señorita de las prendas de mi señora Doña Inés vaya apagarse de semejante payaso.

—No me equivoco, dijo Pedro; yo lo oí con estos oídos que han de comer tierra.

—Y bien, ¿qué oíste?

—Oí que ese blanco le había pedido a mi amo la mano de mi señorita Inés desde Cali, y que lo había citado para darle hoy la respuesta; que mi amo le dijo que mi señorita Inés le daría el sí de aquí a quince días, y que no se lo daba hoy mismo porque era preciso pedir ese plazo por decencia. Eso oí desde afuera de la puerta, pues no hablaban en secreto.

Esto no era así; el plazo pedido por Don Manuel no era para darle el *sí* como entendió el paje que solo había oído el fin de la conversación, sino para darle la respuesta, que ya sabemos que era un *no* redondo.

Pero el negro Pedro lo contaba como lo había entendido, y lo sostenía con tenacidad, para hacer creer que él era persona enterada en los secretos de sus amos.

Apenas oyó Daniel tan dolorosa noticia, cuando sintió que el corazón quería salírsele del pecho, según eran de fuertes las palpitaciones que le daba; la sangre se le agolpó a la cabeza, las arterias de las sienes le latieron con violencia, la vista se le obscureció y los oídos le zumbaron como si tuviera adentro una multitud de grillo. Por largo rato no pudo moverse, hasta que al fin, sin decir palabra y haciendo un esfuerzo supremo, se levantó y dando traspies se encaminó a su cuarto, donde, luego que entró, se tendió en la cama, al parecer herido de muerte.

Fermín que comprendió cuán dolorosa debía de ser para su amigo esa noticia del casamiento de Inés, y no habiendo podido contradecir a Pedro, porque él creía que Pedro decía la verdad, se fue tras él y lo siguió hasta su cuarto. Al entrar lo encontró ya acostado; le dijo algunas palabras para provocarlo a que le confesara su pena, pero Daniel no contestó.

Había luz en la habitación, porque Daniel había dejado encendida la vela al ir a cenar. Fermín pudo, pues, verlo tendido de espaldas en la cama, con los ojos cerrados y un brazo sobre la frente. Viéndolo en tal estado, resolvió quedarse allí acompañándolo, con la esperanza de que al fin le diría algo. Pero el tiempo pasaba sin que Daniel diera señales de vida. Calculando Fermín que ya eran las once y que era tiempo de ir a dormir, se acercó a la cama a despedirse de Daniel; Daniel no contestó.

Entonces notó que todo su cuerpo sufría movimientos convulsivos; le tomó una mano y la encontró ardiendo de calentura. En esa mano tenía Daniel un pañuelo blanco.

—Niño Daniel, dijo Fermín; niño Daniel, usted está enfermo; ¿qué tiene? ¿Qué siente?

Daniel, como volviendo de un letargo, comenzó a quejarse ya pronunciar frases incoherentes. Era evidente que deliraba.

Fermín se dirigió a pasos largos a su casa en busca de Martina, su madre; esta estaba esperándolo para acostarse.

—¿De dónde vienes tan tarde? le preguntó ella.

—Vengo, madre, del cuarto del niño Daniel, en busca de su merced, para decirle que está muy malo, con mucha calentura, delirando. Sin duda le duele la cabeza porque se queja mucho. Tiene, además, convulsiones en todo el cuerpo.

—¿Pero no estaba sano hace poco? ¿No estuvo conversando en la cocina? ¿De qué le ha provenido esa enfermedad tan de repente?

—Yo no sé, pero creo que debemos ir a acompañarlo esta noche ya hacerle algún remedio.

—¿Y qué remedio puede hacerse a esta hora? Todos duermen ya en la casa, incluso mi amo, que podría decírnos qué se le hace por lo pronto, pues él también sabe recetar.

—No importa, yo voy a hacerle compañía; puede ser que el delirio le pase y pida un vaso de agua; allí estaré yo para dársele.

—Vamos, Fermín; ciertamente, ese pobre niño no debe pasar la noche abandonado.

Y madre e hijo se encaminaron al cuarto del enfermo.

Daniel deliró toda la noche; en su delirio, la mayor parte de palabras ininteligibles y en voz baja, se distinguían a ratos los nombres de Don Juan y de Fermín, y otras veces el de Arévalo.

Pero había una frase que se percibía de cuando en cuando claramente; esa frase era; ¡Se casa! Así se pasó la noche. Poco después de haber amanecido observó Fermín que la ventana del cuarto de Don Manuel estaba abierta; y se resolvió a ir a darle cuenta de la enfermedad de Daniel. Don Manuel fue al instante a ver al enfermo, lo pulsó, observó todos los síntomas de la enfermedad, no puso atención alguna en los disparates que hablaba, y salió llamando a Fermín.

—Vete ahora mismo, le dijo, a Cali, a llevarle una carta al R. P. Camacho; lleva un caballo del diestro, para si cree necesario venir a ver al enfermo. Ven. Entró en su cuarto; escribió la carta explicando los síntomas de la enfermedad y despachó a Fermín. Este partió a escape.

Don Manuel entre tanto tomó un libro grande, en folio, y con forro de pergamino, que parecía nuevo; era la obra de medicina de Tissot.

Estuvo leyendo largo rato, ya en una parte del libro, ya en otra; y después de mucho leer y meditar, cerró el libro, llamó a Martina y le indicó los remedios que por lo pronto debían hacérsele al enfermo. Estos eran; paños mojados en agua fría, en la cabeza, y sinapismos en las piernas. Mandó se le pusiera otra almohada, para que pudiera conservar en alto la cabeza.

A las ocho sirvieron el almuerzo. Don Manuel anunció a su familia en la mesa la repentina enfermedad de Daniel y el carácter grave que presentaba.

Los hacendados de aquellos tiempos solían saber algo de medicina casera para atender, en los primeros momentos, a los individuos de la familia ya los esclavos que enfermaban; ya veces, cuando eran estudiados, tenían también algún libro de medicina. El Tissot era un libro nuevo, recién introducido en el Nuevo Reino, pues acababa de ser traducido del francés. Un amigo de Don Manuel se lo había remitido de Santafé en obsequio.

La familia de Don Manuel recibió pesadumbre al saber la enfermedad de Daniel, porque en la casa todos lo querían y estaban acostumbrados a su trato amable respetuoso.

A las nueve llegó Fermín con el Padre Camacho y con el barbero de la ciudad que hacía el oficio de sangrador. El Padre visitó inmediatamente al enfermo, y después de examinarlo con atención, le hizo dar una sangría en el brazo, y ordenó le pusieran sanguijuelas detrás de las orejas y que, cuando pasara el delirio, le aplicaran un cáustico en la nuca.

Terminada la visita del enfermo, pasó a la sala en donde lo esperaban las señoras con el almuerzo, pues sabían que había salido de Cali en ayunas.

Le preguntaron su parecer acerca de la gravedad del mal, y contestó que esa enfermedad era muy seria, de la cual *muy* pocos solían salvarse; que le hicieran lo que dejaba prescrito, por sí o por no. Pero ¿cuál cree vuesa Paternidad que sea la causa *de ese ataque* tan grave? preguntó Doña Francisca, y añadió anoché estaba bueno.

Yo creo, contestó el Padre, que Daniel ha sufrido algún fuerte sacudimiento moral, alguna súbita y violenta pesadumbre que puede llevarlo a la sepultura; esta desgracia es la más probable.

El Padre al asegurar que el enfermo era víctima de un sacudimiento moral no hablaba por adivinanzas; mientras hacia el camino de Cali a la hacienda, fue examinando a Fermín, como médico prudente, acerca diera ser causa de la enfermedad.

¿Ha sufrido Daniel algún golpe?

No mi amo.

¿Ha estado expuesto por largo tiempo a los ardores del sol?

Tampoco mi amo.

¿Sabes si ha tenido alguna pesadumbre?

Al oír esta pregunta, Fermín no supo de pronto qué contestar comprendió que él no debía revelar el secreto que había aprendido, pero también echaba de ver que el médico necesitaba conocer la verdadera causa del mal para poder combatirlo con probabilidades de acierto. Resolvió, pues, dar al Padre la luz que necesitaba, pero sin cometer una imprudencia.

—Si he de decir a su merced lo que pienso, yo creo que el niño Daniel ha tenido ciertamente una gran pesadumbre.

—¿Y cuál ha sido esa pesadumbre?

—Parece que él quería casarse con una niña de Cali, y que anoché supo que ella se casaba con otro.

—¡Con razón! ¡Infeliz! Esas pesadumbres profundas, recibidas de repente, producen fiebres cerebrales, y esta es la enfermedad que él tiene, no hay duda.

Luego que el Padre se despidió, de regreso para Cali, pasaron las señoras a visitar al enfermo; Doña Francisca iba adelante y Doña Inés la última.

Las señoras caleñas de aquella época, todas de raza española, eran notables por su caridad para con los enfermos. Una de esas orgullosas y nobles damas podía ver con desdén aun plebeyo; pero si este llegaba a enfermar de gravedad, deponía al instante su orgullo y se constituía enfermera al borde de la cama del paciente, con tanto mayor esmero cuanto más desvalido fuera. Creemos que de todas las noblezas del mundo, la española es la más a propósito para producir Hermanas de la Caridad.

En el cuarto del enfermo estaban Don Juan Zamora y Martina; Fermín había ido a la ciénaga a coger las sanguijuelas, que se encuentran a la raíz de los juncos.

Daniel continuaba quejándose, y delirando a intervalos.

Doña Francisca se acercó a la cama y tocó el cuello del enfermo con el envés de su mano, y observó que tenía mucha calentura.

Las niñas estaban detrás de ella.

Doña Inés se fijó atentamente en el enfermo, que estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados y el rostro encendido; le pareció más hermoso que nunca. Notó que tenía en la mano un pañuelo blanco, de fino cambray, que no era de hombre; se fijó más y casi llegó a convencerse de que ese pañuelo había sido de ella; recordó entonces que pocos días antes se lo había regalado a Andrea.

Informada Doña Francisca de que se le habían hecho los remedios recetados por el Padre Camacho, se retiró ordenando que le avisaran cuando Fermín volviera con las sanguijuelas.

Doña Rosa quiso quedarse un rato acompañando a Martina.

Doña Inés quiso quedarse acompañando a Doña Rosa.

Inés examinaba con curiosidad el cuarto de Daniel que le parecía muy limpio; fijó la vista en la mesa en donde él escribía y vio allí una cuartilla de papel en que había unos pocos renglones cortos, que parecían versos.

Se levantó como para examinar el cuarto y se acercó con disimulo a la mesa y fijó sus ojos en la cuartilla de papel.

Solo había en ella cuatro renglones escritos, como que era obra apenas comenzada y no concluida todavía. Los cuatro renglones, versos sin arte, eran estos:

¿Por qué remonta el águila su temerario vuelo?

¿Cuál si quisiera intrépida al mismo sol llegar?

¡La unión es imposible! Dios quiso colocar

Las aves en el aire, los astros en el cielo.

Inés leyó estos versos varias veces; después quedó un rato pensativa y volvió a sentarse al lado de Rosa. En eso llegó Fermín llevando en la mano un frasco de cristal lleno de agua en donde nadaban una multitud de sanguijuelas. Inés salió a avisarle a Doña Francisca de la llegada de Fermín; mientras atravesaba el espacio que había del cuarto a la recámara de las señoras, caminaba lentamente, con la cabeza inclinada y repitiendo para sí:

«Las aves en el aire, los astros en el cielo».

Doña Francisca acudió al punto acompañada de las otras dos jóvenes, esto es, de Doña Gertrudis y Doña Josefa, e inmediatamente auxiliada por Doña Rosa y por Andrea, aplicó las sanguijuelas con notable facilidad. Cuanto era buena y compasiva con los enfermos, tanto era diestra en la aplicación de los remedios.

Cuando quitaron las sanguijuelas repletas de sangre, volvieron a sus habitaciones a esperar el resultado.

Inés se retiró a su aposento con Andrea; y una vez allí, le preguntó;

—¿Qué hiciste del pañuelo blanco que te di en Cali?

Andrea se ruborizó y se quedó callada.

—Dime la verdad, añadió Inés, pues yo sé adónde fue aparar el pañuelo.

Andrea avergonzada con los ojos en el suelo y estirando la *gola* de su camisa, le contestó;

—Yo nunca le digo a su merced una mentira; el pañuelo se lo di a Fermín; pero si hice mal, iré a pedírselo.

—No es necesario que se lo pidas, basta con que le preguntes qué hizo de él.

—Voy ahora mismo; allí está en el cuarto del niño Daniel.

Andrea salió, y un instante después estuvo de vuelta.

—Dice Fermín que el niño Daniel se lo pidió diciéndole que ese pañuelo blanco era muy a propósito para atarse la cara cuando dolían las muelas, y que a él solían dolerle, y que le dio en cambio uno de seda queme regaló a mí.

—¿y en dónde está ese de seda?

—Voy a enseñárselo.

Andrea pasó a la pieza contigua que le servía de dormitorio, abrió un baúl, sacó el pañuelo y se lo presentó doblado a Inés.

Inés tomó el pañuelo, lo desdobló y lo examinó; luego se lo llevó a las narices para percibir a qué olía (lo mismo que Daniel había hecho con el pañuelo blanco) se lo devolvió diciéndole;

—Es un hermoso pañuelo, de buena seda y muy fino: Fermín ganó en el cambio, Dime, Andrea, ¿sabes tú la causa de la enfermedad de Daniel?

—No, mi señora; anoche temprano estaba bueno.

—El Padre Camacho dice que ha sufrido un sacudimiento moral.

—¿Qué es sacudimiento moral?

—Sacudimiento moral es alguna pesadumbre profunda, alguna desgracia repentina; algún dolor de égos que se sienten solo en el alma.

—¡Ah! Entonces ya sé la causa de la enfermedad.

—¿Y cuál es?

—No me atrevo a decírsela a su merced.

—Así tan mala es esa causa que no te atreves a decírmela?

—Es que su merced podría enfadarse conmigo.

—No seas tonta; dila, cualquiera que ella sea, que no me enfadare.

—Pues bien; el niño Daniel cayó en ese accidente anoche a las nueve, al momento en que supo que su merced se casaba.

—¿Y quién ha dicho que yo me caso?

—Pedro, el paje, dijo en la cocina delante del niño Daniel, que ese blanco reinoso había pedido la mano de su merced a mi amo, en el cuarto de él; que mi amo le contestó que ya le había comunicado la propuesta a su merced, y que su merced le daría el sí dentro de quince días; que no le daba el sí ayer mismo, porque era costumbre de buena crianza pedir unos días de plazo. El niño Daniel contradijo a Pedro diciéndole que una señorita de tan alto mérito como su merced no podría jamás enamorarse de un payaso. Pero Pedro sostuvo lo que decía asegurando que lo había oído con sus oídos. Desde ese momento el niño Daniel se levantó y se fue a su cama, en donde cayó medio privado y desvariando, según me ha contado Fermín.

—¡Paje estúpido! No hay tal casamiento. Yo contesté que no quería casarme, y fue mi padrino quien dijo que esa negativa no debía dársele en seguida; que por decencia debía pedírselle un plazo de quince días para contestarle; pero esa contestación era resueltamente un *no*. ¡Paje estúpido!

Guardó silencio Doña Inés, y Andrea se retiró a su habitación.

Por mucho tiempo permaneció Inés inmóvil en el asiento en que la dejó Andrea, con la cabeza inclinada, fijos los ojos en el suelo, en profunda meditación.

El enfermo era visitado frecuentemente por Don Manuel, Doña Francisca, Don Juan Zamora y Andrea. Martina era la enfermera principal y no se separaba del cuarto.

Fermín estaba en expectativa, con el caballo ensillado esperando órdenes de su amo. A las tres de la tarde lo mandó Don Manuel a Cali, a darle cuenta al Padre Camacho del estado en que se hallaba el enfermo y del resultado de los remedios; a las seis estuvo de regreso con nuevas prescripciones escritas. Por la noche estuvieron las señoras haciéndole las últimas aplicaciones ordenadas por el Padre, y se retiraron a las nueve, dejándolo sin mejoría alguna, y con

orden de que las llamaran en caso necesario. Inés permanecía en su cuarto taciturna, pero no ya inmóvil sino en continua agitación; parecía que no pensaba en acostarse.

A las diez llamó a Andrea y le mandó que fuera a preguntar cómo seguía el enfermo; Andrea fue a cumplir esa orden ya un momento volvió anunciando que estaba muy malo y que continuaba el delirio.

Inés se sentó como desfallecida y comenzó a hablar muy bajo, como si estuviera rezando. Así permaneció largo rato.

De repente se levantó y dijo a Andrea:

—Vamos a ver cómo sigue el enfermo.

Eran las once de la noche.

Fermín estaba sentado en la puerta del cuarto; Martina en la sala, en una silla de brazos, dormitaba; Daniel deliraba en ese momento.

Al llegar Inés, Fermín se puso de pie; ella le dijo:

—No te muevas, vengo a ver cómo está el enfermo, antes de acostarme.

Entró con pasos leves y dijo a Andrea;

—Espérame aquí en la puerta, y no hagas ruido.

Andrea se puso a hablar con Fermín en voz muy baja; Martina continuó dormitando y no sintió que Inés entraba, tal era la suavidad con que esta caminaba.

Atravesó la sala y se detuvo en la puerta del aposento. Al llegar allí se puso una mano sobre el corazón como para acallar sus latidos. Daniel colocado en una media luz, deliraba, y era muy poco lo que se le entendía.

Inés puso la mayor atención tratando de percibir el sentido de alguna frase o de alguna palabra.

Poco rato hacía que escuchaba sin entender nada, cuando oyó que decía clara y distinta mente estas palabras;

«¡Se casa! ¡Se casa!».

A Inés se le oprimió el corazón; sintió una lástima tan grande, una ternura tan profunda hacia ese pobre joven, que tan loca y tan tiernamente la amaba, que sin darse cuenta de lo que hacía, avanzó resuelta hasta el borde de la cama, le tomó una mano al enfermo y apretándosela suavemente se inclinó, acercando sus labios al oído de él, y le dijo con voz tan tenue como la brisa, y tan melodiosa como los sonidos de una arpa eolia:

«¡Daniel, Daniel! ¡Oye, Daniel! No me caso; ¡Daniel, Daniel! No me caso; ¡oyes? soy yo; soy Inés». Daniel dejó de delirar, como si realmente hubiera oído y entendido, pero no abrió los ojos, ni contestó ni pronunció una palabra más.

Ella, asustada y temerosa de que la hubieran oído, le oprimió la mano, como quien se despide, y salió apresuradamente del aposento.

Al salir de la sala, le dijo a Andrea:

—Quédate acompañando a Martina un rato; te dejaré la puerta ajustada para cuando quieras ir a acostarte.

Y con ligeros pasos se dirigió a sus habitaciones. Acababa de hacer con Daniel lo que hacía Diana, la casta diosa, cuando enamorada y compadecida de Endimión, pastor de Caria, iba a visitarlo dormido en la caverna del monte Latmos.

Al entrar en su aposento ajustó la puerta, se acercó a su cama, se dejó caer en una silla baja que junto a la cama había, puso los brazos cruzados sobre la cama, reclinó la cabeza sobre los brazos y rompió en amargísimo llanto; llanto, a sollozos convulsivos, como si hubiera muerto para ella toda esperanza. En medio de este tristísimo lloro pronunció a intervalos, interrumpidas por los sollozos, estas palabras: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Ved que no puedo más! ¡Esta lucha es superior a mis fuerzas! ¡Bastante he resistido!... Desde el principio conocí el amor fatal de ese joven infeliz y me he hecho siempre la desentendida; ¡Que más podía hacer yo!... ¡He combatido por largo tiempo, de día y de noche, esa pasión funesta que se apoderaba de mi alma! ¡Yo no he alentado ese amor insensato con una palabra ni aun con una mirada; yo no le he dado alas!... ¡Dios mío, ¡Dios mío, qué haré yo, infeliz!... ¡Cuántas veces lo he tratado con fría indiferencia, siempre fingida, porque a pesar de mis esfuerzos, era él a toda hora mi único pensamiento, y cuando lo veía partir, tras él se iba mi alma!... ¡Ya estoy cansada, ya no puedo más!... ¡Él me amaba como un loco, y en todas sus acciones me lo dejaba comprender, a pesar de

su delicadeza y su respeto. ¿Y yo? ¿Y yo? ¡Ay de mí, desventurada! ¡Yo lo he amado con pasión profunda, sin dejarlo conocer, porque veía que mi amor era un amor sin esperanza!... Yo he sido más infeliz que él, porque para mí no ha habido consuelo. ¡Desdichada! ¡Qué va a ser de mí!... ¡Por qué no me dejaron morir cuando estuve enferma! Tal vez él hubiera muerto también de pesadumbre y ya todo hubiera concluido. Ahora si él muriera, yo moriría. ¡Qué haré yo, Dios mío!».

Y corrían abundantemente sus lágrimas por sus mejillas, caían sobre sus brazos, y de los brazos sobre las sábanas de la cama.

Ese llanto duró cerca de una hora ya él se siguió un abatimiento extremo.

Pasada media noche entró Andrea, tratando de no hacer ruido porque creía dormida a su señora; sin embargo, algo sonó la puerta, é Inés sobresaltada volvió el rostro y al ver a Andrea le preguntó:

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Está tranquilo, contestó Andrea, y parece que duerme, Doña Martina dice que le ha bajado la calentura y que es el primer momento de alivio que siente el pobre niño desde que cayó en la cama.

—¡Bendito sea Dios! Exclamó Inés, elevando sus ojos al cielo, en cuya mirada, a ser de día, habría podido descubrirse una fervorosa acción de gracias.

—Es muy tarde, Andrea, vamos a dormir.

Andrea pasó a su dormitorio e Inés apagó la vela y se acostó vestida.

Por fortuna la agitación de su ánimo había sido tan grande, que al calmarse con la noticia de que Daniel estaba mejor, se sintió rendida de cansancio y pronto se quedó dormida.



Los dos huérfanos

Al amanecer se presentó Andrea en el cuarto de Daniel a averiguar cómo había pasado la noche, y entrando en el dormitorio observó que estaba despierto. Acercándose a la cama le dijo:

—¿Cómo se siente, niño Daniel?

—Estoy mejor, Andrea.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—La he pasado bien, he tenido un sueño delicioso.

—¿Cuál fue ese sueño?

—En mi letargo me pareció que un ángel de blanco y flotante ropaje, se acercaba a mi cama, me tomaba la mano y me decía: «Inés no se casa». Luego desapareció dejándome en un estado de felicidad indescriptible.

—Eso no fue un sueño.

—¿Que no fue sueño dices?

—Sí, digo que no fue sueño.

—¿Pero hay en realidad ángeles que bajen así visiblemente a la cama de los moribundos?

—Sí los hay, de carne y hueso.

—¿Qué quieres decir? Explícate, no me hagas penar.

—Fue mi señorita Inés quien vino anoche conmigo a saber, antes de acostarse, cómo estaba usted, y oyendo que deliraba y que en el delirio decía que ella se casaba, se acercó a usted y le dijo que ese matrimonio era falso.

—¿Ella misma me lo dijo?

—Ella misma.

—¡Bendita sea! ¡No sabe cuánto bien me ha hecho! ¡Siempre fue, pues, un ángel el que yo vi!

—Ahora me envía a saber cómo se siente.

—¿Ella te ha mandado?

—Sí, ella.

—¡Cuánta bondad! Dile que estoy casi bueno; que mañana, o tal vez hoy, podré levantarme.

—Hoy no; la señorita se enfadaría por ese disparate.

—Bien, no me levantaré; dale las gracias de mi parte por su fina atención, mientras puedo dárselas yo personalmente.

Andrea se fue a llevar a su señora la alegre noticia de la mejoría de Daniel.

Se ve que para Andrea y Fermín no era un misterio el amor que Daniel profesaba a Inés; pero era esta la vez primera que Inés daba muestras de interesarse algo por la salud del apasionado mancebo. Como este lo había dicho, dos días después pudo levantarse de la cama a una silla, sin salir del cuarto, pues no podía dar un paso por la suma debilidad en que estaba.

Continuaron haciéndole los remedios propios para la convalecencia.

A los cuatro días, ya andaba por el cuarto, ya los seis salían a pasearse por el corredor y por el patio. Pudo ver a Inés, aunque acompañada de las señoras, de suerte que apenas consiguió cambiar con ella unas pocas palabras de pura cortesía.

Quince días después de haber caído enfermo, a eso de las once de la mañana, puso Daniel una silla en el corredor, a la puerta de su cuarto, y se sentó; vio salir a esa hora a las señoras en dirección a la quebrada de las Piedras, que distaba de la casa unas dos cuadras; comprendió que iban a bañarse, en vista de los utensilios que llevaban, y observó que Doña Inés no iba con ellas.

Poco rato después, cuando ya habían entrado en la arboleda que sombreaba las márgenes del arroyo, apareció Doña Inés en la puerta de la sala, y saludando a Daniel desde allí, le dijo:

—¿Cómo va de mejoría?

—Voy bien, señorita, mil gracias.

—Vengase acá un rato, conversaremos para que se distraiga.

—Voy, señorita.

Daniel estaba bien abrigado, con saco, ruana y sombrero, como convaleciente. Apoyándose en un bastón, se dirigió lentamente a la sala, allí tenía Inés su costura.

Hizo sentar al convaleciente en una silla y ella se sentó cerca de él y tomó la costura, como para coser al mismo tiempo que conversaba.

Pero antes de dar una puntada, fijó en él sus bellos ojos aterciopelados, en que se descubría un grande interés mezclado con profunda ternura y le dijo:

—¿Cómo se siente, Daniel?

—Ya estoy bueno, señorita, ya me siento casi tan fuerte como antes, y no me ocupo en nada ni salgo lejos de la casa, porque el señor Don Manuel me ha ordenado que me esté ocioso, y tengo que obedecer.

—Hace bien, para evitar una recaída.

Siguióse un rato de silencio, que ninguno de los dos rompía, porque ambos estaban preocupados y respiraban aceleradamente, como con susto. Al fin Inés, haciendo un esfuerzo, continuó:

—Dígame, Daniel, ¿cuál fue la causa de su enfermedad?

—La ignoro absolutamente, señorita, el ataque fue repentino, y puedo asegurarle que solo cuando pasó el mal vine a comprender que había estado enfermo.

—Si usted no sabe cuál fue la causa de su enfermedad, yo sí la sé, Daniel.

—¿Usted la sabe? dijo Daniel sorprendido.

—Sí, creo saberla, y si usted quiere se la diré.

Daniel no contestó. Inés dirigiéndole una mirada en que se revelaba la mayor mansedumbre, le preguntó:

—¿Quiere que se la diga?

—No sé si será alguna cosa grave, ¿contestó Daniel bajando los ojos, ni si tendrá fuerzas para resistirla.

—Sí las tendrá, porque yo no digo que la cosa sea grave, ni tendría valor para reconvenirlo. ¿Quiere que se la diga?

—No, contestó Daniel resueltamente, no quiero saberla, por lo menos ahora.

—Pues he de decírsela, y ha de ser ahora, dijo Inés sonriéndose para comunicarle ánimo, porque lo veía muy alarmado; se la diré ahora, porque no es fácil que podamos hablar otra vez a solas. Daniel, continuó ella viéndolo a la cara; usted ha puesto en mí sus ojos; usted ha colocado en mí sus pensamientos; usted me ama apasionadamente y me ha dejado adivinar ese amor de mil maneras; y se enfermó porque le dijeron que yo me casaba. ¿No es verdad?

Daniel, desde la primera frase que ella pronunció viéndolo a la cara, se fue encendiendo como una grana, en seguida se puso lentamente de pie e inclinó la cabeza, como un reo que está oyendo leer su sentencia de muerte. Cuando ella acabó de hablar, dobló en tierra una rodilla, diciendo:

—¡Señorita, perdóneme usted! Tenga lástima de mí!

—Álcese usted pronto, no sea que lo vean.

Y como él continuase con la rodilla en tierra, ella le tendió la mano y lo obligó a levantarse.

—Ahora, siéntese usted.

Daniel se sentó con el rostro encendido y dejando ver en todo su semblante una grande emoción. No estaba menos impresionada Doña Inés. Ella continuó.

—Hace meses sé que usted me ama, porque, ¿qué mujer, por rústica que sea, no adivina quién la quiere? Pero ese amor fatal solo servirá para hacerlo a usted desgraciado, y ya lo es, ¿A qué puede aspirar usted amándome con tanta tenacidad? Yo no podré jamás casarme con usted; bien sabe cuáles son las exigencias sociales y bien conoce el carácter de mi padrino; él no otorgará mi mano sino a un hombre que presente ejecutorias de nobleza y que sea rico,

porque así lo dispuso mi padre. Si mi corazón llegara a prendarse de algún sujeto que careciera de esas dos condiciones, nobleza y fortuna, mi corazón no sería oído, Yo no podré casarme con quien yo elija: ¡esa es mi suerte!

Al pronunciar esta última frase, se le salieron las lágrimas, e inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Señorita, le dijo Daniel, no lllore usted; sus lágrimas me hacen daño. Si tanto la hace sufrir mi insensato amor, fácil me es evitarle el sufrimiento; ¡muriendo! Sí, moriré, lo verá usted; será cuestión de pocos días; no más; pasados éhos, me habré despedido de usted y del mundo y de la vida. Si no he muerto ya, no tengo yo la culpa.

—No. Daniel. Dijo Inés, enjugándose las lágrimas no morirá usted; yo no quiero que muera; óigalo; yo no quiero.

—Bien, trataré de vivir y de no ser un estorbo para su felicidad.

—¿Qué felicidad? Yo nunca he pensado en casarme; a ese señor que ha pedido últimamente mi mano, le contesté con un no inmediato.

—Bendita sea usted y bendita la hora en que la conocí. Ya no quiero morir. ¿Y por qué habría de morir?

Mi amor es mudo, respetuoso e inofensivo. El día en que la vi a usted, allí, en aquella recámara, quedó fijado mi destino. De entonces acá no he tenido un solo pensamiento que no haya sido para usted. Mi amor es grande, profundo, desinteresado; ¡sin esperanza! ¿Quién soy yo, huérfano infeliz, sin padres y sin deudos, sin linaje conocido y sin fortuna, para aspirar a la inefable dicha de ser su esposo? Si tal prodigo se verificara, tal vez caería muerto bajo el enorme peso de tanta dicha.

Yo no espero eso, porque no estoy loco; me contento con amarla en silencio, con seguirla con mis ojos, aunque jamás deba alcanzarla, como la maravilla sigue al sol. No me impida que la ame, que la venere, que por usted, y solo por usted, viva; no se enfade porque yo la considere como el norte de mis pensamientos, el encanto de mi vida, la luz de mi alma. ¡Oh, la amo tanto! ¿Quiere usted que viva? Déjeme que la ame. ¿Quiere usted que no la ame? ¡Déjeme que muera!

—Bien, Daniel, ámeme cuanto quiera. Nuestro destino, como lo ha dicho usted, está fijado. Yo no podré ser su esposa, bien lo sabe, ni podré faltar a mis deberes; ¡no! Yo no olvidaré jamás lo que debo a mi calidad ya mi educación, a mi religión ya mi raza. ¡Nuestro amor es una gran desgracia!

—¿Nuestro amor? ¿Qué ha dicho usted? ¿Nuestro amor? ¿He oído mal?

—¡Ah, no! Yo no he dicho eso, replicó Inés alarmada.

—Sí, lo ha dicho, acaba de decirlo, no lo niegue; ¿por qué había de jugar usted así, tan cruelmente, con mi corazón?

Inés lo miró por un momento con profunda lástima, y luego, bajando los ojos contestó:

—Desgraciadamente es verdad; ¿a qué negarlo ya? ¡Nuestro amor! Eso he dicho.

—¡Oh, Dios mío! ¡La felicidad me sofoca! ¡Esto es demasiado! ¡Mi corazón es muy pequeño para contener tal torrente de felicidad! ¡En este instante me parece que de amor me duele!

Y poniéndose de pie, se oprimía el corazón con la mano, y continuó:

—¿Pero es posible? ¿No es un sueño? Es verdad que usted, la más hermosa de las mujeres, ¿se ha dignado volver sus ojos hacia mí?

—Daniel, yo no soy de piedra; ¡bastante he luchado! y si no lo hubiera visto a usted al borde del sepulcro por causa mía, todavía resistiera; pero no puedo más; ¡estoy rendida!

—¡Heme aquí, pues, el más venturoso de todos los mortales! ¡Jamás me hubiera atrevido a soñar tanta dicha! Aunque es verdad que siguiendo el consejo de mi sabio maestro para todas las situaciones difíciles, todos los días humillado ante Dios, ponía mi labio en el polvo por si acaso había esperanza.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros ahora? Pensar en matrimonio es quimera; usted lo reconoce así; usted mismo ha dicho que la unión es imposible y que Dios quiso colocar «Las aves en el aire, los astros en el cielo».

—¿Cómo sabe usted eso? Preguntó Daniel en el colmo de la admiración.

Nombre que se da en el país al girasol o heliotropo.

—Porque usted va dejando rastros por doquier de su loca pasión; estuve enferma, y usted lloró al borde de mi cama y me besó la mano; usted le pidió a Fermín un pañuelo que había sido mío, y durante su enfermedad oprimía ese pañuelo contra su pecho; usted deja sobre la mesa de su cuarto, a la vista de los que entran, versos que revelan la altivez de sus pensamientos; usted cae casi herido de muerte porque le dicen que voy a casarme, y en su delirio deja percibir su amor y sus celos. ¿Cree usted que tantas muestras de una honda y tenaz pasión no habrían al cabo de impresionar mi alma? ¡Pero, desdichados! ¿Qué adelantamos con esta confidencia? Y yo, imprudente, ¡que acabo de revelar mi secreto!

—No se arrepienta, señorita, de haberme dado hoy la vida con sus dulcísimas palabras. Su secreto será guardado con religiosa veneración.

—Así lo espero y así lo exijo. Pero repito, Daniel: ¿qué hemos adelantado con nuestra mutua confidencia? ¡Ah, somos muy desgraciados!

—No se aflija usted; mi pasión continuará siendo muda y respetuosa; yo nada pretendo, nada espero, sé que usted sabe que la amo con frenesí, y sé que mi amor no le es indiferente; por ahora, esto me basta.

—¿Por ahora?

—Por ahora: ¿quién conoce los arcanos de Dios? ¿No hay acaso una Providencia que vela por la suerte de los mortales y que ampara y favorece a las almas puras?

—Niño Daniel, dijo Pedro en voz alta desde la puerta de la sala, mi amo lo llama.

—Voy al instante, contestó Daniel.

Pedro se retiró.

—Me voy, señorita: ¿qué me ordena usted?

—Nada, Daniel; ¡cuidado con una imprudencia! Mi honor no ha de sufrir el más leve detrimiento por su causa. Adiós.

Y le tendió la mano, que él oprimió con profundo respeto, sin atreverse a aplicar a ella sus labios, porque todas las puertas estaban abiertas y podía ser visto.

Cuando Inés se vio sola, colocó a un lado la costura. Cruzó los brazos y se puso a reflexionar, mirando al cielo raso de la casa. Estaba encendida como un clavel. Luego, hablando consigo misma, comenzó a decirse: ¿habré hecho mal? Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Mi corazón ya ardía. ¿Cómo negarlo? ¡Y ahora, al fuego de sus palabras y de su mirada ha completado el incendio y me ha acabado de abrasar el alma!

Estuvo un momento pensativa; y luego añadió para sí; lo cierto es que descansó mi corazón. ¡Pobre muchacho! ¡Tan hermoso, tan bien educado y tan sufrido! y sobre todo esto, huérfano como yo; ¡Ni padre, ni madre, ni deudos! ¿Por qué no me lo propone mi padrino para esposo? ¿Por qué no es noble ni rico? ¡Qué me importan a mí las riquezas! Tengo lo bastante para que pudiéramos ser felices ambos.

Pero ¿y la alcurnia?

¿Y las ejecutorias de nobleza? ¿Cómo podría yo echar una mancha sobre el lustre de mi raza? ¿Cómo despreciar las órdenes de mi padre consignadas en su testamento? ¡Pobre de mí! Ya revelé mi secreto, ¡y ahora tengo miedo!

En esto percibió la voz de las señoras que regresaban del baño, y tuvo que interrumpir su soliloquio.



El paje y Arévalo

Daniel acudió presuroso al llamamiento de Don Manuel.

—Entra, Daniel, le dijo este, ven a escribir. ¿Cómo te sientes?

—Estoy casi bueno, señor, y ya puedo consagrarme sin peligro a mis obligaciones.

—Es verdad; noto que tienes el rostro muy animado, estás de buen color y tienes la mirada clara y alegre. Lo celebro mucho. Ven a escribir una carta; siéntate.

Daniel tomó la silla en que acostumbraba sentarse a escribir cuando Don Manuel lo ocupaba, la acercó a la mesa, que estaba cubierta con una carpeta de paño verde que caía hasta el suelo y llena de papeles, con tinteros, salvadera, plumas de ganso, caja de obleas y barras de lacre.

Daniel sacó del bolsillo su navaja, tajó la pluma con destreza, la probó en una vuelta de carta y esperó que Don Manuel le dictara.

El papel era florete, grande, sin reglar; este se partía en cuartillas, y cada una de estas servía para una carta.

Don Manuel dictó lo que sigue:

Señor Don Fernando de Arévalo.

Muy señor mío:

La presente tiene por objeto comunicar a vuestra merced que Doña Inés de Lara y Portocarrero, mi pupila, no quiere sujetar su cerviz todavía al santo yugo del matrimonio; lo cual me ha encargado diga a vuestra merced, dándole al mismo tiempo las gracias, por haberla creído digna de ser su esposa. Nuestro Señor guarde a vuestra merced muchos años.

Cañasgordas y Mayo, 30 de 1789.

Terminada la escritura de la carta, Daniel le echó arenilla y se la presentó; él la leyó y puso su firma: «Manuel de Caicedo».

Todos los de esta familia escribían su apellido con y griega y z; Don Manuel ponía la z pero no la y griega.

Daniel cerró la carta, la pegó con una oblea y puso el sobrescrito.

Don Manuel llamó en voz alta:

—Roña.

—Mi amo, contestó Pedro que estaba al lado de afuera de la puerta.

—Vete ahora mismo a Cali; lleva esta carta a Don Fernando de Arévalo, en la plazuela de San Francisco; y vas en seguida a casa de Don José de Micolta y le preguntas de mi parte si tiene qué comunicarme algo.

El paje ensilló un caballo de los que había sueltos en el patio y salió en él a galope para Cali. Daniel se puso de pie para retirarse y preguntó:

—¿Tiene su merced alguna otra cosa qué mandarme?

—No, Daniel, puedes irte, cuídate mucho, para evitar una recaída.

Creo que ya no hay peligro, señor, antes quería pedir a vuesa merced un favor.

—Di quéquieres.

—Un amigo mío se casará el domingo próximo y me ha elegido para padrino; yo deseo prestarle ese servicio, si su merced me da licencia, y en ese caso me iría el sábado por la tarde y regresaría el lunes muy de mañana.

—Está bien, puedes ir. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Manuel Arce.

—¿y la novia?

—Mercedes Salguero.

—Es de los Salgueros de Catayá?

—Sí, señor.

—Buena gente. ¿Y qué piensas llevarles para la boda? Porque supongo que les llevarás algo.

—Nada, señor.

—Eso no puede ser. Dile a Zamora que mande mañana una novilla gorda a Catayá en tu nombre. Yo daré orden a María Francisca para que te dé una botijuela de vino.

Daniel dio las gracias lo mejor que pudo y se retiró muy agradecido.

Entre tanto Pedro, a quien Don Manuel llamaba *Roña*, seguía su camino en dirección a Cali.

Don Fernando de Arévalo tenía su tienda de mercancías españolas en la esquina de la torre de San Francisco. Entonces no había calle ni barrio especial destinados al comercio de géneros y telas para vestidos; las cuatro o cinco tiendas que había en la ciudad, estaban en calles y barrios diferentes.

El paje llegó a la tienda de Arévalo a tiempo en que este estaba en ella, al lado de adentro del mostrador, leyendo, porque en ese momento no había comprador alguno.

El negro saludó con la frase de costumbre dictada a los esclavos, que era esta; «Alabado sea el nombre de Dios», y el saludado respondía; «Alabado sea para siempre», frases que solían acortar diciendo:

—«Alabado sea Dios».

—«Por siempre».

Arévalo salió prontamente afuera del mostrador cuando conoció que ese negro era el paje del Alférez Real.

Pedro entregó la carta y dijo:

—Adiós, mi amo.

—Espérate, dijo Arévalo, por si fuere necesario contestar algo.

Abrió la carta con precipitación, la devoró con la vista, y se quedó callado, profundamente descontento.

Al cabo de un rato dijo al paje:

—Da la vuelta por el portón y entra, que tengo que hablar contigo.

El paje dio la vuelta y entró en el patio, a tiempo que Arévalo salía por la sala al corredor, habiendo dejado cerrada la puerta de la tienda.

—Desmóntate un momento, dijo al paje.

El paje se desmontó en la gotera de la casa, y entró en el corredor.

Arévalo se sentó en un escaño que allí había, y el paje quedó de pie.

—Tú eres el paje de Don Manuel, ¿no es así?

—Sí, mi amo.

—¿Estás siempre en la puerta de su cuarto y ves qué personas entran en la casa y cuáles salen de ella?

—Sí, mi amo.

—Dime, pues; ¿sabes si Doña Inés de Lara tiene algún novio?

—No, mi amo, no sé.

—¿Crees tú que nadie la ame ni la visite, ni que ella tampoco ame a nadie?

—No, mi amo; cómo voy yo a saber eso, dijo el paje, riéndose y mostrando sus limpios y blancos dientes, y admirado de que un blanco conversara con él sobre asuntos tan altos.

—Pero tú sabes algo, puesto que te ríes. Toma ese patacón, para que compres cigarros; y dime lo que sepas.

—Pero si no sé nada, mi amo, dijo el paje, siempre riendo maliciosamente.

Arévalo se fijaba en esa risa maliciosa.

—¿De manera que tú crees que esa señorita tan hermosa no tiene quién la quiera?

El paje, que había recibido y guardado el patacón, contestó deseando satisfacer a Arévalo.

—Lo que es quererla, eso sí; yo creo que no falta quién la quiera mucho.

—¿Y quién es ese sujeto?

—El que parece quererla mucho es el niño Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Es el escribiente que tiene mi amo en la hacienda.

—¿Un joven blanco a quien le está apuntando apenas el bozo, que comió en la mesa con la familia el día que estuve allá?

—El mismo, mi amo.

Los ojos de Arévalo despidieron centellas. Luego continuó.

—¿Por qué crees tú que la quiere?

—Por nada, es que se me pone.

—Cuéntamelo todo, pues ya me has dicho lo principal. Vengo a regalarte un hermoso pañuelo para tu novia. Fue en efecto a la tienda y sacó de ella un pañuelo de algodón de colores vivos y lo dio al paje. En seguida le dijo:

—¿Por qué crees que la quiere?

—Porque el otro día que su merced estuvo enferma, el niño Daniel llegó a la cama, le besó la mano y se puso a llorar.

—¿Viste tú eso?

—No lo vi yo mismo, pero lo vio Tomasa y me lo contó. Después, el día que su merced estuvo en la hacienda, porque dijeron los criados que ella iba a casarse con su merced, el niño Daniel cayó enfermo al momento y casi se muere; y hoy, antes de salir de la hacienda para acá, los vi conversando a solas en la sala con mucha animación.

—¿y crees tú que ella lo quiere?

—Sí lo creo, principalmente desde hoy.

—¿De dónde es ese Daniel?

—De aquí de Cali.

—¿Quiénes son sus padres?

—No tiene padres, es huérfano.

Arévalo estuvo cavilando un rato. Al fin dijo al paje:

—Vete; la carta no necesita contestación.

El paje montó en su caballo y se dirigió a la casa de Don José Micolta, que quedaba a la diagonal, con el convento de San Francisco de por medio.

Don José Micolta entregó al paje un pliego cerrado para el Alférez Real y lo despidió.

A las cinco estaba de regreso el paje en la hacienda; entregó el pliego a su amo, desensilló el caballo y volvió a situarse en su puesto habitual, en la puerta del cuarto.

El Alférez Real abrió el pliego de Don José Micolta Alcalde Mayor, en que le hacía saber que había llegado de Santafé una escolta con su correspondiente oficial, a recibir los reemplazos que había pedido el señor Virrey para mandar a Cartagena.

Cuando Daniel salió del cuarto de Don Manuel, se sintió perfectamente bueno de alma y cuerpo. La influencia del espíritu sobre su organismo, había sido tan manifiesta, que con solo haber hablado de su amor con Doña Inés y haber escrito él mismo esa carta de negativa, se sentía tan sano y vigoroso como si nunca hubiera estado enfermo.

Salió, pues, alegre y comunicativo, deseoso de encontrarse con Don Juan Zamora o con Fermín, para conversar con ellos, no de su amor que era un secreto, sino de cualquier cosa. Quería hablar con algún amigo, para dar expansión a los variados afectos de su alma, ya que no le era lícito cantar y bailar sin llamar la atención. Pero Zamora y Fermín estaban en los trabajos con la cuadrilla, y Martina ayudaba en la cocina a las criadas del interior.

Le fue forzoso entrar en su cuarto; allí se puso a meditar en su buena suerte ya pensar también un poco en lo futuro.

Del abismo del desconsuelo había subido de repente a la cumbre de la felicidad; había tenido la audacia de declarar su amor a la señora de sus pensamientos; y la dicha inefable de saber que era amado. Pero ¿qué había adelantado con eso? Su situación era tal vez peor que antes; un matrimonio entre él y Doña Inés era de todo punto imposible; el solo pensar en eso era un disparate; él era plebeyo, ella noble; él era huérfano y ni siquiera sabía quiénes eran sus padres; ella contaba una prosapia ilustre; él era sumamente pobre, ella era muy rica. A esto se agregaba que era pupila del Alférez Real, el señor más orgulloso que había en todo el Valle y el más intransigente en materia de nobleza; y que si este llegaba a descubrir tal insolencia, sería capaz de mandarlo a los presidios de Cartagena.

Tarde o temprano ella tendría que casarse con alguno que fuera de su misma clase, y entonces él moriría de celos y desesperación.

¿Qué haría pues?

En sus largas cavilaciones buscaba algunos pasajes de la Historia o de la Fábula, que fueran análogos a su situación; pero ni esta ni aquella le indicaban medio alguno de salir del apuro.

Entre esos pasajes que revolvía en su memoria se presentaba a cada instante el rapto de la griega Helena por el troyano Paris.

Daniel no había leído a Homero, pero había traducido a Horacio. Tomó el ejemplar que tenía de las obras de este poeta, y se puso a leer la famosa oda *Pastor cum traheret*.

Después recapacitó mucho y concluyó por decirse:

«Paris era un príncipe, y yo soy un pobre huérfano desheredado de todo; ya pesar de que aquel era un príncipe, ese rapto le costó caro a él, a su familia ya su patria. ¡Dios me guarde! La oda es muy bella, pero no se debe tomar como ejemplo si no es para recordar los estragos que refiere. Además, Doña Inés no es Helena, ni habría príncipe en la tierra que consiguiera hacerle olvidar su deber y su decoro».



Una nueva Arcadia

Por la noche, después del rezo y de la cena, después de haber visto a Inés en la mesa, se fue Daniel al cuarto de Don Juan Zamora, porque tenía particular placer en conversar con ese andaluz tan sincero y tan benévolo, tan honrado y tan franco, que le contaba pasajes de su juventud en Sevilla, y le hablaba de la Giralda con su flecha de más de cien varas de elevación; y del Guadalquivir, más grande que el Cauca; y de su acueducto de cuatrocientos cincuenta arcos; y del espléndido palacio de los antiguos reyes moros; y de los pintores Murillo y Velásquez, hijos de esa ciudad; y de Sevilla la Vieja, que era la antigua Itálica; y de las costumbres populares, y las serenatas, y las lindas mozas, con las cuales decía Don Juan haber tenido lances novelescos, y concluía diciendo; Nada, hombre, Daniel, «quien no ha visto a Sevilla no ha visto maravilla»; es lo que yo digo: ¿quieres tener una idea de la belleza de las muchachas de mi tierra? Pues mira a la señorita Doña Inés y haz de cuenta que las conociste.

Daniel, que no sabía Geografía, porque ese estudio no se hacía entonces, se quedaba con la boca abierta. Así se pasó la semana. El sábado se fue Don Manuel para Cali a despachar asuntos relativos a su cargo de Teniente Coronel de milicias, y avisó que no regresaría hasta el día siguiente por la tarde. El almuerzo se había servido a las ocho, como de costumbre, y Don Manuel había partido llevando a Pedro por único compañero.

Las señoras manifestaron a Don Juan Zamora deseos de ir a bañarse al río Pance, porque ya había entrado el buen tiempo con el mes de Junio y habían cesado las lluvias. Don Juan dio las órdenes del caso a Daniel ya Fermín, para que prepararan las bestias, lo cual fue obra de un momento. A las diez montaron las señoras con los tres escuderos Zamora, Daniel y Fermín y fueron saliendo por la puerta de golpe al llano, en bulliciosa algazara, en dirección al río Pance.

El día estaba magnífico; el sol en ese mes se encuentra muy al Norte, brilla mucho y quema poco; no marchita la grama ni los árboles, ni merma el caudal de los arroyos. El aspecto de esa comarca era bellísimo, como lo es siempre; y para Daniel e Inés, felices con la confidencia que se habían hecho de su mutuo amor y que había descargado sus corazones de un gran peso, el paisaje era verdaderamente encantador.

Al salir de la casa tenían que subir por un plano ligeramente inclinado hasta llegar al lomo de la colina que desprendiéndose del pie de la montaña baja suavemente hasta morir cerca al río Cauca. Al llegar a ese lomo debían descender por la otra pendiente hasta llegar al río Pance. Todo el camino era a lo más de una hora.

Cuando coronaron el lomo de la colina, se detuvo Daniel que iba adelante, para hacer notar a las señoras la belleza del paisaje. La hacienda se presentaba a sus ojos en toda su extensión, en pintoresco panorama, con sus variados aspectos. Del punto en que se hallaban, mirando al Occidente se percibía toda la colina cubierta de césped e igual en su larguísimo declive como si fuera obra de albañil; ni una cabaña, ni un árbol, ni una mata impedían que los ojos la exploraran íntegra, desde su origen hasta su término, desde el monte al llano.



Allá en lontananza descansaba la vista en los empinados Farallones y en el erguido pico de Pance con su cúspide cónica y su color verde azuloso. ¿Quién habrá ascendido jamás a esa cumbre altísima, asiento de las nubes y morada de las tempestades? Al lado de abajo se presenta la parte más horizontal del terreno, con sus numerosos árboles colocados de trecho en trecho para dar sombra al ganado y que va a terminar en las selvas seculares del Cauca.

La llanura se interrumpe al Sur en una larga barrera de verdura formada por los guaduales que coronan las orillas del río Jamundí y que le ofrecen con su follaje un palio perenne que lo resguarda de los rayos del sol. Al Oriente se abre en dilatados horizontes el ancho Valle semejando un mar de verdura, cuyos límites están allá en la cordillera central de los Andes. Así aparecería a los ojos de Moisés la tierra de Canaán, vista desde el monte Nebo.

Al Norte el horizonte es tan extenso y el Valle por ese lado es tan bajo, que, como en el mar, se alcanza a ver el cielo sin alzar los ojos. A dos leguas de distancia se levanta la ciudad de Cali, reclinada sobre las faldas de la cordillera, coronada de montes y collados, de campanarios y de palmas, arrullada por el murmullo de su río, a la sombra de sus naranjos, nísperos y tamarindos; refrescada por las brisas de la sierra y perfumada por el aroma de los azahares, flor aristocrática, de blancura sin manilla, emblema de la pureza, escogida por las vírgenes para tejer con ella sus coronas.

Y en toda esa extensión que abarca la vista, se descubren innumerables vacadas, demorando en sitios diferentes, como si dijéramos cada una en su barrio.

Al ver esos verdes campos, yesos rebaños paciendo, yesos arroyos murmurantes, yesos frescos bosquecillos, yesos matices de luz y de sombras, y esas hermosas doncellas; cualquiera creería tener a la vista un cuadro mitológico; recordaría a Teócrito y el idilio de Polifemo y buscaría con la vista al Cíclope que debía de estar sentado en la cumbre del Panes vigilando sus ovejas y enamorado a la desdeñosa Galantea con la música de su agreste flauta.

Largo rato estuvieron las señoras admirando en silencio el pintoresco panorama. De repente dijo Doña Inés:

—Mire, Daniel, allá lejos, del otro lado del río Cauca, en medio de esas selvas, se distinguen muchas casas de teja: ¿serán haciendas?

—Esas no son casas de teja, dijo Daniel viendo en la dirección que ella señalaba; esas son las copas de los cachimbos que sobresalen y están florecidos.

Dicho esto, se puso en movimiento la caravana y siguió a paso largo hacia las orillas del río Pance. ¡Cómo se conoce que Cali ha sido pobre en poetas, cuando ese río delicioso no ha tenido hasta ahora sus cantores!

Ni el Eurotas ni el Páctalo, ni el Cuero, ni el Genial, ni el Tajo de arenas de oro, fueron nunca más cristalinos ni tuvieron riberas más floridas.

¿Por qué no ha aparecido entre nosotros un Virgilio, que describa esta moderna Arcadia, y que entone en honor de ella melodiosos versos a la manera del *Incipe Moenalias*?

El Pance no es un río histórico; no ha oído, como el Escamandro y el Tíber, el choque de las armas ni los gritos de los combatientes atronando sus riberas; ni en el espejo de sus limpias aguas se retratan ciudades ni torreones, como en el Arno, el Támesis y el Neva. Él no es un gran río ni por el caudal de sus raudales, que es muy escaso, ni por la longitud de su curso que es muy corto; desde el punto por donde sale de la montaña hasta aquel en donde muere, habrá en rigor tres leguas. Hace su curso por una pendiente moderada, pasando al principio y al fin de su carrera por debajo de frondosos árboles; y en el medio, por entre prados cubiertos de verde grama. No encuentra en su paso zarzales ni malezas, ciénagas ni fango; sus ondas se precipitan limpias y claras en el Jamundí, para perder allí su diafanidad y su nombre. Es como una virgen inocente que nacida y criada en un castillo feudal, muere en la adolescencia, sin haber tenido tiempo de manchar la pureza de su alma.

La cabalgata, al acercarse al río, entró en la espesa arboleda que en ese punto orlaba sus riberas. Caminaron un rato a la sombra de un bosque de madroños cargados de fruto. Debajo de esos altos árboles crecían muchas otras plantas medianas de grandes hojas que mantenían el ambiente en deliciosa frescura. El ruido que allí hacía el río era muy leve, porque esa parte era la única casi horizontal de su carrera.

Llegaron a la orilla y contemplaron con placer la murmurante corriente y los hondos remansos que convidaban al baño.

Don Juan, al llegar a un espacio del bosque claro y limpio, hizo que las señoras se desmontaran, sirviéndose para ello del grueso tronco de un higuerón caído. Ese era el sitio acostumbrado para el baño, tanto por lo delicioso del paraje como por la utilidad que ofrecía el tronco.

Las barrancas del río eran altas, pero había una bajada hecha de intento, y por ella descendieron las señoras. Fermín les llevó a la playa, cubierta de menudos guijarros, la maleta en que iban los enseres necesarios para el baño; túnicas largas, sábanas, peines y jabones.

Bajo esa bóveda de follaje corre el Pance, tejiendo aparentemente con sus aguas una trenza gigantesca; entre los barrancos y la corriente hay playas secas, por donde el que va a bañarse se pasea escogiendo el remanso que más le provoca. Esos remansos llamados *charcos* son regularmente profundos, ya pesar de eso se distingue el fondo tapizado de pequeños guijarros blancos, azules y verdes, como si estuvieran en seco; se ve distintamente que no hay en el fondo peligro alguno, ni ramas, ni hojas, ni fango, ni insectos.

El que allí se baña, entra en el charco avanzando poco a poco, de la orilla al centro, y se va sumergiendo hasta que el agua le llega al cuello; entonces baja los ojos hacia el fondo y se ve perfectamente los pies, como si solo hubiera de por medio una lámina de cristal transparente. La diafanidad de este río es tan notable que creemos no haya otro que la tenga mayor, así como la delgadez y suavidad de sus aguas.

Mientras que las señoras se bañaban, Daniel y Fermín se ocuparon en coger madroños, ya alcanzando desde el suelo las ramas bajas, ya subiendo a los árboles. Don Juan entre tanto se tendió muellemente sobre la blanda alfombra de hojas secas.

Terminado el baño, llamaron a Fermín para que recogiera los vestidos, sábanas y demás utensilios y subieron sobre la barranca con el auxilio de Zamora y de Daniel. Comieron con avidez los madroños y subieron al tronco de higuerón, al cual los escuderos fueron arrimando los caballos; montaron y partieron.

De regreso a la hacienda, las muchachas se mostraban alegres y locuaces. Tres cosas hay que excitan la sensibilidad de la mujer y la hacen comunicativa y complaciente; el baile, el baño y el paseo a caballo.

Don Juan se colocó aliado de Doña Francisca; las tres hijas de esta lo seguían, conversando alegremente; Doña Inés y Daniel iban los últimos; a una distancia graduada como para hablar sin ser oídos.

—¿Por qué será, dijo Daniel, que hoy me parecen estas llanuras más hermosas que otras veces, y la luz más brillante, el ambiente más perfumado y el día más alegre?

—No puedo adivinar la causa, contestó Inés sonriendo maliciosamente.

Daniel que observó esa sonrisa, añadió:

—Bendita sea esa enfermedad que tal cambio ha operado en mi suerte.

—No se haga ilusiones. Daniel; su suerte no ha cambiado.

—Yo, para ser feliz, solo necesitaba que usted supiera que la amaba entrañablemente; ya lo sabe, y eso me basta.

—Pero ¿qué adelanta usted con que yo lo sepa?

—He adelantado mucho, porque en vez de vivir sobresaltado, estoy tranquilo; en vez de estar triste, estoy alegre; y en vez de desear la muerte, amo la vida.

—Pero, Daniel, no hay cosa más triste que un amor sin esperanza. En mi concepto, ahora estamos en peor situación que antes.

—No lo crea usted; yo siempre espero, porque solo para los que están en el infierno muere la esperanza.

—¡Admiro su valor! ¿En qué puede fundar usted esa esperanza?

—No lo sé; ¿ni quién sabe los arcanos de Dios? Mi maestro el Reverendo Padre Escovar me habla constantemente de una Providencia que gobierna el mundo y que interviene en los casos desesperados, en esos que parecen no tener remedio humano. Él mismo ha llamado mi atención sobre la sentencia de un poeta que dice que «el trabajo tenaz lo vence todo». Yo veo que es usted una doncella de peregrina hermosura, y sé que es de altísimo linaje, y que posee bienes de fortuna, y que por añadidura es pupila del señor Alférez Real, el hombre más apgado a los fueros y tradiciones de la nobleza. Sé también que puede llegar día en que resulte algún pretendiente digno de usted con el cual le ordenará su padrino que se case. Eso no me asusta porque no he de verlo; antes de ese matrimonio habré yo muerto, o moriré ese día. Ya pesar de estas consideraciones, no me ha sido posible apagar el fuego de esta pasión que me devora. Lo mejor que podría sucederme sería que ella me matara; vale más morir de amor ahora, que más tarde de desesperación.

Pobre Daniel, ¡lo compadezco! No quiera Dios que llegue día en que maldiga la hora en que me conoció; aunque yo no he tenido culpa en el nacimiento de ese amor funesto, ni he dado paso alguno para que me ame, ni me he interpuesto voluntariamente en su camino: ¡todo ha sido obra de la fatalidad.

—O de la providencia, ¿quién sabe? Si usted no fuera quien es; si yo no cono-
ciera su altivez y su virtud, le diría:

—Busquemos otro llano,

Busquemos otros montes y otros ríos,

Otros bosques floridos y sombríos,

Do descansar y siempre pueda verte

Ante los ojos míos,

Sin miedo y sobresalto de perderte.

—Qué hermosos versos hace usted, Daniel.

—¡Infeliz de mí! Esos versos no son míos; son de uno de nuestros más grandes poetas; son de Garcilaso de la Vega; ellos expresan las aspiraciones de mi alma. ¿Ve usted allá al Oriente esas montañas azules? Del otro lado de esa cordillera hay gente, hay pueblos; allá queda el Reino. Pues bien, quisiera salir ahora a escape, con usted, tras montar esas sierras, caer al otro lado y presentarme al Cura del primer pueblo que encontrara y pedirle nos echara la bendición.

—¡Pobre Daniel! Yo no lo seguiría; porque sé que antes de llegar ante ese Cura, habría muerto de vergüenza en el camino.

—No me asombra esa respuesta, antes la aplaudo; es digna de usted.

En este instante observó Doña Inés que los que iban adelante se habían detenido en el mismo paraje en que se detuvieron a la ida, y dijo a Daniel.

—Mire, Daniel; allá se han detenido a esperarnos; hablemos de otra cosa.

—¡Qué lástima! Me parecía que estaba en el paraíso. Hablemos, pues, de otra cosa.

—¿Piensa usted ir a Cali esta noche?

—No esta noche, sino esta tarde, porque estoy de padrino de un matrimonio que se celebrará mañana.

—¿Y cuándo volverá?

—El lunes por la mañana, porque los novios harán baile y tendré que asistir. Dígame la verdad; ¿le hago falta?

—¿Por qué negarlo? Siempre que se va usted a Cali, los sábados, me parece que la casa está desierta, y permanezco inquieta, sin acostarme, hasta las diez u once de la noche que oigo rechinar la puerta de golpe, graznar los gansos y ladear los perros; entonces me tranquilizo, me acuesto y ya puedo dormir porque sé que usted ha regresado.

—¡Bien haya la linda boca que tales cosas me dice!

En ese momento se incorporaron a los demás y siguieron reunidos, a paso largo.

Al pasar cerca de la Piedra Grande, que queda en el camino, dijo Daniel a Don Juan Zamora:

—En toda esta llanura se ven muchos alterones de piedras, colocados a iguales distancias de trecho en trecho; ¿con qué fin las habrán amontonado así?

—Mi señora Doña Francisca, contestó Don Juan, dice que fue un Padre quien hizo eso.

—Sí, Daniel, dijo Doña Francisca; mi hermano Don José de Cuero y Cai- cedo, Provisor el Obispo de Quito, amontonó esa piedra con los negritos de la hacienda, cuando estuvo escondido aquí. Esa era su distracción por las tardes.

—¿Y por qué estaba escondido?

—Porque entre él y el Obispo de Quito se suscitó una cuestión muy ruidosa; el Obispo le hizo seguir causa con la mayor injusticia; pero él, dejando nombrado un defensor, huyó de Quito, y mientras fallaban la causa, vino a buscar el amparo de Don Manuel, que además de ser su primo y su cuñado, era su padrino de bautismo. Aquí estuvo seis años y solo hace dos que regresó a Quito.

—¿Y qué resultó de la causa?

—El Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, falló en su favor, lo declaró inocente, le restituyó su empleo de Provisor y condenó a sus enemigos en todas las costas.

—Cuánta falta me hace mi tío, dijo Doña Josefa: ¡tan lindas historias que nos refería, y tan buenas cosas que nos enseñaba!

En esto llegaron a la puerta de la hacienda, y terminó la conversación.



La serenata

El jueves de esa semana, después del almuerzo, había salido Fermín de la casa de la hacienda con un compañero y había tomado llano abajo hacia los bosques de Morga. Ambos iban a caballo, y el compañero llevaba una botijuela de loza verde, de regular tamaño, llena de vino, asegurada al arzón de la silla, en un saco de cabuya.

Al acercarse a la parte montuosa de ese lado de la hacienda, escogió Fermín una novilla mansa y gorda, la enlazó y tomó un camino que había por entre el monte, que salía directamente a la Vereda de Catayá y que era mucho más corto que el camino real.

Catayá era todo lo que es hoy la ciénaga de Aguablanca con sus zarzales y pantanos.

En aquel tiempo esa faja de tierra estaba en seco y cultivada; había allí grandes platanares, maizales y cacaotales, que se daban viciosamente por la feracidad del terreno, y que pertenecían a dueños diferentes. Todos estos, además del cultivo de la tierra, se ocupaban en la cría de cerdos y de aves de corral, en crecido número. No le faltaban a cada agricultor de éhos, dos o tres vacas que pacían en el gran llano de Cali y que acudían a la puerta de las labranzas a ser ordeñadas.

Los cerdos se criaban sueltos de día, regalándose con la fruta de ese elegante pino llamado en el país *burilico*, que abundaba mucho a las orillas del Cauca. Este árbol tiene el tronco perfectamente cilíndrico, recto y sin nudos, y no tiene ramas ni hojas sino en la copa, semejándose a las palmas de coco con las cuales compite en altura. Un burilical es la arboleda más hermosa que imaginar se puede; a su sombra no admite malezas y sus finas hojas secas forman delgada y mullida alfombra. El que pasea por debajo de esos árboles alcanza a ver a largas distancias, porque ellos nacen bastante separados unos de otros. Un burilical es semejante a una gran mezquita con infinitas cúpulas, sostenidas por innumerables columnas de orden morisco. Así nos figuramos la catedral de Córdoba en España, que fue mezquita ese tiempo de los moros.

Fermín y su compañero tardaron en llegar a su destino, porque la novilla no cabestreaba sino con mucho trabajo; pero al fin llegaron.

Fermín entregó a los padres de la novia el presente que les hacía Daniel para el día de la boda, y, recibida la respuesta, regresaron a la hacienda.

El sábado, pues, que fue el día del paseo al Pance, a eso de las dos de la tarde, partió Daniel para Cali, después de despedirse de las señoras con palabras y de Inés además con una elocuente mirada.

En casa de Doña Mariana se había hospedado el señor Salguero con sus dos hijas, a saber, Mercedes, que era la novia, y Teresa, que era la madrina.

Al llegar Daniel, todo estaba preparado para el matrimonio, que debía celebrarse a las ocho de la noche allí mismo en la casa; al día siguiente a las cuatro de la mañana se diría la misa de las velaciones, en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que estaba amenos de una cuadra de distancia. Mercedes, la novia, era una robusta muchacha, de diez y ocho años, de mediana estatura, más bien morena que blanca, de ojos y cabellos negros, nariz corta, labios gruesos y encendidos, y mejillas redondas y sonrosadas.

Vestía follado (basquiña) de una zaraña finísima de vivos colores, que se usaba entonces, que se decía era de la China y que valía a patacón la vara; camisa blanca con tirillas y *golas* bordadas en el pecho y en las mangas; ancho *chumbe* de lana y seda le ceñía la delgada cintura y contribuía a hacer resaltar la morbihedez de las caderas; el follado estaba caído de adelante, de manera que el vivo formaba un semicírculo sobre el vientre; y en esa especie de medialuna aparecía la ancha pretina de las enaguas, bordada de seda de diferentes colores; a eso se llamaba el *tumbadillo*; una pañoleta de seda completaba el vestido.

El peinado era una sola trenza larga y gruesa, porque la campesina tenía abundantes cabellos, que caía suelta a la espalda, atado el extremo con cintas.

Llevaba grandes zarcillos, gargantilla, rosario y anillos de oro; el rosario, que le llegaba a la cintura, terminaba en una gran cruz de filigrana, que se llamaba la *maría*. Los pies completamente descalzos, pero pequeños como son generalmente los de las hijas de Cali, y muy limpios y con los calcañales rosados. Manuel, el novio, era un mancebo de veinticinco años, blanco, delgado, de regular estatura y bien parecido. Vestía calzón y chaqueta de género blanco de lino, aplanchados, camisa blanca con chorrera en el pecho, un pañuelo de seda por corbata, y por todo calzado alpargates atados con orillos de paño. Teresa, la madrina, era una linda muchacha de diez y seis años, vestía poco más o menos

como su hermana, exceptuando las alhajas de oro, pues solo llevaba zarcillos y gargantilla de corales. Miraba a Daniel con la mayor ternura; pero Daniel, distraído con sus altos pensamientos, no se daba cuenta de la inclinación amorosa de la pobre muchacha. Hacer madrina de matrimonio a una doncella casadera que no tiene novio, es proporcionarle un tormento atroz.

Doña Mariana con dos vecinos sus amigos, hacía los honores de la casa. Fermín estaba al alcance de su voz, para ejecutar cuanto le mandaban.

Para el acto de esa noche no había otros convidados que el señor Saucedo maestro de Daniel, y otros dos jóvenes carpinteros compañeros del novio en el oficio.

A las siete de la noche comenzó la música de tambor y pito (si es que esto puede llamarse música) en la puerta de la calle, acompañada de rato en rato de algunos cohetes. Esa música duró hasta las ocho, hora en que llegó el señor Cura Don José de Rivera con el Sacristán.

La sala estaba iluminada con bastantes luces; en las puertas y en las ventanas había cortinas de olán florete y bastantes asientos, todo esto prestado por los vecinos.

Inmediatamente se procedió a la ceremonia, con asistencia de los convidados y de muchos curiosos que habían acudido en virtud de la llamada del tambor y el pito. Pasados unos minutos, la suerte de Mercedes quedó ligada a la de Manuel para siempre.

Allí mismo en la sala se había preparado un modesto refresco compuesto de vino, bizcochuelos, aguas frescas y dulce, al cual los convidados hicieron el honor debido. Al señor Cura se le sirvió chocolate. Entre esos pocos convidados llamaba la atención el maestro José Antonio Saucedo, por la gravedad de su aspecto, la cultura de sus modales y la moderación y parsimonia de sus palabras. Era este sujeto bien proporcionado de cuerpo, blanco, de raza mestiza y de facciones interesantes; tenía el cabello crespo y entrecano, pues frisaba en los cincuenta años, llevaba la barba afeitada toda y vestía con mucha limpieza y según su clase, esto es, chaqueta y pantalones de paño azul, y alpargates. Se decía que era enemigo de diversiones y que había concurrido a esa, muy rogado, por ser el matrimonio de uno de sus discípulos más queridos.

La alegre reunión duró bien poco, pues al toque de la *queda* se retiraron todos; solo quedó en la casa la porción que pertenecía al bello sexo; los varones se fueron con Manuel.

Las doce de la noche serían cuando se presentó un grupo de hombres, acompañados de una sola mujer, frente a la ventana del aposento, en donde dormía la novia. Ese grupo lo componían Salguero, Manuel, Daniel, Fermín, los dos discípulos de Saucedo, un arpista, dos flautistas y un cantor con su mujer; iban a darle serenata a la novia, con licencia del señor Alcalde, quien la había concedido por tratarse de una cosa tan santa como el matrimonio. El arpista era señor Zapata; las flautas eran de caña del país. Daniel dio unos golpes suaves en la ventana, y cuando se oyó que contestaron adentro, comenzó el arpista a preludiar en su instrumento, y dirigiéndose al cantor le dijo: ¿qué tono quiere?

—Registre usted por *cuatro blando*. Ese tono correspondía a La menor. En ese tiempo nadie conocía la nota musical, a excepción de los frailes que sabían el canto llano tal como estaba en los Rituales. Después de un ligero preludio, entonó la mujer una canción de un aire dulce y melancólico, haciéndole dúo el marido, o como se decía entonces, haciéndole *segunda*, y cantaron muy bien, porque la mujer tenía voz melodiosa y bastante educada, como acostumbrada que estaba a cantar con su marido, el cual llevaba la *segunda* con un oído finísimo.

Los versos de la canción no eran modelo del arte, pero sí de sentimiento, véase cómo rompió la mujer, en voz alta, clara y sonora:

Quisiera con un suspiro

Descerrajar esta puerta,

Por ver si la vida mía

Bogando viene,

Bogando va,

Está dormida o despierta.

En todas las cuartetas iba ese estribillo después del tercer verso.

El arpa y las flautas acompañaban admirablemente, sobre todo las flautas puestas a dúo. Terminada esa primera canción, dijo el cantor a zapata; registre por *cinco blando*. Zapata registró por lo que se llama Re menor.

Cantaron por este tono otra canción triste y tan bien ejecutada como la primera.

A este tiempo ya se habían acercado a los de la serenata, algunos curiosos, tunantes recatados, de esos que vagaban por las calles en altas horas de la noche, con el oído atento a todo ruido, en busca de fiesta, y que jugaban a la gallina ciega con la ronda del Alcalde. Estos se habían acercado al grupo, no tanto por la música, que podía oírse de lejos, sino por estar presentes en caso de que los obsequiados con la serenata repartieran algunos tragos de aguardiente.

Luego que terminó la segunda canción, dijo el cantor; ahora por siete *duro*.

Zapata registró por Do mayor.

Cantaron una canción alegre, a la despedida, y terminada que fue, se marcharon.

Como la ventana permaneció cerrada, no hubo reparto de aguardiente, y los curiosos se retiraron sedientos a buscar fortuna por otra parte.

Pero Daniel, a pesar de la obscuridad de la noche, había reconocido a Matías, y llegándose a él le dijo:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—No se enoje, niño Daniel, contestó Matías; supe que usted era padrino de un matrimonio y vine pensando que habría baile.

—No hay tal baile; al fin harás que Don Juan Zamora o el mismo Don Manuel lleguen a saber estas tus venidas a Cali sin objeto y sin licencia, y de seguro te castigarán. Tú no haces sino causarle pesadumbres a la pobre Toribia.

—No, niño Daniel, nadie sabrá que he venido, pues ahora mismo me voy y no faltaré al rezo a las cinco de la mañana.

—Toma para que compres cigarros; pero cuidado con beber aguardiente, y vete.

Diciendo así le puso en la mano dos reales. El negro le dio las gracias y desapareció en la obscuridad. Dio todavía algunas vueltas por las calles, hasta que calculando que serían las tres de la mañana, tomó la que conducía a la Chanca, en dirección a la hacienda.

Al salir de la ciudad llegó a una casita en donde se vendía licor, y llamando por la ventanita del aposento rogó a la ventera le vendiera un real de aguardiente.

La ventera, por tratarse de un real entero, se levantó, encendió vela y abrió la ventana.

Matías le dijo, dándole un *calabacín* que hacía media botella; écheme aquí un real de aguardiente y déme también un cuartillo de cigarros.

La ventera le volvió el calabacín lleno y le dio la docena de cigarros. Matías pagó con los dos reales que le había dado Daniel y recibió la vuelta. La ventera cerró su ventana.

Entonces Matías, allí solo, en el silencio de la noche ya la luz de las estrellas, le quitó la tapa al calabacín e introduciendo la boca de este en la suya, lo levantó por el otro extremo y se echó un trago tan grande cuanto pudo caber dentro de sus mejillas bien infladas. Luego que lo tragó, hizo castañear los labios con delicia y tapando el calabacín dijo; ¡ah dicha!

En seguida sacó candela con su eslabón, encendió un cigarro; y armado de su garrote tomó a paso largo el camino de la hacienda, oyendo cantar el *buíjo* a los lados del camino, y el *morrocó* allá en el centro del bosque.

Antes de las cinco estaba al lado de Toribia, ofreciéndole un trago.



Las bodas en Catayá

El señor Salguero, Daniel y Fermín se fueron con Manuel que les brindó hospitalidad por esa noche. El maestro Saucedo y sus dos discípulos quedaron citados para la hora de la misa.

A las cuatro de la mañana estaba en movimiento la casa de doña Mariana; los novios estaban preparados con sus padrinos y el Cura esperaba en la inmediata iglesia de las Mercedes.

El patio de la casa estaba lleno de caballos, porque al terminarse la ceremonia debían partir todos para Catayá, en donde se hacía el fandango. Este era el nombre que se daba al banquete y baile de bodas. La feliz pareja se dirigió a la iglesia acompañada de sus padrinos, de Salguero y del maestro Saucedo con sus dos discípulos. Fermín se quedó en la casa ensillando los caballos, incluso los de Saucedo y sus oficiales, que habían sido llevados allí desde la víspera.

La misa duró solo media hora; a las cinco estaban los novios y su pequeña comitiva de regreso; montaron inmediatamente todos, menos Doña Mariana, y salieron en alegre algazara en dirección al llano, quemando cohetes.

Atravesaron el extenso y entonces limpio llano de Cali, en donde no se conocía aun esa planta tenaz llamada *aromo*, la cual, según se cuenta, fue traída de Cartagena para adorno de los jardines, y que ahora amenaza apoderarse de todos los terrenos del Valle.

Cuando acababan de pasar el llano y se acercaban a las orillas del Cauca, ya se anunciaba por las cumbres de las montañas de Chinche la alegre luz del día, reflejada en las nubes, que extendidas en franjas horizontales sobre la cordillera, aparecían teñidas de oro y grana.

Toda la naturaleza parecía acompañar a los novios en su justo alborozo; el día se anunciaba espléndido, como son generalmente los de Junio; en la arboleda próxima se dejaba oír el alegre canto de las *guacharacas*, canto a coro, ejecutado de árbol a árbol con porfiada emulación; mientras que los monos atronaban la selva con su canto gutural, encaramados en los burilicales del otro lado del gran río.

Pasado el llano, entraron en un ancho callejón formado por las cercas de las labranzas que había a uno ya otro lado, todas con cacaotales, porque esa faja de tierra desde Morga para abajo, produce en abundancia esa planta preciosa casi sin necesidad de cultivo.



De repente apareció allá a alguna distancia la casa de paja de Salguero, con su extenso patio y su puerta de trancas. A la espalda ya los lados de la casa estaban los cacaotales, y más lejos los platanares y los maizales.

En ese momento estaba el patio colmado de gallinas y pollos, patos y pavos en número increíble, a los cuales la señora Magdalena estaba arrojándoles maíz; aun lado del patio, en un espacioso chiquero, gruñía impaciente una crecida piara de marranos, que pedía su desayuno; del otro lado, en una *manga* (38) de pasto común (no se conocían todavía las gramíneas llamadas guinea y para) berreaban dos terneros, cuyas madres contestaban mugiendo baja y sordamente en el callejón, junto a la puerta de trancas; aun extremo del patio se levantaba un gigantesco tamarindo, árbol de sombra saludable, que refrescaba la casa en las altas horas del día.

Al anunciararse la llegada de los novios por los cohetes que iban quemando, salió a recibirlos al corredor de la casa la señora Magdalena (doña Magdalena) en compañía de su hijo Antonio, muchacho de catorce años, de las cocineras, de algunos mozos de labranza y dos convidados de la vecindad. Antonio abrió la puerta de trancas, y entró en el patio la feliz pareja con todo su cortejo.

Salguero se desmontó el primero y desmontó a sus hijas, y después, antes de todo, quemó unos cohetes en el patio. Mercedes se precipitó en los brazos de su madre, que la estrechó contra su pecho, y así enlazadas, lloraban la una sobre el hombro de la otra.

Viendo esto Salguero, dijo a su mujer; no llores, hija Mercedes va bien casada; Manuel es un buen muchacho; y si no, ¡que no lo sea! Añadió en tono de amenaza.

Manuel se acercó a su suegra, le estrechó la mano creerán que a usted le pesa haberme dado a Mercedes para esposa.

—No, hijo, no me pesa, pero me han dado ganas de llorar, sin saber por qué. Pero mira, ya no lloro.

Y diciendo así, se limpiaba las lágrimas.

—Magdalena, dijo Salguero, tráeme la limeta para tomar un trago a la salud de los novios.

Magdalena entró en la sala y sacó un frasco cuadrado, de vidrio negro, lleno de aguardiente, y una escudilla pequeña de loza de China, y fue sirviéndoles de uno en uno.

—El que quiera vino, que avise, dijo Salguero con orgullo.

—No, contestó otro, mejor es aguardiente; el vino para la comida.

—Antonio, dijo Salguero, desensilla los caballos, ve con los otros a darles de beber y ponlos a comer en el nudillal.

Entraron todos en la sala; la novia, la madrina y la madre de estas se retiraron al aposento a cambiar de vestido. Un momento después se sirvió el almuerzo en la sala de la casa, sin más convidados que los que estaban presentes, que eran doce personas por todo.

Ni Luculo, ni Heligábalo mismo, hubieran desdeñado uno de esos almuerzos que se sirven en las orillas del Cauca en fiestas semejantes. Además de las viandas que son comunes en las mesas de la ciudad, figuraban allí otras muchas, propias del campo y, sobre todo, de esta localidad privilegiada.

Durante el almuerzo reinó entre todos la mayor cordialidad y una alegría franca y comunicativa. Terminada esa agradable ocupación, los varones fueron a dar un paseo recorriendo la labranza de Salguero. El cacaotal inmediato a la casa era extenso y bellísimo; limpio por debajo, estaba cubierto con una gruesa y tupida alfombra de grandes hojas secas. Los árboles de cacao que cubrían el suelo con su sombra, estaban ellos mismos a la sombra de otros muy corpulentos; cachimbos, caracolíes, árboles del pan, zapotes, caimitos, aguacates y madroños. Por entre esas dos bóvedas de follaje superpuesta no penetraban los rayos del sol sino en una que otra parte.

Las *matas* de cacao, como se decía entonces, estaban cargadas de *mazorcas* desde el pie hasta arriba, amarillas unas, moradas otras, y verdes pero en sazón muchas, porque en ese mes era la cosecha grande del año.

A las once fueron a bañarse aun fresco torrente de agua que pasaba por allí cerca, sacado del río Cauca por cauce artificial, y por donde hoy se ha precipitado casi la mitad de aquel río. En aquel tiempo no llevaba tanto caudal ni era profundo. En sus orillas crecían multitud de guamos que inclinaban sus ramas sobre el cauce y parecían gozarse en mojar sus gruesas *churimas* en las aguas del torrente.

A las doce comenzaron a quemar cohetes en la casa, para anunciar que se acercaba la hora de la comida. A ese tiempo ya se había aumentado el número de convidados con dos familias de propietarios de la vecindad.

La comida debía servirse en el cacaotal, en un punto en donde la sombra era más densa. Habían unido tres mesas, para que cupieran las veinte personas que habían de comer en ellas.

Los manteles eran muy limpios; y la vajilla, parte de plata y parte de loza de China; un solo jarro de plata debía servir para todos.

Los asientos eran escaños de guanabanillo a los lados, y sillas de brazos a las cabeceras.

Eran las doce y media; Salguero sirvió un vaso de aguardiente a cada uno de los convidados, otro de mistela a las damas, quemó unos cohetes en el patio y llamó a comer.

Manuel se sentó en una de las cabeceras de la mesa, ya un lado de esta, a su derecha, colocó a Mercedes; y a su izquierda, frente a Mercedes, colocó a Teresa.

Daniel, como padrino, ocupó la otra cabecera, ya sus lados se colocaron dos muchachas de la vecindad. Salguero escogió para sí el medio de la mesa y puso al frente al maestro Saucedo, que quedó rozándose la cabeza con unas mazorcas de cacao.

Los demás convidados tomaron asiento a su voluntad, doña Magdalena no se sentó a la mesa; ella era ese día la reina de la cocina.

Las brisas que corren a esa hora en el ancho cañón del Cauca, refrescaban el ambiente y lo embalsamaban con el perfume de las flores de los árboles; el bejuquillo (vainilla) enviaba sus aromas desde un guadual vecino; y estos gratos olores se mezclaban con el apetitoso de los guisos y las ensaladas. La comida fue abundante y exquisita; cuatro grandes limetas de vino y otras de aguardiente y de mistelas adornaban el centro de la mesa; a un lado y otro, distribuidos con simetría, estaban los platos de ensalada y salsas de ají, condimento indispensable en las comidas campestres.

En la labranza había todo género de frutas; piñas, melones, sandías, chirimoyas y muchas más, pero esas no se servían en la mesa, porque lo creían muy vulgar. Los que apetecían frutas, iban a comerlas en la mata misma.

Comenzó el servicio por la tradicional sopa de arepa con gallina; a este plato siguieron pasteles de ánade, piezas de *guagua* bien condimentadas, lengua de vaca en adobo, pescado salpreso y barbudo fresco, lomos de cordero y chanfaina del mismo. Todo esto fue devorado en medio de repetidos tragos y de bulliciosa conversación, pero sin brindis, porque entonces no se usaban arengas en medio de la comida.

Después condujeron a la mesa un lechón asado al horno; iba echado de barriga en ancha fuente de loza fina, como una gallina en su nido, y llevaba en la boca una mazorca de maíz atravesada; el lechón fue recibido con ruidosa algazara, porque tanto los anfitriones como los convidados, menudeaban el vino y los demás licores, y estaban ya muy alegres.

Después del lechón apareció el bimbo (pavo) en una bandeja, llevando en el pico un ramo de flores; la presentación del bimbo fue palmoteada.

—Beban ustedes de este vino, decía Salguero; el mismo señor Alférez Real se lo dio a Daniel para que obsequiara con él a Mercedes.

Y recorría con la vista a todos los circunstantes, para ver qué impresión les hacía la noticia. Los convidados, si hasta allí habían calificado el vino de bueno, en adelante lo calificaron de mejor.

Sirvieron al fin muchos postres, y el infalible manjar blanco con dulce en caldo (almíbar con brevas) y queso fresco.

A esa hora comenzó a dar vueltas el jarro por toda la mesa, y en él bebían sucesivamente todos. Durante la comida, la ardilla saltaba de un árbol a otro, sin miedo de los perros; algún conejo se asomaba a lo lejos, se detenía un instante, levantándose apoyado en los cuartos traseros, oía la algazara y salía corriendo a brincos a esconderse en los cañaverales. Los guacamayos en los altos cachimbos se entretenían garlando en voz baja y tronchando flores.

Fermín había comido en la cocina, y allá le había enviado Daniel repetidos tragos de licor.

El más grave durante la comida había sido el maestro Saucedo; pero así era siempre.

Las damas se retiraron al aposento a reposar la comida ya prepararse para el baile; Salguero buscó a su mujer para conferenciar con ella sobre lo que había que hacer para complemento de la fiesta; muchos se tendieron debajo de los árboles a dormir la siesta; y Saucedo buscó conversación con Daniel, a la sombra de un corpulento árbol del pan.

—¿Cómo te va, Daniel, con el señor Alférez Real?

—Muy bien, maestro, estoy muy contento.

—¿Olvidarás el oficio?

—Imposible, maestro, ese será un recurso en toda circunstancia.

—¿Y no piensas casarte? Ya Manuel te dio el ejemplo, y eso que no es tan buen oficial como tú.

—No, maestro, yo no me casaré nunca.

—¿Nunca? Eso es mucho decir. Solo cuando se ha tenido un amor profundo y ese amor ha sido desgraciado, puede hacerse semejante propósito.

—Sin eso, puede uno hacer resolución de no casarse; usted, por ejemplo, ha permanecido soltero, y no creo que haya tenido pasión desgraciada.

—Ah, ¡no sabes tú!

—¡Qué! ¿Sería posible?

—Posible ha sido.

—¿Ha tenido usted algún amor desgraciado? Perdone mi atrevimiento.

—No es atrevimiento; eres tú la única persona a quien referiría mi desgracia.

—Sabes que te he querido mucho y que te he preferido siempre entre todos mis discípulos; ¿Y quieres que te diga por qué? Porque te pareces a la mujer que amé en mi juventud.

—¿Sería esa mi madre? preguntó Daniel con ansiosa curiosidad.

—No, no fue tu madre, no pudo ser tu madre; Dolores Otero, el objeto de mi loca pasión, murió soltera, murió de diez y seis años, murió virgen.

—¿Y por qué no se casó usted con ella?

—Ella no quiso (aquí suspiró Saucedo, y continuó); al principio recibió bien mis obsequios y me dio esperanzas; después, de repente cambió para conmigo, hasta el extremo de rogarle que no volviera a su casa, porque no teniendo intención de casarse, mis visitas comprometían su reputación.

—¿Y usted se retiró?

—¡Al momento! Quedaba profundamente herido en mi amor propio. Un año haría que había sucedido esto, cuando supe que había muerto de reumatismo. Mi dolor fue tan grande como sincero; lloré por ella como si hubiera sido mi esposa, y desde entonces hice propósito de no amar a otra alguna. Ya ves, lo he cumplido.

—¿Y era hermosa esa joven?

—Sobre toda ponderación; bástate saber que la llamaban *la flor del vallano*. Ahora bien; tú tienes sus mismos ojos, el mismo timbre de su voz, y no sé qué otra semejanza que no acierto a decir en qué consiste. Esto te explicará por qué te he querido tanto.

—Gracias, maestro, está usted bien correspondido.

Cuando Daniel contestó esto último. Saucedo lloraba silenciosamente.

En ese instante se notó gran movimiento en la casa; era ocasionado por la llegada de los músicos; señor zapata, los dos flautistas, y el cantor de la serenata, y cuatro más que tocaban la *tambora*, el *alfandoque*, la *pandereta* y el *triángulo*.

Al oscurecer llegaron algunas muchachas vecinas con sus padres y se colocaron en la sala.

Salguero encendió las cuatro velas de sebo de una araña de madera que pendía del techo en la mitad de la sala y la hizo dar vueltas; con lo cual las sombras de las personas se proyectaban en las paredes en movimiento rápido circular, que causaba mareo al que se fijaba en ellas.

No eran todavía las ocho y ya se iba a comenzar el baile.

Las damas eran: Mercedes, Teresa; cuatro mujeres casadas, jóvenes, que habían ido con sus maridos; y dos muchachas solteras que habían ido con sus padres.



Todas iban bien vestidas, según su clase y al uso de la época; todas llevaban alhajas de oro, chumbe y tumbadillo y los pies descalzos.

La novia había reformado su tocado esa noche; había recogido la gruesa trenza de sus cabellos, en forma de castaña, asegurada con cintas, y sobre ella lucía una gran rosa de oro y esmeraldas, que se llamaba por antonomasia *la joya*.

Los hombres que habían de bailar eran muchos, y todos los que estaban en la barra con vestido limpio, tenían derecho a tomar parte en la fiesta; porque tal era la costumbre.

Los músicos estaban en un rincón de la sala. Al lado de zapata, que era el jefe de la orquesta, estaba el cantor, de pie y con sombrero.

Comenzó Zapata a preludiar por *cuatro blando*. De repente rompió el cantor entonando un verso octosílabo en la tonada del bambuco, y todos los instrumentos lo siguieron. Un grito unánime de alegría acogió ese canto popular. El cantor callaba a ratos, y entraba de nuevo en determinados pasajes.

Esta primera pieza fue bailada por los novios, con calurosos *vivas* de la barra.

Le tocó en seguida a Daniel con Teresa, la madrina, que lo miraba con tiernos ojos, aunque él no se daba por entendido, porque su corazón estaba ajeno ya; al mismo tiempo que Nicolás, uno de los vecinos de Salguero, se moría por ella, sin que ella hiciera caso de tal amor.

Esta cadena de afectos no correspondidos fue descrita por Virgilio en el *Torva Lucena lupus sequitur, lupus ipse capellam*: «La feroz leona anda en pos del lobo, el lobo en pos de la cabra, y la cabra retozona en pos del florido cantuezo: ¡a cada uno arrastra su pasión!». Y por el poeta castellano Francisco de Figueroa:

Alcipo ama a Damón, Damón a Clori;

Arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato

Por Dafne; Dafne está entregada a Glauco;

En Glauco no hay amor.

Estas primeras parejas, aunque no eran diestras en el arte por ser novicias, no lo hicieron mal; pero el espectáculo creció en interés cuando los varones casados salieron al puesto con sus respectivas mujeres; estas nuevas parejas habían bailado en otros muchos fandangos, e hicieron su deber con desembrazo y maestría.

Era cerca de media noche cuando todos los concurrentes pidieron que bailaran los dueños de la casa. Salguero, que estaba alegre, fue al momento en busca de su mujer y la condujo al puesto con general aplauso.

Magdalena apenas contaba treinta y cuatro años; no tenía todavía trazas de suegra. Ella de antemano se había vestido bien; no por lo que pudiera suceder, sino porque sabía de seguro que la harían bailar con su marido, porque era costumbre en todos los matrimonios que los suegros, si los había, bailaran su pieza de bambuco, por viejos que fueran.

Vestía como las demás; follado de zaraza, camisa con *golas*, bordada, *chumbe* y *tumbadillo*; zarcillos, gargantilla y rosario de oro; el cabello recogido en una sola trenza, sobre la espalda. A pesar de sus tres hijos se conservaba hermosa, tenía cintura delgada y ostentaba, como madre, todas las formas de su cuerpo en completo desarrollo. Amaba entrañablemente a su marido, y su marido idolatraba en ella. Magdalena, con un pañuelo blanco en la mano, doblado en forma de abanico, y perfumado, se colocó en un extremo de la sala; se terció otro pañuelo grande de seda en el pecho, asegurando una punta de él debajo de la tira de la camisa en el hombro izquierdo, y la otra en el chumbe

aliado derecho de la cintura. Estos hacían todas las casadas, porque la pañolleta, que llenaba las exigencias del pudor en las doncellas, no era suficiente en las madres de familia.

Magdalena, pues, se colocó en un extremo de la sala y Salguero en el opuesto; mientras entonaban el verso, se miraban y se sonreían, de amor, ella de vergüenza.

El cantor *echó* el verso a voz en cuello, la música lo siguió, y al mismo tiempo Salguero se dirigió bailando hacia su mujer; ella, al verlo cerca de sí, se fue sobre él y lo obligó a retroceder hasta el otro extremo; llegada allí, dio la vuelta con la rapidez de un trompo, bailando en la punta de los pies, como si fuera en el aire y trazó al parecer un número 8, seguida de cerca por Salguero.

Es de regla en este baile que el galán le dé siempre el frente a la dama; en tanto que ella, cuando huye, le vuelve la espalda, pero mirándolo siempre por sobre el hombro.

Quedaron luego frente afrente, en sus respectivos puestos, a respetuosa distancia, y allí bailaron largo rato; ella, en sus airolos movimientos, le presentaba un lado, le presentaba el otro, le presentaba el frente. Salguero, a su vez, daba pruebas de una elasticidad increíble; había vuelto a sus veinte años; era de verse la gracia y ligereza con que movía las piernas; avanzaba, retrocedía, sacaba ya la una, ya la otra, las cruzaba, tendía el pie hacia adelante y tocando el suelo con la punta de los dedos, lo agitaba con temblorosa rapidez y luego hacía lo mismo con el otro; a esto llamaban *escobillar*.

En este momento había llegado la música a uno de esos aires que tiene el bambuco tan dulces como tristes, acompañado de canto; Salguero dio un salto y cayó de rodillas a los pies de su mujer; ella le azotó el rostro con su pañuelo perfumado; él, de otro salto, volvió a su puesto.

Entonces Magdalena se dirigió hacia Salguero con aire provocativo; él, al verla cerca, en vez de retroceder, hizo ademán de abrazarla; ella hizo ademán de defenderse y dio la vuelta huyendo, imitando en su fuga las ondulaciones de una culebra que se escapa, y ostentando el gracioso movimiento de sus redondas caderas, la flexibilidad de mimbre de su talle, y el desdén en su cabeza y en sus hombros. Trazó otra vez el número 8 perseguida por el galán; pero al pasar cerca ala puerta del aposento, volvió el frente, le hizo una inclinación de cabeza, se despidió con el pañuelo y se entró en la recámara. Una viva general acompañó el fin de la pieza.

Salguero quedó en la sala, contento, como en la gloria; y enamorado de su mujer más que nunca. Se limpió el sudor del rostro y dijo a los circunstantes:

—Ea, muchachos, ¡Vamos a tomar algo!

Audio

La mesa estaba servida en el corredor interior, pero no de solo vino y bizcochuelos; sino de suculentas viandas, todas las que no habían alcanzado a servirse en la comida.

Hombres y mujeres hicieron honor a esa especie de cena. Daniel salió al primer corredor, en donde había descubierto a Matías entre los de la barra, lo hizo entrar en el patio interior, le dio un plato de carnes fiambres y un vaso de vino, que el negro despachó a la sombra de una mata de cacao.

Pronto estuvieron todos de regreso en la sala. Mientras se reunían todos, los músicos alcanzaron a tocar dos piezas, una por seis *blando* y otra por *ocho duro*, según decía Zapata (Sol menor y Fa mayor). El cantor dijo a Zapata:

—Registre ya por siete *duro* para cantar el *torbellino*. Zapata registró por Do mayor.

Esta danza que era cantada y se bailaba entre cuatro, duró largo tiempo, hasta que Salguero, que era director natural de la fiesta, dijo:

—Basta ya de torbellino, toquen moño, ya es hora del moño (fandanguillo).

Semejante petición fue recibida con alegría; el moño era la parte más divertida de un baile de campo. Como zapata continuaba tocando aires por siete *duro*, el cantor le dijo; cinco *blando*, cinco *blando*. Zapata pasó al tono de Re menor y preludió la tonada del moño.

El cantor entonó un verso y salieron al puesto Manuel y Mercedes; dieron unas vueltas y luego pararon colocados frente a frente. La música calló.

Manuel le dirigió a su esposa un verso amoroso; y terminado que fue, continuaron la música, el canto y el baile; a un rato calló la música; y los novios volvieron a quedar frente a frente.

Entonces Mercedes contestó a su marido con otros versos llenos de pasión. Siguió la música, dieron los novios una vuelta, y luego ella invitó a otro galán y él a otra dama, para que los reemplazaran en el puesto.

Así continuó el baile hasta que le tocó a Nicolás bailar con Teresa. Nicolás que estaba enamorado de ella, cuando llegó el tiempo oportuno le dirigió estos versos:

De tus hermosos ojos

No tengo queja:

Ellos mirarme quieren,

Tú no los dejas

Si los dejaras,

Yo fuera el absoluto

Dueño de tu alma.

Las mujeres, en este baile, solían ser francas hasta la descortesía; si el galán no era de su gusto, contestaban a sus requiebros con versos desdeñosos.

Después de dar las vueltas de regla al son del canto y de la música, se detuvieron el uno frente a la otra; entonces ella contestó:

Si piensas que en ti piensa Mi pensamiento,

Piensas en una cosa

Que yo no pienso.

Que si pensara,

Como mal pensamiento

La desechara.

Cuando acabó de hablar, dirigió una ansiosa mirada a Daniel, buscando en sus ojos alguna señal de aprobación, a tiempo que él reía de oír tan franca respuesta.

Ella recibió esa risa como un aplauso, y alegre y satisfecha dio la vuelta, invitó a otra y tomó su asiento. Pero el corazón de Daniel estaba al lado de Doña Inés de Lara, y la felicidad de esos novios que tenía al vista, aumentaba el fuego de su pasión insensata.

Por último, quiso Salguero que los músicos tocaran *el amanecer*, porque en efecto ya se vislumbraban los primeros celajes de la aurora.

Daniel mandó a Fermín que trajera los caballos y los ensillara, lo que fue hecho al momento; y luego, alegando sus imperiosos deberes, se despidió de los dueños de casa y del maestro Saucedo, montó en su caballo y partió acompañado de Fermín. Al salir por la puerta de trancas al callejón, Teresa que estaba en el corredor con sus padres viéndolo partir, se atrevió a decirle;

—No deje de volver;

—Está bien, contestó Daniel.

Tomaron a escape el camino de travesía que iba a salir a Morga, y una hora después entraban en el gran patio de la hacienda.



 Memorias del siglo XVIII

El sábado siguiente al anochecer fue Daniel por su caballo que estaba comiendo un pienso de caña en el trapiche, lo agasajó pasándole suavemente la mano por el cuello y por el lomo, lo condujo al corredor de su cuarto y lo ensilló, Pasó enseguida a la sala principal de la casa y preguntó a las señoras si se les ocurría algún encargo para Cali, y ellas le contestaron que nada se les ofrecía. Al separarse de ellas, recibió de Inés una tierna mirada por toda despedida: esa mirada era lo que él había ido a buscar para poder partir contento. Avisó luego a Don Juan Zamora que ya se iba, quien le deseó buen viaje, y montando en su brioso corcel salió a paso largo para Cali, a hacer la visita de costumbre a su madre adoptiva, con el corazón hinchido de placer y creyéndose el mortal más feliz del mundo.

Don Juan Zamora, después de cenar, se retiró a su cuarto, adonde acudieron el tío Luciano capitán de la cuadrilla, y Fermín, no a recibir órdenes para los trabajos pues el día siguiente era domingo y los esclavos eran dueños de su tiempo, sino simplemente a conversar con él ya oír las relaciones que les hacía de sus viajes y de las costumbres de España.

Inés tomó un libro de Fray Luis de Granada y reanudó la lectura interrumpida la víspera. Todos la escuchaban con marcada atención, pero en particular Doña Francisca que era una santa mujer, y Doña Rosa, la futura monja del Carmen.

Al dar el reloj las nueve, suspendió Doña Inés la lectura y se retiró a su dormitorio; Doña Francisca y sus hijas se retiraron al suyo.

Doña Inés se acostó, acompañada de Andrea, y estuvo largo rato sin poder dormir, hasta que el reloj dio las diez. Al oír las campanadas se regocijó su corazón porque sabía que dentro de poco habría de llegar Daniel.

Pero se pasó otra hora sin que rechinara la puerta, ni ladraran los perros, ni los gansos graznaran: el reloj dejó oír once campanadas.

Ya no vendrá, pensó ella; pero ¿qué motivo, se decía, lo habrá obligado a quedarse? Es verdad que una u otra vez suele permanecer en Cali hasta el día siguiente; pero hoy me había prometido estar aquí a las diez, y solo una causa muy poderosa puede haberle impedido cumplir su palabra. ¿Será que ha encontrado enferma a su madre? ¿O tal vez mi padrino lo habrá detenido para

que se venga mañana con él? A pesar de estas reflexiones tranquilizadoras, no dejó de alarmarse, aunque no temía que Daniel pudiera correr peligro alguno; pero lo amaba ardientemente ya su pesar, y sufría al saber que él no estaba esa noche en la hacienda y que dormía lejos de ella. Ya sabemos por ella misma que cuando Daniel no estaba presente, la casa le parecía un desierto. No temiendo peligro alguno, porque no podía haberlo, al fin, aunque algo apresurada, se quedó dormida.

Al día siguiente, cuando estuvo bien de día, se levantó a tiempo en que ya Andrea andaba por el interior de la casa. Abrió las ventanas de su aposento y vio en el patio a Fermín a caballo, ya Don Juan Zamora y al tío Luciano que hablaban con él, rodeados de varios esclavos, pues, como hemos dicho, era domingo y los negros no tenían ocupación forzosa.

Viendo esto estaba cuando entró Andrea asustada y le dijo:

—Mi señorita, hay una novedad en la casa.

Inés se alarmó en extremo sin saber por qué, y le preguntó:

—¿Qué novedad?

—El niño Daniel se fue anoche para Cali y debió volver a las diez, como lo hace siempre, pero no volvió.

—Ya sé eso: ¿cuál es la novedad? preguntó Inés perdiendo el color.



—Pues bien: el niño Daniel no volvió anoche, y hoy al amanecer, al levantarse el tío Luciano, alcanzó a ver un caballo blanco ensillado y sin jinete en la puerta de golpe, como esperando a que le abrieran para entrar; fue a ver qué caballo era ese y encontró que era el del niño Daniel. De suerte que ha vuelto solo, tal vez desde anoche, sin saberse qué se ha hecho el jinete.

—¿Y no han mandado a averiguar?

—En este momento se va Fermín a buscarlo por el camino, porque el amo Don Juan cree que tal vez lo botó el caballo y que estará por ahí aturdido de la caída, o con algún hueso roto cuando no ha venido a pie. Inés se sentó para no caerse y quedó anonadada con tan infausta noticia. Al pasarle esa especie de vahído se acercó de nuevo a la ventana y vio que ya el grupo se había disuelto y que Fermín había partido. Andrea salió, y ella se quedó rezando y encomendando a Dios a Daniel.

Llegó la hora del almuerzo, que era siempre entre siete y ocho de la mañana, porque en aquel tiempo no se tenía la costumbre del desayuno, ni nadie tomaba café. En la mesa no se habló sino de Daniel, con grande interés, porque era un mozo simpático para todos. Inés oía angustiada las diversas suposiciones, tomando parte en la conversación y haciendo esfuerzos extraordinarios para no dejar conocer su dolorosa zozobra.

A las nueve regresó Fermín: Don Juan Zamora lo condujo a la presencia de las señoras para que dijera delante de ellas las noticias que traía.

He aquí su relación: en el camino no encontró a Daniel, ni vivo ni muerto, y aunque averiguó por él a cuantos iban y venían por el camino ya los habitantes de las pocas casas que por allí había, no halló uno solo que diera razón de él. En una casita que había en el paso del río de Meléndez, en dos o tres que había en Cañaveralejo y en las pocas casas de la ciudad al lado de la Chanca, le dijeron que lo habían visto ir en dirección a la ciudad a eso de las siete y media de la noche, pero que no lo habían visto regresar. Fue a casa de la señora Mariana, y esta le dijo que había permanecido con ella hasta las nueve en punto, y que al oír la primera campanada en la torre de San Francisco, había partido para la hacienda.

Con noticias tan poco satisfactorias crecía el cuidado de las señoras, y en grandes proporciones la angustia de Doña Inés.

Doña Francisca dijo a Don Juan:

—Es preciso que mande usted el número de criados que crea necesario, por diferentes partes, hasta que lo encuentren; no es posible que se quede así perdido por tanto tiempo: en alguna parte ha de parecer, pues no se lo ha de haber tragado la tierra.

—Es lo que yo digo, es preciso examinar no solo el camino, sino también los bosques de uno y otro lado y las haciendas circunvecinas. Ahora mismo voy a mandar a los sirvientes más vivos y sagaces para que hagan cuantas pesquisas puedan, hasta dar con ese pobre muchacho.

En efecto, Don Juan reunió algunos criados de los que hacían el oficio de vaqueros y los distribuyó de dos en dos en diferentes direcciones. A Fermín le tocó ir a Cali a averiguar en todas las casas que formaban la calle desde la entrada de la ciudad hasta aquella en donde vivía la madre de Daniel; otros dos fueron destinados a las haciendas de Meléndez, con cuyo nombre había dos, una aliado de arriba del camino público, que pertenecía a Doña Teresa Riascos, madre de Fray Pedro Herrera y que se llama hoy San Joaquín y otra al lado de abajo, de Don Jerónimo Escovar; otros fueron destinados a El Limonar, Cañaveralejo e Isabel Pérez, Don Juan, acompañado del tío Luciano, se encargó de explorar los alrededores de la hacienda. Hacia el lado de Jamundí no había para qué buscar al perdido.

Los exploradores pasaron el día en sus pesquisas, cada par de hombres en los sitios que respectivamente se les había señalado.

Don Juan y el tío Luciano recorrieron la parte baja de la hacienda, orillando la ceja del monte por el lado de Morga, trazando una gran curva, hasta salir al río Jamundí. De allí tomaron hacia arriba, y después de caminar largo trecho, se detuvieron en la mitad de la colina, desde donde se descubría toda la parte limpia de la hacienda.

Examinaron con la vista, la extensa comarca en todas direcciones: allá a una gran distancia, al pie de las lomas, por las cabeceras del Pance, se alcanzaban a ver dos águilas que revoloteaban sobre un mismo punto.

—Hombre, Luciano, dijo Don Juan, ¿qué habrán visto aquellas águilas que revolotean al pie de la loma?

—Eso indica, contestó el tío Luciano, que algún esclavo ha prendido los pajonales: vea su merced el humo. Las águilas están allí para caer sobre las sambendas que salgan huyendo de la candela.

—Vamos, hombre. Luciano a ver qué hay por allá.

En efecto, continuaron su camino, bajo los rayos de un sol abrasador, porque era más de medio día, hasta llegar al pie de las lomas: examinaron las colinas inmediatas sin hallar indicio alguno de lo que buscaban. Un negro andaba por esas faldas quemando pajonales, pasando en esa diversión el día de fiesta. Las cuatro de la tarde serían cuando regresaron a la casa Don Juan y el tío Luciano; a las cinco llegaron los demás sin haber recogido noticia alguna de importancia.

Sin embargo, algunos vecinos de la calle que conducía de la casa de Doña Mariana hacia el llano, le dijeron a Fermín que después de las nueve de la noche habían oído pasar un caballo a todo correr, como si fuera desbocado, por la calle abajo, y que parecía ir ensillado y sin jinete, según se colegía por el ruido de los estribos. En el paso de Cañaveralejo le dijeron exactamente lo mismo, solo que el caballo iba al trote y no al escape.

Si el caballo había botado a Daniel, había sido sin duda en las calles de la ciudad.

Las señoras habían pasado el día en ansiedad, pero Inés, particularmente, en mortales angustias. Cuando estuvieron de vuelta los exploradores sin Daniel y sin noticia alguna acerca de su paradero, la agonía de la pobre joven llegó a su colmo y se retiró a su habitación, temerosa de que descubrieran el lamentable estado de su alma.

A las seis llegó Don Manuel con su paje: las señoras salieron a recibirlo al corredor e inmediatamente le refirió Doña Francisca la novedad que había ocurrido. Don Juan Zamora estaba presente.

—¿Y qué han hecho para averiguar el paradero de Daniel? preguntó Don Manuel.

—He mandado diferentes partidas, contestó Don Juan, por diferentes partes y yo mismo he recorrido con el tío Luciano gran parte de la hacienda, y hemos regresado todos sin haber conseguido averiguar nada.

—¿Y cuál es su opinión, Don Juan, acerca de este acontecimiento?

—Yo creo que el caballo, que es muy brioso, lo habrá botado, y que debe de estar en alguna casa en donde lo habrán recogido.

—Creo lo mismo, Don Juan; no se pierde en Cali así tan fácilmente un individuo. Desaparecerá por una semana, pero luego tendrá que resultar de donde menos se piense.

—Es lo que yo digo, señor Don Manuel; si no lo hemos encontrado, ya vendrá él por sus pies cuando menos se piense.

—Si no resulta esta noche, escribiré mañana a Don José Micolta para que ponga en movimiento a los Alcaldes, Alguaciles y Regidores, hasta que den con él vivo o muerto.

Al servirse la cena, Doña Inés se excusó por medio de Andrea de asistir a ella, pretextando que le dolía fuertemente la cabeza.

A las nueve se acostaron todos, como de ordinario, solamente Inés permaneció despierta en su cuarto, sin acostarse, asomándose a cada instante a la ventana, que había dejado entreabierta.

Inés creía que su amor era un secreto para todo el mundo, y sin embargo, no lo era para Fermín y Andrea, aunque estos no se atrevían a hacer la más ligera alusión a eso, pues comprendían que la pasión de Daniel era un disparate y conocían muy bien el orgullo y el recato de Doña Inés.

Andrea, viendo que su señora no se acostaba, se atrevió a preguntarle qué tenía; Inés contestó que le dolía la cabeza pero que ya le iba aliviando, y le mandó que se acostara.

Andrea obedeció por no contrariarla y porque comprendió que ella quería estar sola; pasó, pues, a su dormitorio y se acostó, pero sin poder conciliar el sueño, porque le atormentaba la triste situación de su ama, y más viendo que no podía darle alivio.

Doña Inés pasó toda la noche llorando, a veces a sollozos, y Andrea oyéndola llorar.

A la hora del almuerzo avisó Andrea que su señorita continuaba con mucho dolor de cabeza, y que almorzaría en su cuarto. En efecto, allá se le sirvió, pero ella no pudo pasar nada.

Después del almuerzo fueron las señoras a visitarla ya ver qué remedio le hacían. Inés estaba a media luz, casi en el oscuro, para evitar que le vieran los ojos y conocieran que había llorado. A poco rato entró Don Manuel, la saludó con mucho cariño, le tomó el pulso y se informó de que solo sufría un ligero dolor de cabeza que no era de cuidado, e indicó a Doña Francisca el remedio que debieran hacerle para aliviarla. Ninguna de ellas sospechaba la causa de su encierro. Doña Francisca le dijo:

—Lo que te ha hecho daño, Inés, ha sido el sol de anteayer, cuando fuimos al baño.

—Eso es sin duda, ya se me había ocurrido.

—¿No te comenzó el dolor de cabeza desde ayer?

—Sí, señora.

—Pues para que veas.

—Y lo creo tanto más cuanto que siento ardor en los ojos y la luz me ofende.

—Estate aquí, recogida, no salgas, y verás cómo a la noche estás buena.

—Así lo haré, madrina.

Este encierro era precisamente lo que Inés quería que le recetaran.

De esta manera se pasaron ese día y la noche y el día siguiente, sin que Daniel pareciera y sin que Inés hallara consuelo. La invención de que sentía ardor en los ojos le servía de pretexto para permanecer en el oscuro, a fin de que no notaran las señales de su llanto.

En todos esos días no cesaron los criados de la hacienda de buscar a Daniel: Fermín era incansable, porque amaba sinceramente a su amigo y no podía hallarse bien sin su compañía. Don Juan lo había autorizado para que se ocupara exclusivamente en esas indagaciones, porque Don Juan le profesaba también mucho cariño al joven perdido.

Don Manuel en su carácter de Alférez Real y Regidor Perpetuo, dio a los Alcaldes de Cali las órdenes respectivas para que buscaran a Daniel, y ellos hicieron realmente por su parte cuanto pudieron, sin ningún resultado favorable.

Lo único que sostenía un poco el valor ya casi agotado de Doña Inés era la seguridad que tenía de que Daniel estaba vivo. Ni a ella ni a ninguno de la casa se le había ocurrido pensar que hubiera sido asesinado: el asesinato era un delito rarísimo. Las simples heridas que un hombre causara a otro, eran motivo de general alarma. En esos días, a consecuencia de que uno hirió a otro en Roldanillo (que pertenecía a la jurisdicción de Cali), se reunió el Muy Ilustre Concejo Municipal, con la totalidad de sus miembros, todos escandalizados, y expidió decretos, órdenes y providencias para el castigo del culpable y para precaución en lo futuro. Un asesinato en ese tiempo habría sido motivo para que todos los frailes de todos los conventos salieran a dar misiones por todo el Valle.

Así trascurrieron los meses de Julio y Agosto. Don Manuel solía hablar de vez en cuando de Daniel, con su mujer y con sus hijas y se quejaba de la falta que le hacía; Don Juan hablaba del mismo constantemente con Fermín; Inés agonizaba en silencio sin hablar con nadie del desaparecido, pero no pensaba en otra cosa.

Andrea, compadecida de su señora, sacaba a Daniel cuantas veces podía, en sus conversaciones con ella, con el buen deseo de darle indirectamente algún consuelo.

—Yo no puedo olvidarme, señorita, le decía, del niño Daniel, porque era el grande amigo de Fermín, y desde que él desapareció, está Fermín intratable, siempre meditabundo y distraído, y casi no se fija en mí. Pero yo no dudo de que el niño Daniel se nos presentara bueno y sano el día menos pensado. A mí se me pone que él salió de Cali por algún otro barrio que el acostumbrado, y que el caballo lo botó, y que tal vez se golpeó, y que algún vecino lo recogería y estará curándolo, y que así que sane lo tendremos aquí.

—Pero ese vecino, decía Inés, habría avisado

—Quizá no lo conocerá ni sabrá que vivía en esta casa.

—Entonces habría avisado Daniel mismo.

—Es verdad, contestaba Andrea.

Y de ese modo se le acababan sus argumentos consolatorios, a pesar de su buena voluntad.

El sufrimiento de la pobre Inés era intenso, profundo y sin descanso, porque no tenía siquiera el alivio de comunicar su pena con alguna amiga; ni deseaba tampoco comunicarla, porque veía que con tales confidencias sufría su amor propio y comprometía su decoro.

Al principio lloró mucho, hasta que al fin aprendió lo que aprende toda persona que es por largo tiempo infeliz: aprendió a tragarse las lágrimas, o como si dijéramos, a llorar por dentro, como lloran tantos y tantas en la sociedad, ¡sin que nadie lo sospeche!



El Rodeo

En los meses de Julio y Agosto hicieron los Alcaldes y Regidores de Cali todas las diligencias que pudieron para descubrir el paradero de Daniel, sin obtener resultado alguno. Se habían hecho indagaciones escrupulosas en la ciudad, en las haciendas; en los campos; y a pesar del interés con que había procedido la autoridad, había transcurrido ya dos meses y el asunto continuaba envuelto en el mismo misterio que al principio.

Entre tanto la vida de los habitantes de la hacienda se pasaba en la monotonía de costumbre; los esclavos trabajaban toda la semana; los domingos tenían misa, dada por el Padre Escovar o por otro religioso franciscano; las señoritas cosían, bordaban, leían y administraban los asuntos domésticos, en todo lo cual tomaba parte Doña Inés, que no se estaba un momento ociosa.

Cada mes se hacía el rodeo de todo el ganado manso, pues el arisco no entraba nunca en el corral; en otro día se hacía la recogida de las yeguas. Todos los lunes se racionaba la cuadrilla, en cuyo abasto se consumían veinte reses.

La monotonía de esta vida solo era turbada por algún paseo al río Pance, en donde las señoritas gustaban de bañarse, paseo que era un tormento para Doña Inés, por los recuerdos que suscitaba en su alma; pero no se excusaba de ir porque no tenía pretexto plausible y porque en esos recuerdos melancólicos hallaba cierta especie de embeleso; la conversación más afectuosa y más franca de las que ella llegó a tener con Daniel, se verificó en un paseo semejante. Solo interrumpían la uniformidad de esa vida, algunos vecinos de Cali, hombres y mujeres, que iban a la hacienda con bastante frecuencia, aquéllos a comprar ganado y estas a comprar miel o azúcar.

Tampoco faltaba una que otra vez, algún viajero de los que iban de Popayán a Cali, o viceversa, a quien cogía la noche o azotaba la tempestad al pasar por ese punto, los compradores de ganado y las de miel o azúcar, regresaban siempre contentos a sus casas, llevando lo que habían ido a buscar, aunque hubieran ido a tratar sin dinero; así como los transeúntes hallaban hospitalidad, con cena, y acomodo para sus bestias, sin que les costara nada.

Por último, no faltaban de vez en cuando visitas de amigos caleños que permanecían en la hacienda de la mañana a la tarde, y de algunos hacendados vecinos que solían ir los domingos y se estaban allí en sabrosa conversación hasta que llegaba la noche.

De esta manera se pasaron los meses de Julio, Agosto y Septiembre, que son los de verano en el Valle. Los rodeos mismos eran por lo regular uniformes; y no se diferenciaba uno de otro sino por alguna escena particular que a veces ocurría. Describiremos uno de ellos como muestra.

El último de Septiembre fue día de rodeo. A las cuatro de la mañana se tocó la campana y toda la cuadrilla se reunió en la iglesia a rezar el rosario y cantar los *alabados*, como se hacía siempre, bajo la vigilancia del Capitán.

Al salir de la iglesia, los vaqueros encargados de hacer el rodeo, en número de sesenta, almorcizaron al ligero, y apercibieron sus cabalgaduras, que eran escogidas de entre los caballos más fuertes y más corredores de la hacienda, y los ensillaron con grandes monturas de enorme cabeza, con estribos de madera de forma de baúl, pendientes de acciones de cuero crudo, fuertes y dobles, y llevando enrollada en el arzón delantero a la derecha, una larga soga de enlazar, formada de una tira de cuero de res torcida, que en el país llaman *guasca*.

El día de rodeo era un gran día, de fiesta y de placer, para los vaqueros. Ningún deleite es comparable al que siente uno de esos centauros, vigoroso y ágil, al enlazar, en carrera tendida por la extensa y suelta llanura, una res bravía, que huye veloz con la cabeza levantada y la cola al viento. Cuando el vaquero se pone a ocho varas de distancia de ella, agita rápidamente en el aire el lazo abierto, trazando círculos, y en el momento oportuno, lo lanza por la tangente a la cabeza de la res, que queda enlazada de los cuernos; si la enlaza de otra parte, tiene que sufrir las burlas de sus compañeros.

Cuando la res es muy grande, por ejemplo un toro añooso, sigue tras él, largándole soga, porque habría peligro en contenerlo de repente.

Luego que la res se siente detenida en su carrera, vuelve sobre el vaquero; pero entonces él la conduce hacia uno de los postes con horqueta que hay en el gran corral, llamados *bramaderos*, pasa la soga por entre los dos ramales de la horqueta y sigue halando hasta que la res queda pegada al poste.

Los vaqueros ese día eran cerca de ciento, de los cuales unos sesenta, como hemos dicho, eran de la hacienda; los demás eran hombres libres, de Cali o de las inmediaciones, que habían ido, unos a ayudar a hacer el rodeo con el fin de comprar ganado y otros por el simple placer de enlazar. De estos auxiliares había siempre muchos en todos los rodeos de Cañasgordas.

A las seis de la mañana estaban todos reunidos en el espacioso patio, perfectamente aderezados, ya esa misma hora salieron. Al pasar la puerta de golpe se dividieron en partidas; una de ellas tomó por la llanura abajo a los bosques de Morga; otra por la colina arriba, hacia las cabeceras del río de las Piedras; otra por las dilatadas vegas que quedan ala derecha del Pance; y otra, en fin, por la ribera izquierda del Jamundí, hasta las selvas del Cauca.

A las diez del día ofrecía esa comarca el aspecto más pintoresco; de Morga subían numerosas vacadas, formando *barbacoas* como decían ellos, en dirección al anchuroso corral destinado a ese efecto, situado en el punto central de la hacienda, y sombreado por algunos árboles. En ese tiempo no había ceibas como hay hoy. De la parte alta bajaban otras numerosas partidas de ganado, y lo mismo de las riberas del Pance y del Jamundí; todas ellas convergían a ese punto central, cercado de grueso y alto vallado de piedra.

El corral se llenó materialmente de ganado y quedó afuera una gran parte que los vaqueros rodeaban para que no se fuera.

La puerta, o mejor dicho, el espacio abierto por donde se entraba al gran corral, no se cerraba ni podía cerrarse con aparato alguno, porque era muy ancho, casi de media cuadra. Luego que el ganado estaba adentro, se colocaban muchos vaqueros alineados en esa puerta, para impedir que se saliera.

A veces sucedía que algún vaquero novicio imprudente lanzara un grito intempestivo, y entonces toda esa masa de reses se asustaba, se alborotaba, y como si fuera presa de pánico terror, se precipitaba sobre los vaqueros que custodiaban la puerta, los atropellaba y salían corriendo en espantoso tumulto, en busca de sus respectivas dehesas, sin que poder humano alcanzara a contenerlas.

En ocasiones, a tiempo de salir de esa manera, caía atropellada alguna res de las que iban adelante; sobre ella iban pasando todas las demás; y cuando salía la última, la res yacía muerta o estaba muriendo. En los rincones del corral ya la sombra de los árboles había hogueras preparadas para calentar las marcas con que debían herrar el ganado nuevo.

Cuando estuvo todo el ganado reunido, dejaron salir del corral los toros, los bueyes, las vacas, y dejaron los terneros sin herrar, las reses enfermas y las que habían sido destinadas para las raciones de la cuadrilla y gasto de la casa.

A las once del día, todo era ruido, actividad y movimiento en el corral; algunos vaqueros marcaban con el hierro candente, que tenía la forma de un corazón, los terneros que estaban sin herrar, otros curaban los enfermos, y otros mataban y descuartizaban las reses para el abasto de la hacienda y distribuían la carne entre las diferentes familias, de cada una de las cuales había allí un recomendado para recibir la respectiva ración.

Afuera habían quedado otros muchos vaqueros, rodeando el ganado para que no se fuera; y entre estos estaban los compradores, escogiendo las reses y arreglando el precio con Don Juan Zamora y el tío Luciano.

Entre el ganado de Morga había caído por casualidad un toro negro, de esos que jamás iban a corral, corpulento como un elefante, de cuello enormemente doble, de altas paletas, cabeza baja, frente rugosa, ojos encendidos y grandes cuernos, gruesos en la base y curvos hacia adelante.

Uno de los tratantes se pagó de la corpulencia del animal y ofreció compra por él.

—Nada más fácil que vendértelo, le contestó Don Juan, pero ¿qué harás con él?

—Llevarlo a Cali y expenderlo en la carnicería.

—¿Y quién lo lleva?

—Los vaqueros que yo buscaré; aquí mismo hay muchos que se comprometerán a llevarlo.

—Pues yo te aseguro, dijo Don Juan, que no habrá quién lleve ese toro a Cali, a lo menos vivo. Ni en Jarama mismo, en la santísima España, se da un animal más corpulento; y debe de ser bravo como un demonio; mírale la cara.

Un mozo caleño, vaquero de profesión, fuerte, resuelto y ágil, al oír ponderar la ferocidad del toro, sintió el entusiasmo de su oficio, y dijo:

—Yo seré uno de los vaqueros que lo lleven.

—Bien, pues, dijo Zamora al tratante: ¿cuánto ofreces por él?

—Por tener el gusto de llevarlo a Cali, soy capaz de dar ocho patacones.

—¿Ocho patacones? Ese animal vale una onza, ni un real menos. Ya ves que una res común vale seis patacones, y esta equivale a tres.

—Daré diez.

—Es poco; llévelo por doce, y es muy barato.

—Es mío.

—¿Lo enlazo? preguntó el mozo que se había ofrecido de vaquero y que estaba bien montado.

—Ese toro, dijo el tío Luciano, no podrá ir sino a cuatro sogas, si es que va.

—Pero puedo enlazarlo ahora, insistió el mozo, para dejarlo atado al bramadero mientras el patrón busca los otros vaqueros.

—Haz la prueba, dijo el tío Luciano sonriéndose.

El toro estaba, como hemos dicho, afuera del corral, en medio de las vacas, al parecer tranquilo; que a haber estado solo, habría partido contra la gente que veía cerca.

El mozo desenrolló su soga y se puso a una distancia regular; el toro estaba de pie, con la cabeza más baja que el lomo, sin ver nada ni a nadie al parecer, como si todo cuanto le rodeaba le inspirara supremo desdén.

Cuando el mozo comenzó a hacer girar sobre su cabeza la gruesa soga, los demás vaqueros apercibieron las suyas para darle auxilio; después de dar muchas vueltas en el aire con el lazo abierto, lo lanzó a la cabeza del toro, lo enlazó de los cuernos, y templó la soga. Apenas sintió el toro el lazo en sus cuernos, sacudió la cabeza, dio una estampida, volvió frente a Morga y salió

al escape. El mozo plantó su caballo de frente, le templó la rienda y esperó el estirón; fue cosa de un momento; el caballo fue arrancado de su puesto y cayó de rodillas primero y después de lado, y fue arrastrado por la llanura abajo como una paja, con el jinete, que llevaba una pierna cogida debajo del caballo. El toro corría al simple trote, con el mayor desembarazo, como si no llevara en rastra peso alguno, al escape. El mozo plantó su caballo de frente, le templó la rienda y esperó el estirón; fue cosa de un momento; el caballo fue arrancado de su puesto y cayó de rodillas primero y después de lado, y fue arrastrado por la llanura abajo como una paja, con el jinete, que llevaba una pierna cogida debajo del caballo. El toro corría al simple trote, con el mayor desembarazo, como si no llevara en rastra peso alguno.

Los demás vaqueros volaron a enlazarlo; pero cuando estuvieron cerca, ya Fermín viendo que el jinete se rompería la pierna en un montón de piedras por sobre el cual lo arrastraba el toro, había cortado la soga. Y el toro seguía al trote corto por la llanura abajo, con arrogante majestad, en busca de su dehesa, sin parecer notar que ya no llevaba peso alguno en rastra.

—¿No se lo dije? , exclamó el tío Luciano; ese toro no iría a Cali ni a cuatro sogas, porque es *altuno*, y antes de llegar a Meléndez caería para no levantarse, por más que lo atormentaran y moriría *encalambrado* de soberbio.

—¡Es lo que yo digo!, añadió sentenciosamente Don Juan.

El mozo quedó muy adolorido, aunque sin ruptura de hueso, gracias al estribo que era de madera resistente, y grueso y en forma de baúl.

Don Juan Zamora fue entre tanto a la casa a recibir órdenes de Don Manuel sobre el ganado vendido, porque la mayor parte de los compradores hacían el contrato al fiado, seguros de que Don Manuel no les negaba ese servicio.

En todo el día del rodeo subía Don Manuel de rato en rato a uno de los corredores del piso alto, armado de un poderoso anteojos de larga vista, que era su frecuente diversión cuando estaba en la hacienda; con ese anteojos examinaba gran parte de sus dominios, y descubría a veces la holgazanería de los esclavos en los trabajos o los daños que en sus propiedades le causaban los vecinos o los transeúntes. A los negros les causaba terror ese instrumento, y cuando alcanzaban a ver desde lejos a su amo en esos balcones, a quien reconocían

fácilmente por el balandray o por el *caracol* de zaraza, ya sabían que distinguía, a pesar de la distancia, la menor de sus acciones, y trabajaban con tanta formalidad como si le estuviera allí presente entre ellos.

Al llegar Zamora a la puerta de golpe, se le reunió y entró con él un tratante de la clase de los *monteras* conocido de Don Manuel, a quién él recibió con cariño, preguntándole:

—Hola, Vicente, ¿cómo te ha ido?

—Bien, señor Don Manuel; para servir a vuestra merced.

—¿Qué asunto te trae por aquí?

—Quería rogar a vuestra merced me diera una vaquita a crédito para salarla y llevarla al chocó, en donde sé que la carne está escasa, y deseo aprovechar la ocasión de vender la carne pronto ya buen precio.

—¿y qué utilidad vas a sacar de una vaca? Lleva siquiera dos, ya que piensas hacer un viaje tan largo.

—Eso sería mucho mejor, si vuestra merced no desconfía y me hace el favor por completo.



—Tú eres formal; ¿qué plazo quieras?

—No puede ser menos de tres meses.

—Te concedo seis.

Volviéndose a Don Juan le dijo:

—Zamora, entréguele dos vacas buenas a Vicente y arregle con él el precio.

En seguida preguntó:

—¿Doña Gertrudis se presentó al momento, y él le dijo:

—Pesa media arroba de sal y mándasela al negro Jacinto a Morga; que le digan que es para que no deje dañar la carne de la vaca que me ha robado hoy; que no sea ladrón, que cuando necesite, pida y no robe; y que si vuelve a hacerlo, lo mando al presidio, Zamora (añadió dirigiéndose a Don Juan), deje usted quieto a ese negro bellaco.

Zamora se sonrió y se fue con Vicente para el corral, a entregarle a este las dos vacas.

En el camino, puestos los caballos al paso corto, dijo Vicente a Don Juan:

—Me parece increíble lo que acabo de ver y oír, atendido el carácter violento del señor Don Manuel.

—Nosotros, contestó Don Juan, no nos admiramos, porque estamos acostumbrados a las rarezas de ese carácter. Hace poco tiempo lo mandó a llamar a Cali un compadre que estaba en el último trance y que quería hablar con él antes de morir. El tal compadre tenía una labranza con unas cuatro vacas, en las inmediaciones de la hacienda. Don Manuel fue al momento a ver para qué lo quería su compadre; y me llevó en su compañía. Cuando estuvimos cerca de la cama, el enfermo le dijo delante de mí.

—Lo he llamado para pedirle perdón del daño que le he causado y restituirle lo que le debo.

—Ningún mal me ha hecho usted, contestó Don Manuel, y nada me debe; por lo menos yo no recuerdo.

—Es que no sabe vuesa merced lo que voy a decirle; yo llevaba frecuentemente carne a las Juntas del Dagua y esa carne era de vacas que le robaba a vuesa merced de las que pacían cerca a mi labranza; con el dinero que hice, compré esta casa, la cual pertenece a vuesa merced en todo rigor de justicia.

Al morir yo, que será de hoy a mañana, disponga de ella, porque es suya, pero perdóneme por el amor de Dios. Yo sudaba oyendo esta confesión; pero el enfermo quiso hacerla delante de mí, y no permitió me retirara, a fin de que ella le sirviera según dijo, de mortificación y penitencia.

—Compadre, contestó Don Manuel, déjese de eso; yo le perdono de todo corazón y le regalo la casa para que les quede a sus hijos y a su viuda, pues a mí no me hace falta lo que me ha quitado. El enfermo murió esa noche dejando una viuda que ya no era joven y una turba de hijos.

Si yo no respetara tanto a Don Manuel, lo habría abrazado ese día, al oír las palabras de perdón y la generosidad con que trató a ese infeliz enfermo.

En esto llegaron al corral; Don Juan entregó a Vicente las dos vacas, ya los demás compradores las que habían contratado; todas quedaron aseguradas en el corral, para llevarlas a Cali al día siguiente, pues ya era muy tarde.

A las seis se suspendió la operación de herrar y curar terneros; poco después, los vaqueros de la hacienda entraban en sus respectivas casas, en busca de la comida preparada por las esposas y por las madres, y dispuestos a comer con esa hambre devoradora y benéfica con que comen los hombres que pasan el día al remo del trabajo.



Octubre en Cañasgordas

A mediados de Octubre recibió Don Manuel una carta de Don Juan Valois en que le avisaba que en esa fecha había recibido sesenta y cuatro negros esclavos, hombres y mujeres, que le remitían de Cartagena para que los vendiera en el Valle, y le preguntaba si su merced quería comprar algunos, en cuyo caso debía ir a escogerlos, antes que se presentaran otros compradores.

Don Manuel necesitaba reponer tres esclavos que había perdido en ese año, uno de muerte natural, otro herido por el rayo y una negra que había muerto a consecuencia de haberse molido un brazo en el trapiche y de haberle caído gangrena después de que el brazo, que le había quedado como un bagazo de caña, le había sido amputado cerca al hombro por un cirujano empírico.

Al instante en que llegó escogió dos negras jóvenes, robustas y sanas, y un negro de iguales condiciones. Pasó con el vendedor a casa de Don Manuel de Victoria, escribano público de número y Cabildo y mandó extender la correspondiente escritura. A las doce del día estaba concluida y fue firmada por los otorgantes y por los testigos.

La escritura estaba redactada en la forma que se usaba en aquel tiempo, Decía textualmente:

«Que Don Juan Valois vende al señor Don Manuel de Caicedo, Alférez Real, tres negros bozales, dos hembras y un varón, de casta congos, herrados con la marca de enfrente, con todas sus tachas, vicios y defectos, enfermedades públicas y secretas, por de alma en boca y costal de huesos, a uso de feria y mercado franco, y según y como se estila y vende en el real mercado de la ciudad de Cartagena de Indias, en el precio y cantidad de cuatrocientos y cuarenta patacones cada uno, libres de escritura y alcabala, que son de cargo del vendedor; renuncia la ley de ordenamiento real, fecha en Cortes de Alcalá de Henares y los cuatro años más que en ella se declaran para repetir el engaño».

Los tres negros eran realmente bozales, esto es, recién sacados de su país y que no hablaban castellano, porque habían sido traídos directamente de África a Cartagena, y de allí remitidos a Cali. Apenas entendían una que otra palabra que habían aprendido durante la travesía del Atlántico y el viaje de Cartagena al Valle.

Estaban marcados en la espalda con hierro candente, y la marca que tenían y que había sido copiada en la escritura, se componía de una C y una S; de la C a la S había un arco en forma de puente; encima del arco, tres hojas; y sobre la hoja de en medio, una cruz.

Don Manuel entregó allí mismo en la escribanía los tres negros a Fermín, con orden de que se fuera con ellos para la hacienda, diciéndole que él los alcanzaría en el camino, porque los tres negros iban a pie; y llevó a su casa a Don Juan Valois y le entregó los mil trescientos veinte patacones. Despachada esta diligencia, Don Manuel y Don Juan Zamora salieron para Cañasgordas a la una de la tarde.

El sol había sido muy ardiente toda la mañana, ya esa hora era tan fuerte que los dos viajeros percibían que su ropa les olía a trapo quemado.

Bajo esos rayos abrasadores caminaron hasta Isabel Pérez; al llegar allí, vieron que por el lado de Meléndez se había extendido una gran nube negra que iba creciendo por momentos y condensándose más y más.

Al atravesar el llano de Isabel Pérez se les ocultó de repente el sol, porque la nube había crecido hasta llegar a cubrir ese punto.

Al pasar la quebrada de Cañaveralejo se había obscurecido tanto el día, que parecían ser las seis de la tarde. La gran nube tenía un color negro verdoso, como de pizarra.

La naturaleza toda estaba en silencio; no se percibía el menor ruido ni de hombres, ni de aves, ni de ganados, ni de insectos; las hojas de los árboles no se movían.

A lo lejos, hacia el Sur, por el lado de la Ferreira, retumbaban truenos sordos; la tempestad se había desencadenado desde temprano sobre esa comarca.

La Ferreira es en la parte alta del Valle del Cauca, la cuna de las tempestades; pudiera decirse que es la Eolia de Virgilio, y que en esos montes altísimos, sustentados sobre bases de oro y de hierro (pues allí abundan esos metales) están los antros de Eolo, y que este monarca de los vientos sentado en su empiñado alcázar, *celsa sedet/Eolus arce*, desencadena sobre el Valle el Aquilón y el Euro, el Ábrego y el Noto.

Al pasar los dos viajeros la quebrada de Cañaveralejo, dijo Don Manuel a su compañero:

—Zamora, esa nube está amenazante; dentro de un momento estaremos empapados.

—Sin duda, señor Don Manuel; lo mejor será que entremos en la casa de Don Félix Espinosa mientras pasa el aguacero que será muy fuerte.

Apenas acababa de decir esto, cuando se rasgó la nube y descendió de ella, por el lado de Meléndez, una catarata de fuego que iluminó extensamente toda la comarca y dejó a obscuras a los que estaban cerca. El trueno retumbó con espantosa majestad y duró largo rato repercutiendo en todas esas cumbres. En pos del rayo cayeron grandes goterones y luego se desató el aguacero en abundancia tal, y el viento del Sur sopló con furia tanta, que los caballos no querían caminar y volvían la cabeza tratando de retroceder.

A ese primer relámpago siguieron otros y otros. Los viajeros tomaron a la izquierda y se dirigieron a toda prisa a la casa de Don Félix Hernández de Espinosa, situada a unas dos cuadras del paso de la quebrada. Llegaron chorreando agua y se fueron entrando a caballo por el corredor principal.

Don Félix y su familia salieron a recibir al señor Alférez Real con fina cortesía, le rogaron se desmontara y lo introdujeron en la sala, con Zamora. Un criado quedó cuidando de los caballos.

A esa hora la lluvia era tan copiosa que no permitía se alcanzara a ver a media cuadra de distancia, por el vapor de agua que se levantaba.

Don Félix supo que Don Manuel y su compañero no habían comido y los invitó a que se sentaran a la mesa que estaba puesta allí mismo en la sala, pues la familia iba a comer cuando comenzó la tempestad; ellos se excusaron alegando que el aguacero pasaría pronto y que la hacienda estaba cerca.

—Se equivoca, señor Don Manuel, dijo Don Félix; es verdad que la tempestad cesará dentro de una hora, pero vuesa merced no podrá irse de aquí sino a las seis de la tarde, porque el río Meléndez estará por los montes, y solo a esa hora dará vado.

Don Manuel, atendiendo a las instancias de Don Félix y de su esposa Doña Feliciana de Arrechátegui, aceptó el convite. Los hacendados de entonces, aunque vestían mal, comían siempre bien; las despensas de las haciendas estaban en todo tiempo abastecidas de carne curada de vaca y de cerdo, de huevos, leche, quesos, miel, plátanos y maíz; y el corral, lleno de pollos, gallinas y pavos; y el escaparate, con una que otra botella de buen vino, para los casos de honor. Jamás les faltaba una buena cocinera, que era por lo común alguna negra vieja diestra en su oficio y que sabía sazonar la comida admirablemente. De esto resultaba que nunca les hacía peso ni los cogía desprevenidos la visita de algún amigo ni la llegada de algún peregrino que pedía posada. Los artículos alimenticios eran baratísimos y las haciendas producían de todo con el trabajo de los esclavos.

Don Manuel y Zamora fueron, pues, muy obsequiados por la familia de Don Félix, que tenía a mucha honra el recibir en su mesa al señor Alférez Real.

¿Quién que transite hoy por *ese* camino, yendo de Cali, y vea los espesos y sucios matorrales que quedan a la izquierda, al pasar la quebrada, sospechará siquiera que allí hubo una hermosa hacienda, con su gran casa de teja, su Oratorio, cuadrilla de esclavos sujetos a campana, trapiche, ganados, labranzas y una familia feliz?

Al lado de arriba, hacia la loma, estaba la posesión de Don Francisco Mateus, compuesta de plantación de caña, trapiche, ganados y esclavos.

Hoy, de una y otra, ni siquiera quedan las señales.

A Fermín ya los tres esclavos africanos les había cogido el temporal cuando iban por esa parte del camino que está entre el río Meléndez y la quebrada de las Piedras.

Poco antes de llegar a esta última, había un espeso bosque, a la izquierda, y en él se refugiaron al caer los primeros goterones y estallar el primer trueno. Allí, dentro del bosque, pero cerca del camino, había un gigantesco higuerón, que les ofrecía casi tanto abrigo como una casa.

Fermín que iba a caballo, se arrimó al grueso tronco debajo de las ramas más gruesas; sus compañeros se metieron entre las combas del árbol, y se acurruaron; Fermín no tenía con quién hablar, porque los africanos no le entendían; pero ellos hablaban entre sí en voz baja.

Allí permanecieron durante una hora, sobrecoyados por la vivísima luz de los relámpagos, el estampido del trueno y el estruendoso ruido del huracán y de la lluvia en la selva.

Fermín, acostumbrado a esos estremecimientos de la naturaleza, sacó candela con su eslabón, encendió un cigarro para calentarse un poco, y aspiró con delicia el humo del maguey, tan grato para el fumador campesino, especialmente cuando enciende su yesca entre los árboles y en momentos de lluvia.

En la hacienda fue la tormenta más fuerte; las señoras se encerraron en una recámara y rezaron el Trisagio, a la luz de una vela bendita. Hubo un instante en que el fulgor de un relámpago fue tan intenso y tan rojo, y el estallido del trueno tan violento, que retemblaron las puertas y las ventanas, y ellas con la vista obscurecida trataban de verse unas a otras para asegurarse de que habían quedado vivas.

Pero entre todos los habitantes de la hacienda ninguno sufrió tanto como Doña Inés; la familia Caicedo había vivido siempre allí y estaba acostumbrada a esos fenómenos terribles aunque naturales; mientras que Doña Inés había pasado pocos inviernos en el campo. Ella era de constitución nerviosa y delicada, ya la sazón estaba más impresionable que nunca, por la debilidad física y por la tristeza de su alma.

Cuando retumbaba el trueno, ella veía que las otras muchachas se abrazaban de su madre; y si Don Manuel estaba presente, todas acudían a él en busca de refugio; ella no tenía a quién arrimarse. En los momentos de peligro es cuando todo ser humano necesita y desea ser amado de alguien, quienquiera que sea. El que echa de ver que su vida no le interesa a nadie, pierde fácilmente el valor, y en vez de luchar se resigna a morir.

Doña Inés, cuando se desataban esas tormentas horrorosas, tan frecuentes allí, sobrecoyida de terror se refugiaba en la parte más oscura de la recámara, se cubría con un manto de seda, y encomendándose a Dios esperaba la muerte.

Dos horas duró la tempestad; a las cuatro de la tarde abrieron las puertas y las ventanas; la lluvia había cesado, aunque la tempestad bramaba todavía en la otra banda del Cauca, arrojada allá por el viento. El cielo comenzaba a despejarse.

Al salir al corredor, vieron las señoras a algunos negros en el patio que examinaban un par de bueyes que habían sido heridos por el rayo, y que habían caído desplomados el uno junto al otro.

Esa yunta de bueyes había llegado de Cali esa mañana; la víspera la había mandado Don Manuel, junto con otras, a la ciudad con algunos negros, para que condujeran una gran piedra de *laja*, muy larga y muy ancha, desde las faldas del cerro de Las Cruces, a una zanja fangosa y profunda que había al Norte, en el camino de Menga. La piedra fue colocada en la zanja como puente, y hasta hoy se conserva allí con el nombre de «Puente de Piedra».

En el corredor del trapiche estaban un hombre y un muchacho, con cuatro bestias cargadas de fardos de bayeta de Pasto, que iban para Cali.

El hombre le decía al muchacho:

—¿Dónde se habrá quedado Pedro con las otras dos bestias?

—Quién sabe, contestaba el muchacho; hasta que llegamos a esa gran piedra que hay en el camino, vi que venía allí, con las cargas; aunque algo atrasado.

—Vamos, pues, hasta ese punto para saber por qué tarda.

El arriero rogó a un negro le tuviera cuidado con las bestias cargadas y salió con el muchacho en busca de su compañero. La piedra grande quedaba en todo el camino a pocas cuadras de la casa de la hacienda. Al llegar a ella vieron al otro arriero tendido en el suelo juntamente con las dos bestias cargadas; los había muerto el rayo.

Grande fue el espanto del arriero y del muchacho cuando tal vieron. Examinaron a su desgraciado compañero para ver si daba señales de vida, pero al punto se convencieron de que era cadáver, pues no solo no respiraba, sino que al moverlo parecía como si los huesos se le hubieran deshecho; el cutis en la cara, de cobrizo que antes era, se había tornado en carey; y el cabello, antes lacio y grueso, como de indio que era, se había vuelto crespo como cabello de negro, y por los oídos le salía sangre.

El arriero volvió triste a la hacienda, pidió posada para esa noche, contó su desgracia a los amos de la casa, descargó sus bestias y volvió con dos de ellas al lugar de la catástrofe y con algunos negros que llevaban unas parihuelas; alzó las dos cargas; los negros colocaron el cadáver en las parihuelas (*guando*) y regresaron a la casa. El muerto fue sepultado en el cementerio de la hacienda.

Aunque la tempestad había cesado desde las tres de la tarde, Don Manuel con Zamora y Fermín con los esclavos bozales no llegaron a la casa sino por la noche, porque el río de Meléndez y la quebrada de las Piedras habían crecido mucho y no dieron vado hasta pasadas las seis de la tarde.

Don Manuel vio con asombro los estragos de la tempestad, mandó que introdujeran al arriero y al muchacho en la cocina para que cenaran, y dio orden a Zamora para que les diera dos caballos a fin de que pudieran continuar su viaje al día siguiente, los cuales devolverían a su regreso.

Los negros bozales sintieron mucha alegría cuando encontraron en la hacienda otros negros congos, que hacía tiempo habían salido de su patria, pero que recordaban perfectamente su nativa lengua, porque en ella se comunicaban entre sí.

Las desgracias que las tormentas ocasionan en toda esa región, especialmente en Octubre, cuando el verano ha sido fuerte y largo, no son raras. Los viejos y los mozos recuerdan varios casos de muerte de rayo ocurrida en transeúntes y en vecinos, en amos y en criados, y principalmente en ganados; sin que haya faltado uno que otro incendio de casa pajiza.

Los que habitan en esa aurífera comarca bajo esa atmósfera inflamable, se resuelven a vivir constantemente, como Ayax de Oileo, desafiando al Cielo.



Remedio desesperado

La obra de Palacios



Estaba para terminar el mes de Noviembre, mes desapacible y triste y ordinariamente lluvioso, y más triste y desapacible en el campo que en las ciudades.

Hacía más de cinco meses que Daniel había desaparecido; en todo ese tiempo, la inocente pasión de Doña Inés había adquirido una firmeza incontrastable, y la pena que oprimía el corazón de la infeliz doncella, había alcanzado desesperantes proporciones.

Esa hacienda había sido el teatro de sus castos amores; allí tenía a todas horas recuerdos palpitantes de su bien perdido, y se complacía en atormentarse trayendo a la memoria todos los incidentes ocurridos en esos días dichosos en que habían vivido tan cerca el uno de la otra, amándose mutuamente, en silencio, pero viéndose todos los días. Ningún mayor dolor, dice el Dante, que el acordarse de los días felices estando en la desgracia; *Nessun maggior dolore!* Esta era la gran pena que Francisca de Rímini padecía en el Infierno.

Por lo mismo que Doña Inés no podía hablar con nadie de su desgraciado amor, vivía pensando en él. El tiempo y la distancia son causas generadoras de olvido en las naturalezas vulgares y livianas; pero en las almas nobles y castas, la ausencia es para el amor poderoso incentivo. Hallamos muy natural que Dido, la reina de Cartago, se resuelva a morir desde que se convence de que ha perdido para siempre a Eneas; y que Safo, la poetisa de Lesbos, se precipite en el mar desde la roca de Léucade, cuando ve que Faón huye de ella y la deja abandonada. ¿Qué sería de la fe que el hombre necesita tener en la mujer, depósito de su honra, si no encontrara a cada paso ejemplos repetidos de fidelidad y de constancia en esa querida y preciosa mitad de su alma a quien llama esposa?

Inés, ahora que Daniel no estaba delante de sus ojos, se lo representaba en su imaginación adornado de todos los dones de la naturaleza; recordaba con satisfacción sus bellas facciones, una por una y en conjunto; pasaba revista en seguida a las relevantes cualidades de su alma; su talento natural, su variada instrucción, sus finas maneras, su apacible carácter, la compostura de su porte y ese respeto casi religioso con que la había tratado siempre; a pesar de su pasión amorosa tan ardiente como profunda. Daniel, sin saberlo, había empleado para con Doña Inés las únicas armas con que podía rendirla; la veneración y la modestia.

Estas consideraciones exaltaban su ánimo hasta el más alto grado, y entonces sentía deseos vehementes de verlo; le parecía que si se le presentara de repente, no podría contenerse y le abriría sus brazos, para indemnizarle de tanto como por ella había sufrido y de esa fingida fría indiferencia con que había recibido siempre sus obsequiosas atenciones.

Con ese anhelo ardiente de volver a verlo, se ponía a cavilar largas horas acerca de las causas probables de esa desaparición misteriosa; ¿lo habría botado realmente el caballo, tal vez en el bosque, y habría quedado allí muerto e insepulto? No, porque toda la comarca había sido escrupulosamente explorada. ¿Tendría él algún enemigo desconocido que lo hubiera arrebatado violentamente y lo tuviera aprisionado y oculto? Tampoco; Daniel no tenía ni podía tener enemigos. ¿Tendría parte en esto Don Fernando de Arévalo? Pero este sujeto ignoraba completamente la pasión de Daniel, que, según ella creía, era un secreto para todos. ¿Qué se había hecho, pues?

Las pesquisas de! Alférez Real y de los Alcaldes, de Zamora y de Fermín, del Padre Escovar y de Doña Mariana Soldevilla, aunque activas y diligentes, habían sido infructuosas.

Ya hemos dicho que no estando Daniel presente, crecía en mérito a sus ojos en proporciones heroicas, lo que era tanto más natural cuanto que Daniel era en realidad un mancebo de gallarda apostura y de alma nobilísima. Arrullada por sus dulces recuerdos permanecía largo rato embebecida, pensando y pensando, y arrebatada en alas del amor que no reconoce categorías ni respeta dificultades, iba a veces demasiado lejos. Pero de repente, volviendo en sí de su arroamiento, exclamaba; «¡Desdichada de mí! ¿Qué es lo que estoy pensando? Yo estoy loca; estos desvaríos solo son propios de una imaginación enferma. Sea que él esté vivo o que haya muerto, ¡no hay para mí esperanza! Ya toda felicidad me ha sido negada en la tierra; mi vida carece de objeto; y en la situación tristísima de mi alma, en esta agonía sin descanso, en este dolor que no me deja, no me queda otro refugio que los claustros de un convento».

Este último pensamiento, que llenaba su alma de sombría tristeza, le arrancaba lágrimas tan ardientes como amargas, y después de llorar largo rato silenciosamente, entraba en un estado de abatimiento tan grande, que permanecía mucho tiempo muda y en la inacción más completa.

Y esas reflexiones, y esa lucha, y esa desesperación, eran de todos los días, y principalmente de todas las noches.

Su habitación ordinaria, en donde estaba a la vez su dormitorio, había sido siempre en el piso bajo de la casa, en una de las recámaras que quedaban a los lados de la sala.

Después de la desaparición de Daniel, acostumbraba trabajar en sus costuras en una de las piezas del piso alto; y de tal manera llegó a pagarse de su nueva habitación que concluyó por pedir la dejaran dormir en ella con su criada, alegando que era muy ventilada y muy fresca. Doña Francisca, que hacía días venía notando el desmejoramiento visible de Inés, dio gustosa su consentimiento, con la esperanza de que este ligero cambio influiría en su salud.

En esa parte alta no habitaba persona alguna; solo el cuarto más inmediato a la escalera, era ocupado cada ocho días por el capellán que iba a dar misa a la familia.

Desde que obtuvo ese permiso, permanecía con las demás señoras, conversando o leyendo, hasta las nueve de la noche; a esa hora llamaba a Andrea, que acudía con la vela encendida, y juntas subían a su dormitorio.

Pero Inés dormía muy poco; después de conversar un rato con Andrea y de rezar sus devociones como para acostarse, se salía al largo corredor que daba al patio, se recostaba sobre la baranda y se ponía a observar con el oído atento, fijos los ojos en la puerta de golpe, esperando que en el momento menos pensado había de sentir y ver a Daniel que llegaba en busca de ella.

Desde ese balcón se veía todo el patio, las cabañas de los esclavos, la portada de la hacienda y la gente que pasaba por el camino real.

Mucho tiempo permanecía allí, hasta que considerando que era preciso dormir algo, exhalando un suspiro, arrancado por la esperanza burlada, entraba en su habitación y se acostaba.

Esto se repetía todas las noches; con luna y sin ella, con buen tiempo o con lluvia. Los vecinos de esos contornos que volvían de Cali a sus casas, en altas horas de la noche, o los que por tener algún enfermo iban de sus casas a Cali a esas horas, en busca de algún remedio, distinguían siempre ese bulto vestido de blanco, en el balcón de la casa, en un mismo punto siempre y siempre inmóvil;

y unos a otros se comunicaban lo que habían visto, y todos convenían en que era un alma del otro mundo que penaba allí, lo que es lo mismo, un *espanto*, interpretación muy conforme con las ideas supersticiosas de esos tiempos. Hemos dicho que estaba para terminar el mes de Noviembre. Ya casi nadie se acordaba de Daniel en la hacienda, con excepción de Fermín que hablaba de él con Martina haciendo suposiciones, y de Inés que nunca lo nombraba, pero que no podía ni quería olvidarlo, y que a fuerza de pensar en él hacía más honda, día por día, la dolorosa herida que llevaba oculta en su alma.

Al fin llegó a perder toda esperanza y con ella todo su valor.

El último día, pues, de Noviembre, después del almuerzo, se dirigió al cuarto de Don Manuel, a quien encontró solo, hojeando unos papeles. Al verla él en la puerta de su cuarto, le dijo alegremente:

—Hola Ahijada, ¿a qué debo el honor de esta visita?

—Va a saberlo, padrino, contestó ella, sonriendo tristemente.

—Siéntate, pues, hija, y di lo que quieras.

Doña Inés se sentó, recorrió con la vista todo el cuarto, tosió sin gana y dijo en seguida:

—Padrino, ¿mi madrina tiene una hermana que es monja del Carmen en Popayán?

—Sí, ciertamente, la Madre Gertrudis. ¿Y qué se te ocurre con ella?

—Padrino, deseo ser monja del Carmen.

—¿Monja tú? exclamó Don Manuel en el colmo de la admiración; ¿de dónde te ha venido ahora ese antojo?

—No es de ahora, padrino; su merced ha tenido ocasión de conocer mi carácter; los placeres mundanos no me llaman la atención, y me causa delicioso embeleso esa vida monástica de encierro perpetuo, de tranquilidad de espíritu, de recogimiento y de paz interior; esa vida inocente en que no tendré otra ocupación que la de meditar en los años eternos, hablar con Dios y prepararme para comparecer ante su divina presencia. Yo seré muy feliz siendo monja.

—Eso es muy grave, hija, muy grave. Hablaré sobre ello con mi compadre Escovar.

—Estoy segura de que su paternidad aprueba mi propósito.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él hizo lo que yo pretendo hacer; él era en el siglo un sujeto de alta categoría, pues era noble, rico y abogado de la Real Audiencia de Santafé; el mundo lo atraía con toda clase de honores; y sin embargo, despreciándolo todo, vistió el hábito de Nuestro Padre San Francisco, y creo que hasta ahora no le ha pesado.

—Es verdad, Inés, pero por lo mismo que él era ya un hombre ilustrado, sabía bien lo que hacía; mientras que tú estás muy joven, apenas cuentas diez y ocho años y no sabes si te pesará mañana. La vida de las monjas del Carmen es muy austera, la regla muy rigurosa, y los votos que allí se hacen, son perpetuos.

—Pero, padrino, si en la edad en que estoy quiero ser monja, con mayor razón querré serlo cuando tenga más edad.

—Espera, pues, a tener más edad; y si entonces persistes en tu vocación, no seré yo quien me oponga. Ese estado es de perfección, y no debo contrariar tu vocación sin grave reato de conciencia.

—No, padrino, no espero más; he venido a rogarle humildemente se digne darme su consentimiento para tomar el velo y recomendarme a la venerable Madre su cuñada.

—Imposible, hija mía, eso no puede hacerse así de carrera; es preciso que te tomes algún tiempo para pensarlo.

—Bien pensado lo tengo, y allá en el monasterio lo pensaré más, porque para eso es el noviciado.

—¡Vean qué muchacha esta! Murmuró Don Manuel; parece que antes de venir a hablar conmigo se apertrechó de argumentos. No, Inés, añadió en voz alta, yo no puedo permitir eso, a lo menos por ahora; es indispensable un plazo, siquiera de un año.

—¿De un año? De aquí a entonces me he muerto, y yo quiero morir afiliada entre las vírgenes del Señor.

—No te mueres; ¿por qué te habías de morir? Es verdad que has enflaquecido un poco y que estás pálida, pero yo espero que eso pasara y que pronto recuperaras tu primera lozanía. A no ser que tengas algún motivo especial para dar ese paso. Dime la verdad: ¿no estás contenta a mi lado? ¿Tienes de la casa alguna queja? ¿Quieres casarte con algún sujeto y no te atreves a decírmelo? Si es esto último, habla con franqueza, que con tal que sea hombre de calidad y de caudal, será tu esposo. ¿Quién habría capaz de desdeñar tu mano, cuando si no la piden todos los días es porque no se atreven?

—Nada de eso, padrino; yo no tengo de su merced y de su familia sino motivos de eterna gratitud.

—No me fuerces, pues, a darte un consentimiento impremeditado; esperemos a mi compadre Escovar; él es hombre sabio y prudente y me dará un consejo acertado. Hoy es sábado, ha quedado de venir ya las seis estará aquí; esta misma noche consultaré con él, ¿te parece bien?

—Sí, señor; pero si él no se opone, ¿me mandará su merced inmediatamente al convento?

—Espera, espera: ¿por qué había de ser inmediatamente? Es indispensable tomarse el tiempo necesario para hacer los preparativos.

—Bien, padrino. Ahora perdóneme que lo haya interrumpido en sus ocupaciones.

—No es eso lo que tengo que perdonarte, sino la pesadumbre que me das con tus antojos de monjío. ¿No sabes que te amo como si fueras mi hija, y que si te vas me harás una falta irreparable?

—Gracias, señor; yo le correspondo amándolo como a mi padre.

Inés se retiró, y Don Manuel quedó pensativo y caviloso. Esa repentina resolución de su ahijada, tan joven, tan bella y tan rica, le daba mucho en qué pensar.

—En fin, se dijo, hablaré con mi compadre Escovar y de común acuerdo resolveremos lo que nos parezca más conveniente.

En efecto, el Padre Escovar llegó a las seis de la tarde acompañado de Fermín, y fue recibido en la hacienda por amos y criados con el placer de siempre.

Después de la cena, subió a su cuarto, yendo delante de él Fermín con una vela en su candelero de plata. A poco rato se presentó Don Manuel en el cuarto, lo cual no extrañó al Padre, porque siempre que él iba a la hacienda, se reunían allí a conversar hasta las nueve.

Don Manuel abocó la cuestión principal diciendo:

—Esta noche tengo que pedir a vuestra Paternidad consejo, sobre un asunto muy delicado.

—Veamos cuál es, compadre.

—Figúrese que a Doña Inés se le ha metido en la cabeza hacerse monja, y hoy mismo me ha rogado con tenaz insistencia le diera mi consentimiento para llevar a cabo su propósito.

—Ciertamente, observó el Padre, el asunto no puede ser más delicado, ¡y vuestra merced ¿qué le contestó?

—Yo me he negado a complacerla hasta consultar con vuestra Paternidad.

—Es necesario tomarse algún plazo para poder juzgar si esa vocación es verdadera, o solo transitoria y efecto de algún capricho.

—Precisamente le he dicho eso, de suerte que veo que estamos de acuerdo. Ella quiere irse a Popayán inmediatamente, pero yo no puedo consentir en eso.

—Señálele vuestra merced un espacio de tiempo suficiente para probar su vocación, por lo menos de seis meses; si terminado ese plazo insiste en su propósito, me parece bien no contrariarla.

—Acepto su consejo; un año, o por lo menos ocho meses, es tiempo suficiente para que ella desista de ese pensamiento, si es que su vocación no es verdadera. Fijaremos el mes de Julio del año entrante. Mañana se lo haré saber.

—¿Tendrá esta niña algún motivo particular y no el llamamiento divino, que la mueva a abrazar una vida tan austera como la que llevan las monjas del Carmen?

—Por más que pienso no sospecho que tenga motivo particular y me inclino a creer que realmente Dios la llama. Esta niña, compadre, es de carácter serio, no tiene inclinación a fiestas o devaneos; ha tenido pretendientes y los ha desairado a todos; vive siempre ocupada en algo, ya en coser, ya en bordar, ya en leer libros devotos o sobre asuntos serios. Ahora está divertida con las obras de Santa Teresa, que vuesa Paternidad mismo le proporcionó. Tal vez nació para monja.

—¿Habrá concebido pasión por algún sujeto indigno de ella?

—¡Imposible! En su orgullo, o mejor diré, en su amor propio, jamás se fijará en persona que no sea de noble alcurnia y de alto mérito. En tanto tiempo que hace que vive en mi casa, que va para dos años, nunca ha dejado sorprender una palabra, una mirada, un gesto que desdiga del recato que debe guardar una señora de calidad. A mi mujer ya mis hijas examiné esta tarde sobre la conducta de ella, pues que la tratan más de cerca, y todas me aseguran que es una niña inocente y sin tacha.

—De todos modos, el plazo es medida prudente, y creo que en ningún caso antes de seis u ocho meses por lo menos, debe permitir vuesa merced que tome el velo. Si de aquí a Julio, por ejemplo, no ha mudado de parecer, será preciso facilitarle los medios de que satisfaga sus deseos; lo contrario sería un gran pecado.

—Muy bien, compadre, su parecer es muy juicioso y lo seguiré al pie de la letra.

A las nueve se separaron los dos amigos. El Padre tomó su Breviario y se puso a rezar Maitines, porque los frailes de San Francisco no se atrasaban en el rezo de las Horas canónicas.

Esa noche no pudo Doña Inés permanecer mucho tiempo en el corredor, porque veía luz en el cuarto del Padre y temía saliera de improviso y la encontrara levantada.

Al día siguiente después de la misa y del almuerzo, hizo llamar Don Manuel a Inés; la que acudió al momento.

—Hija mía, le dijo Don Manuel tan pronto como ella entró, siéntate y óyeme. Anoche hablé largamente con mi compadre Escovar acerca de tus intenciones; y él piensa exactamente como yo, es decir; cree que no debo impedirte que vistas el hábito de religiosa, pero me ordena que no dé mi consentimiento hasta pasado un año, o por lo menos ocho meses, para darte tiempo a que medites despacio y con calma sobre el delicado paso que quieras dar; y puedas asegurarte tú y asegurarme yo de que tu vocación es perfecta. Ese es mi parecer y el del Reverendo Padre Escovar, y eso quiero yo que se haga; yo, que represento a tu padre. Supongo que te someterás a esta decisión, dictada por la prudencia y por el amor que te profeso.

Inés guardó silencio por un momento. Después de pensar, con los ojos fijos en el suelo, contestó:

—Sé muy bien, padrino, que sería inútil pedirle que reformara su resolución, porque conozco su carácter y porque no puedo negar que en ella descubro el interés que le inspiro y el afecto que me tiene. Sea, pues; pero confío en que su merced, el día último de Junio me otorgará su beneplácito, pues pensar en que yo varíe de resolución es hasta una ofensa. Me someto y espero.

—Haces bien, hija mía; tú siempre has sido dócil y juiciosa. Dios te confirmará en tu propósito en estos ocho meses, es decir de aquí a Julio, o te hará mudar de parecer si así plaguese a su divina voluntad, y para el caso de que insistas en querer ser monja, debes ir pensando desde ahora qué destino has de dar a tu patrimonio.

—Solo necesito la suma que me exijan en el convento como dote, lo demás lo dejo a disposición de su merced.

—¡Dios me guarde! Dijo Don Manuel levantándose y comenzando a pasearse a pasos largos; yo no tomaré un maravedí de tu caudal. ¡Bien quedaría mi honra! ¡Muere mi primo Don Henrique, que vivía en mi propia casa, y me nombra heredero universal! ¡Se hace monja mi pupila, y me lega sus bienes! ¡No faltaba más! ¿Qué se diría de mí? Todo el dinero que dejó mi primo Don Henrique, toda su ropa, todos los efectos de su uso, están encerrados en sus baúles así como él los dejó. ¡Ojalá viviera él, aunque a cambio de toda mi fortuna! Yo escribiré a tus deudos de Santafé para que vengan a recoger tu

herencia. Pero confío en Dios (añadió calmándose y volviendo a sentarse) que no llegará el caso; no puedo convencerme de que una muchacha de tus prendas vaya a agonizar tan joven entre los muros de un convento.

—No será muy larga mi agonía. Ahora me falta pedirle un favor; encargue me manden de Popayán mi hábito de monja, enviándole a la Madre Gertrudis las medidas y las telas, para que antes de Junio esté en mi poder. Tengo deseos de conocer mi futuro vestido.

—Está bien, tendrás aquí tu vestido antes de Junio.

Doña Inés se retiró a sus habitaciones y Don Manuel quedó en su cuarto cavilando sobre el intempestivo antojo de su ahijada. La insistencia de ella en querer hacerse monja, lo ponía de mal humor.

A tiempo en que terminaba esta entrevista, ocurría una escena de distinto género en el cuarto del Padre Escovar; estaba este leyendo cuando golpearon suavemente a la puerta.

—¡Adelante! Dijo el Padre.

La puerta se abrió y entró una negra joven, con semblante dolorido, la que, juntando las manos y arrodillándose dijo:

—Alabado sea el nombre de Dios.

—Por siempre, contestó el Padre; levántate.

—Mi amo, dijo ella, van a castigar a Matías.

—¿Por qué lo castigan?

—Porque se fue a Cali desde antenoche y no ha vuelto sino ahora.

—Ha hecho mal, pero no tengas cuidado.

Toribia, al ir al cuarto del Padre a buscar defensa para su marido, había llevado su hijo en el cuadri, que tenía apenas un año, y lo dejó afuera en el corredor para entrar a hablar con el Padre; pero el negrito al verse solo, se asustó y comenzó a llorar a gritos. El Padre le dijo a la negra:

—Oye cómo grita ese niño; ve y álzalo para que no llore.

—No es niño, mi amo, es el negrito.

—Simple, ese negrito es niño; tómalo, vete y dile a Matías que venga.

La negra salió, y el Padre se dirigió al cuarto de Don Manuel. Al entrar le dijo

—Compadre, van a castigar al negro Matías y yo vengo a rogarle a vuesa merced le perdone.

—Compadre, contestó Don Manuel, todavía de mal humor, ese negro es un tunante; sé que casi todas las noches se va a Cali y no pierde baile. Antenoche se fue, se juntó con unos vagabundos que andaban dando serenatas, y Don Andrés Camarada con la ronda les puso la mano y los llevó a la cárcel y los ha tenido arrestados hasta hoy. Luciano me dice que no ha mucho llegó.

—Perdónele, compadre; la esclavitud es en sí misma una iniquidad; no la haga vuesa merced más grave, tratando con crueldad a los esclavos.

—La iniquidad, si la hay, no es obra mía; esclavos eran los que tengo y los compré a sus amos, o los compró mi padre; ni su merced ni yo los redujimos a la esclavitud; y el mismo Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) autoriza ese comercio. Todo eso es verdad, y confieso que no es vuesa merced el autor de esa injusticia; pero confío en Dios que no pasarán muchos años sin que ella desaparezca del mundo, aunque nosotros no lo veamos; y desaparecerá por orden del gobierno mismo. La Iglesia ha defendido siempre a los esclavos; muchas diócesis han destinado sus rentas a la redención de ellos, y son muchos los cánones en que se imponen penas a los amos que los maltratan. Yo, al interceder por ellos, no solo obedezco a la inclinación natural de mi carácter, sino que cumple con las obligaciones de mi ministerio.

Estas palabras, dichas con entereza y convicción, como hablaba siempre el Padre Escovar, calmaron completamente a Don Manuel, que era hombre de buen fondo y cristiano fervoroso.

—Sea como vuesa Paternidad quiere, contestó; y llamando a su paje, añadió: Roña, di a Luciano que no le haga nada a Matías.

—Así tenía que ser, dijo el Padre; vuesa merced jamás ha sido cruel, y de Dios recibirá el galardón de su generosidad.

El negro Matías fue al cuarto del Padre, en donde oyó un sermón sobre la obediencia a sus amos y los resultados de la mala conducta.

Mientras tanto, Toribia contentísima refería a sus compañeras su entrevista con el Padre.

—Porque lloró el negrito (les decía) me dijo: «alza ese niño para que no llore». Yo le contesté: «no es niño, mi amo, es el negrito»; entonces me dijo: «simple, ese negrito es niño». Figúrense ustedes, ¡que dizque el negrito es niño! ¡Qué cosas dice mi amo el Padre!



Las sesiones del ayuntamiento

Doña Mariana Soldevilla amaba a Daniel con el entrañable amor de una madre, porque ella lo había criado y lo consideraba no solo como hijo suyo, sino como hijo único.

Si todos los demás se habían cansado ya de hacer diligencias para descubrir el paradero de Daniel, ella no se confesaba vencida, y continuaba dando todos los pasos que le sugería su imaginación para obtener algún resultado, próspero o adverso.

Importunaba a los Alcaldes Ordinarios, que eran Don José Micolta y Don Ignacio Lourido; al Procurador General y Padre de Menores, Don Jaime Antonio Martínez de Santibáñez; a los Alcaldes de Santa Hermandad, Don José Ignacio Arizabaleta y Don Francisco Sinisterra; acudía adonde el mismo Teniente de Gobernador, Don José Antonio de Lago, Un día iba adonde uno, otro día adonde otro, sin obtener la menor noticia ni el más ligero indicio de la suerte de su hijo adoptivo. Quien más la consolaba era el Padre Escovar, que la exhortaba a tener confianza en Dios ya no dudar de la Providencia Divina. Pero el Padre no se limitaba a simples exhortaciones, sino que hacía por su parte cuanto le era posible para descifrar ese enigma, poniendo en juego su grande influencia y sus muchas relaciones. El 23 de Octubre de ese año presentó Doña Mariana al Concejo un memorial, redactado por el Padre Escovar, que era abogado, en que se quejaba de la súbita desaparición de su hijo adoptivo e imploraba el auxilio de las autoridades para la averiguación de ese acontecimiento misterioso.

El Concejo se había reunido ese día para deliberar acerca del contenido de un pliego que le había dirigido el Gobernador de Popayán Don José de Castro y Correa, en que disponía que la ciudad celebrara fiestas reales por la coronación de Carlos IV, y que jurase a dicho nuevo Rey y alzase el pendón en su real nombre. Ya desde el mes de Abril anterior había recibido el Concejo una Real Cédula en que se le comunicaba la muerte del Rey Carlos III y la exaltación de su hijo Carlos al trono de España; y otra en que se ordenaba que se le guardara luto al Rey muerto.

El Alférez Real fue comisionado, en asocio de otros miembros del Concejo, para hacer el programa de esas fiestas, que debían ser espléndidas y dignas de su objeto.

En seguida fue leído y considerado el memorial de Doña Mariana. Pero como los Padres Conscriptos habían hecho ya toda clase de diligencias para descubrir el paradero de Daniel, en toda la ciudad y su jurisdicción, sin ningún resultado favorable, comunicaron esto a la querellante prometiéndole que continuarían en sus pesquisas hasta descubrir ese arcano. Al efecto, ese mismo día, a moción del Alférez Real, libraron exhortos a las Justicias de las otras ciudades del Valle, con las señales del desaparecido, para que indagaran por él, cada una en su respectivo territorio.

Ocho días después celebró nueva sesión el Concejo para considerar el programa de las fiestas reales, presentado por la comisión. El programa era verdaderamente fastuoso y fue aprobado unánimemente con admiración y con aplauso; en él se disponía que la Jura se efectuara el 30 de Enero del año siguiente de 1790, y que las fiestas duraran por nueve días. El Concejo se tomaba todo ese plazo a fin de poder hacer holgadamente los muchos preparativos que el programa exigía; ya fin de que llegara a conocimiento de todos los vecinos, para que cada uno llenara su deber por su parte, «mandó romper bando a usanza militar», y que el programa se leyera en toda la ciudad con la solemnidad del caso. El primero de Enero de 1790 se reunió el Concejo en sesión ordinaria para hacer la elección de nuevos empleados, informarse del estado en que se hallaban los preparativos de las fiestas y despachar varios asuntos que había sobre la mesa, entre estos las respuestas a los exhortos relativos a Daniel. Nombraron de común acuerdo para Alcalde Ordinario de primer voto o primera nominación a Don Nicolás del Campo y Larraondo, y para segundo a Don Miguel de Barandica; para Procurador General y Padre de Menores, a Don José Vernaza; para Alcaldes de la Santa Hermandad, a Don Francisco Sánchez Vivas ya Don Francisco Escovar; para Mayordomo de la Ciudad, a Don Cayetano Camacho; y para Alcalde del partido de Roldanillo, a Don José Joaquín Dromba. Estos nombramientos fueron aprobados por el Teniente de Gobernador Don José Antonio de Lago.

Tres años antes, en Julio de 1787, había estado en Cali en visita oficial el Gobernador de la Provincia Don Pedro de Becaria y Espinosa, y había ordenado se dividiera la ciudad en cuarteles y se nombrara Alcalde para cada uno

de ellos. Se dividió en cuatro barrios en esta forma; la calle que comienza de donde está hoy el puente, hasta la carnicería; y la calle que parte de la plaza de San Nicolás y pasa por la iglesia de San Pedro, hasta la capilla de San Antonio.

Los nombres de esos barrios o cuarteles eran; el del Patriarca San Francisco; el de Nuestra Señora de las Mercedes; el del Gran Padre San Agustín; y el de San Nicolás de Mira.

En esa sesión de que venimos hablando eligieron para Alcaldes de barrio en el orden en que quedan nombrados, a Don Francisco Espinosa, Don Juan Antonio Cagiao, Don Vicente Vernaza y Don José Borrero.

A todos estos nuevos empleados tocaba ejecutar el programa de las fiestas reales que debían comenzar el 30 de Enero.

Hechos, pues, los nombramientos, los Padres Conscriptos se dieron mutuos informes sobre los preparativos de las fiestas, y convinieron en que ya nada había qué hacer, pues todo estaba previsto y ordenado.

Abrieron luego los pliegos que se habían recibido de varias ciudades del Valle, relativos a la averiguación del paradero de Daniel. Uno de esos pliegos estaba fechado en la ciudad de San Esteban Protomártir de Caloto; otro, en la ciudad de los Caballeros de la Señora Santa Ana de Anserma; los otros eran de Buga, Toro y Cartago, y en todos se le daba al Cabildo el tratamiento de *Usia Muy Ilustre*.

Los Alcaldes de esas ciudades estaban acordes en asegurar que por sus respectivas jurisdicciones no había sido vista persona alguna que reuniera las señales que se daban de Daniel; examen tanto más fácil de practicarse, cuanto que eran rarísimas las personas forasteras que se aparecían en dichas ciudades. Los señores del Concejo no sabían cómo explicarse esa misteriosa desaparición. El Alférez Real se impacientaba en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, y se manifestaba directamente ofendido en su persona y en sus privilegios, puesto que Daniel era su Secretario privado y pertenecía por lo tanto a la servidumbre de su casa. Expuso él, antes que todos, que desde el día en que Daniel había desaparecido, no había cesado de hacer diligencias para encontrarlo; que sus criados habían explorado, por su orden, la hacienda de Cañasgordas y toda la comarca, sin dejar hacienda, alquería o cortijo que no hubiera sido visitado; ni lomas, llanos, vegas de los ríos y bosques bravos que no hubieran sido recorridos.

Los demás miembros del Ayuntamiento manifestaron que también por su parte habían hecho activas diligencias y por muchos días, sobre el mismo asunto, sin obtener resultado alguno. Que ellos creían que Daniel había sido asesinado; que él tal vez tendría algún enemigo oculto; que ese enemigo sabría sin duda que Daniel transitaba el camino de Cali a Cañasgordas todos los sábados entre diez y once de la noche; que pudo apostarse en alguno de los puntos del camino limitados por bosque espeso y que desde allí, a quemarropa y sobre seguro, le habría disparado una arma de fuego; que el jinete habría caído muerto de redondo y que el caballo espantado habría huido en dirección a su dehesa antes de que el herido hubiera tenido tiempo de manchar la montura con su sangre; que el asesino habría arrastrado el cadáver adentro del bosque y lo habría sepultado, cubriendo después cuidadosamente las señales de la sepultura y borrando las huellas que hubiera podido dejar la sangre. Aseguraron que en su concepto, ese habría sido el fin de Daniel, y esa explicación la única admisible, atendido lo infructuoso de sus tentativas para encontrarlo en tanto tiempo.

El Alférez Real replicó haciendo notar que el asesinato era un crimen rarísimo en la ciudad de Cali y su partido; que se pasaban años y años sin que hubiera que depollar un delito de esa naturaleza; y que no se asesinaba así tan fácilmente a un súbdito fiel de su Majestad sin que el asesino cayera inmediatamente bajo el peso de la ley.

Los concejales contestaron que era más fácil asesinar a un hombre en una encrucijada tarde de la noche y sepultarlo sin dejar señales del delito, que sustraerlo vivo del seno de la sociedad y mantenerlo preso y oculto durante seis meses. Que si Daniel viviera, habría dado noticias de su existencia por un recado, por una carta o por cualquier otro medio, a su madre o a su Señoría el Alférez Real mismo, ya qué no hubiera podido fugarse.

El Alférez Real no tuvo que replicar a estas juiciosas observaciones.

Dando por terminado ese asunto, pusieron en posesión a los nuevos empleados, que habían sido llamados por el Portero con ese objeto. El Ayuntamiento quedó renovado solo en parte, pues los Regidores Perpetuos eran miembros inamovibles y quedaban figurando en el Concejo.

Y puesto que estamos recorriendo en nuestro relato aquella época ya lejana, el lector que no hubiere hojeado las actas capitulares de esos tiempos, no llevará a mal que le digamos, a grandes rasgos, cómo se formaba el Cabildo, cuál era su poder y qué cosas hacía.

El Muy Ilustre Concejo Municipal, o Ayuntamiento o Cabildo, que todos estos nombres tenía, se componía de los dos Alcaldes Ordinarios, los Regidores Perpetuos que eran dos o más, y el Procurador General y Padre de Menores. Las elecciones que esta Corporación hacía, eran aprobadas por el Teniente de Gobernador de la Ciudad. Estos constituyan el *quorum* indispensable. A veces concurrían el Fiel Ejecutor, el Depositario y los Alguaciles Mayores.

La autoridad del Concejo era formidable; él reunía en sí los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y por eso se daba el nombre de «Cabildo, Justicia y Regimiento».

Celebraba sesiones una vez por semana; hubiera o no asuntos qué despachar.

Las actas comenzaban invariablemente en esta forma:

«En la muy noble y leal ciudad de Santiago de Cali, a tantos días de tal mes y año, los señores de este Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento, juntos y congregados en la sala de su Ayuntamiento, como lo han de uso y costumbre, para tratar y conferir las cosas del servicio de ambas Majestades, bien y utilidad de esta República, y en especial para tal asunto».

Si no había negocios qué despachar, se extendía el acta para decir eso, y la firmaban todos y la autorizaba el Escribano del Cabildo.

En las sesiones del mes de Enero había todos los años dos asuntos importantes que era forzoso despachar de preferencia; estos eran; el nombramiento de los nuevos empleados y el abasto de carne para la ciudad. El Concejo designaba de entre los dueños de ganados, los individuos que debían abastecer la carnicería, semana por semana; durante todo el año. Pero no se pesaba ganado sino dos días, que eran los martes y los sábados, y en cada uno de esos días, diez y seis reses buenas. Se fijaba el precio de la carne, que en el tiempo a que nos referimos era a cinco reales la arroba, porque había escasez de ganado. Despachados estos dos negocios que eran de tabla, las demás sesiones del año tenían

por objeto oír solicitudes, administrar justicia y dictar providencias especiales de actualidad, con el nombre de *autos de buen gobierno*, véanse como muestra las siguientes, tomadas de las actas capitulares:

Don Vicente Serrano presenta unos documentos para probar la limpieza de su sangre.

Don Manuel Camacho pide al Cabildo una certificación sobre la distinción de su familia y sobre los empleos que ha ejercido.

Se dicta una orden para que Don Ignacio González Arce no cargue bastón.

Se manda, en obedecimientos de orden del Virrey, que se invigile a los extranjeros y no se permita que comercien ni se casen.

Se da orden para que el carpintero Manuel Castro no haga un viaje que tenía necesidad de hacer, porque Don Juan Antonio Monzón dice que ese carpintero hace falta en la ciudad.

El Obispo Don Ángel Velarde anuncia que va a practicar una visita a los pueblos del Chocó, por la vía de Juntas del Dagua (49); y el Cabildo manda que todos los dueños de mulas procedan a componer el camino, porque ellos son los que sacan utilidad de tal composición.

La langosta invade la jurisdicción de Cali, y manda el Cabildo que todos los vecinos salgan a matar dicho insecto que había caído en las afueras de la ciudad, bajo la multa de dos patacones los que no obedecieran; pero que los pobres que no tuvieran cómo pagar la multa, sufrieran en su lugar veinticinco azotes.

Se dicta auto de buen gobierno por el cual se manda que todos los forasteros vagamundos salgan de la ciudad en el término de ocho días, bajo pena de prisión y se prohíbe a los vecinos darles posada por más de tres días.

Basta lo que antecede como muestra de las providencias que dictaba el Cabildo.

En cuanto a los miembros que componían el Muy Ilustre Concejo, todos ellos eran, en lo general, vecinos honrados, propietarios, de buena fe, de pocas luces y nobles.

Dos hombres de carácter sobresalen entre los concejales de aquel tiempo, que merecen especial mención. Era el primero, el señor Alférez Real, el más noble, más rico y más ilustrado de todos ellos; que había recibido mercedes especiales

del Monarca y Cédulas Reales en favor de su familia; que era un pequeño rey en la ciudad y cuyo dictamen era decisivo en todo asunto público; que era el alma del Concejo, en el cual se hacía siempre su voluntad. Así lo informó Don Andrés Camarada a la Audiencia de Quito. Era Don Andrés Alguacil mayor y Alcaide de la Cárcel, y fue promovido al puesto de Regidor Perpetuo. Al entrar en el Concejo, tuvo una discusión con el Alférez Real a quien parece que contestó con poca reverencia; el Alférez Real mandó ponerlo preso, pero él se fugó de la prisión y se ocultó y encargó a su mujer de la custodia de la Cárcel; el Concejo depuso a esa señora y nombró otro Alcaide. Entonces Don Andrés no pudo aguantar más y marchó volando a Quito y se presentó en la Audiencia, ante la cual se quejó de que el Alférez Real era el señor absoluto en el Ayuntamiento de Cali, que allí no se hacía más voluntad que la suya; y que lo había cogido entre ojos y *lo afligia*, habiendo llegado hasta el extremo de quitarle a su mujer las llaves de la Cárcel, para privarla de los dos reales que pagaban los presos que salían libres. La Audiencia amparó a Don Andrés contra el Ayuntamiento.

El segundo era Don José Fernández de Córdoba. Parece como que Dios creó *ad hoc* a este individuo, para ponérselo por delante al Alférez Real a fin de que le probara la paciencia.

Era este señor un español de noble calidad, rico, de carácter rígido hasta la exageración, y testarudo y caprichoso.

En el mes de Marzo de ese año de 1790 fue nombrado Alcalde Mayor Provincial, empleo de gran categoría, que le daba derecho a ser Presidente del Concejo y de aprobar o improbar las elecciones que este hiciera.

Apenas entró Don José en esa honorable Corporación, se acabó la antigua armonía que había reinado siempre en ella.

Al principio trataron los concejales de ser complacientes con él en cuanto quería; pero pronto vieron que su complacencia era trabajo perdido.

En la primera elección que hubo que hacer de Alcalde Ordinario, los concejales presentaron diferentes candidatos, ya todos ellos les puso tacha. Cansados al fin de tanto discutir, lo autorizaron para que eligiera él al individuo que fuera de su agrado.

—¿Aprobarán, pues, sus señorías el nombramiento que yo haga? preguntó Don José.

—Sí, señor, lo aprobamos de antemano.

—¿Quieren, pues, que sea Alcalde Ordinario Don Juan Manuel Rodríguez?

—Sí, señor, con mucho gusto lo aprobamos por nuestra parte.

—Eso se quisieran sus señorías: ¡pues no ha de ser ese!

Y siguió una discusión interminable.

Y esto sucedió en las elecciones de cada año durante el tiempo que Don José fue Alcalde Mayor Provincial. En 1791 improbó el nombramiento que el Concejo hizo de Don Joaquín Gómez para Alcalde de Barrio. Pero como los Concejales se habían dejado ya de contemplaciones con su caprichoso presidente, insistieron y apelaron al Gobernador de la Provincia Don Diego Antonio Nieto. El Gobernador ordenó a Don José aprobara el nombramiento hecho en Gómez, conminándolo con penas severas «si continuaba dando escándalos en el Concejo».

En 1792 improbó la elección que se hizo en Don José Vernaza para Alcalde Ordinario; hubo apelación al Gobernador; el Gobernador le intimó aprobara la elección. Pero Don José resistió la orden y fue preciso conminarlo con la multa de quinientos patacones para que obedeciera.

En 1793 eligieron los concejales para Alcalde Ordinario a Don Miguel Umaña, natural de Tunja, residente en la ciudad. Era este sujeto un hombre muy notable y muy rico. Hacía veinte años que se había avenida en Cali y se había captado la estimación y el respeto de todos, porque era de muy bello carácter, benévolos, generoso, caritativo, pronto siempre a socorrer toda necesidad, a pagar toda contribución ya colaborar para toda obra de utilidad común. Don José improbó el nombramiento, fundándose en que Umaña no era vecino. Los concejales le hicieron notar que hacía más de veinte años que residía en Cali con su familia, que tenía aquí propiedades y que había soportado siempre todos los cargos municipales. Don José no quiso oír razones y sostuvo su improvisación; el Cabildo apeló para ante el Gobernador de la Provincia; el Gobernador mandó a Don José que diera posesión a Umaña del destino de Alcalde; Don

José resistió y dijo que «apelaba para ante la grandeza del señor Virrey del Reino»; y entre tanto, impuso quinientos patacones de multa a cada uno de los miembros del Concejo y al Escribano si daban la tal posesión a Umaña. El Concejo nombró su apoderado en Santafé para que sostuviera la elección. La Real Audiencia mandó a Don José Córdoba confirmara inmediatamente la elección hecha en Umaña, y lo condenó en las costas que fueron tasadas en doscientos dos patacones, que él consignó en manos del Escribano.

En 1794 nombró el Cabildo al mismo Umaña para Procurador General y Don José negó la aprobación a ese nombramiento, fundándose en que Umaña no era vecino.

El Concejo le dijo:

—Recuerde su señoría que esa es cuestión fallada; la Real Audiencia declaró que Don Miguel Umaña ya era vecino de Cali; vea aquí la firma del mismo señor Virrey del Reino Don José de Ezpeleta y Galdeano.

—Sí lo declaró, pero Umaña no es vecino.

Y no fue posible hacerlo variar de parecer. Concluiremos consignando otro rasgo de ese carácter original, recogido de la tradición:

Don José de Córdoba llegó a tener muchas hijas, hermosas algunas, y virtuosas todas. Un caballero principal, tan noble como rico, se enamoró de una de las menores y se presentó a pedirla solemnemente en matrimonio.

Don José, después de oír la arenga del apasionado pretendiente, le preguntó, como si no hubiera oído bien:

—¿Cuál es la que vuesa merced me pide?

—A mi señora Doña Francisca.

—No le doy esa, pero sí le doy a Doña Josefa.

—Pero, señor, si la otra es la que me agrada.

—No importa, Doña Josefa es la mayor y debe casarse primero

—Y si mi señora Doña Josefa no se casa, ¿impedirá vuesa merced que se casen las otras?

—Por supuesto; todo debe hacerse según el orden natural; la mayor primero.

—Pues yo no quiero esa.

—Pues no le doy la otra.

—Adiós, señor Don José.

—Vaya usted con Dios, mi amigo.

Y todas esas muchachas, tan buenas y de tanto mérito, murieron solteras, solo porque Doña Josefa no encontró novio.



La jura de Carlos IV

El primero de Enero quisieron los directores de la fiesta hacer una reseña y con tal fin iluminaron la Casa Consistorial, colocaron allí los retratos de los soberanos debajo de dosel, con su respectiva guardia, y luego condujeron desde el barrio de la Merced hasta la plaza, un carro perfectamente iluminado, acompañado de música, tambores y cohetes y de una escolta de fusileros. Llegado que hubo el carro al frente de la Casa Consistorial, se hizo una salva y se representó en el carro una loa en alabanza de los monarcas, y luego regresó en el mismo orden al punto de partida.

El 28 por la noche se dispuso un paseo a caballo por toda la ciudad; reuniese con tal objeto un concurso numeroso de nobles y montañeses, presididos por los Alcaldes Ordinarios Don Nicolás de Larraondo y Don Miguel de Barandica; llevaban todos ellos varas con teas encendidas en los extremos, y recorrieron todas las calles con la música, vivas al Rey, gritos de alegría, tambores y cohetes. Terminado el paseo, Don Miguel de Barandica dio en su casa un abundante refresco a toda la numerosa comitiva. A esa hora estaba toda la ciudad iluminada, y con particular esmero la plaza mayor, las casas del Ayuntamiento y la del Alférez Real; en multitud de faroles se leían motes y vítores al soberano, escritos con variados colores, y algunos muy ingeniosos. Esa iluminación duró por tres días en toda la ciudad y por nueve en la plaza mayor.

El 29 a las doce del día se anunció la real proclamación con repique general de campanas y abundancia de pólvora. El señor Alférez Real dirigió ese día una esquina de convite, acompañada de una medalla de plata, a todo sujeto notable, vecino o forastero; de uno o de otro sexo; la medalla llevaba por un lado el busto del Rey y por el otro las armas de la Ciudad con una inscripción en latín que decía: «Manuel de Caicedo, que en otro tiempo proclamó al señor Don Carlos III, y hoy al señor Don Carlos IV».

Al día siguiente era la Jura.

Don Manuel mandó le trajeran de la hacienda el mejor caballo que hubiera en ella, para que le sirviera en la ceremonia. Don Juan Zamora le envió el de Daniel, que era de alta talla, de hermosa figura, blanco y brioso y que estaba

muy lozano, merced al largo descanso y al esmerado cuidado; porque Don Juan no perdía la esperanza de que Daniel pareciera, y quería sorprenderlo presentándole su caballo en el mejor estado posible.

El 30 de Enero al amanecer estaba la ciudad engalanada en toda su extensión; no había calle, ni casa, ni puerta ni ventana que hubiera sido olvidada al tratarse de los adornos; por todas partes se veían banderas, gallardetes, vítores e inscripciones. El buen pueblo caleño manifestaba querer probar su lealtad y amor a su soberano; aunque a la verdad lo que había era que cada vecino temía aparecer poco entusiasta y algún tanto tibio, y llamar sobre sí la atención de las autoridades.

En la plaza estaba dispuesto un tablado, cubierto con grande alfombra y adornado de cortinajes de seda, simulando un salón regio; y toda ella, rodeada de vistosos arcos y de palcos decorados con primor; la casa del Ayuntamiento estaba lujosamente entapizada, y allí, en un rico trono y con una respetable guardia, los retratos de sus Majestades; la casa del Alférez Real estaba vestida de damasco carmesí y debajo de dosel y sobre cojines, enarbolado el pendón que se había hecho para este acto solemne, del mismo damasco, y con las armas reales por un lado y las de la Ciudad por el otro, bordadas de oro y con sus flecos y borlas de lo mismo; y allí también, debajo de pabellón real, pendía el retrato del Monarca, ya sus lados, dos pinturas que representaban la Virtud y la Razón en forma de hermosas doncellas. Un soneto, en grandes letras manuscritas, explicaba la pintura.

A las dos de la tarde, un palafrenero tenía de la rienda el caballo en que debía montar el Alférez Real, enjaezado con lujo asiático; gran gualdrapa de paño de grana bordada de oro, con flecos y borlas; la silla aforrada en terciopelo, con ricas pistoleras, también de terciopelo y bordadas de oro, y en ellas dos pistolas de media vara de largo con culatas de plata cinceladas; y todos los demás arneses cargados de chapas y hebillas de oro.

Las señoras de la casa acudieron a las ventanas a ver la multitud de caballeros que llenaban la plaza y que se dirigían a la casa del señor Alférez Real; este estaba vistiéndose, y mientras tanto un palafrenero tenía, como hemos dicho, el caballo de la brida, en uno de los corredores.

Entre las señoras de las ventanas no se veía a Doña Inés; ¿en dónde estaba?

Al pasar de un salón a otro había visto el caballo de Daniel y no había podido contenerse; se detuvo y se puso a mirarlo, casi con ternura, como aun antiguo conocido; y luego, antes de que el Alférez Real saliera de su cuarto, se acercó al manso corcel y le pasó la mano por el cuello, agasajándolo; el caballo volvió la cabeza, como a olerla; y ella, interpretando a su modo esa señal de inteligencia del noble bruto, sintió que el corazón se le oprimía, y precipitadamente se retiró a sus recámaras, con los ojos nublados por las lágrimas.

A las dos y media de la tarde, un inmenso concurso invadió los anchurosos patios de las casas del Alférez Real. Ese concurso se componía del Ayuntamiento, esto es, del Teniente de Gobernador, Alcaldes Ordinarios, Regidores Perpetuos, Alcaldes de la Santa Hermandad y de los cuarteles, Alguaciles Mayores, Procurador General, Administradores de Rentas Reales y otros empleados; y de los patricios, todas personas notables, y de los forasteros que habían concurrido de Cartago, Buga, Caloto y Popayán. Todavía no existía Palmira; el sitio en donde está hoy esa ciudad, poblado entonces por algunas casas pajizas, se llamaba Llanogrande. Todos iban en magníficos caballos, enjaezados con oro o plata según la categoría de los jinetes.

El Alférez Real vestido de terciopelo y oro, militarmente, se incorporó a esa numerosa comitiva, y todos formados en orden, se dirigieron a la iglesia de San Agustín. Allí los esperaba el Maestro Don Manuel Camacho, Cura y Vicario Superintendente interino, en nombre y representación del Doctor Don Juan Ignacio Montalvo, que era el propietario y estaba todavía en Popayán.

El Cura Camacho bendijo el pendón con la ceremonia y juramento acostumbrados y lo entregó al Alférez Real, como a representante de su Majestad.

Al presentarse el Alférez Real en la plazuela con el pendón ya bendecido, una compañía de Dragones, mandada por el Capitán de Milicias Don José Micolta, y otra de Infantería, por el Doctor Don Luis de Vergara, le hicieron las salvas de ordenanza con una descarga de fusilería.

A los lados del Alférez Real se colocaron Don José Antonio de Lago, Teniente de Gobernador en Cali, y Don Vicente Serrano, Teniente de Gobernador de Buga, y asieron las borlas del pendón; iban además allí dos Reyes de Armas y dos criados con librea azul.

En marcha regular y en orden imponente siguió ese numeroso concurso calle abajo, hasta la esquina de Eugenio Zapata; de allí cruzó ala de Joaquín Rodríguez, y luego tomó la calle arriba hacia la plaza mayor. Llegado que hubo a la plaza, el Alférez Real acompañado de los Tenientes de Gobernador y de los Reyes de Armas, subió al tablado y enarbóló el pendón.

Puesta la Ciudad a caballo, los Reyes de Armas impusieron silencio a la multitud con las palabras de estilo: «Silencio: oíd, escuchad, atended».

Entonces el Alférez Real, tremolando el pendón, dijo en alta y sonora voz: Oídme, todos; *Castilla, Castilla, Castilla, Cali, Cali, por el Rey Nuestro Señor Don Carlos Cuarto.*

A esta proclamación contestó la multitud con vivas y aclamaciones repetidas, en medio de la música, tambores, clarines, pífanos, chirimías, repiques de campanas, descargas de fusilería y abundante cantidad de pólvora.

La música estaba colocada en medio de la plaza, en un alto árbol, como de fragata, con tres copas o balcones, y con barandillaje de lienzos pintados; en la cima había dos grandes banderas de tafetán cuarteadas y muchos gallardetes; invención propia (dice el acta) del notorio ingenio del señor Alférez Real. Entre tanto el Alférez Real y los dos Reyes de Armas, arrojaban, todos a una, dinero sobre la multitud, en monedas de a dos reales, de a real y de a medio, tomándolo de grandes talegos que sostenían varios criados, y esto duró largo rato.

De allí se dirigieron a la Casa Consistorial en donde repitieron la misma proclamación y volvieron a regar dinero sobre la multitud, «por mucho tiempo que allí se mantuvieron».

En seguida se encaminaron a la casa del señor Alférez Real, en donde los esperaba un sumuoso refresco en increíble abundancia, pues se había preparado en cantidad bastante para ese innumerable concurso, el cual se aumentó con todo el señorío de la ciudad que había sido convidado. Las mesas se cubrieron repetidas veces

La plebe invadió patios y corredores y participó del refresco; y además, a los que no pudieron entrar por falta de espacio, se les sirvió en la calle; frente a la puerta principal se había construido una pila que por diferentes tubos arrojaba vino generoso; del cual tomaban todos los concurrentes, en vasos de cristal

puestos allí al efecto; y se les arrojaba, desde los balcones, panes, bizcochuelos, dulces, queso, frutas y de todo cuanto se servía adentro a la nobleza. Allí mismo, en la calle, se había colocado una cucaña cargada de los mismos manjares, para diversión de los muchachos, que pronto dieron cuenta de ella.

A las siete de la noche terminó el refresco ya las ocho comenzó el baile, para el cual había convidado de antemano el Alférez Real a toda la nobleza.

La casa estaba lujosamente adornada; grandes espejos con marcos dorados, sillas a la inglesa, de terciopelo con flectadura de oro y alto respaldo, arañas de cristal, guardabrisas y cornucopias, todo esto muy nuevo y raro entonces, cortinas de damasco de seda en puertas y ventanas, recogidas con cordones de seda y borlas de oro. Entre tanto lujo, el aparador representaba un gran papel; veíase allí la vajilla de plata, platos, platillos, fuentes, jarros, tachuela, y sobre todo gran cantidad de piezas de porcelana legítima de China, de fondo blanco leche transparente, con flores de hermosos colores vivos. De la misma manera que la gran sala de baile, estaba adornada e iluminada toda la casa.

Las puertas de la calle estaban abiertas para todo el mundo, porque era noche de fiesta, de alegría y movimiento popular.

Entre las siete y las ocho hubo fuerte altercado entre el Alférez Real y su pupila; él quería que concurriera al baile y ella suplicaba la excusara de semejante sacrificio. Las hijas de Don Manuel estaban ya vestidas y ella permanecía con el vestido común con que había hecho los honores de la mesa en el refresco, como dueña de casa los honores de la mesa en el refresco, como dueña de casa.

—Ten en cuenta, le decía él, que yo doy este baile en honor de su Majestad el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) y sería muy notable que una de las principales personas de mi casa faltara a él.

—Pero, señor, contestaba ella, yo ya me he despedido del mundo; mi propósito de entrar de monja no es un juego, sino resolución muy seria.

—Recuerda que has convenido en esperar hasta el mes de Julio, plazo que te he exigido yo para que haya tiempo de probar la solidez de tu vocación; y esa solidez no puede probarse si permaneces siempre encerrada y retraída de la sociedad. Para que tú misma te convenzas de si tu vocación es perfecta, es preciso que te expongas hasta a las tentaciones.

—¿Tentaciones a mí, padrino? ¡Ay! ¡Mi corazón está muerto!

—Como quiera que sea, yo te lo suplico, y, si es necesario, te lo ordeno en nombre de tu padre, a quien represento. Déjate ver un rato siquiera en el baile, y te permito que te retires temprano.

Doña Francisca y sus hijas estaban presentes; la primera, temiendo algún exceso de carácter irritable de su marido, rogaba a Doña Inés en voz baja condescendiera con la justa exigencia de aquel. Doña Inés, que hasta entonces había resistido como si fuera un cadáver a quien nada importa nada, se ablandó con los ruegos de su madrina y dijo:

—¡Qué he de hacer! Obedeceré.

Al instante cayeron sobre ella las muchachas a desvestirla para ponerle los lujosos trajes de fiesta. En un momento estuvo resplandeciente de oro y pedrerías, y reunida a sus compañeras salió a la sala del baile. A esa hora estaba ya cubierto el tálamo, como se decía entonces, de señoritas; y por los vastos salones paseaban los caballeros, vestidos ellos y ellas con un lujo que podía llamarse oriental.

Entre los convidados estaba Don José Micolta y su mujer Doña Luisa de la Flor; Don Juan Antonio Dorronsoro con la suya, Doña Mariana Obertín, señora francesa, que había venido de Bayona al Nuevo Reino de dama de honor de la Virreina esposa del Virrey Flores y se había casado en Santafé y había llegado hacia poco tiempo a esta ciudad con su esposo que era Administrador de la Renta de Aguardiente; Don José Borrero con su esposa Doña Josefa Costa; Don José Vernaza con Doña Manuela Flor su mujer, Don Luis de Vergara, Don Andrés Camarada, Don José Joaquín Yanguas, Don José Antonio de Lago, Don Andrés Francisco Vallecilla, todos estos empleados del Rey, y otros muchos caballeros, forasteros y patricios.

Para que se conozca la moda de aquel tiempo nos bastará describir el vestido de una pareja; entre todas las damas presentes, sobresalía por su belleza, por la dignidad de su porte y por la riqueza del vestido, Doña Inés de Lara; llevaba falda de brocado carmesí con grandes flores de oro, de tres altos, esto es, que sobresalía mucho, por el relieve, regularmente ancho y suficientemente alto para dejar ver el pequeño pie calzado con zapatos de raso bordados, del mismo color del traje, y medias blancas de seda; jubón de la misma tela que

el faldón ajustado a la cintura, y con dos cortas faldas abiertas por delante y bolsillos con galones de oro en cada una; las mangas, angostas arriba y anchas por abajo, llegaban hasta el codo y de debajo de ellas salían blancos encajes de seda; la parte más alta del pecho quedaba al descubierto. Traía al cuello lo que se llamaba un *ahogador* de perlas finas con una pequeña cruz de oro adelante; zarcillos pequeños, cada uno de un diamante grueso engastado en oro. El peinado era lo que se llamaba castaña, que consistía en recoger el cabello atrás, atado con lazos de cintas en forma de castaña y asegurado con un alfiler de oro, que llamaban *punzón*, y polvos blancos en el cabello. No llevaba guantes, que eran poco usados, y sí un pañuelo de fina holanda en la mano, y gruesas ajorcas de oro en las muñecas, que pesaban más de cuarenta castellanos, pues tal era el uso, adornadas con diamantes.

Las demás señoritas vestían poco más o menos lo mismo, con solo la diferencia del color del brocado, del raso o del terciopelo, pues los había azules con flores de plata y también blancos con flores de oro; y de la mayor o menor abundancia de joyas, entre las cuales resplandecían los diamantes y las esmeraldas. Don Manuel de Caicedo vestía casaca de terciopelo azul de grandes faldas que llegaban hasta las pantorrillas, con alamares de oro; las solapas eran de raso color de grana y los forros de las faldas de raso azul; las mangas terminaban en puños vueltos de terciopelo color de grana con anchos galones de oro; los botones eran de oro y los ojales bordados del mismo metal. La llevaba abierta de arriba abajo. El chaleco era de tisú, tela finísima tejida toda de oro, y con bordados, y era muy largo; de la cintura para abajo se abría en dos cortas faldas. El calzón corto, de terciopelo carmesí, terminaba en la rodilla y allí se aseguraba con charnelas en hebillas de oro; medias de seda encarnadas, que dejaban ver la bien formada pantorrilla, y zapatos con hebillas de oro, y en las hebillas grabadas las armas de la familia. El chaleco abierto en la parte alta del pecho dejaba salir una chorrrera de encaje blanco de seda, que bajaba desde el cuello hasta la mitad del pecho; corbatín blanco, y el cuello de la camisa de fina holanda, doblado sobre el corbatín.

El cabello, como el de las damas, estaba polvoreado.

El vestido de los demás caballeros, era semejante al que dejamos descrito, con la diferencia de los colores. Los vestidos de las señoritas de ese tiempo sirven hoy para adornar las estatuas de los santos en las iglesias; y los chalecos y las pistoleras, sirven de palias. Como una curiosidad hacemos notar que el vestido

de brocado carmesí con flores de oro con que se viste la estatua de Nuestra Señora del Rosario en Santa Rosa en su fiesta clásica, era el que llevaba esa noche del baile Doña Luisa de la Flor, esposa de Don José Micolta.

Los músicos se colocaron en un largo escaño, en el corredor, frente a la puerta de la sala. Esa música consistía en dos arpas, dos flautas y dos violines, acompañada por el ruido del pandero y del alfandoque y por el remo que se hacía en la caja del arpa. El maestro Zapata era el Jefe de la orquesta y tocaba una de las arpas; la otra estaba en las hábiles manos de un negro joven, discípulo de Zapata, llamado José Ruiz, que después, cuando viejo fue conocido con el sonoro apodo de *tío Cambimbora*. El baile comenzó desde un principio con mucha animación, porque en la cabeza de todos bullían aun los humos del refresco. En la primera parte de la noche no se bailó otra cosa que el bambuco, baile común de nobles y plebeyos.

En los intervalos de pieza a pieza los caballeros conversaban con las señoras; y los jóvenes célibes, que eran muy pocos y ninguno menor de veinticinco años, pues hasta esa edad eran considerados como hijos de familia, galanteaban a las muchachas solteras, que tampoco eran muchas. Entre estas la más feliz era Doña Josefa, cuyo novio Don Nicolás Larraondo, cumplido caballero, le tributaba toda clase de atenciones.

Doña Inés sufrió al principio con resignación estoica los galanteos un tanto vulgares de dos o tres jóvenes que se manifestaban locamente prenda dos de ella y que en efecto lo estaban, aunque la veían triste y silenciosa, pálida y un poco enflaquecida; porque ¡Cosa particular!, a ellos les parecía más hermosa y más interesante así, que cuando en mejores días rebosaba salud. Esos bellísimos ojos aterciopelados y húmedos, despidiendo luz melancólica, hacían más estrago en los nobles mancebos, que cuando en tiempos mejores brillaban de felicidad y daban lugar a la esperanza.

Las personas de alguna ilustración que había en la ciudad eran contadas, y esas o estaban casadas o pertenecían a la iglesia; los jóvenes que seguían carrera literaria o científica, estaban en Santafé o en Quito, o por lo menos en Popayán, haciendo sus estudios.

Esos mancebos, pues, que figuraban en el baile, no tenían cultura alguna, ¿ni cómo pudieran tenerla, si no habían hecho estudios de ninguna clase; si no había roce posible entre ellos y las jóvenes casaderas; si cuando iban de visita a

una casa en donde había muchachas, eran los padres quienes recibían la visita; si no eran invitados a los rarísimos bailes que solía haber en las pascuas, porque su presencia en ellos habría sido una falta de respeto a los mayores? No había gusto por la lectura, ni había otros libros que los de devoción, si se exceptúan el *Don Quijote* y el *Gil Blas de Santillana*. En contraposición a esto, Doña Inés era una señorita espiritual, de claro talento, de exquisita educación, que había aprendido de sus padres, que eran de Santafé, el fino trato social de la Corte.

Esos jóvenes, sin embargo, hicieron su deber a su modo, con el valor que les comunicaba el vino del refresco. Doña Inés oyó pacientemente sus floreos de mal gusto, sus elogios hiperbólicos y sus comparaciones exageradas.

A tiempo que pasaba por allí Don Manuel conversando con Don José Micolta, decía uno a Doña Inés:

—¡Qué linda está usted! ¡Tan parecida a mi Señora de las Mercedes!

Doña Inés llamó a Don Manuel y le suplicó la condujera a sus aposentos. Eran las doce de la noche. Una vez allí, le dijo:

—Padrino, ya le di gusto en asistir al baile; ahora le ruego me permita retirarme, porque no me siento bien; me duele un poco la cabeza.

—Bien, hija, puedes retirarte; ahora es diferente, pues todos te han visto en la fiesta.

Doña Inés llamó a su recamarera y se encerró en aquel mismo aposento en donde había estado enferma meses antes y en donde Daniel había velado junto a su lecho durante muchas noches. Ese aposento quedaba muy retirado de la sala del baile.

Luego que se quitó esos pesados y sofocantes vestidos de gala y esas joyas, se sentó en una poltrona y comenzó a meditar en todo lo que había visto y oído esa noche.

Ninguno de esos galanes almibarados que la habían asediado, pensaba ella, valía lo que Daniel, ni en la figura, ni en el porte, ni en el talento, ni en la educación, ni en los modales. El hermoso Daniel, como amante de ella, había sido tímido y circunspecto, incapaz de una palabra irrespetuosa, ni de una acción imprudente, ni de un elogio vulgar.

De repente, dándose cuenta de su situación y del objeto en que estaba pensando, se dijo: ¿para qué me entretengo en acariciar seductoras quimeras? Yo he de ser en breve la esposa del Señor y desde ahora todo afecto mundanal es ya un sacrilegio. ¡Pero no! Que me permita el divino esposo recordar a ese infeliz mancebo que tan apasionadamente me amó; si este dulce recuerdo ha de ser más tarde un gran delito, hoy todavía no lo es, y yo pensaré en él lícitamente hasta el día en que se cierren detrás de mí las pesadas puertas del convento. ¡Sí, las puertas del convento! Como se cierran las olas sobre la cabeza del que se ahoga.

Mientras Doña Inés revolvía en su imaginación estos tristes pensamientos, los convidados fueron conducidos por Don Manuel aun salón interior en donde estaba preparado un abundante refresco y en donde reanimaron sus fuerzas y su buen humor con los exquisitos y generosos vinos de España. A los señores y señoritas de edad se les sirvió chocolate, a petición de ellos.

Después del refresco continuó el baile con mayor furor; los caballeros estaban locuaces y las señoritas complacientes; los corredores y el patio estaban llenos de gente, no solo de la plebe sino también de nobles pobretones que no habían sido convidados.

Pronto dejaron el bambuco para bailar contradanzas, baile nuevo importado de Francia, en el cual eran muy diestros Don Juan Antonio Dorronsoro y su mujer; y *torbellino* y *punto* y *minué*.

A la madrugada, rendidos de bailar, rogaron a Doña Josefa que cantara, porque todos sabían que tenía linda voz y que sabía las canciones de moda entonces. Ella se prestó sin dificultad, y acompañada de las flautas y del maestro Zapata que *le hacía segunda* y que era el maestro de clave de las muchachas nobles, los entretuvo hasta que rayó el día.

A esa hora se disolvió la reunión y cada familia se dirigió a su respectiva casa, no a dormir, sino en busca del almuerzo, para asistir después a la fiesta de iglesia que hacía parte del programa.

A las nueve se celebró la misa solemne en la iglesia de San Francisco, con asistencia del Ayuntamiento, de las comunidades religiosas y de todo el señorío, y en seguida de la misa se cantó el Tedéum.

A las doce dio el Alférez Real un espléndido banquete, al cual concurrió toda la nobleza de uno y otro sexo. Por la tarde, se jugaron diez toros en la plaza (ese era el número fijado por el Ayuntamiento), y se terminó la fiesta del día con varias danzas muy costosas y bien ejecutadas por jóvenes lujosamente vestidos. Por la noche hubo fuegos artificiales, e hicieron parte de estos cinco castillos colocados uno en cada esquina y otro en el centro de la plaza. Después se representó una tragedia, la Raquel, con entremeses en los entreactos, y contradanzas ejecutadas por niños.

La representación de la tragedia arrancó frenéticos aplausos; al morir Raquel. «se vieron salir patentemente las plumadas de sangre de su pecho a cuyo aspecto (dice el acta) todos los espectadores se deshicieron en amargo llanto». Los buenos de nuestros abuelos estaban todavía novicios en esto de ver derramar sangre humana; y en materia de teatro, no habían visto otras piezas que las llamadas *coloquios*, que eran apenas el embrión de la comedia y del drama.

Las fiestas duraron hasta el 8 de Febrero, con la misma esplendidez que el primer día, con alboradas, toros a mañana y tarde, danzas, paseos a caballo, fuegos artificiales, máscaras, representaciones teatrales, banquetes y refrescos.

De todo esto extendieron un acta los escribanos Don Manuel de Victoria y Marcelo Rozo, con fecha 26 de Febrero de 1790, para remitirla en copia a su Majestad, a fin de que supiera todo cuanto por acá se había hecho en su honor.

En esa acta, que ha visto la luz pública, llaman la atención del lector algunas circunstancias, tales como el alarde que hacen los escribanos de que en la muerte de Raquel se vieron patentemente las plumas de sangre; la descripción del aparador de la casa del Alférez Real, que dicen «estaba lleno de uniforme y fina loza de China»; la intención que revelan dichos escribanos de querer captarse las simpatías y el cariño del Alférez Real, a quien describen ventajosamente diciendo; que «iba en el paseo ricamente aderezado, en un caballo blanco de buen aire; enjaezado todo de oro, con vestido azul, con bordados riquísimos del mismo y agradable gallardía, bien puesto»; y que «tremoló el pendón diciendo en alta y airosa voz las palabras de estilo»; y por último, que «preguntado dicho señor Alférez Real cuánto había sido el costo de esa suntuosa fiesta, contestó; que como fue plata que gastó tan a su gusto, no llevó cuenta de ella».

Placer y dolor

Llegó el mes de Junio con su sol oblicuo, su luz brillante y suave, su atmósfera diáfana, sus campos verdes, sus flores silvestres, sus brisas frescas y sus variados tintes de luz que hacen de ese mes, después del de Diciembre, el más hermoso y más alegre del año.

Era el 20 de Junio.

Don Manuel estaba en Cali a donde iba por ese tiempo, casi todos los días, a activar y vigilar los trabajos de una obra de interés público que había acometido a su costa; y era la de desviar el curso del río que estaba amenazando destruir parte de la ciudad.

Ya mucho antes, en 1751, Don Francisco Sanjurgo y Montenegro había dejado, en su testamento, seiscientos patacones para que se desviara el río del lado de la Ermita y se hiciera un pretil en dicha iglesia. Ni el río fue desviado ni el pretil fue hecho, aunque hay tradición de que se construyó un muro junto a esa iglesia, para librirla de las fuertes avenidas; y como el tal muro no aparece a la vista, se dice que con el trascurso de los años ha venido a quedar enterrado.

El Alférez Real, pues, en todo ese año de 1790, hizo abrir el hondo cauce llamado desde entonces «Rionuevo» y echó por él todo el río; pero este, más tarde, volvió a correr por su antiguo lecho, dejando en el nuevo cauce solo una pequeña porción de sus aguas.

Era, como decíamos, el 20 de Junio, y era de noche; el tiempo estaba magnífico y había luna. Pasadas las nueve, Doña Inés se retiró a su dormitorio, en el piso alto, con Andrea. Andrea se acostó y se durmió; Doña Inés salió, como lo tenía de costumbre, al corredor, ¡a engolfarse en sus tristes pensamientos y a esperar! Hacía ya un año que Daniel había desaparecido; ya nadie se acordaba de él, excepto ella y Fermín; ya nadie lo nombraba.

En Julio debía ella marchar a Popayán a tomar el velo de monja, y marcharía sin volverlo a ver, siquiera una vez más. ¿Para qué? Para verlo, y en seguida morir.

¡El hombre, por lo regular, no comprende cuánto peso es capaz de resistir el corazón de una mujer en materia de abnegación y sacrificio! Nada sobre la tierra es más grande ni más sublime que el corazón de la mujer.

Esta débil criatura, cuando llega a apasionarse seriamente, atesora en su alma la mayor cantidad de fuerza moral que puede concebirse, comparable solo con la electricidad, que es la mayor fuerza física de la naturaleza.

Ella, además, tiene admirablemente desarrollado el instinto del bien, y sin las instigaciones del hombre, sería un ser casi perfecto, porque no conoce otro escollo en su vida, mientras que para el hombre hay escollos infinitos.

Doña Inés iba a ser monja, tal vez sin quererlo; ella ocurría a ese refugio como a un puerto de salvación; era amada frenéticamente por un joven lleno de relevantes cualidades que, sin embargo, no podía ser su esposo; y ella le correspondía en el fondo de su alma, pero convencida de que no podía jamás casarse con él.

Estos amores eran para ella un gran tormento en caso de que Daniel continuara perdido; y eran un tormento mucho mayor en caso de que él pareciera y ella siguiera viviendo en el siglo.

No había más remedio para evitar las amenazas de su desgraciada pasión, que el poner un fuerte muro de piedra entre ella y el objeto amado, y el más fuerte todavía de los votos religiosos.

Pero deseaba ver a Daniel por última vez para explicarle el motivo de su resolución, y le pedía fervorosamente a la misma Virgen del Carmen, su futura Patrona y Madre, le concediera esta gracia antes de partir.

Y solo faltaba un mes para abandonar para siempre esos lugares queridos, teatro de sus inocentes amores y objeto permanente de sus dulces recuerdos.

Era ya muy tarde, poco faltaría para las doce; la hacienda toda estaba en silencio; ninguna voz humana se percibía, pero sí esos mil ruidos de la naturaleza en el campo, en las altas horas de la noche.

Inés estaba recostada sobre la baranda del balcón con el pecho sobre los brazos, y viendo a ratos para un lado, a ratos para otro, y a ratos no viendo nada.

Por el patio pasaba la gran acequia que conducía el agua al molino del trapi-
che, y dejaba oír su incesante murmullo, ya fuerte, ya apagado, según la direc-
ción de la brisa.

Un perro viejo ladraba lentamente a la luna, afuera de la puerta de golpe, sen-
tado en el camino; la lechuza que tenía su dormitorio en la iglesia inmediata,
pasaba revoloteando, y chillaba al pasar; allá lejos, por el lado de Morga, se oía
el bramido aterrador, bajo y profundo, de algún toro extraviado de la vacada,
bramido que terminaba por sonidos agudos como los de un clarín de guerra.

El cielo estaba limpio de nubes y la luna alumbraba el patio, las cabañas de los
negros y toda la comarca. De repente en el llano inmediato a la puerta de golpe
alzaron el vuelo cantando unos pellares; esa era señal de que habían sentido gente.

Inés pensó que alguien pasaba por el camino, y fijó su vista en la puerta de golpe.

Luego se estremeció al ver un bulto que abría la puerta y entraba en el patio.
Al ruido que hizo la puerta, que siempre rechinaba cuando la abrían, desperta-
ron los perros y se lanzaron ladrando hacia allá; pero al acercarse al bulto sin
duda lo reconocieron, porque al instante callaron.

Audio

Una vez adentro del patio, Inés pudo distinguir que quien entraba era un hom-
bre; este permaneció un rato inmóvil, viendo para todos lados; por último, fijó
al parecer sus miradas en el balcón, observó por un momento, y en seguida se
dirigió hacia allá.

A Inés le latía el corazón con violencia; casi no podía respirar. Esa persona que
llegaba se le parecía a Daniel, en la estatura, en el andar y en el color del ves-
tido, que era igual al que llevaba el día que desapareció. Se apoyó contra el pilar
para no caerse y esperó ansiosa, con los ojos fijos en ese individuo que avanzaba
hacia ella. Ese individuo continuó avanzando hasta que estuvo al pie del balcón;
al llegar allí, se detuvo, levantó la cabeza y con voz baja y temblorosa, dijo:

—¡Inés!

Ella contestó al punto:

—¡Daniel!

Apenas oyó Daniel esa respuesta, se lanzó hacia la escalera y en cuatro pasos
estuvo arriba.

Inés se quedó como clavada en el mismo punto, y solo volvió el frente a la
grada.

Daniel apareció en el corredor y en el primer ímpetu se precipitó hacia ella y
abriendo los brazos y repitiendo ¡Inés, Inés! La estrechó contra su corazón;
pero los labios ardientes del apasionado mancebo la tocaron en la mejilla, y
ella asustada lo apartó diciéndole:

—Daniel, ¿qué es lo que haces?

Inés en medio de su alborozo lo trataba de *tú* por la primera vez, sin caer en
la cuenta.

Daniel contestó:

—Déjeme, señorita, esta compensación a tanto como he llorado y he sufrido.

—¿En dónde estabas? ¿De dónde apareces?

—Vengo de Cartagena.

—¿De Cartagena? ¿Qué fuiste a hacer allá?

—La noche del último día que nos vimos, un poco después de las nueve, cuando
salí de mi casa para acá, pensando en usted y cuando apenas había caminado
cuadra y media, me vi rodeado de repente por seis soldados armados que esta-
ban ocultos, al parecer, al voltear la esquina, esperándome; cogieron la rienda
de mi caballo y me dijeron; «¡alto! Desmóntese usted». «¿Con qué objeto?»
pregunté; «Servicio del Rey», contestaron. A esta orden, que nadie sería capaz
de desobedecer, me desmonté; ellos me echaron al centro y me mandaron que
siguiera; yo les pregunté; «¿y mi caballo?». «Él se irá para su casa», dijo el
oficial, que tenía en la mano la espada desnuda; y dándole con ella un fuerte
cintarazo en el anca, el caballo, que no sufría látigo, dio una estampida y salió
corriendo calle abajo, como en dirección a esta su dehesa.

A todo esto Daniel no soltaba la mano de Inés, que oprimía amorosamente
entre la suya.

—Sí, dijo ella, aquí llegó el caballo ensillado y sin jinete, ya usted lo han buscado por largo tiempo inútilmente: ya yo pensaba que había muerto.

—No, véame aquí, a sus plantas loco de amor; más que antes, ¡y feliz porque al fin vuelvo a verla!

—¡Ay! Daniel, ¡somos muy desgraciados! Mañana le diré todo; ahora, váyase no sea que alguien lo vea.

—¿Irme? No; si acabo de llegar directamente de Cartagena; anoche dormí en Buga; a las nueve venía por Arroyohondo; a un rato estuve en Cali, entré en mi casa por un momento, abracé a mi madre y me vine ala misma hora prometiéndole que volvería mañana. Pero ¿qué hacía usted acá arriba?

—Yo vivo aquí, en ese cuarto.

—¿Sola?

—Me acompaña Andrea.

—Llame, pues, a Andrea, si no quiere estar sola conmigo, porque yo no me voy todavía, hasta saber cómo le ha ido a usted en mi ausencia.

—He padecido mucho, y pedí este cuarto para tener el consuelo de estarme aquí en este corredor todas las noches hasta muy tarde, viendo para la puerta por si acaso usted venía.

—¡Oh delicia! Premiados quedan con esas pocas palabras todos mis sufrimientos.

—Pero ¿qué hicieron con usted esos soldados?

—Me llevaron a la casa del Ayuntamiento. La noche era obscura y las calles estaban desiertas porque ya habían tocado la *queda*; entré en esa casa y allí vi a muchos hombres acostados sobre los ladrillos; pregunté al oficial qué quería hacer conmigo, y me contestó que él obraba por orden superior y que al día siguiente me lo explicaría todo. Comprendí que ya esa noche no me pondrían en libertad, y me tendí como los demás en el enladrillado del corredor.

A las tres de la mañana nos hicieron levantar; éramos como cuarenta. A esa hora salimos formados de a dos en fondo, custodiados por una escolta de veinte soldados venidos de Santafé a órdenes de un Teniente Prieto, y tomando calle arriba, pasamos por la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes y seguimos como para tomar el camino que conduce a las Juntas del Dagua.

Al pasar el río hicimos alto; a la izquierda están los restos de las paredes de la antigua iglesia de Santa Rosa, iglesia que dio nombre a ese paso del río²; sobre esas ruinas nos sentamos, siempre custodiados, mientras que el Teniente fue a una casita que queda a la derecha, junto a una palma real, a comprar aguardiente y a encender cigarro, pues ya había gente levantada y se veía candela en la cocina.

A un rato estuvo de regreso y al llegar junto a nosotros alumbró con el fuego del cigarro la muestra de un reloj de oro, y, diciendo que eran las cuatro, nos mandó poner en marcha. Al comenzar a subir la colina, oímos las sonoras campanadas del alba en la torre de San Francisco. Siempre me había causado alegría el toque de esa campana a esa hora; pero en ese momento se me oprimió el corazón. Después de las Juntas del Dagua tomamos el camino del Chocó, hacia Citará; en todos los ríos encontramos canoas y guías, prevenidos de antemano por las autoridades para conducirnos, de suerte que nuestro viaje no sufrió demora alguna. Al salir al mar, fuimos recibidos en un pequeño navío que nos condujo a Cartagena. De Cali salí en Junio, y a Cartagena llegué en Agosto.

De los cuarenta hombres que formábamos esa recluta, veinte éramos de Cali. En Cartagena se nos vistió con uniforme de soldados y se nos entregó al Gobernador de la Plaza.

Pronto supo el Jefe de la fuerza que yo escribía bien y que sabía hacer cuentas, y me dio colocación.

Allí estuvo esa iglesia, dedicada a «Santa Rosa de Santa María del Perú». En 1693 fue trasladada al sitio en que hoy existe; y ese sitio en esa época quedaba fuera de la ciudad. Los devotos que componían la hermandad de Santa Rosa y que hicieron la traslación fueron: Don Cristóbal Caicedo y Salazar, Juan de los Arcos, Antonio Rodríguez Villaseñor y Manuel y José María Vivas Cedano en la Comandancia y me trató con muchas consideraciones. Todos mis trabajos han consistido únicamente en estar lejos de usted; ¡pero ya estoy aquí!

—¿Y cómo hizo para venirse?

—¡Gracias al Padre Escovar! A poco de haber llegado a Cartagena, se me ocurrió escribirle a ese Santo Sacerdote, dándole cuenta de todo cuanto me había sucedido; le rogué al Comandante hiciera llegar mi carta a Cali por el correo, y él me prestó ese servicio. Esto fue en Octubre. En Abril de este año recibí la respuesta del Padre, y al mismo tiempo el Gobernador de Cartagena recibió orden del señor Virrey Ezpeleta para que me diera de baja en la guarnición de la plaza y los auxilios de viaje para trasladarme a Cali. El Padre Escovar debe de ser amigo del señor Virrey o de algún grande de Santafé.

—¿Y por qué no escribió usted a mi padrino? ¿Por qué no me escribió a mí?

—¿A su padrino? ¿A usted? No escribí a su padrino, porque tenía sospechas de que él, habiendo descubierto mi amor a usted, me hubiera hecho prender y llevar a Cartagena; y no le escribí a usted porque temí que mi carta fuera interceptada por los que me arrebataron violentamente de aquí.

—Mi padrino no tuvo parte en eso, ni ha concebido la más leve sospecha de nuestro amor; él sintió mucho la desaparición de usted, y puso en movimiento a todos los criados de la hacienda, y aun a los Alcaldes de Cali, para buscarlo.

—Me alegro de saberlo. Ahora le confieso que he llegado de noche, porque temía que él me viera; mi intención era hospedarme en la casa de Fermín y desde allí avisarle a usted de mi regreso. Si Don Manuel, pues, no tuvo parte en el rapto de que fui víctima, el autor de todo ha sido ese otro, ese Don Fernando de Arévalo.

—De él había sospechado yo.

—¿Qué se hizo ese?

—Dicen que vendió por junto sus mercancías y regresó a su tierra.

—Ojalá que nunca vuelva a atravesarse en mi camino. ¡Ay de él si algún día llegamos a encontrarnos!

—Pero ¿por qué el Padre Escovar no nos dijo que usted estaba en Cartagena?

—Porque él sin duda creía como yo que Don Manuel era la causa de todo.

—¡Tal vez! Pero. Daniel, váyase; temo mucho que alguien llegue a verlo aquí, váyase, Ya he tenido el placer de verlo. y por ese lado descansa hoy mi espíritu. Esta noche, después de un año, que me ha parecido eterno, será la primera en que puedo dormir tranquila.

—Me voy, aunque me resta mucho que preguntarle y que decirle; pero, ¿nos veremos mañana?

—Sí, nos veremos allá en la sala.

—¿Y por qué no aquí, de noche?

—¿Aquí y de noche? No, Daniel; esta entrevista a semejantes horas es única y es última.

—Pero ¿qué teme usted? ¿Piensa acaso que haya olvidado mi antiguo respeto?

—No pienso eso, y si usted lo olvidara, perdería mucho en mi estimación. Además, otra entrevista a solas, a nada conduce. De esta me alegro, por ser la primera en que lo veo después de tan larga ausencia; nuestras siguientes entrevistas serán pocas y de día y en presencia de toda la familia.

—Pero ¿por qué tanto rigor? ¿Le parece que he sufrido poco?

—¡Ay, Daniel! ¡Usted no sabe todavía hasta adónde llega mi desventura!

—¿Qué ha sucedido pues? Sus palabras me alarman.

—En el mes entrante debo partir para Popayán.

—¿Qué va a hacer usted a Popayán?

—Me voy de monja.

—¿De monja? repitió Daniel en el colmo del estupor; ¿de monja usted?

—Sí, de monja del Carmen; ya estoy admitida y aquí tengo el vestido, es decir el hábito y el escapulario.

—¡Dios de mi alma! Exclamó Daniel con vehemente furor; ¡y para saber eso he venido desde Cartagena! ¡Para saber esto he caminado tantas leguas, la mayor parte a pie, ansioso de llegar; sin hacer caso del sol ni de la lluvia, del

calor ni del cansancio, del hambre ni de la sed! ¡Por qué no perecí en el camino! ¡Por qué no me ahogué en la mar! ¡De monja! ¡Y se va dentro de un mes! ¡Y tiene valor para hacerlo y valor para decírmelo! ¡Y sabiendo que la adoro, que es ella el único lazo que me liga a la vida, que ese paso que da me sumirá en la desesperación y que de allí pasare pronto a la locura o a la muerte! ¡Y yo, insensato, que pensé que me amaba!

Diciendo esto se recostó sobre un pilar. Y ese Daniel, joven ya de veinticuatro años, rompió a llorar como si fuera un niño.

A Inés se le partía el corazón viendo correr ese llanto amargo, y eso en el momento en que el pobre muchacho acababa de llegar, después de una larga ausencia, desolado por verla.

—Daniel, le dijo ella con la mayor ternura y con profunda lástima, no me atormente más de lo que estoy; mire que sin eso soy ya muy infeliz; óigame; nuestro amor es una locura; yo, aunque quisiera, no podré ser jamás su esposa, y mi conciencia me prohíbe amarlo de otro modo; y sin embargo, ese amor profundo y firme es el que me ha movido a retirarme aun claustro a rogar a Dios por usted; quizá llegará a ser feliz.

—¿Feliz yo? respondió entre sollozos; ¡toda otra felicidad que no sea la de su amor, la maldigo!

—Daniel, cálmese; yo soy más infeliz y sin embargo no lloro.

—Tiene usted razón; contestó Daniel, manifestándose cruelmente ofendido; ¿qué derecho tengo para quejarme? Debo irme.

—Mire, Daniel, deje usted que yo también me calme; si usted está impresionado, yo lo estoy más, y no sé qué decirle. Sepa solamente que la prueba más grande y más fina que puedo darle de que mi alma sufre sin consuelo por ese amor sin esperanza, es la de hacerme monja. Mañana nos veremos.

—¿En dónde? preguntó Daniel, ansioso de volver a verla.

—Aquí mismo, pero de día; yo le avisaré por medio de Andrea.

Inés le tendió la mano; él la tomó y aplicó en ella sus labios con profundo respeto.

Inés entró en su cuarto a dar gracias a Dios por la vuelta de Daniel, ya llorar a su turno.

Su amor a Daniel, que se estaba haciendo ya apacible y resignado con la idea de que no volvería a verlo, se reanimaba ahora con una fuerza espantosa. ¡Qué hermoso le parecía Daniel! Ese abrazo y ese ósculo en la mejilla, se reproducían a cada instante en su memoria, le abrasaban el alma y le causaban pudoroso deleite.

Ya pesar de todo, debía partir dentro de un mes; ¡para esto no había remedio! y lloraba inconsolable el triste fin de su ardiente amor, al cual ella misma con su monjío había condenado a prematura muerte. Para eso no había remedio.

Daniel bajó la escalera, atravesó el patio, y sin llegar a la casa de Fermín donde había pensado dormir, se dirigió a la puerta de golpe, la abrió con cuidado y salió al extenso y limpio llano a pasear por él su dolor ya refrescar su frente que le parecía que iba a estallar, tal era el fuego que la abrasaba.

Siguió distraído por el camino real, hacia el Sur sin destino ni rumbo, sin darse cuenta de lo que hacía y hablando solo.

«Y para esto era, decía, ¡tanto empeño por venir y tanto anhelo por llegar! ¡Para esto solo! ¡Para verla una vez más y perderla en seguida para siempre!... ¿Qué fatalidad es esta que no se cansa de perseguirme?... ¡Tentaciones me dan de maldecir como Job, el día en que nací! ¿Qué culpa tengo yo de haber venido al mundo? ¿Qué culpa en no tener padres? ¿Qué culpa en no haber nacido noble y en no haberme mecido en cuna de oro? Yo siento que valgo tanto como cualquier otro, por noble que sea, y no cambiaría la altivez de mi alma por la de ningún mortal. ¡Pobres padres míos, quienesquiera que hayáis sido, si ya no existís, veréis ahora desde el otro mundo los tormentos de vuestro hijo y lo compadeceréis...! Pero qué haré yo. ¡Dios mío, qué haré yo!».

Calló durante un largo rato, mientras buscaba en su imaginación algún recurso que lo sacara de una situación tan dolorosa. De repente se detuvo al encontrarse junto a esa enorme piedra que queda a orillas del camino, y solo entonces vino a darse cuenta de que iba siguiendo la vía pública como en dirección a Jamundí.

Estuvo un momento indeciso, hasta que no sabiendo qué hacer ni adónde dirigirse, subió sobre la piedra y se sentó, dando la espalda al camino y el frente a las selvas del Cauca. Era la una de la mañana; el cielo permanecía limpio y

la atmósfera diáfana; la luna, pasado el zenit, se inclinaba majestuosamente hacia el ocaso. Daniel dirigió una mirada al rededor; en la dilatada extensión que abarcaba su vista, no se alcanzaba a ver ni una sola casa ni un cortijo; allí cerca estaba un hatajo de yeguas paciendo; más allá, un gran grupo de vacas echadas, dormitaban rumiando; a su olfato llegaba, en alas de la brisa, ese olor particular y agradable que exhalan las bestias cuando pacen y las vacas cuando duermen; en la extensa llanura, al lado de abajo, se distinguían los árboles y la sombra que proyectaban sobre el césped; al Oriente, del otro lado del Cauca, se alzaba la gigantesca cordillera central, de altura uniforme, como una gran muralla de color verde oscuro, cuyos largos perfiles se dibujaban distintamente sobre el fondo azul claro del cielo; y sobre esa inmensa mole se destacaban las dos empinadas cumbres del Huila, con su blancura mate, como de plata sin bruñir. Nada de esto veía Daniel; su imaginación estaba en aquel corredor en donde había estado un momento antes con Inés, y la escena que había pasado allí entre él y ella, se reproducía sin cesar con toda su viveza ante los ojos de su alma. A esa sola escena aludía en sus soliloquios.

Sentado sobre la ancha piedra se quitó el sombrero y presentó su frente ardorosa a la brisa que soplaban del lado del Cauca; esa brisa era fresca, casi fría, como lo es en esa región ya esa hora; cuando los nevados del Huila están descubiertos.

Pronto comenzó a hablar, porque no podía estar callado, y repitió como antes; ¡Qué haré yo, Dios mío! ¡Precisamente muero o me vuelvo loco!

Buscando algún consuelo humano, se acordó del padre Escovar y de sus consejos, y le vino a la memoria aquel pasaje bíblico que solía repetir tantas veces; «¡Pondrá su labio en el polvo por si acaso hay esperanza!». Apenas cruzó por su mente la palabra «esperanza», levantó los ojos al cielo y dijo en voz alta; «Providencia Divina, ¡manifiestateme! ¡Haz que te vea, o haz que te sienta!».

—¡Niño Daniel! Dijo una voz alegre a su espalda, al pie de la piedra. Daniel volvió a mirar y se encontró cara a cara con Fermín.

A pesar de su abatimiento no pudo menos que alegrarse de volver a ver a su amigo, y le dijo:

—Fermín, ven acá.

Fermín subió sobre la piedra y Daniel lo recibió en sus brazos.

—¿Cómo estás aquí?

—He venido desde casa detrás de usted, sin que usted me haya sentido, por venir hablando solo.

—¡Ay, Fermín, soy muy desgraciado! Ya no guardaré más el secreto; ¡la amo con todas las fuerzas de mi alma, y esta misma noche he llegado, la he visto y me ha dicho que va a hacerse monja!

—Es verdad, dijo Fermín, en el mes entrante iremos a llevarla a Popayán; ya está todo preparado y ella tiene consigo el vestido de monja, ya veces se lo pone porque las señoras se lo exigen; hábito *mono*, manto blanco y toca blanca; ¡qué bien queda así! ¡Si usted la viera!

—¡No, Fermín, no quiero verla así! Yo me muero, yo no resisto este golpe.

—Pero, ¿en dónde ha estado usted? Andrea y yo pensamos que ella resolvió hacerse monja cuando se convenció de que usted no volvería jamás.

—He estado en Cartagena, fui arrebatado por la noche a la fuerza y llevado con escolta, y ahora vuelvo, ¡y al llegar recibo semejante noticia! ¡Fermín, yo me muero, no hay remedio!

—Mire, niño Daniel, vámonos para casa, hablemos con mi madre; su merced sabe dar buenos consejos porque es mujer de mucha experiencia y ha tratado siempre con los amos; vamos a verla.

Daniel estuvo un rato irresoluto, hasta que al fin se levantó diciendo:

—Vamos.

Entraron en el patio sin hacer ruido. Fermín abrió la puerta de su casa y llamó a Martina diciéndole:

—Madre, levántese su merced, aquí está el niño Daniel.

En seguida encendió la vela.

—¿Daniel? repitió ella, sentándose sorprendida y vistiéndose.

Pronto salió a la sala; Daniel la abrazó.

—¿De dónde, le preguntó ella, aparece usted después de tanto tiempo?

Daniel le contó todo lo que le había pasado, y a continuación le reveló su insensato amor y el tormento que en ese instante le oprimía el alma.

—Ese amor es un disparate, niño Daniel, esa niña es muy noble, muy rica y muy orgullosa. El consejo que yo le daría sería que la olvidara.

Daniel volvió sus ojos hacia Fermín, con el mayor desconsuelo; luego repitió:

—¡Olvidarla! Eso es imposible; ¿acaso está en mi mano?

—Entonces queda un remedio; así que amanezca, váyase a Cali y cuéntele todo al amo el Padre Escovar; si su merced no encuentra remedio, pierda usted toda esperanza.

—Ya he pensado en el Padre Escovar; ¿pero cómo hablarle de eso, cuando yo lo respeto tanto?

—No hay otro remedio. ¿No dice usted que la ama con locura? Cuando se ama de veras, todo sacrificio se hace. Además, el amar usted a la señorita es una locura manifiesta, pero no creo que sea un delito; ¿quién tiene la culpa de que ella sea tan linda, usted joven, y que vivan ambos en una misma casa?

—Tiene usted razón.

—Y si no, se hará monja, eso puede usted jurarlo; esa niña no volverá atrás aunque le cueste la vida; mire que la conozco hace años.

—Iré, sí, iré, suceda lo que quiera.

—Pero cuéntele todo, no le oculte nada; mi amo el Padre es muy bueno, como que es un santo y siempre se compadece del infeliz.

—Así lo haré; pierda usted cuidado; una vez que me resuelvo a revelarle mi secreto, lo haré por entero. Martina le preparó cama a Daniel en una *barbacoa* de guadua. Al cabo de media hora dormía este profundamente, pues estaba rendido de alma y cuerpo. Pero Martina y Fermín no volvieron a conciliar el sueño; ella, preocupada con el secreto que acababa de revelársele; y él, loco de alegría por el regreso de su amigo.

Audiogalería

El Valle del Cauca

El convento de San Francisco

Antes de referir los sucesos del día siguiente, haremos saber al lector la causa del rapto de Daniel y la manera como se llevó a efecto.

Cuando llegó a la ciudad el piquete veterano, el Teniente Prieto que lo mandaba, preguntó si en el lugar había algún individuo de Santafé, y le contestaron que el único era Don Fernando de Arévalo. Al instante fue a visitarlo, y sin gran trabajo se hizo amigo de él.

Arévalo se informó del objeto del viaje del Teniente, y al saber que este debía llevar de Cali a Cartagena unos reemplazos, concibió un proyecto que satisfacía sus deseos de venganza.

Desde que tuvo el altercado con Daniel en la puerta de la hacienda de Cañasgordas quedó profundamente resentido con él y deseoso de reparar lo que él creía un ultraje; mas, cuando Pedro le comunicó sus sospechas de que Daniel y Doña Inés se amaban, llegó al colmo su furor y juró vengarse en la primera ocasión que se le presentara.

Una noche, estando Prieto de visita en casa de Arévalo, le dijo este:

—¿Cuántos hombres lleva usted de Cali?

—Llevo veinte, y veinte más de Cartago y Buga; cuarenta por todos:

—¿Y cuándo partirá usted?

—Pasado mañana sábado, sin falta.

—Podría usted hacerme un servicio; hay en esta ciudad un mozo malo de pésimas costumbres que no se lo han entregado a usted porque no han podido ponerle la mano pero yo sé el modo de prenderlo.

—Me sería imposible llevar uno más, porque ya me han sido entregados los veinte que corresponden a esta ciudad.

—No importa, a mí me interesa que se lleve a ese, aunque sea preciso que suelte a otro; el individuo a quien usted soltare, se esconderá tanto, que será imposible que las autoridades lleguen a saber que se ha quedado. El mozo de quien le hablo me hace mucho daño.

—Sin embargo, eso sería muy grave y yo no me atrevo a hacerlo.

—Atrévase usted; el beneficio que me hará será tan grande, que no sabré cómo pagarla. Por lo pronto, y como un recuerdo, aquí tiene usted este reloj de oro, que me costó cincuenta doblones de a dos escudos; tendré gusto en que usted lo use en mi nombre.

Prieto recibió el reloj; lo examinó y lo encontró magnífico.

—¿Pero cómo haré, preguntó, para prender a ese sujeto, sin que nadie lo sepa?

—Nada más fácil; haga usted que su partida, en vez de ser el sábado, sea el domingo a la madrugada; el mozo viene todos los sábados y a las nueve de la noche va saliendo en dirección a la Chanca; él toma siempre la calle de la Merced hacia el llano; aposte usted cuatro soldados en una de esas esquinas; hágalo bajar del caballo y condúzcalo al cuartel en silencio, diciéndole que es servicio del Rey; a esa hora nadie lo verá. Si sale usted a la madrugada, o antes, la cosa quedará en secreto; porque él no tiene familia ni nadie que lo solicite.

El trato quedó consumado, y ya sabe el lector que Prieto cumplió fielmente su palabra.

Ahora, dada esta explicación necesaria, seguiremos el hilo de nuestra historia.

Daniel se levantó al día siguiente muy de mañana, a tiempo en que todos los esclavos estaban en la capilla rezando el rosario, bajo la inspección del tío Luciano; y se presentó a Don Juan Zamora que estaba en su cuarto. Don Juan al verlo, exclamó:

—¡Eh, Daniel! ¿De dónde diablos sales ahora? ¡Ven a mis brazos, hombre!

¡Cómo me alegro de volver a verte! ¿En dónde has estado?

—Vengo de Cartagena, señor Don Juan.

—¿De Cartagena de España, o de Cartagena de Indias?

—De Cartagena de Indias.

—¿Qué diablos fuiste a hacer allá?

—Al venir de Cali, a las nueve de la noche, una escolta me tomó preso en la calle; me incorporó entre unos reemplazos que iban a Cartagena y me hizo marchar con ellos.

—Pero ¿por orden de quién? El oficial de la escolta debe responder de ese abuso, y hay que averiguarlo para que se le dé el debido castigo.

—Es inútil, Don Juan, lo importante era volver, y ya estoy aquí.

—Es lo que yo digo; no se pierde así tan fácilmente un súbdito de su Majestad; que Dios guarde.

Al nombrar al Rey, ambos se quitaron el sombrero, Don Juan continuó:

—Mucha falta me has hecho; tu caballo está muy hermoso, yo mismo lo he cuidado, y he montado en él una que otra vez para que no se volviera hoba-chón; allí en la *manga* podrás verlo.

—Me alegro de eso, Don Juan, porque necesito ir a Cali ahora mismo, y regresaré esta noche o mañana. A mi regreso le referiré todo cuanto me ha pasado.

—Sí, hombre, deseo saberlo; pero, ¡qué formado estás! Ya tienes crecidas las patillas; y ¡qué bien te sientan! Daniel se despidió de Don Juan con nuevos abrazos y se dirigió a la manga en busca de su caballo.

Apenas hubo pasado la puerta de la manga cuando el caballo lo vio y lo conoció, y levantando la cabeza dejó oír ese relincho corto y bajo con que las bestias reciben al que les lleva el pienso.

Daniel se acercó y le abrazó el cuello; el caballo le olió en el hombro, y tal parecía como si sintiera placer en dejarse poner la jáquima por su dueño y señor natural.

Daniel lo ensilló, montó y partió, rogándole a Fermín hiciera saber a Doña Inés, por medio de Andrea, que él había marchado para Cali a un asunto urgente y que regresaría esa noche o al siguiente día. Al tiempo de partir no se

habían levantado todavía las señoras; cuando abría la puerta de golpe para salir al llano, volvió a mirar hacia la casa y vio a Inés en el balcón, que tenía fijos en él sus ojos. Daniel la saludó agitando el pañuelo y partió al galope.

En un momento estuvo en Cali.

Mientras daba tiempo al Padre Escovar para que dijera misa y almorzara, y almorzaba él mismo, se estuvo en su casa contándole a Doña Mariana ya su criada todo cuanto le había sucedido desde su salida de Cali hasta el día de su regreso. Nada dijo, sin embargo, de sus desgraciados amores.

Doña Mariana, por su parte, le manifestó que ella desde el mes de Enero había sabido que estaba en Cartagena, porque el Padre Escovar se lo había comunicado, asegurándole que pronto regresaría y encargándose guardara el secreto, porque podía suceder que el rapto hubiera sido ordenado por las mismas autoridades; y que convenía que estas ignoraran los pasos que él estaba dando para restituirla a su tierra, a fin de que no pudieran oponerle dificultades.

Después de almorzar se vistió de limpio y se dirigió al convento de San Francisco; eran las nueve y media. El Padre Escovar había salido en ese instante a confesar a un moribundo.

Se sentó en la portería y se puso a conversar con Fray Martín Aragón, que era el lego portero y su antiguo amigo; el lego quiso que le refiriera las circunstancias de esa desaparición, de que se había hablado tanto en la ciudad, y Daniel lo complació, por matar el tiempo.

Mientras Daniel conversa con el lego, esperando al Padre Escovar, nosotros daremos al lector una ligera noticia de la fundación de este convento ilustre, que llegó a ser timbre de gloria de la orden franciscana y honra de Cali.

El Padre Fray Fernando Larrea (o Rhea, como él se firmaba), fraile franciscano de Quito, varón de espíritu apostólico, después de haber hecho misiones en varios pueblos dependientes de aquella ciudad, quiso hacerlas en el Nuevo Reino de Granada, y con tal fin estuvo dos veces en Santafé, dos en Cartagena y dos en el Chocó. Cederemos la palabra al mismo Padre Larrea, quien nos contará de qué manera llevó a efecto la fundación del Convento de Cali. He aquí su relación copiada al pie de la letra; «Estando en Buga (en 1742) fui llamado a hacer misiones en la ciudad de Cali. Aquí hubo mucho que vencer y

trabajar, porque estaba la ciudad ardiendo en escandalosos odios y rencores; fue Dios servido que casi todos se reconciliasen en público, aunque pasado algún tiempo, por haber quedado alguna semilla de discordia, volvió a revivir con mayor fuerza; las brasas aunque apagadas, si humean con facilidad se encienden. No quiso un sujeto principal oír mis consejos, de que se siguió el mayor incendio». «A principios del año de 1750 resolví volver de Cartago a Popayán, donde el Doctor Cayzedo estaba empeñado en fundar Colegio de Misiones. Al pasar por Cali, el Doctor Hinestrosa, clérigo Presbítero, y de mucho caudal, me propuso que deseaba que en Cali se fundase Colegio de Misiones; convine en ello con mucho gusto, y para su fundo se hizo escritura de donación de sesenta mil patacones; en cuya virtud se ocurrió a España por las licencias necesarias».

«Con algunas limosnas que contribuyeron personas devotas, se compraron los solares en que se había de fundar el Colegio».

«En el año de 1757 me llegó la Cédula del Rey para la fundación del convento; con ella pasé en compañía del P. Fray Joaquín Lucio a Cali (de Popayán) a dar calor a dicha fundación. Depáranos Dios para hospicio una casa contigua a la capilla de Santa Rosa con tránsito a la iglesia; en ella se daba pasto espiritual a todo el vecindario. Todos los domingos había plática sobre algún punto de moral y se explicaba la Doctrina Cristiana. En el hospicio se vivió con bastante regularidad. En los principios de la fundación padecimos graves contradicciones; porque algunos sujetos principales insistieron con grande ardor en que el Colegio se fundase al pie de la capilla de San Antonio distante de la plaza más de doce cuadras, y no en los solares que se habían comprado, los cuales estaban en sitio muy proporcionado para la fundación del Colegio. Por no querer yo consentir en su disparatado dictamen, me mortificaron mucho, creyendo que despechado abandonaría la empresa; mas con la perseverancia y paciencia, se vencieron imposibles. Muy en breve todos los que se opusieron a la fundación, acabaron con sus vidas, y algunos con muertes muy desastradas».

«En el año de 1764 estando ya en buen estado el Colegio de Misiones, acabada la iglesia y con suficiente vivienda, dejamos el hospicio de Santa Rosa y nos pasamos al nuevo convento, donde establecimos con más formalidad la vida regular».

«Después que se fundó el Colegio ha sido mucha la paz y concordia entre los vecinos, porque se ha procurado apagar con tiempo sus incendios. Grandes son los provechos y utilidades que han venido a Cali, con el Colegio de Misiones; todo se debe a San Joaquín, Patrono y Titular del Seminario».

Hasta aquí el Padre Larrea.

Sigamos ahora nuestro relato:

A las doce llegó el Padre Escovar. Grande fue la alegría que manifestó al ver a Daniel, y abrazándolo.

Párrafos tomados de la Relación de las Misiones que hizo el Padre Larrea, escrita por él mismo en Cali, en el año de 1770, la cual reposa en el archivo del Convento. El Padre Larrea murió en esta misma ciudad, en el año de 1773, a la edad de 73 años, y está sepultado en la iglesia vieja de San Francisco con muestras de mucho afecto, le preguntó:

—¿Cuándo viniste?

—Llegué anoche, señor, y vengo a darle las gracias por el señalado servicio que me ha hecho.

—Ya te esperaba, porque mis cartas a Santafé fueron escritas desde fines de Diciembre, desde el momento en que recibí la tuya. ¿Te dieron auxilios de viaje?

—Sí, señor, y he venido con tanta precipitación, a veces a pie, a veces a caballo, que me ha sobrado gran parte de la suma que me dieron.

—Ya averiguaremos quién...; pero mejor será no averiguar nada: «Mía es la venganza», dice el Señor. En ese momento sonó la campana del claustro llamando a la Comunidad al refectorio.

—Ya nos llaman, Daniel, dijo el Padre; vuelve a otra hora para que me refieras todo lo que te ha pasado por allá.

—Dígame, vuesa, Paternidad a qué hora debo volver, porque tengo que consultarle sobre un asunto muy importante.

—Ven esta noche a las ocho; porque ahora se cierra el convento hasta las dos; a esa hora rezamos Vísperas y Completas y salimos del coro a las tres; de esa hora en adelante iré al confesionario hasta las seis y de las seis hasta las ocho estaré en el coro.

—Bien, señor, vendré a las ocho.

Y Daniel se despidió del Padre, que lo abrazó de nuevo, y volvió a su casa.

Pasó la tarde en la más grande ansiedad, e impaciente por confiarle a su querido maestro y antiguo protector los tormentos de su alma, con la esperanza de hallar algún alivio; cenó muy temprano y desde las seis de la tarde se encaminó al convento, porque le parecía que con solo entrar en ese santuario del recogimiento y de la paz, se calmaba algún tanto la agitación de su espíritu.

Entró, pues, resuelto a esperar allí a que trascurrieran las dos horas que faltaban para la de su cita. Saludó al portero y fue pasando al primer claustro, esto es, a ese de la portería en donde estaba la escalera principal que conducía al piso superior. Se sentó en una de las primeras gradas, viendo desde allí el extenso patio sombreado por cuatro naranjos, que, sembrados hacía pocos años por los Padres, estaban ya bastante crecidos y frondosos.

Daniel oyó tocar en la torre, que distaba pocos pasos de él, las graves y lentas campanadas del *Angelus*, o sea el toque de la oración; al mismo tiempo oyó sonar la campana del claustro que llamaba a los frailes al coro. Al momento se fueron abriendo todas las puertas, que estaban cerradas, y de cada celda fue saliendo un fraile; ninguno de ellos echó llave a la puerta y todos, con paso mesurado y en silencio, se dirigieron al coro. Adelante iban los coristas, novicios y devotos, en formación, presididos por el Maestro de Novicios; los legos y los donados iban los últimos. El coro casi se llenó al estar reunida la comunidad.

Comenzó a oscurecer.

Daniel, sentado en la grada, que estaba ya en la oscuridad, veía el patio, alumbrado en parte por la luna y sombreado en parte por los naranjos; los claustros, altos y bajos, estaban sin luz. Desde la grada oyó Daniel rezar la corona en el coro y en la iglesia; terminada la corona, se siguió un silencio largo y profundo; era el silencio de la oración mental.

Al cabo de mucho rato tocaron las siete en las campanas de la torre, que estaba inmediata al coro, y la comunidad comenzó a rezar maitines.

Arrullado por ese canto lento y monótono, dejaba vagar su pensamiento por los años pasados de su vida, tan corta todavía y sin embargo tan llena ya de lágrimas. Envidiaba la paz del alma de que gozaban todos esos varones apostólicos, que habían tenido la fuerza suficiente para desprenderse del mundo y consagrarse a Dios. Allí veía hombres de alta alcurnia, de fortuna, de talento y de luces, que al separarse del siglo habían despreciado una brillante posición y grandes comodidades, tales eran los Padres Fray Joaquín Escovar y Fray Pedro Herrera. Recordaba que treinta años antes, en 1761, el Virrey de Santafé Don José Solís Folch de Cardona, Duque de Montellano, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, bajó una mañana de su espléndido palacio, subió en un coche y se hizo conducir al convento de San Francisco, y allí, de rodillas, pidió humildemente el hábito de lego, dejando toda su fortuna a los pobres; y que no valieron súplicas ni reflexiones para que desistiera de su intento; el Virrey profesó de lego y murió de fraile.

Esto lo sabía Daniel y en esto meditaba. «¿Por qué, se decía, no pedí yo el hábito ahora dos años cuando tenía libre mi corazón y no aspiraba a nada en el mundo? Hoy sería imposible; yo no vendría a este recinto sagrado sino a profanarlo con mis mundanos recuerdos y en vez de meditar en la eternidad, viviría pensando en *ello*. ¡Ya es imposible! Esta mansión de paz, colocada aquí entre las luchas de las pasiones de los hombres, como un oasis en medio del Desierto, no es para mí».

Daniel conocía muy bien el género de vida que llevaban los padres, porque durante cuatro años había concurrido a oír las lecciones que daba el Padre Escovar y se había hecho amigo de los coristas, novicios y devotos sus condiscípulos; los Padres mismos, acostumbrados a verlo allí, lo trataban con mucho cariño, y más de una vez se había quedado a comer y aun a dormir en el convento.

Sabía que a las cuatro de la mañana se tocaba el alba en la torre y que al mismo tiempo un lego recorría todos los corredores, altos y bajos, agitando una matraca, entraba en cada celda, porque a ninguna se le echaba llave, encendía la vela que encontraba en la mesa, salía despertando a todo el mundo y concluía por tocar la campana del claustro llamando a la comunidad; ya en ese momento había un farol encendido en cada claustro, en cada escalera, en

cada pasadizo; a veces a esa hora llovía a cántaros o bramaba la tempestad, y no obstante, todos, sin faltar uno, por anciano que fuera, iban saliendo de sus dormitorios con el capillo calado y cruzados los brazos, en dirección al coro, en donde puestos de rodillas permanecían en oración por una hora completa; y después de la oración rezaban Horas; y después de las Horas, decían misa.

Sabía que el día era consagrado al estudio, al confesonario, a la visita de enfermos, a auxiliar moribundos, a oír consultas, a dirimir contiendas, a restablecer la armonía entre las familias desavenidas, que era trabajo frecuente e improbo, y a tantas y tantas ocupaciones de beneficio público.

Recordando todo esto, Daniel se preguntaba; «¿qué compensación humana pueden tener estos santos varones que así se consagran en cuerpo y alma al servicio de Dios ya la utilidad de sus compatriotas? No es la mesa regalada, porque la mayor parte del año es de ayuno forzoso en este convento; no es el vestido rico y elegante, porque el hábito es de tosco sayal, y eso uno solo sin tener otro para mudarse, es de regla; no es el goce de un sueño largo y tranquilo, porque se acuestan a media noche o más tarde, obligados a emplear ese tiempo en escribir o estudiar sermones, y en salir en las altas horas de la noche a confesar y auxiliar a los agonizantes, sin excusarse jamás al ser llamados; ya el enfermo viva cerca o lejos, en la ciudad o en el campo, sea rico o pobre, libre o esclavo, ya haga buen tiempo, o ya llueva o truene; no es la esperanza de atesorar riquezas, porque ninguno maneja dinero, ninguno toca siquiera una moneda con su mano, pues que el estipendio de las misas lo recibe el Procurador y eso sirve para la subsistencia común. No es, pues, la vida descansada y muelle; no; las prácticas de trabajo y penitencia en este recinto venerado, son cotidianas, numerosas y austeras. Yo creo que en las famosas lauras del Desierto, en los tiempos de San Antonio Abad y demás cenobitas, no se hacía una vida más recogida y penitente. Aquí no hay más placer posible que el de la tranquilidad de la conciencia; lo demás es todo abnegación y sacrificio, trabajo y dolor».

Daniel tenía razón; así era entonces ese convento, y justo es reconocer que así ha sido siempre; todavía nosotros hemos alcanzado algunas reliquias de esos misioneros venerables, que no desdicen de la vida inocente y de las costumbres puras de sus predecesores.

No era, pues, esa institución rígida y severa la que convenía a Daniel en la situación de ánimo en que se encontraba. Todo cuanto dejamos dicho, lo repasaba en su imaginación con cierta especie de pesar, y concluía por decir suspirando; «yo pude ser como ellos; ahora, ¡ya es tarde!».

En este punto iba de sus meditaciones cuando observó que un lego encendía los faroles de los claustros altos y bajos, y los de las gradas; un momento después sonó la campana del claustro anunciando que los maitines habían terminado.

En efecto, la comunidad fue saliendo del coro en formación y en silencio en dirección al refectorio; allí iban los Padres Fray Mariano Camacho, Fray Bias Jaramillo, Fray José Joaquín Escobar, Fray Pedro Herrera, Fray Pedro Alomía, Fray Pascual Herdozaín, Fray Claudio Salcedo, Fray José María Valdés y, detrás de todos, Fray José Joaquín Polanco, Guardián en ese año.

La cena terminó en un momento, y el Padre Escobar entró en su celda; detrás entró Daniel.

La celda del Padre Escobar era exactamente igual a las demás; se componía de una salita y una pequeña recámara separada de la sala por un tabique; en la puerta de entrar a esa recámara en donde estaba la cama, había unas cortinas de zaraza morada a listas. En la sala había una mesa, en la mesa un estante con libros; en medio del estante un nicho y en el nicho un Cristo. Había además cuatro sillas de brazos, con guadamaciles de vaqueta.

El Padre ofreció una de esas sillas a Daniel y él se sentó a su lado en otra. Hizo que le refiriera todo cuanto le había sucedido desde su salida de Cali hasta el día de su regreso. Daniel le contó todo.

—Bien, pues, dijo el Padre, cuando Daniel concluyó su relación, al fin has vuelto a tu tierra bueno y sano; ¡loado sea Dios! Ahora dime el asunto importante sobre el que deseas hablarme.

—Lo que quiero decirle me causa tanta vergüenza, que no sé cómo empezar.

—Sea lo que fuere, ten buen ánimo; ¿crees que nosotros estamos aquí con el único destino de oír las virtudes de los hombres? No; nuestra misión es oír la relación de sus faltas o de sus desgracias, para absolverlos de las primeras si de buena fe lo piden, y para consolarlos de las otras si está en nuestra mano. Habla, pues.

—Señor, Doña Inés de Lara se va de monja.

—Sí, lo sé; pero ¿qué tiene qué ver ese monjío con tu asunto importante?

—Eso es lo que no me atrevo a decirle.

Al decir esto se llevó el pañuelo a los ojos; porque a su pesar se le salían las lágrimas.

—Pobre Daniel, dijo el Padre, ya sé lo que tienes; ¡has cometido la imprudencia de fijar tus ojos en Doña Inés de Lara y Portocarrero, sin tener en cuenta la eminencia de su clase y la humildad de la tuya!

—Sí, señor.

—¿Y qué quieres que yo haga? Indícame.

—Quisiera que vuestra Paternidad la disuadiera de ese intento.

—¿Y qué conseguirías tú con eso?

—Nada, pero ella continuaría viviendo en la hacienda y yo sirviéndole a Don Manuel, y siquiera podría verla alguna vez; porque cuando pienso que se va... y que se va de monja... y que se va para siempre... y que no volveré a verla jamás, jamás se me destroza el corazón y quisiera morirme antes que tal suceda.

Y Daniel lloraba sin consuelo.

—¡Pobre Daniel! ¿Y sabes si ella acepta tu amor?

—Creo que sí, y que por eso se va.

—¡Amor, amor! Murmuró el padre, como hablando consigo mismo, ¡fuerza misteriosa e irresistible, origen de la vida y manantial de lágrimas! ¡Dichoso el que conociendo su debilidad y el poder de tus tormentos se refugia en tiempo aun puerto seguro, como me he refugiado yo! ¡Pobre Daniel!

El Padre guardó silencio y quedó por un rato como distraído viendo el suelo.

Al fin levantó los ojos y dijo:

—Haré por ti cuanto me sea posible. Ahora vete, y dile de paso a Don Manuel Olaya que me preste mañana su caballo para ir a Cañasgordas; tú vendrás a las ocho para que me acompañes. Don Manuel, mi compadre, ha estado aquí, pero se fue esta tarde. Vete y pídele a Dios que nos proteja.

Daniel besó la manga del hábito del Padre, como lo hacían todos, y salió ya con alguna esperanza. Su única aspiración era obtener que Doña Inés desistiera del propósito de hacerse monja.

Al salir Daniel de la celda, dijo el Padre: «¡verdaderamente que ningún mortal sabe cuál será la ocupación que Dios le tiene señalada para el día de mañana!».

 Interactivo



Confidencias

Al día siguiente a las diez de la mañana fue entrando el Padre Escovar por el patio de la hacienda, acompañado de Daniel.

Tanto las señoras como los criados se alegraron de ver llegar al Padre, a quien no esperaban ese día, y su alegría subió de punto cuando vieron a Daniel, de cuya aparición tenían ya noticia por Don Juan Zamora. Entre las señoras estaba Doña Inés, y todas a una le pidieron les explicara esa su desaparición misteriosa, lo que él hizo de buena voluntad y extensamente porque Doña Inés estaba allí y lo oía. Ella lo miraba con semblante entre alegre y triste; alegre porque lo veía en ese momento, y triste porque pensaba que pronto dejaría de verlo.

Mientras él contaba sus aventuras, el Padre se dirigió al cuarto de Don Manuel, que no había sentido su llegada, ya quien encontró leyendo.

Don Manuel recibió a su compadre con muestras de gran placer y le dijo:

—¿A qué circunstancia debo esta agradable sorpresa, cuando no esperaba que viniera hoy, y eso que ayer nos vimos en Cali?

—Va a saberlo vuestra merced, pero antes dígame ¿cómo está y cómo encontró a la familia?

—Estoy bueno y ella buena, a Dios gracias, ¿permanecerá vuestra Paternidad con nosotros siquiera hasta mañana?

—No, compadre, me volveré al convento esta tarde; la diligencia que me trae es corta, pues se reduce a tener una ligera conferencia con vuestra merced; pero me permitirá que descance un rato.

—Hace bien, compadre; sabe que esta es su casa, y que cuanto más se demore en ella, tanto mayor será nuestra satisfacción.

A estas frases de cortesía se siguió un rato de conversación sobre diferentes asuntos, hasta que el padre, viendo un reloj que había sobre la mesa, dijo:

—Van a ser las once y quiero tratar mi asunto antes de comer. ¿Sabe compadre que ya pareció Daniel?

—Sí, compadre, me lo dijo Zamora; pero ¿en dónde está? ¿Y en dónde estaba?

—Está aquí, pues ha venido conmigo, y ha estado en Cartagena.

—¿Y cómo fue a Cartagena?

El padre refirió todo lo que Daniel le había contado, Don Manuel se puso furioso al saber la violencia que se había ejercido sobre su Secretario privado y juró que averiguaría bien el asunto y haría castigar al culpable.

—Pero ¿en dónde está Daniel, que no viene a saludarme?

—Está con las señoras; yo le ordené se estuviera allá hasta que lo llamara.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—Dígame, compadre, ¿por qué no se casó Doña Inés con Don Fernando de Arévalo?

—Porque no quiso, pues yo ofrecí darle mi consentimiento si ese sujeto le agradaba. No le agradó, de lo cual me alegro, porque mi ahijada merece algo mejor.

—Vengo a confiarle a vuestra merced un secreto, pero es con la condición de que lo oirá con calma. ¿Me promete no exaltarse por lo que le diga?

—Basta, compadre, con que vuestra Paternidad me lo exija.

—Yo le diré, pues, por qué Doña Inés no se casará con nadie y por qué va a hacerse monja.

—Hable, compadre.

—Daniel es un hermoso joven, gallardo, inteligente e instruido, de muy finos modales y de excelente conducta.

—Todo eso es verdad.

—Ahora bien, Daniel se ha enamorado de Doña Inés (no se exalte, compadre, déjeme concluir) y ella ha adivinado ese amor, a pesar de que él la ha tratado siempre con religioso respeto; ella tal vez se siente inclinada a él, conoce la

desigualdad de condiciones, ha perdido la esperanza y ha resuelto hacerse monja. Vuesa merced sabe que el claustro es el refugio de los corazones dolientes, el sepulcro de los amores desgraciados.

—Muy bien hecho que se haga monja; ahora apruebo con toda mi alma su resolución.

—¿Pero así tan imposible es que se casen?

—¿Imposible? De todo punto, compadre. Ha hecho muy mal ese mozo en levantar sus pensamientos a tanta altura. ¿Casarse él con ella? No toleraría yo jamás semejante escándalo.

—Ya sé, compadre, que vuesa merced defiende a todo trance los fueros de la nobleza, y que cree honradamente que la unión de una señorita de tan elevada alcurnia con un mozo plebeyo, sería, como vuesa merced dice, un escándalo; pero...

—Además, oiga vuesa Paternidad esto:

Diciendo así, se acercó a la mesa, abrió un cajón, sacó un documento escrito en papel sellado, lo desdobló y dijo:

—Este es el testamento de mi compadre Don Sebastián de Lara (que de Dios goce); oiga vuesa Paternidad la cláusula sexta:

«Ítem: nombro a mi compadre el señor Alférez Real Don Manuel de Caicedo y Tenorio, tutor y curador de mi mencionada hija única Doña Inés de Lara y Portocarrero, con amplia administración de los bienes que le dejo; y ruego a mi dicho compadre que cuando lo creyere conveniente, trate de colocarla en matrimonio, siempre que ella quiera, pero ha de ser con algún sujeto principal, de noble linaje y honrado, y que tenga por lo menos, tanto caudal como tiene ella. Pongo esta condición, no por apego a los bienes de fortuna, sino para impedir que algún noble arruinado llegue a tomarla por esposa, movido por la codicia y la necesidad y no por amor, pues de este modo mi hija sería indudablemente desgraciada. Encargo a mi querido compadre encarecidamente el fiel cumplimiento de mi última voluntad en esta parte».

Don Manuel colocó el testamento sobre la mesa y continuó diciendo:

—Ya ve, pues, vuesa Paternidad, que no solo defiendo los fueros de la nobleza, como es de mi deber, sino que cumple también, como hombre honrado, la posteriora voluntad de un moribundo.

El Padre, luego que oyó esta cláusula, estuvo unto pensativo, diciendo por lo bajo: *¡Vanitas vanitatum!* De repente, fijando los ojos en Don Manuel, que estaba sentado frente a él, le preguntó:

—Compadre, ¿se acuerda vuesa merced de Dolores Otero?

—¿Dolores Otero? repitió Don Manuel, poniéndose de pie: ¿Dolores Otero? ¿Qué nombre ha pronunciado vuesa Paternidad? ¿Cómo sabe ese nombre? ¿Por qué lo ha pronunciado?

La agitación de Don Manuel era notable; así como la ansiedad con que esperaba la respuesta.

—Compadre, respondió el Padre Escovar, hace muchos años guarda vuesa merced ese secreto, secreto ajeno y no suyo, y piensa que nadie más en el mundo lo sabe; sin embargo, además de vuesa merced, hay otra persona que lo conoce; esa persona soy yo.

—¿Cómo llegó vuesa Paternidad a saber el tal secreto?

—Ahora se lo diré; y hay una diferencia entre los dos, y es que vuesa merced solo sabe una parte de la historia, mientras que yo la sé toda. Cuénteme lo que sabe, y enseguida le contaré lo que yo sé, que es mucho más.

—No tengo inconveniente, compadre, antes me alegro de hallar al fin una persona de toda mi confianza, como lo es vuesa Paternidad, con quién poder hablar de esos tristes recuerdos.

Don Manuel se recogió un momento dentro de sí mismo, como ordenando sus ideas, y luego habló así:

—«Hace de eso veinticinco años, pero todo lo recuerdo con tanta viveza como si hubiera sucedido ayer. ¿Conoció vuesa Paternidad a Don Henrique de Caicedo?».

—Sí, compadre, lo conocí, pues apenas hará diez años que murió.

Precisamente, compadre, en este mes de Junio en que estamos, hace diez años que murió violentamente. Bien, pues; Don Henrique de Caicedo era mi primo; descendía en línea recta de Don Nicolás Caicedo Hinestrosa y de Doña Marcela Jiménez de Villacreses, mis abuelos.

Don Henrique hacía estudios de Derecho en la ciudad de Quito; y cuando ya estaba próximo a coronar su carrera, vino aquí de paseo en unas vacaciones. ¡Qué joven aquel tan gallardo! ¡Qué talento tan claro, qué corazón tan magnánimo, qué alma tan noble! Carácter suavísimo, trato afable, maneras corteses, todo lo tenía. Jamás hombre alguno ha ejercido sobre mi espíritu una influencia más grande. Yo lo amaba como si fuera a mi hijo, pues yo era mucho mayor que él. A todas horas del día y de la noche estábamos juntos, porque si él no me buscaba, yo lo buscaba a él. No quisiera acordarme de los sucesos de aquel tiempo; ya ese paso; ningún incidente, por insignificante que parezca, se me olvida. Había entonces en Cali, en el barrio del Gran Padre San Agustín, una muchacha plebeya de peregrina hermosura, llamada Dolores Otero, a quien los pocos que la conocían le habían dado el sobrenombre de *la Flor del Vallano*. Ella competía con las doncellas de la nobleza en dignidad y en recato; pero, francamente, ninguna muchacha noble había que pudiera competir con ella en la seductora gracia de su rostro y de su talle.

Mi primo conoció a Dolores Otero una tarde, al salir de la salve que se canta en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes todos los sábados.

La pasión que concibió por ella fue la más violenta que haya dominado jamás el corazón de un mortal. Don Henrique no tenía secretos para mí, y estoy refiriendo a vuesa Paternidad lo mismo que él me refirió en el seno de la más íntima amistad.

No le diré ahora todo lo que él hizo para entrar en la casa de su amada y relacionarse con ella y con su padre. Ella no tenía madre, y su padre, que frisaba en los sesenta y cinco años, estaba enfermo de reumatismo y no se movía de su aposento. Una criada vieja les servía, y no había otra persona alguna en la casa. Esa familia era pobre y vivía únicamente del trabajo de Dolores, que era la mejor costurera del barrio y la más solicitada.

La casa se componía de un angosto zaguán, un corredor, una sala y un aposento. En el extremo del corredor había un cuarto bastante espacioso, que era el costurero de Dolores y que tenía comunicación con la sala. En ese cuarto dormía ella, la criada en la sala y el enfermo en el aposento.

Luego le diré cómo vine yo a conocer esa casa ya ser en cierto modo actor en esos tristes amores.

Mi primo me daba cuenta día por día de los progresos o más bien de las dificultades de su amorosa empresa, y todo lo que me refería lo recuerdo ahora como si estuviera oyéndolo, lo cual consiste en que nunca he dejado de pensar en eso.

Comenzó, pues, a perseguir a la pobre muchacha con su amor desesperado y loco; pero en esa plebeya de diez y ocho años encontró una roca.

Argumentos, ruegos; obsequios, promesas; todo fue inútil, y esa resistencia, como sucede siempre, daba mayor incentivo al fuego que lo devoraba.

Una noche, cuando él pensaba haberla convencido con su elocuencia, ella le dijo; usted es un caballero noble, primo del orgulloso señor Alférez Real, rico y bien educado; yo soy una muchacha de humilde nacimiento, pobre y sin más instrucción que la del Catecismo, pero esta me basta. Siendo tan humilde como soy, no tengo más adorno ni más riqueza, ni más dote que mi honra; si esta la pierdo, todo lo he perdido; si la conservo todo lo he ganado, ya ninguna señora le envidio nada, porque me considero rica y noble y me siento orgullosa. No olvide, pues, usted su calidad ni la mía, y déjeme tranquila.

Él se quejó de su insensibilidad y de lo poco en que estimaba su ardiente amor; y ella le contestó que no era insensible sino esclava de su deber; que había un joven carpintero, muy honrado y bien parecido, que le había propuesto matrimonio, y que tal vez lo aceptaría por esposo porque era de su clase y del gusto de su padre.

Esta noticia puso el colmo a la pasión del desairado amante. Ya he dicho que él era de carácter suave; pero esto no impedía que fuera enérgico y resuelto llegado el caso. Además, en medio de tantas bellas prendas tenía un gran defecto, porque nada hay completo en esta vida; mi primo hacía poco caso de los timbres de su raza.

Resolvió, pues, casarse con ella y al momento se lo propuso; pero ella, muchacha juiciosa, rechazó tal proposición como un disparate y le hizo mil observaciones. Esa noche no pudo obtener que ella aceptara la propuesta. Compadre, en esa gente plebeya hay corazones orgullosos, almas castas y virtudes desconocidas».

—¿A mí me lo dice, compadre? contestó el Padre Escovar. Continúe vuestra merced.

—La lucha continuó por varios días, hasta que consiguió comunicar al pecho de ella la pasión que ardía en el suyo.

Al fin convino en casarse. Pero él le hizo ver que todavía era hijo de familia, que su madre no daría su consentimiento para ese matrimonio, y que era preciso celebrarlo con el mayor secreto, sin que nadie llegara a sospecharlo siquiera; pero que él tenía ya veinticuatro años, y que al cumplir los veinticinco publicaría su enlace y la presentaría al mundo como su esposa legítima.

En efecto, la madre de Don Henrique (él ya no tenía padre, pues lo había perdido siendo aun muy niño), no habría aprobado jamás una unión tan desigual, porque era una señora de muy alta calidad y, como tal, orgullosa; y que comprendía, como era justo, los fueros de la nobleza y defendía con terquedad las preeminencias de su familia.

Las condiciones puestas por Don Henrique suscitaron nuevas dificultades; pero acertó a pasar por esta ciudad un caballero quiteño, que regresaba de Santafé a Quito y que era amigo de Don Henrique; este resolvió aprovechar esa ocasión para irse acompañado, porque ya habían terminado las vacaciones. Cuando Dolores supo que su amante había de partir dentro de quince días, sintió profundo pesar porque realmente lo amaba y en esa situación de ánimo se prestó a hacer lo que él le exigía.

Esto que llevo dicho hasta aquí me lo contó mi primo Don Henrique; de lo que sigue fui testigo presencial, aunque contra mi gusto.

Sucedió, pues, que una noche, a eso de las diez, estando yo en mi cuarto, se me presentó Don Henrique acompañado del caballero quiteño con quien debía hacer su viaje, y que era ciertamente un sujeto decente e ilustrado. Don Henrique me dijo:

—Primo, vengo a exigir de usted un gran servicio, el más grande que pudiera concederme jamás.

—Habla primo, bien sabes que estoy siempre a tu disposición.

—He resuelto casarme con Dolores.

—¿Casarte con Dolores? exclamé con el mayor asombro; ¿casarte con Dolores? ¿Estás loco? ¿Piensas siquiera en lo que dices?

—Lo tengo bien pensado y es cosa resuelta.

—Pero ¿no piensas en tu madre? ¿Ni en las obligaciones que te impone tú ilustre sangre? ¿Ni en las exigencias de la nobleza? ¿Ni en la oposición de todos tus parientes?

—En todo eso he pensado, primo; y he venido a convencerme de que mi amor es más grande que todas esas dificultades. Me casaré; no habrá poder humano que me lo impida.

—Haz lo que se te antoje, contesté yo con impaciencia. En ese desagradable asunto me lavo las manos.

—No, primo, replicó Don Henrique, no se lavará usted las manos, pues el favor que he venido a pedirle no le permitirá eso.

—¿Y cuál es ese favor?

—Que me sirva usted de padrino en unión de mi amigo Don Juan que está presente.

Al oír tal petición, salté de mi asiento como lanzado por un resorte. ¡Por la virgen Santísima! Exclamé; ahora sí no me queda duda de que has perdido el juicio. ¿Yo padrino de ese matrimonio tan desigual? ¿Autorizar yo con mi presencia semejante despropósito? ¡Jamás!

—Oiga usted, primo, me dijo con la mayor dulzura; yo quiero que mi casamiento se haga en secreto, porque mi madre, en su orgullo, moriría de pesadumbre si llegara a saberlo. Siendo usted uno de los testigos, nada tengo que temer, pues Dolores guardará el secreto porque me ama; el Sacerdote lo guardará, por su ministerio, pues yo se lo he exigido; usted y Don Juan lo

guardarán, porque son caballeros. No quiero que intervenga mujer alguna, porque con una que lo sepa, aunque sea con el carácter de madrina, bastará para que lo sepa todo el mundo.

—Pero ¿cómo es que temes que tu madre muera al saberlo ahora, y no temes que muera más tarde cuando al fin lo sepa?

—Yo he resuelto casarme ahora; ir a Quito a coronar mi carrera; regresar dentro de un año, y entonces recoger a mi esposa y trasladarme con ella a Quito, llevándola en secreto. Allá será bien recibida por toda la nobleza. Usted sabe que tengo patrimonio propio.

—Haz lo que quieras; yo no me meto en tus calaveradas.

—Bien, primo, dijo Don Henrique, poniéndose de pie; perdone usted. Veo ciertamente que por mucho que me quiera, el servicio que le pedía es demasiado costoso para su carácter, y yo no debo abusar. Adiós, primo.

Diciendo esto, se volvió a su compañero y le dijo:

—Vamos, Don Juan; cualquier vecino a quien hagamos levantar de la cama, será el otro testigo. El secreto será imposible; así lo querrá Dios. Vamos, que el Padre espera.

Y se dirigió con su compañero a la puerta.

Al verlo salir y al comprender cuánto iba sufriendo esa alma nobilísima por mi ruda franqueza, tuve un momento de debilidad, muy rara en mí, pero que prueba cuánto amaba yo a ese mozo.

—Espérame, Don Henrique, le dije (y tomé mi sombrero, mi capa y mi espadín); no se dirá que te niego el único favor que hasta hoy me has exigido. Muy costoso es, pero te lo concedo, suceda lo que sucediere.

Mi primo me esperó, apretó mi mano con efusión, y salimos a la calle. Eran las once de la noche, pues el altercado entre mi primo y yo había durado una hora; todo el mundo dormía ya, y la ciudad descansaba en el más profundo silencio.

La noche estaba muy oscura; seguimos los tres igualmente embozados en nuestras capas haciendo el menor ruido posible; nadie andaba por las calles a esa hora; a nuestro paso ladraban los perros en todos los solares amenazándonos por entre los palenques de guadua.

Nos dirigimos al barrio de la Ermita; una cuadra abajo de esa iglesia, en un caserón viejo que tiene un balcón, vivía el Padre Andrade, sacerdote más que sexagenario. Tocamos suavemente en el portón y el Padre mismo, que nos había visto desde el balcón, nos abrió la puerta porque estaba esperándonos y toda su familia dormía ya.

Mi primo le había rogado que lo casara, encargándole el secreto y diciéndole que tenía todas las dispensas, porque en efecto las había pedido al Ilustrísimo señor Obispo.

El Padre tomó su sombrero y su bastón, y envuelto en su manteo siguió con nosotros por la calle de San Agustín abajo.

Llegamos a casa de Dolores. Eran más de las once de la noche. Su anciano padre dormía ya en su aposento y la criada en la sala; Dolores nos esperaba en su cuarto.

La escena que había pasado en mi casa entre mi primo y yo, me había comunicado cierta sensibilidad que me hacía percibir emociones antes desconocidas. La casa de Dolores me pareció muy modesta, pero el cuarto de ella muy aseado. Estaba completamente sola; una vela de sebo ardía sobre una mesita costurera. Cuando llegamos a la puerta del cuarto, se puso de pie para recibimos. Y fue grande su asombro al verme allí haciendo el papel de padrino.

Por mi parte confieso que al ver tan soberana belleza, disculpé el frenético amor de mi primo. La examiné de pies a cabeza y sentí cierta especie de ternura al verla asustada y pálida, y al observar que la pobre muchacha se había puesto, para solemnizar ese acto tan serio para ella, su vestido del día domingo que era muy modesto y sencillo, y de tela de poco valor, propio de una doncella tan pobre. La saludé con cariño, pues me seducía su recato, y en seguida se celebró la ceremonia. Dentro de diez minutos estaban ya casados.

Antes de retirarnos, Don Henrique le dijo a la que ya era su esposa, las siguientes palabras delante de nosotros:

—Este matrimonio no se sabrá por boca del Padre que es persona de toda confianza, ni por los padrinos que son caballeros y han prometido guardar el secreto, ni por mí, que no lo publicaré sino en tiempo oportuno. El único peligro está en ti misma: ¿me juras por la salvación de tu alma no revelarlo a nadie, en ningún caso, hasta que yo lo publique? Ella contestó mansa y dulcemente; sí lo juro. Ahora, dijo mi primo, quedo tranquilo.

Quince días después partió mi primo para Quito.

Yo no volví a la casa de Dolores para no dar sospechas.

Un poco más de ocho meses haría que mi primo había partido, cuando un día, estando en la mesa, me dijeron:

—Hoy ha muerto una de las doncellas más hermosas de Cali.

—¿Cuál ha sido esa?

—Una a quien llamaban *la Flor del Vallano*. Indecible fue el terror que me causó semejante noticia, pensando en mi pobre primo.

—¿De qué moriría? pregunté.

—Dicen que de reumatismo.

Mi terror creció cuando un mes después se me presentó mi primo, que no había podido tolerar una ausencia que le parecía tan larga.

Inútil es decirle ahora todos los excesos del dolor del infeliz Don Henrique; bástele saber que por mucho tiempo estuvo en peligro de volverse loco. No volvió a enamorarse de mujer alguna, y hasta que murió vivió siempre melancólico.

Años después perdió a su madre, y entonces quiso realizar un proyecto de que me hablaba constantemente; quería viajar por España.

Vendió, con tal fin, todos sus bienes y redujo el valor de ellos a onzas de oro ya oro en polvo; todo ascendía a treinta mil patacones.

Ya en vísperas de partir, se celebraron en Cali esas detestables fiestas de San Juan, en que se cometían tantas locuras. Los amigos de Don Henrique le exigieron con instancias que, a la despedida, los acompañara una tarde; montó en

un brioso caballo, y corriendo por la calle de Nuestra Señora de las Mercedes, al doblar una esquina, en un empedrado, fue lanzado por el caballo contra las piedras. Lo levantaron como muerto y llamaron al Prior de San Juan de Dios para que lo asistiera como médico; el Prior declaró que moriría, y que era preciso dispusiera lo relativo a su alma y a sus bienes. Se le administraron los sacramentos, y después de esto otorgó su testamento en el cual me nombró de universal heredero.

Mi pobre primo murió a los pocos días.

Su caudal, como he dicho otra vez a vuesa paternidad, está intacto, en los mismos baúles en donde lo dejó.

Tal es la triste historia del malogrado Don Henrique de Caicedo; uno de los caracteres más nobles que ha producido mi familia.

Ahora dígame, compadre, ¿por qué ha nombrado vuesa Paternidad a Dolores Otero? Pues semejante mención no ha podido menos de causarme sorpresa».



El resto de la historia

Cuando Don Manuel terminó su relación, tomó la palabra el Padre Escovar y habló así:

—Voy a satisfacer, compadre, su curiosidad. Solo hace cinco años que por una casualidad vine a ser partícipe de ese secreto.

El Padre Andrade murió octogenario, hace cinco años.

En los últimos días de su enfermedad solía ir yo por las tardes a visitarlo y consolarlo, pues sentía particular placer en conversar conmigo.

En esas conversaciones me refería algunos sucesos raros de su larga vida de sacerdotes.

Una tarde me dijo:

—«Vengo a revelar a vuestra Paternidad un hecho curioso, que ha sido hasta hoy un secreto y que como tal se lo cuento, aunque ya no hay motivo para guardarlo. Sepa, pues, que el señor Don Henrique de Caicedo se casó secretamente, hace como diez y ocho años, con una muchacha mestiza, del Vallano, llamada Dolores Otero: yo los casé. Cuando él me rogó presenciara su matrimonio, encargándome el secreto mientras llegaba a su mayor edad, me dijo que tenía todas las licencias necesarias. La noche del matrimonio, a tiempo de proceder a casarlos, me entregó un pliego cerrado pero no pegado, que según él, contenía las licencias. Yo recibí ese pliego y sin leerlo lo guardé y celebré el matrimonio. Al fin del mes quise entregar ese pliego al Señor Cura Doctor Don Francisco Javier de Nagle, para que asentara la partida en los libros parroquiales; pero al abrirlo encontré solamente la dispensa de las moniciones canónicas, y no la licencia del párroco Doctor Nagle, que era indispensable para la validez del matrimonio. Esta circunstancia me mortificó muchísimo, porque comprendí que yo había cometido una gran falta en no haber exigido de los contrayentes esa licencia del Cura. Sin embargo, me consolé pensando que el Doctor Nagle realmente la habría dado, y que Don Henrique habría olvidado recibirla. Fui, pues, a ver al Doctor Nagle y le pregunté de una manera disimulada cuántos matrimonios había celebrado en ese mes; y me dijo; (tantos). ¿Y no le ha dado vuestra merced licencia a algún otro sacerdote para celebrar

alguno? Me dijo que no. Me convencí, pues, de que había obrado de ligero al no examinar el pliego que me entregó Don Henrique, y comprendí también que este señor no sabía que era necesaria la licencia del Cura para que el matrimonio fuera válido; pues vuestra Paternidad sabe que según lo ordena el Santo Concilio Tridentino, todo matrimonio debe celebrarse *presente Parroco*. Por fortuna para mí, la cosa era fácil de remediar, pues bastaba advertirle a Don Henrique que ese matrimonio era nulo y que debía en conciencia revalidarlo. Fui a buscar a Don Henrique, y supe con gran disgusto que el día anterior había partido para Quito. Entonces resolví esperar a que volviera, seguro de que él repararía inmediatamente la falta, porque era hombre muy honrado y muy cumplido caballero. La desgracia quiso que la muchacha muriera a los ocho o nueve meses, de suerte que cuando Don Henrique regresó, la encontró ya sepultada; y el padre de ella, anciano paralítico, murió en seguida, tal vez de pesadumbre. No tuve, pues, necesidad de decirle nada».

—Esto, añadió el Padre Escovar, me refirió el Padre Andrade; pero yo sé por conducto fidedigno, que Dolores no murió de reumatismo sino a consecuencia de alumbramiento: ella dio a luz un niño.

—¿Un niño? repitió Don Manuel, alzándose violentamente del asiento; ¿un niño? ¿Y en dónde está ese niño?

—Ese niño, contestó tranquilamente el Padre Escovar, murió con su madre.

—¡Desgracia! ¡Desgracia! Murmuró Don Manuel, dejándose caer desalentado en la silla.

—Más vale, compadre; ese niño no tenía padre legítimo, puesto que el matrimonio de sus padres fue nulo.

—Se equivoca vuestra Paternidad, replicó Don Manuel con exaltación; ese niño era hijo legítimo de Don Henrique de Caicedo. Si a ese matrimonio le faltaba una licencia, cuyo requisito mi primo ignoraba, él lo habría revalidado si Dolores no hubiera muerto. Sí, compadre: esto puedo jurarlo, porque mi primo contrajo ese enlace de buena fe, y nunca pensó en engañar a esa pobre muchacha. Sí, a mí me consta, yo fui testigo de su honrado y sincero amor y de su matrimonio, así como lo fui también de que por poco no enloquece al saber la muerte de su legítima esposa. Ojalá viviera ese niño, y vería vuestra Paternidad si Don Manuel de Caicedo es hombre de bien y sabe reconocer su sangre.

Diciendo así se golpeaba el pecho con la mano.

—Me alegro mucho, dijo el Padre Escovar, de que vuesa merced abrigue tan generosos sentimientos; siendo eso así, ya puedo hablar con seguridad y franqueza. Compadre, ese niño vive.

—¿Vive? ¿En dónde está?

—Está aquí, en su casa; ese niño es Daniel.

—¿Daniel? repitió Don Manuel asombrado.

Y dirigiéndose a la puerta gritó:

—¡Daniel, Daniel!

—Espere un poco, compadre, no se precipite; me falta decirle cómo sé que Daniel es hijo de Don Henrique de Caicedo y de Dolores Otero.

—Basta con que vuesa Paternidad lo asegure.

—No, compadre; oiga; Doña Mariana Soldevilla, que es quien ha criado a Daniel y de quien he sido siempre director y consejero, era madrina de Dolores y sirvió a esta en el acto del alumbramiento. Dolores le entregó el niño, al nacer, tarde de la noche, rogándole se lo llevara consigo, para que el anciano padre de ella, que estaba enfermo, no fuera a oírlo llorar; y le entregó también un paquete de cartas para que se las guardara, si acaso se empeoraba. Le rogó encarecidamente le guardara el secreto, hasta que el padre del niño ocurriera por él, si ella moría. Pero no le dijo que era casada ni quién era el padre de esa criatura; al día siguiente se sintió Dolores muy mala y mandó llamar a su madrina, sin duda para revelarle todo; más cuando Doña Mariana llegó a la casa de la enferma, la encontró ya desmayada, y a poco rato murió. Todos creyeron que había muerto de reumatismo, porque, ella había fingido tener esa enfermedad, diciendo que era dolencia común en su familia; y hacía esto para estarse en la cama y ocultar la situación en que se hallaba. Esto hace ya veinticuatro años. Mucho después, ahora seis años, cuando vine a ser el director de Doña Mariana, me confió ese secreto y me presentó las cartas, para que viera si de ellas resultaba alguna luz acerca del padre de Daniel; pero las cartas están firmadas, al parecer, con un nombre supuesto, y fechadas en Quito. Véalas aquí.

El Padre Escovar entregó un paquete como de ocho cartas, las que recibió ansiosamente Don Manuel, diciendo:

—Estas cartas son de mi primo, esta es su letra, y estas pasaron por mi mano a la de Dolores, pues venían inclusas en las que él me escribía; sí, ellas son; aquí está el seudónimo con que él firmaba, porque así habían convenido.

Don Manuel las examinó un rato, y en seguida las introdujo en un cajón con marcado respeto. El Padre continuó:

—Un año después, esto es, ahora cinco, me reveló el Padre Andrade la otra parte del secreto; pero viendo que el matrimonio de Don Henrique había sido nulo, comprendí que nada podía hacer yo en favor de Daniel con relación al reconocimiento como hijo de Don Enrique.

Entonces, movido a compasión, lo tomé como discípulo para instruirlo y educarlo, y más tarde lo coloqué aquí al lado de vuesa merced, esperando que sería bien tratado y que la sangre haría su oficio. Esta es la historia. Daniel es, pues, hijo legítimo de un noble y por consiguiente es noble, puesto que según nuestras leyes, la nobleza la da el varón.

Cuando el Padre acabó de pronunciar estas palabras, ya Don Manuel, con la actividad propia de su carácter, estaba en la puerta, y abriéndola, dijo:

—Roña, di a Doña Inés y a Daniel que vengan.

Don Manuel se manifestaba sumamente excitado. Un instante después entró Daniel el primero. Don Manuel lo abrazó estrechamente y luego lo separó de sí y se puso a contemplarlo. Ese examen terminó por una sonrisa de satisfacción; solo en ese momento se había dado cuenta de que Daniel se parecía mucho a su primo Don Henrique; y entonces comprendió por qué le había caído tan en gracia ese muchacho desde el primer día.

—Siéntate, Daniel, le dijo, tenemos que hablar.

A ese tiempo fue entrando Doña Inés con la majestad de una reina; seria, pálida, impasible; ya nada en el mundo le importaba nada.

Don Manuel le presentó un asiento; y sin más rodeos abocó la cuestión.

—Doña Inés, ¿es verdad que vuesa merced quiere casarse con Daniel?
 Era esta la primera vez que la trataba con esa cortesía.
 Doña Inés se alarmó, se puso todavía más pálida y contestó con insegura voz:
 —¿Quién ha dicho tal cosa? ¿No sabe su merced que mi intención es hacerme monja? ¿Podría una novicia abrigar semejantes deseos? ¿Puedo yo, después de la resolución que he tomado, amar lícitamente a nadie en este mundo?
 Al decir esto y al ver que Daniel estaba allí y la oía, y al pensar que sin quererlo le estaba destrozando el corazón, se le oprimió el suyo de tal manera que no pudo resistir y rompió en llanto a sollozos y se cubrió el rostro con el pañuelo.
 Don Manuel la dejó llorar, y volviéndose a Daniel le dijo:
 —¿Y tú también lo negarás? ¿No es cierto que quieres casarte con Doña Inés?
 Daniel que tenía ya el valor que puede dar un año de vida militar y que en ese momento sentía los tormentos del infierno viendo llorar a Doña Inés sin poder consolarla, contestó:
 —Yo no aspiro a casarme con ella, porque no la merezco; que si la mereciera y ella me amara, me casaría ahora mismo aunque me costara la vida.
 —Compadre, exclamó Don Manuel volviéndose al Padre Escovar, oiga cómo contesta este muchacho; no hay duda, esa es mi sangre; la reconozco.
 Dirigiéndose en seguida a Daniel le dijo:
 —Daniel, acabo de saber, por mi compadre Escovar, quiénes fueron tus padres; eres hijo legítimo de un grande amigo mío, de mi misma familia, y llevas un apellido ilustre unido a una considerable fortuna. Ahora puedes escoger la esposa que quieras; no será ciertamente tan hermosa ni tan arrogante como Doña Inés; eso no, yo soy justo; pero buscaremos una que se le asemeje entre lo más selecto de la nobleza de Cali; ninguna señorita, quienquiera que sea, te negará su mano; yo mismo seré quien la pida. No te aflijas, pues, porque Doña Inés no quiera casarse contigo.
 —Sí, sí quiero, dijo Doña Inés en voz baja, enjugándose las lágrimas.

—Ah, picaruela, dijo Don Manuel viéndola y sonriéndose con ella; ¡sí, sí quiero! Ya sabía yo que sí querías, y que por no poder hacerlo te entrabas de monja. Esa resolución te hace grande honor, y ahora te quiero mucho más que antes. Ven acá Daniel; Inés, dame tu mano.
 Poniendo esa blanca y pequeñita mano de Doña Inés en la mano de Daniel, dijo:
 —Daniel, yo te otorgo la mano de mi ahijada Doña Inés de Lara y Portocarrero. Inés, hija mía, jamás pensé que llegaría a darte esposo tan de mi gusto; es noble y es rico; la voluntad de mi compadre Don Sebastián queda cumplida. Te casarás en el mes entrante, el mismo día en que debías partir para el convento.
 Daniel se inclinó y besó la mano de Doña Inés primero y después la de Don Manuel.
 En ese momento, esos dos jóvenes, que habían entrado allí pálidos y abatidos, aparecían encendidos y radiantes de felicidad.
 El Padre Escovar expresaba en su semblante una beatitud inefable; tenía elevados los ojos, y parecía que a través del techo estaba viendo el cielo; y bendecía el poder divino murmurando por lo bajo, en latín, los siguientes versículos de un salmo:
 «Tú abriste las fuentes y los arroyos; tú secaste los ríos de Ethán,
 Tuyo es el día y tuya es la noche; tú fabricaste la aurora y el sol,
 Tú hiciste todos los términos de la tierra; el estío y la primavera tú los formaste».
 Volviendo Daniel de su arroamiento, le preguntó a Don Manuel:
 —¿Quiénes son mis padres, señor?
 —¿Tus padres? Ya lo sabrás; mi compadre te lo explicará todo.
 —Pero ¿mi apellido? Dígame siquiera mi apellido.
 —¿Tu apellido? ¿Deseas saber tu apellido? Pues bien, tu apellido es Caicedo.
 —¿Caicedo? exclamaron a una Inés y Daniel.
 —Sí, Caicedo; eres mi primo.

—Cuánto me alegro, dijo Daniel. Pero, señor, ¿es verdad que tengo alguna fortuna?

—Sí, tienes un caudal igual al de Doña Inés; sin eso no podrías casarte con ella, según la voluntad de mi compadre Don Sebastián.

—En ese caso le pido un favor; tome de ese caudal el valor de Fermín para que sea libre.

—Bien; ¡desde este momento es libre Fermín!

Daniel no pudo resistir al deseo de dar pronto esta noticia a su amigo, y salió al corredor y lo llamó. Fermín entró en el cuarto. Don Manuel al verlo le dijo:

—Fermín, eres libre desde hoy; Daniel te da la libertad.

Fermín se quedó como una estatua, tal fue el asombro que le causó tan súbita e inesperada noticia. Pero reponiéndose un tanto, repitió:

—¿Libre?

—Sí, libre, contestó Don Manuel.

—¿Sin mi madre? preguntó con timidez.

Al oír esto, Don Manuel se volvió hacia él y se puso a mirarlo con tal persistencia que el mulato tuvo que bajar los ojos. Pero Don Manuel estaba en ese momento de buen humor, y repitió la pregunta de Fermín:

—¿Sin tu madre? Bien, pues; yo le doy la libertad a Martina; bastante me ha servido y bien la merece. Mañana otorgaré la escritura para ambos.

Fermín salió corriendo como un loco a contarle a su madre su inesperada ventura, y luego fue con la noticia adonde Andrea.

—Ya soy libre, Andrea, le dijo; ahora me consagraré a trabajar para librarte a ti.

—No es necesario, contestó Andrea; mi señorita Inés me ha prometido darme la libertad el día que yo quiera.

—Dile, pues, que ya es tiempo; desde hoy en tu mano está el que seamos completamente felices.

Don Manuel dejó a Daniel ya Doña Inés en su cuarto con el Padre Escovar, y salió a dar cuenta a Doña Francisca ya sus hijas de su parentesco con Daniel y del matrimonio de este con Doña Inés, noticia que ellas recibieron con señaladas muestras de satisfacción y de contento.

El Padre refirió a Daniel la historia de su nacimiento y concluyó diciéndole:

—Ya ves, Daniel, que hay Providencia.

—Yo nunca dudé de ella, señor, y siempre, siguiendo los consejos de vuestra paternidad, «ponía mi labio en el polvo por si acaso había esperanza».

En la casa de Fermín rebosaba la alegría; él había llevado a Martina la noticia de su libertad, y ebrio de contento se le ponía por delante bailando bambuco.

—Pero, madre, le decía, qué ángel del cielo se ha aparecido en esta casa, ¿que de un momento a otro ha cambiado nuestra suerte?

Martina le contestó, hablando despacio como acostumbraba:

—No seas simple, hombre, qué ángel ha de ser sino mi amo el Padre. Jamás ha venido aquí su merced que no haya sido para nuestro bien.

—Es lo que yo digo, decía Don Juan Zamora después que supo la noticia del matrimonio, no es posible hallar una pareja más linda; para en uno son; ¡si parecen ambos sevillanos!



Conclusión

En los días siguientes al de la escena que acabamos de referir en el capítulo anterior, Don Manuel le explicó a Daniel quién había sido su padre y le habló de él con el entusiasmo apasionado que sentía siempre que nombraba a su malogrado primo.

Doña Mariana Soldevilla, por su parte, le explicó quién había sido su madre, y se la pintó con los colores más halagüeños, como un portento de hermosura y un dechado de virtudes.

El feliz mancebo, oyendo esos encomios tan conformes y de labios tan veraces, se sentía enamorado de sus padres y pensaba en ellos con la veneración más profunda.

Entonces se acordó del pobre maestro Saucedo, a quien él había visto llorar por esa misma Dolores, *la Flor del Vallano*, bajo la arboleda de Catayá,

«No seré yo, se dijo, quien le revele el secreto de mi nacimiento; eso sería lo mismo que darle una puñalada en la mitad del corazón. Él guarda en su mente la imagen de mi madre como la de una virgen sin mancilla; vale más que la conserve así. Yo inventaré para él cualquier otra historia».

En el mes de Julio siguiente, en el mismo día que estaba señalado para que la enamorada novicia marchara al convento del Carmen, se celebró el matrimonio de Don Daniel de Caicedo con Doña Inés de Lara y Portocarrero, en la capilla de la hacienda; el Reverendo Padre Fray José Joaquín Escovar les dio la bendición nupcial, con licencia escrita del Doctor Juan Ignacio Montalvo, que era a la sazón Cura de Cali. Don Manuel y su esposa fueron los padrinos.

El banquete de bodas, suntuoso y digno de la riqueza y categoría de la familia, fue servido en el gran salón del piso alto, destinado para ese género de fiestas, y asistieron a él los caballeros y las señoras más notables de la nobleza caleña.

La fiesta fue espléndida; el movimiento en la hacienda era parecido al de un enjambre de abejas; los criados tuvieron vacaciones desde la víspera; los novios, la familia de Don Manuel y él mismo, ostentaron un lujo oriental; Don Juan Zamora fue admitido entre los convidados y estuvo muy locuaz y divertido como legítimo andaluz.

Doña Josefa y Doña Gertrudis querían que hubiera baile, pero ninguna se atrevió a hacerle tal petición a Don Manuel.

Daniel se estableció en Cali con su esposa y abrazó la carrera de comerciante, que había sido la de su suegro, y trató de aumentar o por lo menos conservar su fortuna por medio de los números, como le había anunciado en cierta ocasión el Padre Escovar.

Doña Mariana se hizo ama de llaves, auxiliada por Martina; Fermín y Andrea se casaron; el primero quiso ser siempre el paje de Daniel; y la segunda, libre ya, la recamarera de Doña Inés.

La suerte de los demás personajes de esta historia, la tomamos fielmente de la tradición.

Don Manuel alcanzó una venerable vejez; ya al fin de su vida recibió del Rey Carlos IV la señalada distinción de ser nombrado Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, que se concedía únicamente a la virtud y al mérito, como lo decía su divisa; *Virtuti et merito*.

Pero el Alférez Real, que a consecuencia de su avanzada edad había dado en varias extravagancias, de las cuales todavía se recuerdan algunas recogidas de los ancianos, a fin de hacer una fiesta la más pomposa posible el día que se cruzara caballero, mandó hacer en Quito la Oblación y los dulces del refresco; y mientras estaba esperando esa pesada encomienda, murió cristianamente sin haber hecho la ceremonia, el año de 1808. En Cali, siempre que se habla del Alférez Real, se entiende que es de Don Manuel de Caicedo y Tenorio, pues aunque hubo muchos antes que él y otro después, a él se le da en la ciudad ese título por antonomasia.

Doña Francisca murió mucho antes que Don Manuel.

Doña Josefa casó con Don Nicolás del Campo y Larraondo y tuvo descendientes. Hermano de este Don Nicolás era el eminente y sabio Sacerdote Don Mariano del Campo y Larraondo.

Doña Gertrudis murió célibe y muy anciana.

Doña Rosa murió de monja del Carmen en Popayán. ¿Sería este monjío causado por algunos amores desgraciados?

Don Manuel Joaquín llegó a la vejez y dejó honorable descendencia.

Don Fernando murió joven, a tiempo en que iba a ordenarse de Sacerdote.

Don Manuel José recibió las órdenes sagradas, llegó a ser Arcediano de Cuenca, tomó parte en la independencia de la Patria que se proclamó en 1810 y fue des-terrado a Manila, en las islas Filipinas. De allá volvió después de muchos años a morir en su nativo suelo al lado de su familia.

Don Joaquín, el más notable de los hijos de Don Manuel, fue el último Alfé- rez Real de Cali, abrazó con entusiasmo la causa de la Independencia, tomó las armas contra los ejércitos del Rey, fue nombrado Presidente de la Junta de Popayán; y en Pasto, después de una capitulación, fue fusilado por los realis- tas el 26 de Enero de 1813. Dejó también una familia muy honorable.

El Padre Escovar se afilió desde un principio entre los patriotas; predicó la inde- pendencia al pueblo caleño en la plaza pública; fue Vicepresidente de la primera Junta revolucionaria de Cali; y al fin fue preso y enviado a España. Al cabo de años alcanzó la libertad, y cuando venía en camino, ansioso por volver a respirar los aires de su Valle, al llegar a Acapulco, en Méjico, entregó su alma a Dios. Es seguro que al expirar, como Antor en Virgilio, pensaría en su querida patria:

Et dulces moriens reminiscit Argos («De su amada Argos al morir se acuerda»).

No le otorgó Dios a Cali la honra de que guardara en su seno los restos morta- les de uno de sus más ilustres hijos.

Por último. Don Juan Zamora hizo una pequeña fortuna, debida a la genero- sidad del Alférez Real, y regresó a Sevilla. Se cuenta que al despedirse de su patrón le dijo estas palabras:

«Señor Don Manuel, me duele en mi alma separarme de vuestra merced porque no he conocido jamás un hidalgo más caballero ni más cumplido; pero es lo que yo digo; ya estoy envejeciendo y debo acercarme a mi tierra, para morir allá en las orillas del Guadalquivir».

Daniel y Doña Inés debieron tener descendientes y estos deben de existir toda- vía; pero nosotros no hemos tenido tiempo para averiguar cuáles son ellos.

Lo cierto es que son muchos los individuos que en Cali llevan el apellido Caicedo.



